JOSÉ LUIS MARTÍN VIGIL

PRIMER AMOR PRIMER DOLOR





Editorial Juventud

Annotation

Primer amor, primer dolor es una novela testimonio. Nada más viejo entre los hombres que el amor; nada más nuevo, sin embargo, para quien da comienzo a la andadura de la vida. La juventud de hoy trae banderas diferentes, es distinta, ciertamente, pero no tanto que no se vea enfrentada con esa experiencia secular, casi siempre dolorosa en su delicia, que hemos dado en llamar primer amor.

Esta novela no relata oscuros na-chos sociales que están pidiendo el grito de la denuncia, sino el vivir cotidiano y general de una juventud que crece en torno nuestro, halagada y fustigada al mismo tiempo…

JOSÉ LUIS MARTÍN VIGIL

Primer amor primer dolor

RICHARD GRANDIO Editor

Sinopsis

Primer amor, primer dolor es una novela testimonio. Nada más viejo entre los hombres que el amor; nada más nuevo, sin embargo, para quien da comienzo a la andadura de la vida. La juventud de hoy trae banderas diferentes, es distinta, ciertamente, pero no tanto que no se vea enfrentada con esa experiencia secular, casi siempre dolorosa en su delicia, que hemos dado en llamar primer amor.

Esta novela no relata oscuros na-chos sociales que están pidiendo el grito de la denuncia, sino el vivir cotidiano y general de una juventud que crece en torno nuestro, halagada y fustigada al mismo tiempo…

Autor: Martín Vigil, José Luis

ISBN: 9788472570269
Generado con: QualityEbook v0.87
Generado por: Silicon, 10/03/2024

José Luis Martín Vigil

Primer amor primer dolor

OVIEDO
14ª edición
RICHARD GRANDIO Editor. Oviedo, 1972.
ISBN 84-7257-026-6

I

MI MADRE, en la vida corrí tanto! Tengo un pinchazo aquí que no me deja respirar y las piernas ni las siento, se mueven endemoniadamente solas, como aspas de una hélice, eso es; pero el motor son los pulmones, los pulmones y el corazón que de un momento a otro va a estallar como una bomba.

—¡Corre, Chaume, no te rajes!

¿De dónde saca fuerzas este Diego? Está loco, siempre lo dije, y, sin embargo, voy con él. Este chaval tiene más gancho que un tractor; pero no puedo más, ¡no puedo más! La mano derecha está sangrando por todos los nudillos. Sin dejar de correr la he envuelto en un pañuelo, pero si cierro el puño me aumenta la hemorragia.

—¿No tienes más que eso de la mano?

Supongo que no, aunque igual tengo rota una costilla o llevo un riñón hecho puré, ¡vete a saber!

—¿A dónde vamos? —pregunto sin parar.

—¡Un poco más! ¡Aguanta, macho!

No, si aguantar he aguantado lo mío. Lo que no sé es cómo he podido llegar hasta aquí, porque esto debe de ser General Pardiñas, por encima de la Plaza de Salamanca, más o menos, y venimos desde abajo de Ayala lo que se dice a tope, sin tocar el suelo de tacón, que no hay caballo que resista y éste dice; «¡Aguanta, macho!»

—¡Ya vale! —se ha parado al doblar por Juan Bravo—. A ver esa mano, hombre.

Se la tiendo, mientras respiro hondo apoyado en la pared.

—No es nada.

Creo que no lo es; pero me encuentro mal y siento en la cara un frío que no se corresponde con la carrera loca que acabo de meterme entre pecho y espalda. .Sería lo último que ahora me marease.

—Estás muy pálido.

—Quiero sentarme.

Ya casi no me entero. Parezco sudar hielo y las piernas se ablandan como si los huesos se hubieran licuado entre los músculos...

—¡Vamos, Chaume, enseguida se te pasa! ¡Verás, sentado aquí! ¡Eso es! Mete la cabeza entre las rodillas...

Oigo su voz. Siento su brazo sobre mis hombros. Estoy al borde de irme, de quedar sin contacto, de pasar a la nada, y tengo miedo...

—No me dejes.

—¿Dejarte? ¡Tú deliras!

Pierdo mi identidad; no sé quién soy; sencillamente floto, pero ni sé en qué; una conciencia presa del vértigo, porque todo gira y suena

y desfila veloz y estoy cayendo...

—Diego...

¿Dónde me encuentro ahora? Hago esfuerzos sobrehumanos por entender, ¿son voces lo que suena? Pero siendo inteligibles las palabras no forman ningún todo coherente y hay algo blando y áspero a un tiempo contra mi mejilla helada, una sensación dispersa que de pronto se aclara y se concreta y es la tela parda, con pliegues, del bolsillo que Diego lleva sobre el pecho, su inconfundible cazadora. Ah, sí, y su brazo en torno de mi cuello y más allá la noche y la calle solitaria...

—¡Vaya susto! Pero no es nada, ya verás. ¿Verdad que estás mejor? Habrá sido la mano, la sangre esa. Lo que tú necesitas es un trago.

Sí, lo entiendo todo ahora. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Tengo la cara helada.

—¿Eres tú?

—¡Qué cosas tienes!

—¿Ha durado mucho?

—Lo suficiente, macho. Pero ¿qué te pasó?

—Me dio un mareo.

—¡Mira éste! Eso ya lo sé. ¿Puedes andar ahora?

—Creo que sí.

—Vamos a tomar algo. También yo lo necesito.

—Espera un poco más.

—¿Y la gente?

Es raro esto; desde pequeño no me había vuelto a ocurrir una cosa semejante; entonces, sí, cuando me mareaba en misa; pero aquí, al aire libre y en medio de la calle, porque a misa hace la tira que no voy y en cuanto a la mano ni me duele. No sé cómo ocurrió ni en qué momento me hice estas heridas; de pronto estás sangrando y no has notado nada previamente; porque hay un instante, el último, en que todo es tan rápido que, a pesar de la tremenda lucidez con que percibí cada detalle, se me hizo un remolino en los sentidos hasta que un silencio expectante, increíble, cayó sobre nosotros y sobrevino la ciega reacción del pánico y la huida. Fue en Recoletos donde Diego empezó a pisarle como un loco —«¡Cuidado, tú!» «¡No te preocupes, no hay coches a esta hora!»— El suelo plomizo, amarillento; las rayas discontinuas y las flechas en el sentido de la velocidad como invitándote a correr; la vibración metálica y el mismo zumbido del motor que se te acopla al cuerpo —«¡Ciento diez... ciento veinte!», «¿Acaso tienes canguis?»— No, nada de eso; es sólo un delicioso nerviosismo, un cosquilleo aquí. Y el chirrido en la curva de Colón, mientras la masa de tu cuerpo se va contra la portezuela y él se ríe como un loco —«¿Te das cuenta? ¿Conduzco o no conduzco?»,

«¡Conduces, macho, pero mira al frente, haz el favor!»— Yo vi la luz roja todo el tiempo, ese ojo inmóvil que te hipnotiza, impersonal, indiferente, mientras vas sobre él como una tromba. «Cambiará, ¡tiene que cambiar!», es lo que piensas; pero se obstina, no hace caso, y es un tiempo apretado, interminablemente corto, y no baja ningún coche por la calle que cruza; pero, si baja, tú tampoco lo ves porque te tapa la casa de la esquina —«¡El semáforo, Diego!» Parar era imposible. ¿Frenar?, ¿acelerar?, «¡Lo salto, Chaume!»— El «Mini» apareció por la derecha y sólo verlo ya supe que nos dábamos.

—Ven, entremos aquí.

—Vale. .

—Mete la mano en el bolsillo.

—¿Tú no tienes nada?

—A la vista, no.

—No lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Teníamos que estar muertos.

—No seas fúnebre, hombre. A ver, ¿qué vas a tomar tú?

Hay poca gente y nadie se fija en nosotros, al parecer. Tanto mejor.

—Ginebra o whisky. Lo que quieras.

Necesito un copazo, algo que me entone. Porque todavía estoy helado. Diego tendrá dinero; siempre lo tiene; porque lo que es yo estoy más limpio que una bola de billar. Se lo tenía dicho: «¡Que eres un loco, Diego!», y él se ríe, se ríe siempre, se ríe de todo. Y si no se ríe con la boca es lo mismo, porque a este chaval le ríen los ojos; es algo especial que nunca he visto en nadie más.

—¿Te sientes mejor?

—Sí, gracias.

Estoy flotando, es como estoy, lo juro, y digo yo que será de la impresión, porque dolerme no me duele nada en absoluto, al menos de momento. Sólo la mano que escuece un poco, pero sin llegar a molestar, la verdad sea dicha. ¡Cómo sonó! Esa grabación se me quedó aquí impresa. Los coches son chatarra, ahora me he dado cuenta. Darle le dimos por la cola, que ya casi había pasado, y eso que Diego pegó un par de volantazos antes de perder el control definitivamente. Ellos giraron sobre sí mismos, porque de pronto los vi a través del parabrisas, de cara a nosotros, como peces asustados tras el cristal de la pecera. Los vi, puedo jurarlo. Sería una mínima fracción de segundo, pero los vi muy bien, con los ojos de espanto, como faros en medio de la cara. Los hierros se retuercen y suenan a tambores desvencijados, a calderería, a chatarra, al fin. Recuerdo muy bien el zarandeo, el baile loco de la cabeza sobre los hombros. Te puedes estar matando sin saberlo; eso sí lo pensé, pero sin miedo. No hay

tiempo para el miedo, sólo son simples aprensiones, cantidad de datos que se registran, labor de los sentidos.

—¿Ya va pasando?

La sonrisa de Diego como si nunca jamás hubiera roto un plato.

—Sí, ya estoy bien, te lo aseguro.

—Mejor así.

—¿Y ahora qué?

—¿Cómo qué?

—Quiero decir qué va a pasar.

—Pues nada, hombre, ¿qué quieres que pase? Todos los días hay coches robados en Madrid, y choques, y abollones. Tú y yo, nada, como si tal cosa. Mira, tú te has pegado, el otro se agachó y tú estrellaste el puño contra el muro, ¿vale? Es absolutamente verosímil, no me digas que no.

—¿Y tu padre?

—¿Qué pasa con mi padre? ¿Qué le han robado el coche? Mala suerte; eso le puede ocurrir al más pintado. La policía recupera el vehículo y el seguro paga los desperfectos. ¿Qué tenemos tú y yo que ver en todo eso?

—¿Así de sencillo?

—Más o menos. Mira, Chaume, estás muy verde todavía. ¿De qué te preocupas? ¡Si yo te contara!

La idea fue suya, sólo suya —«Vamos a por el coche de mi padre», él tiene diecisiete años como yo, «¿Sin carnet?»— Y no es que él me tenga dominado a mí, qué va; precisamente yo odio que nadie me domine y por algo debo oír en casa cada día que soy ingobernable —«¡Una buena brida, eso es lo que tú estás necesitando!», ésa es mi madre—, lo que pasa es que Diego convence sin necesidad de presionar. Te envuelve, te sonríe, hace fácil lo difícil, desmitifica todo lo que toca, insiste, da por hecho y le dices que sí contagiado por su risa, aunque tengas reservas interiores —«¿Quién va a pedirme a mí el carnet?», «Hombre, cuando menos se piensa...!»; nunca vi tío más seguro de sí mismo: «A mí, no. Conduzco como los propios ángeles»—, aunque la razón te diga que está loco y que sólo locuras se le ocurren. Tenía una llave de la puerta del garaje, aunque, pensándolo bien, no sé si era una llave...

—¿Cómo abriste?

—¿Qué quieres decir?

—Que cómo abriste el garaje.

Se ríe deliciosamente, como siempre.

—Ah, con esto.

No, no es una llave lo que saca, lo sé muy bien que no; lo sabía en el fondo, estoy seguro. Por otra parte, ¿qué más da? El garaje estaba oscuro y silencioso. —«Da— me la mano, ven, conozco a ciegas esto»,

«Deja, ya veo con el reflejo de la calle»— ¿Lo habría hecho muchas veces? La maniobra de salida no era fácil, pero él la ejecutó al milímetro, con precisión escrupulosa. Puede que fuera envidia lo que sentí viéndole allí, a los mandos, seguro de sí mismo; o más bien no, puede que fuera sólo admiración, sí, eso es, porque él siempre está igual, siempre sabiendo lo que quiere, siempre pisando firme, siempre como al cabo de la calle. Y en la calle demostró su dominio del volante, eso lo reconozco, que era una delicia dejarse llevar por él, tintando aquí, amagando allá, adelantando a todo hijo de vecino, sobre todo a los taxistas, que se creen él no va más del pilotaje urbano y de eso yo lo sé todo, pero en moto, no en coche, porque de coche, la verdad sea dicha, no he tenido oportunidades todavía.

—Así que ya lo sabes: A todos los efectos te has zumbado con un tío y te hiciste eso contra la pared.

—De acuerdo.

—Y todo lo demás, olvídalo.

—Vale.

Me pregunto si no le voy a contar a su hermana todo lo ocurrido. Él me mata si se lo digo a Tesa, claro, no puede comprender. Una hermana es una hermana, por más vueltas que le des. Pero da la casualidad que no es la mía y entre ella y yo no hay secreto que resista. Tesa a mí me adivina. No sé cómo lo hace, pero lo tengo comprobado. —«A ti te pasa algo»; yo es que me cabreo: «¿Ya estás tú?»; pero en el fondo me encanta, es la verdad—. No tengo hermanas, no sé lo que es eso, qué se siente, cómo se las mira. A mí Diego me parece que mira a Tesa coma si fuera un mueble, es curioso, porque yo, ante Tesa, hasta llego a estremecerme, es decir, a temblar; bueno, no siempre, por supuesto; lo que quiero decir es que ella es mujer y yo soy hombre aunque tampoco es eso exactamente, ¿cómo se entiende esto?, pues Diego es tan hombre como yo y ella es mujer —«Tu hermana es divina», le digo y él se ríe*. «¿Tesa?»— Un hermano es insensible a los encantos de su hermana, es lo que pasa, y viceversa, como dice Horacio en clase. Y ésta es otra. Horacio, que es el despiste personificado, a mí me conoce «como si me pariera», en frase de su mujer. No me ofendió que lo dijera, en absoluto me ofendió, ni era éste tampoco su propósito. Ana María es así, meridiana, sincera, hasta un poco desgarrada, pero más femenina que la Venus manca ésa. Horacio me conoce, sí, porque yo quiero, porque es mi confidente, porque se lo ha ganado a pulso. Es la primera vez que un profesor del instituto significa algo para mí fuera de clase.

—¡Diego!

Se vuelve con viveza, y, aunque sigue sonriendo, en sus ojos está despierta una aprensión.

—¿Qué cuerda se te acaba de romper?

—¡Los libros y el cuaderno!

—¿De qué hablas?

Lo ha captado, estoy seguro. Sonríe todavía, pero por detrás de la mirada abierta, algo se ha puesto a funcionar a toda marcha.

—¡Quedaron en el coche!

—¿Estás seguro?

—¡Completamente!

Se me ha acelerado el pulso y hasta la respiración ha cambiado de ritmo.

—¿Está tu nombre allí?

No, creo que no. No tengo esa costumbre —«Si este libro se perdiera, como suele suceder…» etc.— Pero, ¿cómo estar seguro?

—Déjame que piense.

—Sí, hazlo, pero ten calma. Vamos, recuerda…

—No, en los libros, no.

—Pues si no lo pones en los libros, menos lo pondrás en los cuadernos.

—Pero mi letra…

—Mal que bien, todo el mundo escribe hoy día. No seas imbécil. ¿Crees que van a identificarte por la letra?

¡Vaya, Chaume, vaya! ¿Era indispensable que te metieras en esto? Lo sé y no te lo digo, pues te ofende, eres un niño todavía, sí, un niño, como todos esos brutos de la clase, con su indecisa pelusa por la cara, su acné juvenil, su lengua sucia, su cochina imaginación y todas esas ínfulas de hombre. ¿No sabes una cosa? El hombre que lo es no se da nunca en representación como vosotros, no hace la comedia, ¿estamos? Sé que vas a decirme que lo sientes; más aún, sé que lo dirás sinceramente; pero no basta con la sinceridad. Una chiquillada, desde luego, y nada más; sin embargo, perdón, no lo esperaba ya de ti Diego… ¿cuántas veces te lo tenía dicho? No vas a pensar que yo desprecie a Diego, porque sabes que no es cierto. Si te descuento a ti, ninguno de mis alumnos me interesa tanto como Diego, el peor, por otra parte, si se atiende a los cánones. Pero que tú sigas a Diego como la sombra al cuerpo no entraba en el programa. ¿En qué habíamos quedado? Dilo tú. No te quiero perfecto, créeme; serías un monstruo. Además, ¿qué pintaría yo entonces a tu lado? Ahora bien, ya tienes encima suficientes defectos, digamos, naturales, para que a estas alturas me salgas iniciándote en lo que ya es franca delincuencia juvenil. A veces pienso que los adolescentes estáis locos; pero de una locura que es la nuestra también. Sois de la misma raza que nosotros. ¿C5mo juzgaros desde la relativa seguridad que con sudores y con lágrimas, con renuncias y concesiones, tras luchar mucho y pactar no menos, vamos alcanzando los adultos? A ti, Chaume, no tendría

reparo en confesártelo, sólo que, la verdad, temo que saberlo no te haría ningún bien por el momento: Trato de realizarme en ti. No, no es eso exactamente. Como proyecto de hombre que tú eres hoy por hoy, proyecto en el que me es dado tener mano, sueño con llegar a resultados excelentes. Y no pienses que se trata de orgullo pedagógico, de autosatisfacción, aunque soy lo bastante lúcido como para reconocer que también hay algo de eso. Es en tu propio beneficio en lo que pienso sobre todo. Trabajo en ti para ti, de eso estoy cierto, si bien no soy tan puro como para pretender que todo sea altruismo. Yo debo de ser un bicho raro. Soy profesor por vocación. Quiero decir que si me ofrecieran una patente de arquitecto, un bufete de moda o una cartera de ministro, incluso, no dudaría un momento en declinarlos para seguir a vuestro lado. Más aún, ni siquiera es la enseñanza en sí de la filosofía lo que colma mis aspiraciones. Creo más bien que la filosofía es un pretexto: la ocasión de estar entre vosotros, porque lo que yo busco es ayudaros, ¿me comprendes, verdad?, y no basta para ello con acercaros a Platón, o haceros comprensible a Schopenhauer, bien lo sé. Yo era tímido a tu edad, serio a la defensiva, soñador y solitario en medio del tumulto. Sufrí lo mío. Pero ¿acaso los que ríen y gritan, los que tienen pronto el chiste y a punto la respuesta, los que ligan, se pelean y aparentan estar al cabo de la calle, no están solos también, incomunicados y perplejos?

—Horacio.

—Dime.

—¿Cómo puedes estar seguro de que el otro sea Diego?

—La descripción que hacen no tiene pérdida.

—¿Por qué no lo dijiste, entonces?

—Mira, Ana, no es misión mía delatar a los chicos, si eso no les ayuda. Y no estoy seguro aún de lo que sea mejor en este caso.

—Pero has dado el nombre de Chaume.

—Tú misma viste que me sorprendieron. Cuando me presentaron el cuaderno donde, no sé por qué, estaba apuntado este teléfono, yo no podía imaginar que se tratara de algo así. Por un momento temí que hubiera ocurrido un accidente.

—Siempre serás Horacio el cándido.

—Ana María, no empecemos. ¿Qué hubieras hecho tú?

—Sería muy fácil contestarte, pero hacerlo a toro pasado no es honesto. Eso sí, te aseguro que yo hubiera hecho preguntas a mi vez, hubiera ganado tiempo.

—Sí, lo creo.

—De todos modos no te lo reprocho. Me casé contigo conociéndote, sabiendo cómo eres...

—La niña está llorando.

—Llora por Chaume.

—No digas tonterías.
—¿Qué le puede pasar?
—Hay que arreglarlo como sea.
—Es menor.
—¿Menor? Se es menor para el disfrute de la plenitud de los derechos, pero no para cargar con el peso de los deberes. Con diecisiete años un chico va a la cárcel o a la guerra si se tercia, ¿no lo sabes?
—Calla.
—Tengo que hablar con Diego. Eso es lo primero.
—Tú sabes que Diego es escurridizo. Si está metido en esto no aparecerá por casa.
—Ni irá a clase, ya lo sé.
—¿Entonces?
—Pienso en Tesa.
—¿Vas a meterla en este lío?
—Se va a enterar de todos modos. ¿No ves que se trata de Chaume?
—Sí, claro.
—Tesa sabe de Diego más que nadie.
—De Diego nadie sabe demasiado.
—Es cierto, pero ella...
—A la salida de clase la traeré conmigo, ¿de acuerdo?
—Sí, es lo mejor.
Tengo mi plan, Chaume; puede que sea ingenuo, pero confío en que salga. Lo que está claro es que no voy a dejarte solo en este trance, y tú lo sabes, estoy seguro. Hemos hablado de ello muchas veces. Hay que estar a las duras y a las maduras. Ahora tocan las duras y es en las duras donde se conoce a los amigos. ¿Qué piensas tú de tu profesor?, ¿eh? De una cosa puedes estar cierto: No te voy a defraudar. Estamos en el mismo barco tú y yo. ¿Recuerdas cuándo bromeábamos diciéndolo? Pero yo hablaba en serio, y te diré más, no tengo la menor duda de que tú lo hacías igual. Es curioso lo que me pasa, porque me siento más profesor al disponerme a esto, que cuando te explico a Kant.

Chaume dormía profundamente cuando vinieron a buscarle. La habitación como una leonera. La ropa tirada de cualquier modo por el suelo. Los banderines de la pared, los *posters* de colorines, los recortes... Todo como la decoración ajada de una verbena cuando clarea el alba. Pero el alba ya estaba lejos, sólo que él se había negado a despertar cuando fue requerido para ir a clase.
—¡Hijo, la policía!
Una madre llorosa, al borde de la histeria, le sacudía ahora sin

contemplaciones.

—¿Qué?

Se incorporó en un esfuerzo súbito por recuperar la plenitud de la conciencia, la mano mal vendada sosteniendo la colcha contra el pecho.

—¿Qué has hecho, hijo?

Los vio allí, a la puerta, sin entrar, entre circunspectos y decididos.

—¿La policía?

Estaba todo claro. La única sorpresa consistía en cómo podían estar allí tan pronto.

—Que se vista enseguida. Esperaremos aquí fuera.

—Pero... ¡Si es un niño!

Las manos de la madre se extendían hacia los inspectores en patética súplica.

—Lo siento, señora, hoy los niños apenas duran más allá de la primera comunión.

A Chaume le ofendía íntimamente ver a su madre haciendo aquella escena.

—¡Calla, mamá!

—¿Cómo qué calle?

—Sal con ellos. Voy en un momento.

De pronto, sin lograr ahogar del todo aquella angustia interior, se sintió dueño de sí mismo. Una como oleada de dignidad le llenó el cuerpo. No suplicaría. No vertería una lágrima. Por nada del mundo dejaría traslucir el miedo que sentía.

Cuando se encontró solo saltó de la cama y se vistió a tirones, incapaz de controlar enteramente los movimientos de sus extremidades. Luego respiró hondo varias veces. Había que afrontar la situación de forma que no resultara decepcionante. Él era espectador y juez al mismo tiempo y le importaba mucho quedar bien ante sí mismo. Abrió la puerta. Allí estaban los tres, en el pasillo.

—¿Puedo ir al baño?

Los hombres se miraron. Quizá los había sorprendido con su serenidad.

—Cinco minutos —dijo uno—, y no hagas tonterías.

Volvió a encerrarse y se miró al espejo. Tenía ojeras. El pelo largo y liso le caía hasta los hombros. Estaba orgulloso de él y se lo alisó suavemente con los dedos antes de pasar el peine. Con la mano sana se echó un poco de agua por los ojos y volvió a contemplarse cara a cara. Se lavó los dientes e hizo muecas para contemplar su blancura de cachorro ante el espejo. Entonces golpearon a la puerta.

—Voy —dijo.

No se podía esperar más. Se irguió visiblemente, estirando la

chaquetilla que llevaba, echó al cristal la última mirada y abrió la puerta.

—Vamos, chaval.

—¿Se lo llevan, entonces?

La madre era ya una plorante dolorosa.

—Usted avise a su marido. Que pase por Dirección.

—¡Hijo mío!

No podía rechazar aquel abrazo, pero le humillaba verse así ante los inspectores.

—¡Por favor, mamá!

Hizo por desasirse y salió a la escalera sin volver la cabeza.

La justicia rezuma burocracia hasta en sus más elementales escalones. Pasillos, máquinas de escribir, ajetreo, papeles, sobre todo papeles. Chaume, conducido hacia un despacho, captaba en una vorágine de sensaciones aquel ambiente nuevo, totalmente desconocido para él.

—Por aquí.

Obedecía automáticamente, reservando todas sus energías para el esperado interrogatorio. Tenía toda una cultura al respecto cosechada a través del cine y de la televisión. Iba a ser puesto a prueba ante sí mismo. De cómo se portara dependía en buena parte el concepto que se iba a formar del propio yo. No se trataba de un litigio entre él y el comisario de turno; sino de una prueba límite donde dar la propia talla moral, donde conocerse uno a sí mismo.

—¿Cómo te llamas?

El hombre tenía bigote, lo que bastó para predisponer a Chaume en contra.

—Jaime Mateu Pérez.

Y no es que estuviera contra el bigote en general. Admitía toda suerte de bigotes menos esos finos, recortados, «de la guerra», como decía su padre.

—¿Es tuyo este cuaderno?

—¿Cómo lo supo?

Sencillamente le intrigaba.

—Aclaremos esto de una vez. Aquí las preguntas las hago yo, sólo yo, ¿entendido?

—Más o menos.

El comisario le miró con contenida indignación.

—Jovencito —dijo—, estás enfocando mal las cosas.

Esto no es el colegio. ¿Es tuyo el cuaderno, sí, o no?

—Sí.

Tenía perfectamente claro en la cabeza hasta qué punto pensaba colaborar; pero no daría un paso más aunque le arrancaran la piel a tiras. Eso estaba decidido.

—Luego tú robaste el coche.

—Yo no he robado ningún coche.

—¿Ah, no?

El comisario venía a ser el gato y él sólo el ratón. Esto parecía divertir en el fondo al comisario; pero él no iba a prestarse al juego.

—No, señor.

—¿Acaso era tuyo?

—No.

—¿Prestado, acaso?

—Tampoco.

La paciencia de los adultos se agota en un momento. Eso, al menos, era lo que le daba a Chaume la experiencia.

—¡Pero tú lo ibas conduciendo!

—¡Mentira!

El policía se levantó como si le quemara el asiento.

—¿Vas a negar que ibas en ese coche?

—¡Pruébelo si puede!

Lo gritó desafiante, sí; insolente, quizá. La bofetada le vino desde atrás. Había otro hombre a sus espaldas.

—¡Quieto, Gómez!

El comisario rodeó la mesa con parsimonia. A Chaume, muy contra su voluntad, se le llenaron los ojos de lágrimas. Sin embargo no le dolía la cara y por dentro estaba entero.

—Si van a pegarme más, háganlo ahora —dijo con una rara dignidad que le satisfizo plenamente.

—No seas imbécil, chico. Nadie te va a pegar. Tú —se dirigió al otro—, haz pasar a ese señor.

—Enseguida.

El despecho era más fuerte que el miedo, lo que le proporcionaba una seguridad adicional. Cuando se abrió la puerta reconoció al primer vistazo la cara que tan bien había visto a través del parabrisas, sólo que ahora llevaba sobre la frente un pequeño esparadrapo.

—Vamos a ver —volvió a tomar la palabra el comisario—, mire a este chico, mírelo bien. ¿Recuerda haberle visto?

—Desde luego.

Fue inmediata la respuesta.

—¿Dónde?

—Iba en el coche que ayer nos golpeó saltándose un semáforo en el paseo de Recoletos.

—¿Conducía yo? —preguntó Chaume mirándole a los ojos.

—No, éste no conducía.

—¿Lo ve?

—¡Calma, chaval, calma! ...No conducías tú, pero ibas en el coche.

—Yo no he negado eso.

—Está bien. Usted puede retirarse, muchas gracias... Y, en cuanto a ti —estaban solos ya—, vas a decirme el nombre de tu compañero de aventuras.

—No.

Hizo como si oyera mal.

—¿No, qué?

—Yo no soy un delator.

El comisario volvió a sentarse tras la mesa.

—Es curioso —dijo—, lo normal sería decir «no le conozco apenas», «no sé cómo se llama», «no sé sus señas»; pero tú, no; tú dices: «No soy un delator», es decir, reconoces que tienes la información que precisamos, pero no estás dispuesto a dárnosla.

—Así es.

El hombre se quitó las gafas y miró al chico con curiosidad.

—¿Sabes que soy capaz de sacarte lo que quiera, todo lo que quiera?

—Usted puede matarme, pero yo no daré el nombre de un amigo.

Al comisario le hizo gracia.

—Escucha, yo tengo un hijo más o menos como tú. Podría estar ahí, en tu lugar, lo sé muy bien. Quiero obrar contigo como lo haría con él.

Chaume se puso en guardia. Había oído esas historias en más de una ocasión. Estaba como erizado, condicionado desde los pies a la cabeza para una defensa a ultranza.

—Usted no es mi padre.

El rostro del comisario se ensombreció.

—¡Eres tan burro como él! —gruñó—. Está bien, chico, tú lo quieres. Te vas a pudrir aquí hasta que se te ablande la memoria. Yo tengo más que hacer que contemplar a un mocoso como tú. ¡Gómez —llamó—, al calabozo con éste!

—Hay que encontrar a Diego, Tesa.

Qué guapa estás chiquilla y qué poca cuenta te das. En eso reside tu encanto más que nada. ¿Qué tengo predilección por ti? Tengo predilección por quien me da la gana; pero no soy injusta, trato a todas por igual.

—¿Y cómo estás segura de que Diego tiene que ver en todo esto?

—Es una intuición, chiquilla, tú fíate de mí.

—Pero...

—El coche es de tu padre. Diego no ha ido a dormir a casa. Chaume se niega a dar un nombre Ata todos esos cabos.

—Puede que tengas razón.

—Tú sabes que la tengo. Chaume no roba coches. Y menos lo iba

a intentar con el coche de tu padre.

—¿Y yo qué puedo hacer?

—Buscar a Diego.

—Si estamos tan seguros de que se trata de él, ¿por qué no se lo decimos a la policía?

—¿Nosotros? Tesa, tú conoces a los chicos. ¿Cómo les sentaría?, dilo tú misma.

—Es verdad.

Estás sufriendo, niña, pero tú no eres de ésas del lagrimón fácil, yo lo sé. ¿Cuántas veces tendremos todavía las mujeres que arreglar los entuertos de los hombres?

—Coge el vespino y te das una vuelta por los sitios habituales... Alguien le habrá visto. Yo espero en el teléfono. Te echaré una mano si hace falta.

—¿Y Chaume?

—Que se aguante un poco, y que reflexione. No se va a morir por esto, puedes estar tranquila.

¿Hasta cuándo tendré que preguntarme qué es lo que tienes tú, querida? Las hay más monas, sin duda, y más inteligentes también. La calidad de un cutis no significa tanto y a tu pelo pajizo le falta una brizna de brillo o de tono, no sé cómo expresarlo. Mejorarías bastante si tus ojos grisáceos fueran un tanto más rasgados y si toda tu figura se rellenara un poco. La delgadez se lleva, ya lo sé, pero es que tú, hija, estás escuálida. Y, sin embargo, insisto, ¿qué tienes, Tesa, cuál es la clave del secreto? El primer día que te vi en clase me llamaste la atención, a pesar de las gafas, ya lo ves. Sé que las odias, que te las pones sólo cuando es imprescindible. Pues, lo creas o no. te dan encanto. O se lo das tú a ellas, vete a saber. Es curioso: Te subes a un estrado profesoral; tienes un mar de cabezas ante ti; las ves de un golpe, de una mañera simultánea; pero enseguida hay islas, puntos concretos que atraen la atención. Sí, por supuesto, puede ser belleza física tan sólo; extraños casos de acierto espectacular de la naturaleza; pero no hablo de eso ahora. Tú, Tesa, la verdad, no constituyes, precisamente, un ejemplar de exposición. No llevarías premio. Entonces, ¿qué? Yo estuve hablando la hora entera, sin perder el hilo ni un segundo. Estoy segura de que no te miré en ningún momento; pero en todos ellos notaba tu presencia mientras me preguntaba: «¿Y esa niña, qué tiene?» Y lo cierto es que aún sigo sin saberlo, a pesar de la intimidad a que hemos llegado, pues todavía me lo pregunto a veces. Durante todo el curso me he venido esforzando en no hablar para ti cuando estamos en clase, y creo que puedo presumir de haberlo conseguido. Pero tú has sabido siempre... ¿lo has sabido de veras? Sí, Tesa, ¿a qué negarlo?, la afinidad es mutua, delicada, discretísima, pero también profunda. El eros pedagógico. Horacio se

ríe cuando le digo esto y, sin embargo, ¿acaso es insensible al misterioso encanto que emana de esa fermentación adolescente, mezcla de angustia y gozo, de soledad y compañerismo, de ansiedad y hastío, de exaltación y decaimiento? Tesa, me has dado tu amistad. Ha sido sin palabras, sin declaraciones formales, sin condicionamientos. Y ha sido pronto, como por un mutuo consenso tan implícito como transparente. Tus confidencias me saben a homenaje. Las mías tienen un solo límite que impone mi condición de profesora; porque no pierdo el norte, niña, yo estoy junto a ti para ayudarte a ser. Y así hemos llegado a este intercambio cotidiano, tan natural y lúcido, tan sosegante... —«Contigo me siento a gusto, Ana María», «Gracias, Tesa, el gusto es mutuo»— que a pesar de la diferente edad, te aseguro una cosa: En la vida he tenido amiga como tú.

—Hola, Horacio.

—Hola. ¿Y Tesa?

—Se lo encargué. Encontrará a su hermano.

—Será muy conveniente.

—¿Qué has sacado en limpio?

—Si te refieres a Chaume no le he podido ver. No me han dejado. Sé que se niega dar el nombre del otro, eso sí.

—El nombre de Diego.

—Estoy seguro. Y si te digo la verdad me alegro de ello. De otro modo me hubiera defraudado.

—¿Y ahora qué va a pasar?

—He hablado con la otra parte. Están dispuestos a retirar la denuncia si se les pagan los desperfectos. Son buena gente y se hacen cargo.

—Pero la policía...

—El comisario quiere saber quién era el otro chico.

Se lo ha tomado a pecho.

—¿Y por qué no decirlo?

—¿Hablas en serio?

—Me lo pregunto a mí misma, nada más.

—Yo no puedo. Ni puedo, ni quiero. Y si no quiero yo, ¿por qué habría de querer Chaume?

—Tesa encontrará a Diego.

—¿Estás segura?

—Conozco a esa niña. Lo hará, Horacio, lo hará. Sobre todo es eficaz. Tiene un sentido común que ya quisieran para sí muchos adultos.

—Tesa es tu...

—No hace falta que sonrías, hombre. Lo es, ciertamente. Te lo he comentado muchas veces.

—Debo reconocer que lo merece. Tesa y Diego... no pueden ser

más distintos ni más interesantes.

—Yo, en cambio, me pregunto, ¿qué tienen que salga de lo corriente?, ¿lo sabes tú?

—Nada.

—¿Entonces?

—No insistas en encontrar respuesta para todo. Son muchas más las cosas que no la tienen que las otras.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Supongo que esperar.

—¡Tesa!... ¿Cómo tú por aquí?

Billares Callao. Este es uno de los sitios donde puedo encontrar a Diego jugando una partida.

—Busco a mi hermano.

—¡Hay que echarle valor para bajar tú sola!

—¿Valor?

No hay más que hombres, es verdad; pero eso no me asusta. Es un local enorme, lleno de máquinas y mesas. Los chicos juegan, los mayores miran.

—Sí, guapa, valor.

—¿Valor por qué?

Me hago la tonta, claro está.

—Porque te pueden confundir.

—No sé a qué te refieres.

El chico se apoyó en el taco, no sin gracia. Le conozco de vista, pero ni sé su nombre.

—No te hagas la ingenua.

—De eso nada.

Estamos en un sótano y yo me pasmo de la cantidad de ociosos y desocupados que pueden pulular a estas horas por aquí.

—Pues a tu hermano no le he visto.

—Gracias, hombre.

Me doy la media vuelta. No me gusta este ambiente.

—Espera, mujer.

Se me adelanta. Desea agradarme, ya se ve.

—¿Qué es lo que quieres?

—Quiero ayudarte, ¿te acompaño?

—No hace falta.

Prefiero actuar yo sola; esto es algo así como un asunto de familia.

—Busca por Fuencarral.

—Gracias.

Camino hacia la escalera. Todos se vuelven; algunos silban suavemente; me dicen cosas. Cretinos. Con gusto me liaba a bofetadas. Si estuviera Chaume aquí se armaba el taco. ¿Qué buscan estos viejos

de las manos en los bolsillos?

—¡Unos kilitos más y pa comerte, nena!

Es un rubiales imberbe todavía. Le miro fijamente y se desconcierta todo.

—¡Se te iba a indigestar, mocoso!

Sigo mi rumbo entre las carcajadas. Algunos aplauden. Estos españolitos de porquería se forman en la creencia de que la mujer es pan de todos, botín de guerra o, por lo menos, tierra de nadie a conquistar. Tiene razón Ana María al despreciarlos. Hay un tipo general de celtimacho que debería estar en los museos. Sus coordenadas se cruzan en el sexo y de ahí no los apartes. Ni la enseñanza los redime. Son de esos escolares que se dan con el codo ante el verbo latino *puto, putas, putare* y babean cuando se llega en trigonometría a eso del seno y el coseno. ¡Imbéciles! Subo las escaleras de dos en dos y salgo a la calle a respirar, aunque la contaminación —no atmosférica precisamente— se extiende por todo el plano urbano de Madrid. Me he propuesto encontrar a Diego y voy a hacerlo, aunque lo tenga que buscar en los mismísimos infiernos. Este hermanito mío tiene más conchas que un galápago y estoy segura de que nadie lo sabe todo de él. Bueno, quizá Dios; es un decir. Pero Diego y yo somos amigos —¡qué remedio!— y, aunque de un modo dislocado, intermitente y ocasional, me cuenta cosas, me habla de sitios... qué sé yo. Pues voy a hacer, si es preciso, el *tour* completo; pero a éste le echo el guante como me llamo Tesa. Lo hago por Chaume, claro está. Y por Diego también, después de todo, porque estoy segura de que ignora lo que pasa. Él será todo lo pinta que se quiera, pero es un chico que no falla, lo conozco muy bien. Tengo la moto junto al kiosko de periódicos. Me mira todo el mundo; menos mal que esto arranca como un avión.

—¿Te empujo, guapa?

Es un gracioso. Ni mirarle. Doy la vuelta a la plaza con escolta de coches. Las ventanillas son como peceras de ojos. ¿Qué ven en mí? Me gustaría montar una de esas motos tremendas de por lo menos mil centímetros cúbicos, toda roja y cromada, petardeando bien. Esto es de Chaume, loco por estas cosas; siempre se pega algo. Y, sin embargo, quiero al vespino fiel que me lleva a todas partes y no me deja nunca en la cuneta. Me encanta el mundo de los chicos, no puedo remediarlo, y soy consciente de ¡que, en cuanto me es posible, me instalo en él a gusto. No es mimetismo, no: estoy contenta de ser mujer; pero ¡entiendo que ésa no es razón para tantas diferencias. Conduzco esta moto, por ejemplo, como cualquiera de ellos; dialécticamente no les concedo nada: estamos a la par; y mi curiosidad ante la vida no es menor que la suya, ni mi audacia hablando en general. ¿Qué hay cantidad de niñas que no dan esa talla? De acuerdo,

pero porque las condicionaron para eso; además de que es obvio que también son cantidad aquellos niños que, si se mira bien, dejan que desear más de la cuenta. De todo esto hemos hablado casi hasta el infinito Chaume y yo. He conseguido, no sin trabajo, que razone sin prejuicios. Es un encanto Chaume; le basta comprender. Si comprende, es abierto, lógico, leal y sincero: Lleva las cosas hasta las últimas consecuencias. Frente a mí ha depuesto toda esa actitud de celtimacho que yo tanto aborrezco. Nos queremos, de eso no cabe duda, pero somos al mismo tiempo camaradas auténticos y hasta, en ocasiones, se vive la sensación de que no hay sexo entre nosotros, sexo que nos diferencie, quiero decir. Chaume a mí me llena por completo. Es orgulloso, cabezota, inestable, injusto a veces, tremendamente subjetivo; pero me llena, es la verdad. También es idealista, generoso, desprendido y, sobre todo, noble. A veces me pregunto qué es lo que no es. Cualquier virtud que se me diga yo la encuentro en Chaume. Y también cualquier defecto. Pero no es un monstruo, ni se parece en nada a esta descripción que yo formulo de él. Sin embargo no miento. Lo que ocurre es que la suma de todos esos ingredientes y otros varios a mí me seduce por completo. Chaume y yo no somos novios —palabra horrible—, al menos si por novios hay que entender toda esa larga teoría de convencionalismos que aborrezco tanto como él. Eso sí, nos queremos y somos como un proyecto de vida en común, de destino compartido, pero sin cursilerías. «Eres muy joven», ¿cuántas veces tendré que oír esto todavía? Si con diecisiete años puedo casarme legalmente, es claro que tengo capacidad al menos cívica para estar enamorada. Mi padre también lo dice, pero sin convicción. Tengo la suerte de contar con un padre encantador. No, no es ningún genio de la pedagogía, el pobre, viudo y con cuatro hijos, tres gamberros y yo; pero es sencillamente un hombre bueno, y, al parecer, quedan muy pocos. ¡Esta calle Fuencarral endemoniada! Hay más taxis aquí que en todo el resto de Madrid, siempre lo digo. La plaza Barceló es un lugar donde Diego ha acampado muchas veces, y no sé por qué, ya que nosotros vivimos en la otra punta; pero no se ve a nadie por aquí. Aparco justo enfrente de la puerta de entrada a los billares. Tengo una corazonada.

—Tesa

Es Álvaro. Me lo he tropezado en la escalera.

—Hola, tú. ¿Has visto a Diego?

—No, ¿qué pasa?

Me mira como si adivinase, pero es buen chico y, por cierto, a mí me va bastante, con su melena rubia y sus ojos claros. Este es de confianza.

—Necesito encontrarle esta mañana, ¿comprendes?

—Si puedo hacer algo…

—¿No está abajo?
—Le hubiera visto yo.
Esto me desconcierta. Si Álvaro no sabe nada...
—¿Dónde podría dar con él?
Lo piensa un poco.
—Espera... Vamos a hablar con Antonio.
—¿Quién es Antonio?
—Un amigo de tu hermano, ¿no le conoce? Si no lo sabe él dalo por desaparecido.
La lista de los amigos de Diego no se acaba jamás. Chico más conocido no le hay. Bajo con Álvaro. Estos billares son estrechos y largos; cada máquina retiene a un racimo de chavales; hay críos pequeños y cantidad de chicos como yo, de pantalón muy ajustado, chaquetilla corta y pelo generoso. Vamos al fondo, a donde se juega al pin pon.
—Mira, éste es... Antonio, la hermana de Diego.
Nos damos la mano. Este chico es todo ojos, cara de risa y una melena envidiable por encima.
—¿Qué pasa?
—Busco a mi hermano, ¿tú le has visto?
—Sí, estuvo aquí a primera hora.
—¿No dijo dónde iba?
—Diego nunca se sabe. Puede estar en cualquier sitio.
Es completamente imprevisible.
Paso los ojos de uno al otro.
—¿Y ahora qué hago yo?
—Un momento —Antonio deja el taco—, ¿has mirado en el Drugstore?
—No.
Ni se me había ocurrido, estando al lado como está.
—Bueno, pues por ahí hay que empezar.
—No os molestéis.
—Vamos contigo.
Álvaro me flanquea por el otro lado.
—No faltaría más.
Así escoltada subo a la calle nuevamente. Es curioso, cómo suelen ser conmigo los amigos de mi hermano. Siempre he oído decirle que anda con malas compañías. Las compañías que yo conozco suelen resultar encantadoras.
—¿Qué ha pasado, Tesa? —pregunta Álvaro.
—Nada, líos.
En boca cerrada no entran moscas. Si Diego lo cuenta es cosa suya.
—¿Qué es de Chaume?

Ahora es Antonio.
—¿Le conoces?
—Sí, claro.
Admiro a estos chicos que se relacionan por todo Madrid y me hago cruces tratando de imaginar cómo y por qué sucede así, cuando nosotras encontramos amigas tan difícilmente fuera del marco del barrio o de la clase.
—Chaume está bien.
No sé por qué lo digo. En realidad lo ignoro, pero lo que no puede estar es bien, precisamente.
—Entremos.
El Drugstore a estas horas no está muy animado, pero la gente que deambula y la música y el ruido de la calle dan la sensación de vida que tienen estos sitios. Álvaro y Antonio me llevan hacia el fondo.
—¡Mírale!
Le veo, sí, tan tranquilo, leyéndose el periódico ante un vaso de cerveza sin tocar.
—Te buscan, macho —dice Álvaro.
—¡Tesa!
Se levanta y jurarías que nunca ha roto un plato, ni ha faltado de casa, ni anda huido por ahí.
—Tengo que hablarte, Diego.
Antonio y Álvaro se retiran sin más explicaciones. Mi hermano y yo nos vamos a un rincón. Le explico la situación de Chaume en dos palabras. Es lo bueno de Diego, que cuando llega el caso jamás escurre el bulto. De todas formas pregunta sin dejar de sonreír.
—¿Y si él no dijo nada, cómo lo sabes tú?
—¿Saber qué?
—Que soy yo el que iba con él.
—Diego...
Suelta la carcajada. No sé si el hecho de ser gemelos explica de forma suficiente la facilidad con que nos intuimos uno al otro.
—Sí, claro, eres un encanto, desde luego, pero a ver si •adivinas algo menos, porque ya me estás resultando peligrosa.
Lo dice en broma, claro.
—¿Qué vas a hacer ahora?
—Qué remedio —dice con gracia—: Sacar a ese idiota del lío.
—Gracias, Diego.
Sé que lo hará si está en su mano.
—Bueno, no ha sido un robo propiamente.
—¿Por qué se empeña en defenderle? Yo soy su padre y no me ciego. Usted sólo es su profesor.
—Por eso mismo.

—¿Qué quiere decir? Le advierto que una carrera no le da garantía de un superior conocimiento. Usted trata a mi chico desde menos de un año. ¿Qué me va a decir a mí? Él es mi hijo, ¿no?

—Cálmese. Sólo quiero decir que yo puedo verlo todo con más frialdad, más distanciadamente.

—Los hechos son los hechos y esta vergüenza no me la quita nadie de encima. ¿Sabe usted cómo está su madre? ¿Se lo figura? Eso no se lo perdono. Lo que hay que hacer es medirle las costillas. ¿Pero qué quieren estos mequetrefes de ahora? ¿Me lo puede decir usted?

Era la primera vez que Horacio se las había con el padre de Chaume, un hombre recto, poco flexible, amante, cómo no, de su hijo único, pero, por lo mismo, apasionado, precipitado incluso en sus reacciones ante los actos tantas veces alocados de su retoño adolescente.

—Cada edad tiene lo suyo. Si vamos a juzgar las reacciones de los chicos con nuestra escala de valores, no acertaremos nunca.

—Según eso, ¿qué propone usted?, ¿dejar que campeen por sus respetos?

—No he dicho eso. Lo que yo trato es de comprenderlos ante todo. Luego viene la terapéutica adecuada.

—Mire usted, amigo mío, eso es algo así como hacer encaje de bolillos. Hay el bien y hay el mal; yo conozco a mi hijo y sé que sabe igual que yo dónde está cada uno.

Horacio había aprendido que hace falta más paciencia muchas veces para tratar con los padres que para hacerlo con los hijos. Y, aunque sin énfasis alguno, llegado el caso y en materia pedagógica, se sentía profesor no menos de aquéllos que de éstos.

—Empecemos por poner las cosas en su sitio. Ese chico, Diego, tiene la idea de dar una vuelta con el coche de su padre. Ya lo sé, con diecisiete años, sin carnet de conducir... una locura para nosotros, pero no para ellos, créame. Chaume es su amigo, le acompaña. No va a pasar nada. Nadie se va a enterar. Hay que empezar por verlo así.

—¡Pero pasa, naturalmente!

—Desde luego. No les doy la razón. Sólo intento meterme dentro de ellos, verlo desde su punto de vista. Lo que quiero decir es que de robo nada, por supuesto.

—Es decir, según usted que son niños traviesos nada más, ¿no es así?

—No, no es la palabra, ni siquiera matizándola de ironía como hace usted. Simplemente, son audaces, imprudentes, demasiado impulsivos, deseosos de experimentarlo todo...

Fue interrumpido.

—Total, que encima hay que aplaudirles.

—¿Por qué? En absoluto. Hay que hacer que comprendan su

exceso, su error de cálculo, su inmadurez. Que la lección resulte positiva.

—¿Y la detención?, ¿qué me dice —de la detención?

—No habrá denuncia si se pagan los desperfectos.

—O sea que la bromita para los padres. ¿Piensa usted que me sobran las veinte mil pesetas?

—Encontraremos el dinero.

Por un momento el padre de Chaume pareció deponer su mantenida reticencia.

—¡Dice usted encontraremos?

—Sí. El problema no está ahí. Entiendo que lo importante es que Chaume lo sude, es decir, lo gane, aunque sea poco a poco.

—No estará pensando que deje los estudios y se ponga a trabajar.

—No, claro que no. Dará clases en mi casa y las dará sin tocar un solo céntimo hasta que redondee esa cantidad.

Por fin el hombre pareció interesarse.

—No es mala idea ésa.

—Es una idea excelente aunque sea mía.

—Pero primero tendré que cantarle las cuarenta.

Horacio sonrió.

—¿No sería bastante, pongamos, con las veinte?

—Usted es profesor. Si fuera padre...

La interrupción se produjo natural.

—Seguramente caería en los mismos excesos que le tientan a usted. Es curioso, pero cierto: Somos mucho más razonables con los hijos extraños que con los propios.

—¿Usted lo cree así?

—Lo creo, no; lo afirmo. Me lo da la experiencia cotidiana.

—¿Qué debo hacer entonces?

—Hablarle, desde luego. Hablarle, no gritarle, ¿comprende? Con ponderación, con justeza, sin herirle inútilmente. Hablarle buscando que lo entienda, que lo asuma, que lo acepte...

—¿Usted cree que soy un monje?

—No, señor. Es un padre. ¿Le parece poco?

—Este hijo mío acaba con su padre.

No puedo oírle hablar así.

—Papá, él se ha portado bien. Ha dado la cara voluntariamente.

—Lo sé, Tesa, lo sé. En punto a nobleza es igual que su madre, que en paz descanse. Pero lo otro, ¿a quién sale en lo otro?

Mi padre no se merece estos disgustos. Estoy harta de decírselo a Diego. Y él dice que sí, que lo comprende; pero vuelve a las andadas. Es más fuerte que él.

—Cambiará, ya lo verás.

—Que cambie sí lo espero, ya ves tú. En cuanto a que yo lo vea…

—No digas esas cosas.

Papá está viejo, más que viejo, gastado. Son treinta años de viajar por ahí con sus muestrarios. Tiene deshecho el estómago, lo sé yo mejor que nadie, y por los suelos la moral. Desde que quedó viudo no ha vuelto a levantar cabeza, y, sin embargo, fue sobre mí sobre quien recayó la parte más pesada de la carga.

—Soy realista, Tesa, siempre lo fui. No tengo muchas luces, pero siempre procuré conservar los pies sobre la tierra. Siento que me queda poca cuerda. Si lo lamento es sólo por vosotros, créeme.

—Estás cansado, sólo es eso. ¿Por qué no te tomas unas vacaciones?

—Porque no cambiaría nada. Además, ¿qué haría yo de vacaciones? Lo único que me preocupa sois vosotros y no por estar de vacaciones iba a veros más que ahora; a las horas de comer y eso si hay suerte.

Es lo que más me deprime, ver a mi padre así. Lo que hace la vida con un hombre. Lo he pensado muchas veces. Llega un momento en que no se espera nada, en que sólo se aguarda: Ya crecí, ya me casé, ya tuve hijos… y después ¿qué? Quiero decir que, a cierta altura de la vida, sólo una cosa importante resta por suceder y ésta es la muerte. No por tenerla lejos deja de preocuparme semejante perspectiva. Sin embargo, a mi padre no le confío estos pensamientos.

—Papá, yo paro poco en casa, eso es verdad; pero no significa que no te tenga apego, que no te quiera mucho. Estoy segura de que lo mismo les ocurre a mis hermanos.

Me da una palmadita en la rodilla, eso es muy suyo.

—Tú eres un mirlo blanco, Tesa, y estoy orgulloso de ti. No, no voy a pretender que me hagáis compañía. Tampoco se la hice yo a mi padre, la verdad. La vida es como un río y el agua de los ríos jamás remonta la corriente. Es natural. Además yo no me quejo de vosotros.

—Ni nosotros de ti.

Se ríe, lo que me complace mucho.

—Mira tú, de eso estoy seguro. Con un padrazo como el que os he salido. Porque yo soy débil, Tesa, no creas que no lo sé.

Le digo lo que siento.

—Te equivocas en eso, padre. No hay que confundir bondad con debilidad.

—Palabras, hija, sólo palabras. ¡Qué me vas a decir a mí!

Yo salto.

—Que un hombre que trabaja como tú y saca adelante a cuatro hijos nunca puede ser llamado débil.

—Os saco adelante a duras penas, Tesa, no lo olvides, ¿no llevas tú la contabilidad?

Me indigna que se menosprecie; pero está en su naturaleza no darse cuenta de lo mucho que vale como padre.

—Cerca o lejos de nosotros, has sido siempre el mejor de los padres. Ni yo ni mis hermanos...

Me interrumpe.

—Tú, sí, por supuesto, de eso no hay ninguna duda. Pero Diego, ¿qué me dices de Diego?

—¿Qué pasa con Diego? ¿Crees acaso que él no piensa como yo?

—*No* lo demuestra, al menos.

Se lo explico una vez más; se lo tengo que explicar a todo el mundo; y, sin embargo, estoy totalmente convencida de que llevo razón:

—Diego es diferente, pero no peor. Diego te quiere a su manera...

Me vuelve a interrumpir.

—Sí, claro, hay amores que matan.

—No, sin ironías. Diego es el mejor de tus hijos.

—¿Incluida tú? —replica escéptico.

—Naturalmente. Él es más listo, más desprendido, menos egoísta, más audaz...

—Eso último no hace falta que lo jures.

—Pues es una cualidad.

—Una cualidad que tiene a su padre en vilo. Mira que esto del coche...

—¿Estabas asegurado, no?'

—Sí, pero, ¿qué hay sí se mata? ¿Qué me daría el seguro en ese caso?

Quiere a Diego, siempre lo supe. Le quiere más que a ninguno de nosotros. No lo reconocería jamás si se le preguntase, también eso es verdad. Pero por más que intente ocultárselo a sí mismo, es más fuerte que él; no puede remediarlo. A mí me llena de atenciones e intenta demostrar a todo el mundo que soy su predilecta. Más aún, obra realmente como si lo fuera, y la gente, incluso mis hermanos mayores, se lo tiene creído. Pero Diego y yo sabemos que no es cierto.

II

—¿VALE la pena, Horacio?

—Vale la pena qué.

—Lo que hacemos tú y yo. Trabajar por los chicos. Vivir su vida punto más que la nuestra. Vaciarnos en ellos...

—¿Me lo preguntas porque no sabes la respuesta, o porque quieres que te regale los oídos?

Ana María depositó a la niña, profundamente dormida, en su cesto habitual.

—Te lo pregunto nada más. ¿Tú nunca tienes dudas?

—Sabes que nunca dejo de tenerlas. Vivo una hipótesis, pero una vez en ella, la vivo apasionadamente. Y a ti te pasa igual.

—Es posible.

—¿Se puede vivir de otra manera?

—Si se es lo bastante simple, creo que sí.

Horacio se echó atrás en su silla de trabajo, ante la mesa llena de papeles.

—Por suerte o por desgracia esa simplicidad no reza con nosotros.

—Por suerte, hombre, por suerte.

—Tampoco estoy seguro, ya lo ves.

Era un ejercicio antiguo, al que no renunciaban, especular así sobre sus mismas convicciones. Algo destinado a quedar en un plano intelectual, al margen de los hechos cotidianos.

—Piensa una cosa...

—Tú dirás.

—Chaume, Tesa, los otros... ¿serían distintos de no habernos conocido?

Horacio se lo tomó con calma, mientras trataba de reavivar el fuego de su pipa. Al fin habló.

—Distintos, sí.

—¿Peores?

Marido y mujer se contemplaron un momento. Él sonrió.

—¿Me aprietas, eh?

—Contesta.

—En la hipótesis que vivo, desde luego.

Ana María deambuló por la estancia.

—A veces soy escéptica, ¿sabes?

—Y a veces demasiado optimista.

—De acuerdo, de acuerdo. Vale la pena aunque sólo sea intentarlo.

—Es lo que hacemos, ¿no?

—Supongo…

Horacio apartó la silla y fue a sentarse en la butaca haciendo humear la pipa.

—¿Sabes una cosa? En ocasiones me sorprendes.

—¿Sólo en ocasiones?

—No, en serio. Sientes igual pasión que yo por la pedagogía. No podrías vivir sin tus alumnas. Pero, de cuando en cuando, tienes que ponerlo todo en cuarentena, como si estuvieras a punto de echar por la borda una dedicación que se supone de por vida.

Ana María escuchaba de espaldas, mirando al exterior por la ventana.

—Se supone.

—¿Y qué más se puede hacer?

—Tú tienes dos alumnos predilectos. Están en la cárcel.

—Están en Las Salesas, que es cosa muy distinta.

—Llámalo hache.

—También yo estuve allí, recuerda…

Horacio había cerrado los ojos como queriendo evocar mejor aquellos tiempos.

—Por motivos políticos. Es cosa muy distinta.

Marido y mujer se conocían a la perfección. Sus discusiones eran pura dialéctica en la que tomaban posturas ocasionales que no añadían nada a lo que sabían de memoria uno del otro.

—En este país no hay presos políticos.

—No bromees.

—A mí la cárcel me enseñó mucho. ¿Por qué no pueden éstos aprender y sacar fruto de unos días en chirona?

—¿Hablas en serio?

Horacio la miró con cierta sorna.

—Ni tú ni yo, me parece, distinguimos del todo cuando hablamos en serio y cuándo no. Pero en cuanto a los chicos ya no hay quién lo remedie. Es nuestra profesión, no tenemos otra ni la queremos.

—En eso voy de acuerdo, ya ves, lo que no quita para que podamos estar haciendo el primo de por vida.

—¿Te refieres a los frutos?

—Me refiero al altruismo, a la generosidad, al desprendimiento, a la disponibilidad, al servicio de los adolescentes, a la entrega…

Horacio alzó la mano.

—Calla, mujer. ¿Por qué hablas así si no sabrías vivir de otra manera?

Ana María se volvió. Sorprendentemente, incluso para Horacio, sus ojos estaban llenos de lágrimas no derramadas.

—No, no sabría, eso es verdad. Pero por eso mismo me pregunto si habré nacido tonta.

—En todo caso, querida, has encontrado un tonto para casarte con él.

—Un grandísimo tonto —vino a su lado—, el tonto más grande de todos los tontos.

—Habiendo gente que gana millones vendiendo solares..., metiéndose en negocios, haciendo cola en los despachos políticos..., tú vas y te unes a mí, tú que, en el fondo, eres ambiciosa... Se necesita estar loca.

—Además de tonta, loca.

Le revolvió la pelambrera.

—¡Qué mujer!

En el país en que vivimos siempre hay un amigo, Chaume; y con un amigo, no hay reglamento que resista. Por eso te estoy viendo, sentado en esa silla, con cara de sueño, ojeras hasta el suelo y ropa ajada de acostarte vestido. He tenido que escoger: O Diego o tú. Parece que los dos resultabais excesivo para las posibilidades de mi buen conocido. Y te he escogido a ti, porque, aparte otras razones, lo necesitas más sin duda. Él se bandea mejor en estos casos, estoy seguro de ello. No te esfuerces conmigo; no es necesario que aparentes. Estás al límite de tus fuerzas; es como si te hubieran quitado un par de años. Vuelves a ser el niño que teme al cuarto oscuro. Pero no, tú no lo reconocerías jamás. Por eso no te lo digo, aunque lo pienso.

—¿Cómo se está ahí abajo?

Lo sé muy bien y me hago cargo, pero es una pregunta formularia.

—¿Cuándo nos van a sacar de aquí?

Lo deseas con toda tu alma, ¿verdad? Te aseguro que lo comprendo.

—¿Tan malo es?

—Gentuza, sólo hay gentuza.

Siempre acabo por ser el profesor, no puedo remediarlo.

—Escucha, Chaume, no los menosprecies. Cualquiera de ellos puede ser lo que tú y tú lo que cualquiera de ellos.

—Pero ¿qué está pasando? Aquí no se entera uno de nada.

—Lo arreglaremos, ya verás. Es cosa de horas, nada más que de horas.

Te desmoronas, Chaume, no estabas preparado para esto. Es muy posible que todas tus fuerzas se hayan consumido en mantener la gallardía ante el comisario que se ocupó de ti. Sea lo que sea, ahora estás derrotado y estoy seguro de que darías curso a las lágrimas con gusto si un resto de orgullo no te lo impidiera, delante de mí, al menos.

—No puedo comer nada.

Conozco ese nudo que se forma en la garganta y más tratándose de ti, nervioso, temperamental, sensibilísimo cómo eres.

—Bueno, eso tiene arreglo. Volverá el apetito y te recuperarás.

—¿Es que soy blando?

Me miras a los ojos y es muy tuyo hacerlo en momentos así. El simple hecho de formularme la pregunta es todo un homenaje, pues no dejarías translucir esa duda delante de cualquiera.

—¿Blando? Ni blando ni lo otro. Eres lo que eres, Chaume, lo normal a tu edad.

—Diego está como si tal cosa.

—Sois dos temperamentos. No hay por qué comparar.

Lo que eres es cambiante, paradójico, capaz de desconcertar al más pintado si no tiene muy en cuenta tu condición de adolescente, porque lo eres, Chaume, lo eres de una forma que yo diría paradigmática. Eres el típico ser contradictorio con el que nunca se sabe a qué carta quedar en cada uno de los momentos, aunque en conjunto se te conozca hasta el último repliegue.

—¿Qué dice mi padre?

—Te lo puedes figurar; pero eso fue en un primer instante; luego hemos hablado mucho y creo que me hará caso.

—¿Por qué no vino a verme?

—¿Lo has deseado tú?

—No lo sé.

—Es preferible así. Ya tendréis tiempo de veros y de hablaros.

Y ojalá haga honor a las promesas que me hizo. Él es una pieza clave en todo lo que te atañe. Lo único que temo es que al verte se sulfure. Pero cuento con un remedio, trataré de estar presente. El refrán dice, y dice bien, que vale más prevenir que curar. Es lo correcto. Tu padre, es verdad, responde al tópico que los jóvenes de hoy manejáis respecto a tal figura familiar. Pero los tópicos no existen en la realidad. Él es un hombre mejor de lo que aparenta y, aunque tiene prejuicios generacionales, razona bien y eso salva a cualquiera.

—Me rompe la cara.

—¿Tu padre?

—No le conoces.

—¿Cuánto va a que no te toca un pelo de la ropa?

—No apuestes, Horacio.

Me has sonreído, Chaume, y eso está mejor. La sonrisa distiende los músculos faciales y no sé qué relación hay entre la ausencia de rigidez de los tejidos de la cara y el estado del alma. Sonríe, pues, te hará bien, estoy seguro.

—Para pegar hay un primer momento y éste lo afronté yo sin consecuencias, así que sé lo que me digo.

Es propio tuyo cambiar de tema sin transición. Y te pones serio para hacerme la pregunta.

—¿Y Tesa?

Sostengo tu mirada.

—¿Tú qué crees? Ella está con vosotros, contigo y con su hermano, pero tendrás que oírla cuando salgas. No acostumbra a morderse la lengua, ya lo sabes.

Ahora te rebelas, hablas para ti mismo en realidad.

—Pero si no fue nada, no tenía que haber pasado nada. Fue sólo mala suerte.

—Mira, Chaume, no te engañes. Fue lo que fue, ni más ni menos. Pudo no haber pasado nada, sí; pero también pudo haber pasado todo… ¿Tú me entiendes?

—Sí, claro.

—¿Y esa mano?

La levantas delante de mis ojos.

—La curó un practicante. No era nada.

Te veo ante mí y pienso en lo que pudo haber sido… Una noticia en los periódicos; un nicho en el cementerio. Entonces no habría problemas. Con un final atroz todo pierde relieve.

—Si no estoy aquí cuando te suelten, llama a casa.

—De acuerdo.

—Adiós, Chaume.

—Adiós, Horacio… Y gracias.

No me las des. Esperabas de mí esto si no más, estoy seguro. Sois así los muchachos si se os hace caso. Lo esperáis todo sin preocuparos de que haya que entregar alguna cosa; pero es ley natural; también a vosotros os llegará la hora en que tendréis que dar a fondo perdido. Basta tener un hijo, y eso le pasa a cualquiera.

—Saldrán enseguida. No te preocupes, niña.

Estamos solas en casa. La pequeña no cuenta, duerme en su cesto.

—Es por Chaume.

Tu cara. Tesa, es transparente. Quiero decir que refleja tus estados de ánimo con una plasticidad pasmosa.

—¿Y tu hermano?

—Diego es distinto. Se las arregla bien en todas partes. Pero Chaume… ya lo sabes, resulta imprevisible.

Se te pone entre los ojos la arruguita inconfundible que, de todos modos, en cualquier momento puede ser barrida por una simple sonrisa.

—O sea que entre el amor fraternal y el otro amor hay diferencias esenciales.

Me miras como si te ofendiera, cuando sólo bromeo para tratar de

distraerte.

—No es eso y tú lo sabes. Chaume es impresionable, hipersensible, nervioso, imaginativo...

—Chica, le estás poniendo...

—Sólo digo verdades.

Y es cierto. Lo que pasa es que nunca es posible resumir en palabras lo que es una persona, y menos si está en la adolescencia.

—Saldrá de ésta —le digo convencida.

—Eso ya lo sé. Lo que no sé es cómo saldrá.

—¿Y qué importa? Salga como salga, Chaume cambia de humor cincuenta veces cada día.

Tú lo sabes mejor que nadie, Tesa, tú que lo soportas. Y no es que yo deje de considerar a Chaume encantador, porque lo es, a pesar de los pesares. Tiene *char me*, lo reconozco, y siempre te alabé el gusto. A ti te va que ni pintado, o, mucho mejor dicho, tú le vas a él. Contigo es algo. A solas se disgrega, se desarticula, se pierde como esas corrientes fluviales que se desvanecen en innumerables meandros al acercarse a la desembocadura. Cuando estáis de buenas es un cielo veros juntos, pero ¿cuándo estáis de buenas?, porque ésa es otra. Sí, la culpa es suya, ya lo sé. Tú no te alteras tan fácilmente; pero es que te priva llevarlo al frenesí y amansarlo luego, porque tú, Tesa, lo que eres es una domadora. ¡Dios, si él me oyera! Entre mujeres las cosas son claras como el agua. O no lo son. Depende. Convendrás conmigo en que él está convencido de que te tiene dominada. ¡Pobre Chaume! Participa de la simplicidad de tantos varones como han pasado por el mundo creyendo en utopía semejante. Dominar una mujer es mucho más difícil que dominar una provincia. De esto podrían hablar una legión de gobernadores civiles que son o han sido tales con su costilla a cuestas. Chaume es sólo un muchachito en realidad; pero tú eres toda una mujer, sí, a pesar de esa fragilidad aparente, sólo aparente, que te da ese cutis absolutamente limpio, ese pelo pajizo y ese talle que se abarca con la mano. Tienes cuerpo de chico, ¿sabes, Tesa? ¿A qué esperan tus pechos para manifestarse? Tus caderas son breves y tus piernas son largas. Sin embargo, aunque en ocasiones te confundan —«¡Oye, chaval!»—, se necesita no tener ojos en la cara, o que tú no hagas ni un solo movimiento; porque eres tan femenina que ya duele. Indago en ti, ya lo ves. Lo vengo haciendo durante todo el curso, desde que me formulé la pregunta en la primera clase: ¿Qué tienes, Tesa? Y todavía no he encontrado la respuesta.

—Voy a decirte algo.

Me gusta tu estilo conmigo. Eres directa, sin revueltas ni circunloquios, lo que en una chica se cotiza, créeme.

—Te escucho.

—Es de Chaume. Le quiero mucho.

Me estás hablando reflexivamente.

—¿No le querías mucho días pasados?

—Supongo que sí. Pero ahora me he dado cuenta de una forma distinta. Ahora lo sé, ¿comprendes?

—Trato de hacerlo. Ocurre que te lo han quitado, aunque sea de un modo transitorio, y no hay como que nos despojen de algo para apreciarlo en lo que vale.

—Chaume vale mucho.

—Sí, es posible que llegue a valer cuando acabe de cocerse.

Sabía que ibas a mirarme de ese modo, Tesa, y una de las cosas que más sugestivas me resultan en ti es que te adivino, te precedo.

—No tiene gracia eso.

—Eres lo bastante sensata para darte cuenta de que tengo razón. Tampoco le corresponde otro tipo de valor que el relativo que ahora tiene.

—El hecho de que le quiera no me ofusca. Conozco a muchos chicos.

—Desengáñate, el amor ofusca sin excepción. De otro modo la unión de dos resultaría insoportable. Por lo tanto, está bien que sea así.

Sabes ser obstinada cuando quieres.

—Yo aspiro a más lúcidamente. Conozco los defectos de Chaume, que son muchos, y le quiero... no voy a decir por ellos, claro, pero tampoco a pesar de ellos. Le quiero con ellos y eso es todo.

Tienes algo, Tesa, que a veces desconciertas. No sé si calas en todo lo que dices o te salen esas cosas como carambolas tiradas al tuntún. Con excesiva frecuencia tus respuestas aducen un equilibrio que no puede ser ya un componente definitivo de tu personalidad. Insisto en no creerlo. Y, sin embargo, das demasiadas veces en el clavo.

—Aceptémoslo, guapa.

—Puedes estar segura.

—Sí, pero ¿qué me dirás dentro de un año?

Es una forma, aunque muy superficial, de ponerla a prueba. Me gusta hacerlo así y ella se da cuenta.

—Yo no puedo saber lo que te diré dentro de un año.

—Luego no estás segura.

—¿Y quién lo está aparte de los tontos? Yo a Chaume lo quiero ahora. Pienso que también le querré dentro de un año y de dos y de muchos. Lo pienso, ¿sabes? También podría decir «estoy segura»; pero eso son palabras. Ni siquiera estoy segura de vivir dentro de un año, así que mira tú.

—Me da que sí, Tesa, me da que le querrás. No me preguntes por qué; pero como lo siento te lo digo.

Te debo eso: sinceridad. Quizá resida ahí lo sugestivo, mujeres ambas como somos, porque tú me correspondes en una medida tan colmada que, con frecuencia, consigues sorprenderme.

—Gracias. Me alegra oírtelo.

—Es de justicia. Sería hermoso que lo vuestro fuera distinto.

—¿Distinto de qué?

Lo sabes, Tesa, lo sabes perfectamente, pero quieres que te lo diga.

—De lo que vemos cada día, de lo que está de moda entre vosotros... hoy ésta, mañana aquél...

—Una cosa es gustarse y otra quererse.

—¿Y quién traza la frontera?

Gozo haciéndote hablar, lo reconozco.

—Nadie que sea consciente lo confunde. Gustan muchos. Se quiere a uno. Siempre encuentras respuesta, lo sé muy bien y no te lo reprocho. Sólo que en la vida es más complejo, pero no voy a decirte nada sobre el particular. Soy tu profesora, además de tu amiga, y no lo olvido. Sin embargo, tentaciones no me faltan.

—¿Y a cuántos has querido tú?

—Lo sabes, Ana, ¿por qué me lo preguntas?

Es cierto que lo sé.

—Chaume es tu primer amor. De acuerdo.

—No me gusta que se formule así. Suena cursi.

—Pero ¿lo es o no lo es?

—Supongo que sí.

—¿Entonces?

—Quiero decir que no se parece ni en pintura a lo que sugieren esas palabritas. De tórtolos y todo eso, nada.

—Lo creo, hija, lo creo. No me figuro a ti y a Chaume...

—Por favor, no sigas.

No hace falta. Decididamente me resuelvo por la broma.

—A veces me pregunto si tenéis la piel como papel de lija.

—¿Qué quieres decir?

—Sois dos cardos.

Ahora me miras divertida.

—¿Y qué querías?

Nada, ¿qué iba yo a querer? Nos reímos las dos en perfecta inteligencia.

Hubo una época en que Horacio era lo que se dice un hombre de acción. Estaba en la universidad y corría la segunda mitad de la decena de los cincuenta. Se trataba de acabar con el SEU, el «sindicato del gobierno», y ése era sólo el primer paso al decir de los «cerebros» del momento.

—Con el SEU acabamos, pero ¿qué fue de los «cerebros»?

Es ya de noche y hay una luz baja tan sólo en el estudio-estar-comedor que, con muy poco más, constituye el hogar de la pareja de profesores. Ana María lo pregunta al hilo de una conversación trenzada en el recuerdo y que ya nadie podría decir de dónde vino o por qué empezó.

—Tú y yo estamos aquí.

No hay convicción en el tono de voz que emplea Horacio.

—Ni éramos nosotros quienes llevábamos la batuta, ni dejamos de ser un par de profesionales integrados de algún modo en el sistema.

—Yo no abdico de nada de lo que creí entonces.

—No, claro, no abdicas. Yo tampoco, ¿sabes? Ahora bien, ¿para qué vale eso? No hemos cambiado nada.

—Pero tampoco nos hemos integrado, como tú dices, a no ser en apariencia.

—Sí, nos conservamos, es verdad, somos puros en cierto modo, pero, dime, ¿no somos también ineficaces?

Horacio baja la pipa y mira despacio a Ana María.

—¿Estás cansada?

—Has sido tú quien ha sacado esta conversación.

Con sorpresa no fingida.

—¿Yo?

—Bueno, es igual.

—Si me dices algo que pueda hacer, aparte de no entrar en la carrera consumista de los electrodomésticos, de no aceptar el pluriempleo y de enseñar a los chicos a mi modo...

Su mujer no le sigue.

—¿Te acuerdas? —habla con añoranza—, corríamos riesgos evidentes.

—Dímelo a mí.

—Sí, a ti te cogieron con las manos en la masa.

—Fue toda una experiencia.

—Pero era emocionante.

—Era sobre todo desproporcionado, ambicioso y utópico...

—Precisamente por eso. Ahora en cambio...

—Supongo que para los estudiantes será muy parecido.

—Sí, pero ¿dónde están los estudiantes de entonces?

—La sociedad nos devora poco a poco. El establecimiento nos dispersa, nos tienta, nos halaga y luego nos digiere.

—¿Recuerdas que lo decíamos?: «Con nosotros será distinto».

Horacio mira al techo con su calma habitual.

—No me canso de repetírselo a mis alumnos. Trato de prevenirles, créeme. La juventud nos abandona a traición. Nadie se entera de que deja de ser joven hasta que, efectivamente, ha dejado de

serlo. Entonces es tarde ya. La sociedad se aprovecha de este hecho. Le basta con movilizar de momento a los guardias, sentarse y esperar. Los jovencitos de la subversión vuelven solos al redil.

Hay un silencio que se adivina acechado por el recuerdo.

—Nos conocimos en una reunión.

—Fue la última antes de que allanaran el piso.

—Tú hablabas mucho entonces. Yo te vi como a uno de aquellos estudiantes rusos anteriores a la caída de los zares. Me deslumbraste, chico.

La sonrisa de Horacio es apacible.

—Me lo has dicho otras veces, pero no te creo. Es un romanticismo que no te va de ningún modo. Tú, en cambio, me interesaste por la anatomía, sobre todo.

—Grosero.

—Mujer, una cosa no quita la otra. Se puede conspirar, hacer la revolución, sin dejar de catar al mismo tiempo los encantos del sexo subversivo, si es contrario al de uno.

—Y hasta si no lo es, tonto.

—Nos dio muy fuerte, ¿verdad?

—A ti sobre todo. Estabas insoportable.

—Pues no se puede decir que tú me pusieras demasiadas dificultades.

—El que nos acostáramos tan pronto no significa nada. Recuerda. Estábamos contra todos los mitos y nos reíamos de cualquier convencionalismo. Al principio se puede decir que lo hacíamos más contra la sociedad que a favor de nosotros mismos.

—Yo no estoy tan seguro…

Ana María se impacienta.

—¿Por qué quieres representar ahora el papel del celtíbero consumado, si sabes que no te va en absoluto?

—Bueno, te he hecho una hija, ¿no?

Ella se levanta y da unos pasos por la habitación.

—¡Vaya, hombre! Eso fue después de casi diez años de casados.

Horacio sonríe con sorna.

—Cualquiera que te oiga pensará que necesité todo ese tiempo para ponerte en estado de buena esperanza. Ni tanto ni tan calvo.

—Fue un convenio mutuo, de acuerdo.

—Cuando has querido una niña te la he dado.

—Sí, hombre, sí. Y yo no tomé parte. Hablas como si realmente hubieras dado a luz.

—El no compartir ese destino vuestro es ya el único privilegio que nos queda a los hombres.

—Descuida. Que avance un poquito más la ciencia y ya no os necesitaremos ni siquiera para lo otro.

—Llegados a ese día, los españoles no tendrían razón de ser.

—Bromas aparte, tú y yo como pareja somos hijos de la subversión del 57.

—Cuidado, Ana, eso que dices suena mal, suena como a fulaneo o cosa así.

—La conspiración, como la guerra, es un buen afrodisíaco. Eso lo explica todo.

Va a arropar a la niña que se había destapado.

—Qué distintos Chaume y Tesa de nosotros.

—¿Estás seguro tú?

—¿Qué quieres decir?

—Exactamente lo que digo.

—Teóricamente somos jóvenes tú y yo; pero esta nueva generación nos arrincona, ¿te das cuenta?

—En eso tienes razón. Cada día que pasa ocurre más que el movimiento juvenil está siendo protagonizado por los adolescentes.

—Sí, estos chiquillos, sin dejar de serlo, han acortado las distancias en perjuicio nuestro.

Ana María contempla a su marido.

—A ti te encanta.

—¿Tú crees?

—Desde luego, puesto que lo fomentas.

Horacio se toma tiempo para replicar.

—Fomento que sean personas lo antes posible. Y lo fomento porque lo necesitan. La vida está cambiando muy deprisa. Es igual que las estructuras parezcan no evolucionar. Cualquier día se caerán de viejas. Pero los chicos y las chicas son cada vez más libres y han de enfrentarse antes con opciones de todo tipo que, hasta hace bien poco, estaban reservadas por lo menos a la edad del servicio militar.

—No te hagas demasiadas ilusiones, que queda mucho camino.

—Eso sin duda; pero la marcha ha empezado y ya no hay quien la detenga. He ahí el drama, que se pretende seguir dando una educación convencional para unos tiempos que están dejando a marchas forzadas de. ser convencionales.

—¿De veras lo crees así?

—A nivel de los chicos, desde luego.

—Será al de los más lúcidos, porque la masa está más alienada que nunca. Yo lo veo por mis alumnas.

—Pero da la casualidad de que ésos, los lúcidos, como tú dices, son los que rompen los moldes. Los demás, la masa, les siguen como borregos.

—¿Y qué se puede hacer?

—No mucho, por supuesto. Casi nada más que una labor individual.

Ana María se queda pensativa contemplando la pared.

—Sorprende la ferocidad con que reaccionan los adultos.

—Aquello fue demencial. Enseguida pensaron en la droga, tiene gracia...

—¿Tú se la ves?

Horacio no depone su sonrisa.

—Un país que se droga cada día, desde luego en un plano psicológico...

Ana le corta:

—No te vayas por las ramas del discurso.

—No, guapa, no era ésa mi intención.

—Con droga o sin ella se cargaron nuestras reuniones.

—¿Y te extraña? Aquí, de reunirse para algo, que sea para ver jugar al fútbol. Eso no trae complicaciones y hasta puedes salir por la televisión.

La niña rompe a llorar y su madre se inclina para tomarla en brazos.

—Ven acá tú...

—¿Qué pasa?

Ana se vuelve a Horacio.

—Es su hora.

Fue un escándalo. Sí, es verdad, armaban ruido; eso era inevitable; pero también lo son otros tantos y tantos fenómenos de la naturaleza. Si no se es comprensivo se amarga uno la vida. Veinte chicos y chicas en un piso utilitario se hacen notar mucho más que en un palacio, pero no son peores por ese simple hecho. No se puede pedir a los diecisiete años lo que tan fácilmente se obtiene de los setenta y uno, aunque se haya cambiado únicamente el orden de los números. La llegada del 091 causó sensación en la escalera. Fue una llamada anónima según se dijo luego; pero cada vecino estaba en su descansillo cuando subían los agentes. Los comentarios carecían de toda originalidad.

—Ya era hora.

—Lo de ahí arriba es una vergüenza.

—¡Esta era una casa decente hasta que llegaron esos profesorcillos!

—¡Menuda orgía deben tener armada!

—¡Y que todas son menores!

—¡Yo a una hija mía la deslomaba!

—¡A saber lo que hacen!

—Pues mira que los chicos, porque tienes un hijo que todavía es un bebé y te lo enredan...

—Es que hoy todo está patas arriba.

—Lo que yo digo, ¡hasta dónde vamos a llegar!

La reunión era ordinaria. Es decir: ni más ni menos de lo que venía siendo cada sábado. Un tema a debate y, por momentos, coloquio reposado, silencio reflexivo, discusiones altisonantes, gritos, risas, patadas en el suelo, arrastrar de sillas y hasta aplausos y vivas para caer de nuevo inexplicablemente en el silencio. Auscultada desde fuera, sopesada por mentes cicateras, por corazones encogidos, por edades frustradas, podía recibir las interpretaciones más delirantes, malévolas todas, al menos maliciosas.

—Policía.

Las placas a la vista y Horacio haciendo frente.

—¿Y bien?

—Que no salga nadie de este piso. ¿Podemos pasar?

—No tengo inconveniente; pero agradecería que me explicasen ustedes... Estoy en mi casa, comprendan.

La voz del profesor, ante la expectación de la veintena de muchachos, era serena y sosegada, una voz eminentemente pedagógica.

—Ha habido una llamada y cumplimos con el deber.

—Me hago cargo.

—¿De qué se trata aquí? ¿Quiénes son esos?

—Soy profesor y mi mujer también. Todos los presentes, chicos y chicas, son alumnos nuestros sin excepción.

Con incredulidad.

—No me diga que estaban dando clase.

—En cierto modo, sí.

Era evidente la reticencia del inspector. Los dos policías armados de la escolta se mantenían detrás muy comedidos de momento. ¿Habían esperado tropezar con una ¡bacanal? No era su culpa, en todo caso, sino del vecindario.

—¿Quiere explicarse?

—Una clase informal, por descontado, pero un complemento, al fin y al cabo, de la enseñanza que impartimos en nuestros institutos respectivos.

—¿No le importará que echemos un vistazo?

—Desde luego que no.

El hombre pasó adentro venteando el aire sin ningún disimulo.

—¿Qué se ha fumado aquí?

Ana María se adelantó.

—¿Y usted qué cree?

Resultaba agresiva sin proponérselo; más que agresiva, segura de sí misma, llena de convicción.

—Importa el hecho, no lo que yo crea. Responda, pues.

—Aquí se fuma negro. Ni a estos ni a nosotros nos sobra dinero para pagar el tabaco americano. Pero si usted piensa en otra cosa...

Horacio la interrumpió.

—Ana María…

—Busque, busque —siguió ella—, y que le ayuden los vecinos.

El policía se volvió a Horacio.

—¿Es su mujer?

—Y la madre de aquella niña.

La señaló en brazos de Tesa.

—Procure que se modere.

Pero ella se había lanzado.

—¿En qué país se cree que está? Yo sí me modero me modero sola. Nadie tiene que procurar nada por mí.

El inspector lo dio por bueno y pasó al interior con los ojos bien abiertos. No encontró nada de lo que quizá esperaba porque no había nada que encontrar; pero se entretuvo en los estantes de libros que llenaban las paredes y anotó alguna cosa.

—¿Qué es lo que ustedes enseñan a esos chicos?

Tomó Horacio la palabra.

—Todo lo que creemos que necesitan saber.

—Pero eso ¿qué es? ¿Latín, álgebra, física, idiomas?

—Eso es lo secundario.

—No me diga… Revolucionan, entonces, los planes oficiales de enseñanza?

—Si estuviera en nuestra mano… créame, seríamos beneméritos.

El policía guardó sus notas.

—Bien. Esta fiesta se ha acabado. Ustedes dos me acompañarán para explicar en comisaría sus teorías y en cuanto a los chicos y las chicas que se vayan a sus casas.

Cuando una cosa se tuerce no es que no pueda ser enderezada. Lo difícil es que no quede señal o marca alguna. Hubo muchas preguntas, muchas comprobaciones y no se probó nada. El revuelo transcendió de la escalera y llegó al instituto, e incluso a los padres de familia. Entre éstos hubo alguno que se sintió protagonista de un escándalo en la carne de su carne y no faltó periodista que se hiciera eco, aunque sin especificar los nombres. Con los vecinos todo quedó en la omisión mutua del saludo y en las caras hostiles por parte de los mismos e indiferentes por la de la pareja. Horacio fue requerido por el director del instituto. Hubo primero un intercambio de frases hasta amables, pero eran lugares comunes, al dictado de la cortesía.

—Bien, señor director. Vayamos al grano.

Horacio a veces pecaba de directo.

—El grano, amigo mío, son esas reuniones.

—Con qué era eso, ¿verdad?

—Sí, era eso. Tienen que terminar.

—¿Las reuniones?

—Usted lo ha dicho.

—Bueno, se trata de una actividad particular, fuera de este centro...

Le interrumpió.

—Sí y no. Desde el momento en que ustedes han invocado su condición de profesores y dado que los asistentes son alumnos del instituto, en fin, me creo con jurisdicción para intervenir.

La sorpresa invadió a Horacio.

—Pero...

—Lo hago por su propio bien, créame. Esto ha transcendido a las familias y se ha creado un clima... Es delicado, ¿no se da cuenta?

—¿Desconfía usted?

—No se trata de mí.

—Sin embargo quisiera que respondiera a mi pregunta.

—¿Por qué no? Personalmente no creo una palabra..| Vamos, que no comparto en absoluto esas sospechas.

—Sin embargo usted cede ante ellas.

Fue evidente que el director se molestaba, por más que tratara de disimularlo.

—Desde mi puesto todo se ve distinto. Hay una cosa que se llama prudencia, ¿la ha oído nombrar alguna vez?

—Sí, conozco esa clase de prudencia, ese aguachirle que se imparte desde arriba para rebajar de grado todo lo que vale la pena, para mantener a la gente en ese nivel de perpetua alienación, para...

Horacio se lanzaba algunas veces y dejaba entrever al estudiante que había sido años atrás; pero el director le interrumpió con sequedad, ya sin fingida cortesía.

—Si usted quiere seguir perteneciendo a la plantilla de este centro, se limitará a cubrir el programa de su asignatura y dejará en paz a los alumnos fuera de las paredes de su aula. ¿Está claro?

—Sí, señor. Está clarísimo.

Siempre hay un tono que añadir a las palabras, un tono que dice más que ellas, que dice, incluso, mucho más.

Horacio abandonó el despacho con un seco «buenos días». Lo abandonó en la convicción de que abandonaría igualmente el instituto; pero Ana le ayudó a pensarlo mejor. Ella había sido requerida también por su directora, pero la conversación había tomado un sesgo diferente. Habían chocado un tanto, eso sí, pero más bien en plan de camaradas.

—Que no hacéis nada malo... eso ya lo sé yo, mujer. Te diré más: Envidio esa influencia que tienes tú sobre las niñas, ese ascendiente...

—Pues si es así comprenderás que quiera aprovecharlo en un clima más abierto, más real que el de las clases.

—Desde luego que sí; pero no olvides el contexto, ¿cómo te lo

diría?... La sociedad que tú y yo deseamos para esta nueva generación que tenemos en las manos es muy distinta de la que padecemos. ¿Te das cuenta?

—Por supuesto.

—Pero la que está vigente es ésta, y ésta se defiende, se resiste al cambio con uñas y dientes y no se para en barras.

—¿Te refieres a los vecinos?

—Me refiero a los vecinos, y a la policía, y a ciertos padres de alumnas...

—¿Qué sugieres, que abandone?

—De ningún modo.

—¿Entonces?

—Sugiero prudencia, astucia más bien...

—¿Hipocresía?

La directora miró a Ana con reproche.

—Estás quemada con este asunto y lo comprendo; pero eso no disculpa que seas injusta conmigo.

—Perdona.

—No, nada de hipocresía, por supuesto. Quería decir habilidad... ¿es prudente en tauromaquia ponerse en la línea de los cuernos?

—Supongo que no.

—Pues aquí es lo mismo.

Acabaron bromeando y riéndose. La sorpresa fue de Ana cuando conoció el cariz que había tomado la cosa en el instituto de Horacio.

—¿Es posible que sea tan cerrado ese individuo?

—¿El director? Mira, ése es de los que hacen carrera, ¿comprendes?

En lo que no hubo acuerdo fue en la idea de abandonar, de darse el gusto de presentar la dimisión, de dejar al director con un palmo de narices.

—¡Yo no paso por esto! ¡Le digo cuatro cosas y luego doy el portazo!

Ana estaba serena.

—¿Y qué?

—¿Cómo y qué?

—¿Crees que se va a disgustar? Al contrario, hombre, le harías feliz. Además, ¿y tus chicos? ¿Ganarían con el cambio? ¿Qué harías con ellos?, ¿poner una cátedra al aire libre?

—Mira, Ana, no estoy para bromas.

Pero, como otras veces, prevaleció el criterio de la mujer, su certero instinto, su sentido común. Hubo que renunciar a las reuniones de los sábados eso sí. Es decir, renunciar al local propio, a la comodidad de hacerlas en la casa; pero siguieron adelante en los mesones, en alguna cafetería barata, con los inconvenientes del ruido

y del bullicio, obstáculos no demasiado graves, es verdad, tratándose de jóvenes.

—Hay que pagar el vino.

—Que yo he tomado coca-cola.

—¿Y qué, macho?

—Esto se paga a escote.

—¿Las chicas también?

—¿Qué os habéis creído vosotras?

Pero Horacio pagó por todos.

—Por esta vez, ¿eh?

III

MI PADRE no me pegó; pero dijo su frase lapidaria. Según Horacio no debo tenerlo en cuenta. —«Son palabras, nada más que palabras»—. Su teoría es que a las palabras se las lleva el viento; pero ¿y si no hay viento?, ¿y si las palabras son como pedruscos arrojados a la cara del alma? —«¡Ya está el romántico!», me dice. «¡De romántico, nada!»—. Y conste que me acondicioné para aguantar lo que me echara. Si merezco algo, bueno o malo, yo lo admito; sea lo que sea. Pero sobre lo justo y lo injusto no tiene nadie nada que enseñarme. Ni mi padre. Para Horacio todo es natural. —«Tiene que desahogarse de algún modo; mejor que sea sólo con palabras!»—. Conforme, pero no estoy de acuerdo en eso de que las palabras son sólo palabras. Las palabras, a veces, tienen filo y cortan, aunque no sangre el cuerpo, sino el alma. Una bofetada es una bofetada. Es algo físico, quizá brutal; pero es sólo un estallido del que no hay que sacar demasiadas consecuencias. Las palabras son distintas; tienen un argumento del que cabe extraer innumerables deducciones. Según Horacio, si me hubiera pegado, en vez de hablarme, ahora lo vería todo al revés y estaría bufando contra la bofetada. —«Por favor, Chaume, admítelo»—. Bien, es muy posible. Yo también tengo defectos, no lo voy a negar; pero mi padre está tan convencido de sus razones, que no hay diálogo posible.

—Gracias, Diego.

Salimos a la vez y nos despedimos antes de caminar cada cual hacia su progenitor.

—Hasta la próxima, Chaume.

Diego se trae encima un cachondeo que no veas. No hay nada que le desarme, al parecer. Es fabuloso. Creí que mi padre me besaría. No suele hacerlo, es la verdad, pero el momento era especial. ¿Qué son los besos de un padre? No lo sé. Será un rito, en todo caso una rutina que viene de la infancia, qué sé yo. Se aprende que las caras pinchan, son ásperas. De pequeño gusta. Luego se soporta. Es normal. ¿Deseaba yo que me besara? Lo digo porque me lo había planteado. Por un lado, sí, debo reconocerlo; pero por otro no. A mi edad eso avergüenza. Será una tontería, probablemente no vale la pena ni hablar de ello. No me besó.

—Vamos a casa —dijo secamente.

—Sí.

Luego el silencio. Es cierto que no era un taxi el lugar adecuado para soltar lo que llevaba dentro. Sin embargo las cosas, si no se dicen enseguida, aprovechando el primer instante, adquieren una solemnidad, una como premeditación que lo agrava todo. Odio las

escenas; es algo que no soporto. Una bronca, cualquier bronca, puede ser resumida en dos palabras. Bien, pues que te las digan; que te las digan despacio, claramente, ordenadamente y que te dejen en paz. La bronca no se hace larga por causa del argumento, sino por la necesidad que tiene el que la echa de desahogar lo que lleva dentro. Pero ése es su problema, no el tuyo. Entonces el que te riñe se va enrollando más y más, una cosa trae la otra, y se acaba diciendo lo que no estaba previsto. Si estoy equivocado que me lo demuestren. Horacio dice que somos seres humanos, no robots. —«La pasión va con el hombre, carecer de ella sería monstruoso, casi nos haría repelentes»—, pero la pedagogía no es el fútbol o los toros y las consecuencias de gritar a un hijo no son las de hacerlo a un pobre árbitro o a un torero que mata mal y tarde. El primer año de colegio, cuando estaba todavía con los curas, ya tuve mis tropiezos por hablar. Ahora me pregunto si hay algo más

antinatural que hacer estarse quietos y callados a los niños.

—¡Voy estando de usted hasta la coronilla!

Sin duda era cierto; pero aguantarme formaba parte del oficio, ¿o no era así?

—¡Yo también! —respondí.

Hizo que no me había entendido, pero ya se le habían congestionado esas venas que llevan los adultos a ambos lados de la frente.

—¿Qué es lo que dices?

—Nada.

¿Esperaba otra respuesta? Bueno, pues, ¡Dios la que me cayó! Que le había faltado al respeto era algo que yo tenía presente. No se arreglaba nada con gritar. Entonces, ¿por qué hacerlo? Cuando yo sea mayor me cuidaré muy mucho de obrar en forma semejante. Es cierto que soy temperamental y que me callo con dificultad.

—¡Porque lo digo yo!

Había formulado a mi padre la pregunta, atosigado con sus exigencias de que estuviera en casa a las diez y media como máximo. No veía la razón. Y él, en lugar de explicarme sus motivos, me largó una respuesta estúpida que, a pesar de todo, se repite generación tras generación.

—No estoy de acuerdo.

—¿Y quién pide tu conformidad? Donde hay patrón no manda marinero.

Pero ni él es patrón ni esto es un barco.

—Ya creceré —le dije, y, entonces, me pegó.

Sí, reconozco que puse en el tono más despecho del que él podía soportar. Pero a lo que iba, de la bofetada me olvidé enseguida. De lo que añadió en larga retahíla, no. Ocurre que si te ponen la mano

encima les queda mala conciencia. Y entonces necesitan justificarse con discursos, sin darse cuenta de que es mucho más a sí mismos a quien están hablando que a nosotros.

—¿Te parece bonito lo que has hecho?

Empezó así. Es la clásica pregunta retórica cuya respuesta ya se conoce, pero hay que hacer para dar paso al fuego graneado. Estábamos los tres, es decir, nosotros dos y mi madre. A Horacio no tuve modo de localizarlo como teníamos previsto.

—Contesta a tu padre, Chaume.

Ella estaba todavía secándose las lágrimas; pero yo me obstiné en el silencio. Que hiciera preguntas razonables.

—¡Déjalo, mujer! ¿No le conoces?

—¡Por favor!

Aún no sé si mi madre me pedía el favor a mí o a él.

—Cría hijos para esto; deslómate a trabajar; dales estudios, todo, para que vivan como tú no viviste nunca, para que sean hombres que se hagan respetar y ¡mira con lo que salen!... Escucha esto: Tengo cuarenta y cinco años y no fui detenido jamás. Jamás pisé una comisaría, jamás.

Los padres son perfectos, ya se sabe. Debe de ser que la raza se deteriora de generación en generación.

—Tiene razón tu padre, Chaume. Nunca sobró el dinero en esta casa, pero a honrados no hay nadie que nos gane.

—¡Déjalo, déjalo! ¿No lo ves ahí? ¡Tendría que medirle las espaldas, que es el único lenguaje que entienden estos mequetrefes de hoy en día!

Yo no pensaba abrir la boca; fue la indignación que se había ido acumulando en mi interior quien puso las palabras en mis labios.

—Si te vas a sentir mejor puedes hacerlo.

Sabía lo que arriesgaba y me pasma que no ocurriera lo que cabía esperar. Hizo ademán de abalanzarse, sí, y mi madre se puso de por medio. Pero sé que si hubiera querido pegarme realmente, no hubiera bastado el gesto de ella para que se detuviera.

—¡Quítate de mí vista! ¡Desgraciado!...

No recuerdo exactamente la lista de sus insultos. Mi madre dijo:

—¡Vete, Chaume!

Ya estaba en el pasillo cuando me alcanzó el último dardo.

—¡Has nacido para ser el martirio de tus padres!

Esta es la frase que se ha fijado en mí, quizá por nueva, por nunca oída. Él ha tenido siempre muletillas al reñirme que, por lo repetidas, han perdido en absoluto su fuerza literal. La primera vez que un niño oye decir a su padre «te voy a matar» puede asustarse. Cuando se lo repiten por activa y por pasiva, sabe qué significado y significante no tienen nada que ver. Decir por otra parte que yo soy su «martirio»

resulta tan excesivo a todas luces, que me haría reír si no me indignara. Porque también podía volver la oración por pasiva, pues si alguien me martiriza a mí, y reconozco que habría que matizar con comillas la palabra, son ellos, mis padres, y sólo ellos. ¿Con quién vengo yo luchando día a día? ¿Quién me coarta una y mil veces? ¿Con quién libro una batalla que ya hiede a propósito de la hora de llegada por las noches, las salidas de Madrid, la longitud del pelo, el momento de acostarme o levantarme, los gastos personales, el modo de vestir y tantas otras cosas? Es bien fácil rememorar las frases tópicas que jalonan la vida en el hogar de un hijo de familia: «Estas no son horas de estar en la cama», «Hoy te cortas ese pelo», «A las diez y media en casa», «No te quiero ver con esa facha», «He dicho que no vas y no vas», «No contestes a tu padre», «A tu madre no se le habla en ese tono, ¿estamos?», «A la próxima te pongo a trabajar», «He dicho que cuelgues el teléfono»… Habría, pues, mucho que hablar a la hora de decidir quién martiriza a quién.

—Bueno, sea como sea, estás aquí y me alegro.

—Gracias.

He venido a ver a Horacio con verdaderas ganas. Es la única persona de mi sexo con quien puedo confidenciar y me he acostumbrado a ello.

—En cuanto a tus padres, ¿qué esperabas?, ¿qué te coronaran con guirnaldas?

—Ni uno ni otro. Hay un término medio, ¿no?

—Sí, para los perfectos, claro.

—Desde luego que ellos no lo son, eso puedo jurártelo.

—Y tú tampoco, Chaume.

Me revienta un tanto esta serenidad de Horacio cuando habla como cargado de razón.

—¿Pretendí serlo alguna vez?

—No basta reconocer las propias limitaciones si no se aceptan las de los demás.

—O sea que, según tú, tengo que agradecérselo encima.

Conozco su respuesta antes de oírla.

—Tampoco es eso. Tienes que no darle importanciaˆ comprender, contar con ello.

—Claro, tú ya te has olvidado de cuando vivías bajo la férula de tu padre.

Se ríe y, en cierto modo, me fastidia que lo haga.

—En efecto, Chaume; a su tiempo me tocó mi ración de hijo, como a todo el mundo. Y, ya ves, he sobrevivido. Entre hijos y padres hay siempre un forcejeo, unas tensiones, un toma y daca, ¿comprendes? Está en la dinámica de la vida. En esa controversia,

precisamente, se afirma la personalidad naciente de los hijos.

—Se afirma o se anula.

—No es probable, no en tu caso, por lo menos. Desde luego que todo exceso es malo; pero es menos corriente cada vez que los padres se excedan. Los jóvenes estáis ganando la batalla, eso es indudable. A los padres les queda el derecho al pataleo, que es el último de los derechos humanos, aunque no esté en la famosa declaración internacionalmente reconocida. Entonces se desahogan verbalmente. ¿Qué menos se les puede consentir? Piensa, por otra parte, que un día serás padre, tú y todos los de tu quinta. Por lo tanto, defender los derechos de los padres, algunos por lo menos, viene a ser como una inversión inteligente.

—Me estás sermoneando.

No acostumbra, es verdad, y se defiende.

—Nada más ajeno a mi intención. No moralizo, como ves, no te estoy exigiendo nada que yo sepa. Simplemente pienso en alta voz, pienso contigo, trato de hacerlo, al menos.

Tiene razón y no me cuesta ningún trabajo dejar constancia de ello.

—De acuerdo —digo—. Pero, ¿no será que te estás pasando al enemigo?

—¿Yo?

Le he sorprendido.

—Sí, tú. Al fin y al cabo ya eres padre.

—¿Lo dices por ésa?

Señala al cesto con gracia.

—Es tu hija, ¿no?

—Diríamos que, de momento, es hija de su madre. Mientras dura la lactancia, el mojar los pañales y el emitir sonidos inarticulados, los hijos lo son sólo de las madres. El padre casi estorba, es como un espectador tolerado nada más.

La niña duerme ajena a nuestras disquisiciones. Hace bien. Pronto llegará Ana María. Tengo unas ganas locas de echármela a la cara.

—Pues mi padre se mete en todo. Yo jamás le he visto como espectador.

Vuelve a reír con ese sosiego suyo tan particular;

—Tú no eres un bebé, hombre.

Me pico, claro.

—Eso puedes jurarlo.

Pero lo fui, naturalmente. Yo fui el niño esperado durante cinco años y que, además de primogénito, resultó unigénito, por usar el lenguaje consagrado. Eso quiere decir que, según la leyenda familiar, fui insoportable y consentido. Es posible, pero debió durar muy poco, pues yo no lo recuerdo, porque algo así no puede consistir en que mi

madre me llamara «rey de la casa» cuando yo estaba terminando el bachiller elemental. Recuerdo, en cambio, las escenas con mi padre, porque nunca consiguió que yo me sometiera enteramente.

—¿De dónde vienes?

Habría que hacer operaciones complicadas para calcular el número de veces que me habrá hecho esta pregunta.

—De dar una vuelta.

—¿Y dónde es eso de dar una vuelta9

—Por ahí.

—¿Qué quiere decir por ahí?

—La calle, papá, no sé...

Las baterías se iban cargando, me daba cuenta perfectamente.

—¿Y con quién?

—Con los amigos.

—¿Qué amigos son ésos?

Yo no sé cómo inquiría el Santo Tribunal en sus mazmorras; pero esa insistencia de mi padre siempre me logró sacar de quicio.

—¿Qué amigos van a ser?

Ya estaba implícito en el tono de mi voz que nadie me arrancaría una palabra.

—¡Eso es lo que pregunto! ¡Precisamente eso! ¿Qué amigos?

—No les conoces.

Se ponía frenético y más de una vez me cayó la bofetada. Pero lo más curioso es que yo no tenía nada que ocultar. Había estado con los compañeros de mi clase, nada más. Entonces ¿qué? Muy sencillo. Era una cuestión de principios.

—¡Chaume!

Ana María abre los brazos sólo verme, y yo caigo en ellos sin pensarlo dos veces.

—Ahí le tienes —dice Horacio tan tranquilo—. No ha cambiado ni esto, te lo aseguro.

—¿Y Tesa, no ha venido contigo?

Sigo abrazado a ella, lo noto y me turbo. Entonces me separo.

—No, no podía. Además ignoraba que estuvieras aquí.

—Me muero por verla.

—Eso tiene remedio. Venid los dos a tomar café.

—Gracias, Ana.

Se va hacia el cesto de su hija. La veo de espaldas y me doy cuenta de que parece todo menos una madre. Yo me entiendo.

—¿Has visto lo hospitalaria que es mi mujer?

Ella se vuelve con la niña en brazos.

—Bien sabe Dios qué no te la mereces.

A mí me hace gracia.

—Desde luego que no —digo.

—Vaya, hombre, ¿os habéis aliado contra mí?

Estoy al lado de Ana María y la tomo por la cintura.

—Creo que he escogido la mejor parte.

Ella me roza la mejilla con sus labios.

—Gracias, guapo.

—En ese caso, me retiro. Por separado puedo con cada uno, pero los dos juntos superáis mis posibilidades. Voy a tomar un vino.

No es la primera vez que estamos solos Ana y yo.

—Tenme la niña.

Me la pone en los brazos. No voy a decir que entiendo de esto, pero por lo que toca a esta criatura lo sé todo. No en vano nos hemos quedado Tesa y yo a cuidarla tantas veces.

—¿No me mojará?

—Es una señorita, ¿qué te crees?

Ana María se mete en la cocina y yo me paseo por el cuarto con la niña que me sonríe, sí, porque evidentemente es sonreír eso que hace con la boca; pero yo tengo ganas de hablar con su madre y grito.

—¿Puedo dejarla en el cesto?

—Si no llora, sí.

Hago por ello. La deposito suavemente y despliego mis mejores recursos mientras me alejo poco a poco como quien no quiere la cosa. No, no llora; es un encanto esta niña o está muy bien acostumbrada; el caso es que se queda tan tranquila.

—Tu hija —le digo a Ana— no se queja, ya lo ves.

—No cantes victoria antes de tiempo.

Está haciendo una de esas comidas rápidas que ella prepara, porque odia la cocina y todo eso que se encierra en la frase «sus labores».

—Tenía unas ganas de verte...

No sé por qué se lo digo.

—¿A mí?

—Sí, claro. Es curioso, me acordaba mucho de ti.

—Vaya, ¿y Tesa? <

—También de ella, claro.

Estoy apoyado en el quicio de la puerta y puedo contemplarla a gusto mientras trajina con los cacharros.

—Eres un sentimental, Chaume, no hay remedio, naciste así.

—¿Y es malo?

—Sí y no.

—Eso no es una respuesta. Sí y no son contradictorios. Se ríe.

—¿Es eso lo que os enseña Horacio?

—No te metas con tu marido.

—Dios me libre. Ser sentimental es malo y no es malo. Depende. Para unas cosas sí, para otras no.

—Ah.
No sé por qué lo digo, pues me he quedado in albis.
—¿Te gusta amar, verdad?
La pregunta me ha cogido por sorpresa.
—Supongo que eso le gusta a todo el mundo —replico a la defensiva.
—A unos más que a otros, no creas. Lo que gusta a todos es ser amados.
—Toma, y a mí también.
Viene hacia mí y me hace una caricia de esas suyas mirándome a los ojos.
—¿Y tienes queja, Chaume?
Nunca sé si me habla en serio o en broma. Me pongo muy nervioso, no puedo remediarlo. Pero precisamente ahora la niña rompe a llorar y lo hace a gritos.
—¡Vaya por Dios!...
Ser hijo único se las trae, de eso puedo dar fe. Hubo una época en que yo iba al cine con mis padres y, al principio, muy a gusto, debo reconocerlo. La de rollos que habrán aguantado para poder ir con «el niño». Pero luego crecí y nadie creería la batalla que tuve que librar para que comprendieran que me gustaba ir al cine, sí; pero no con ellos. Porque el cine me apasiona. Pero, entre otras razones, ¿cómo puedes ver al lado de tus padres ciertas películas? ¡.Menudo corte! Sin embargo no empezó la cosa por ahí, sino por la necesidad de sacudirme tanta tutela, tanto mimo, tanta solicitud.
—¿A qué cine vamos mañana?
Esto era un sábado cualquiera y la que hablaba, mi madre.
—Vais —corregía yo.
—¿Oyes a éste?
Este era menda, así solían nombrarme entre ellos estando yo delante.
—No, no le oigo.
Mi padre contestaba sin levantar la vista del periódico.
—He dicho vais —replicaba yo alzando la voz.
—No escucho impertinencias, niño. Y no grites.
Al principio yo cogía la pataleta. Es decir: lloraba. Yo he llorado mucho de pequeño. Era como un arma a veces; otras, sólo un desahogo. Tuve que ser un niño insoportable. Según Tesa no era culpa mía y, bien pensado, puede que tenga razón. Tan malo es que te quieran poco como que te quieran demasiado. Mi madre me llamaba su rey, el rey de la casa, y yo, consecuentemente, me lo creía y ejercía la realeza. Ella, según le he oído decir miles de veces, desde que me dio a luz, no tuvo otra vida que la mía. No puedo agradecérselo, porque si tardo un poco más en darme cuenta, yo creo que me atonta

definitivamente.

—Nene, ven a peinarte.

A peinarme ella, por supuesto.

—No quiero peinarme.

Se lo tomaba fatal. Fue un largo forcejeo hasta que comprendió que tenía perdida la batalla.

—Suénate, Chaume.

Sí, pero era suyo el pañuelo y ella me lo ponía en la nariz;

—Sonarse es de maricas.

Casi le da un soponcio aquella vez. Y, sin embargo, todo tenía una lógica, porque a mí en el colegio empezaron a llamarme «nena» y todo por culpa de mi madre, que me llevaba planchado y almidonado, aparte de perfumado; lo que dio lugar a una escena que hizo época en los anales familiares, porque yo cogí el odiado pulverizador donde ella vertía sus esencias y lo estrellé contra el espejo del cuarto de baño que se hizo añicos con dramático estruendo. Yo tenía doce años y quizá fue entonces cuando mi padre me abofeteó por primera vez.

—¡Y esto para que aprendas!

Esa fue su sentencia.

—¡Me mata, este niño me mata!

Y ésta la de mi madre, que lloraba allí mismo contra la pared. Y yo, en medio de los dos, de mis progenitores, como un reo o como un verdugo, todavía no lo sé.

—¿Qué te has creído tú?

Quizá iba a darme en el otro carrillo, pero mi madre se interpuso.

—¡Déjalo, Jaime! ¡Al niño no le pegues!

Pero yo no se lo agradecí. Estaba furioso y en esa circunstancia deseaba que me pegase más, como para cargarme de razón.

Quiero a mis padres, eso está fuera de duda. Pero es que me revientan. ¿Cómo se entiende esto? Sé que son buenas personas y que yo soy para ellos lo único en el mundo; pero atosiga serlo, condiciona, no deja libertad. Ser importante para alguien es bueno, supongo; pero no serlo demasiado. Cuando hasta un estornudo inquieta a quien te ama y un resfriado le pone en vilo, se explica que empieces a aborrecer tanto cariño. Lo digo por mi madre. Sin embargo, la adoro, aunque eso sí, me guardo bien de dárselo a entender. Es muy sencillo. Si cedo en eso voy listo. Mi madre es sensiblera, tierna, pegajosa. Cuando yo era pequeño todo eso me encantaba. No me dormía si no estaba junto a mí cogiéndome la mano. Ella aparentaba que yo la tenía martirizada; pero, en el fondo, era feliz. No sé lo que ocurre con los niños corrientes, es decir, con los que son varios hermanos; pero a mí me sometían a un juego en el que el mártir era yo.

—¿A quién quieres más, a papá, a mamá o al ayayay?

Mi madre me apretaba los dedos al decirlo. Yo tenía ganas de

gritar, es la verdad, pero me hubiera dejado romper los huesos antes de dar otra respuesta.

—¡A papá y a mamá!

Cierto que aquello se resolvía muy pronto en una marea de besos y de abrazos. Pero no podía durar.

Mi padre es, por el contrario, un hombre austero. Quiero decir que no destapa el tarrito de las ternuras y es parco en caricias y demás. Se lo agradezco. Seguramente se ha endurecido en el trabajo. No conozco a nadie más laborioso que él. Tanto que me acompleja.

—¿No estudias?

—No, hoy no.

—¿Cómo que hoy no?

—Estudié ayer toda la tarde. Hoy no me hace falta.

—Siempre hace falta. ¿Me has visto a mí dejar de trabajar alguna vez porque lo hice el día anterior?

—Es distinto.

La lógica de mi padre me pone muy nervioso.

—¿Por qué distinto? Un estudiante es un trabajador intelectual. Yo trabajo todos los días para que tú puedas estudiar todos los días.

Dicho así resulta apabullante, pero yo sé que falla por algún sitio. Lo que cuenta en un estudiante son los resultados y los míos no es que sean brillantes, pero cumplo, y él lo sabe. Si hay que llenar un pozo en cinco días, da lo mismo que se llene de una vez el quinto, que poco a poco en todos ellos. También aquí hay lógica, digo yo; pero la lógica mía mi padre no la entiende. Por eso, quizá, chocamos tanto.

—Quiero ponerme a trabajar.

El día que se lo dije me miró como si fuera un bicho raro.

—¿Tú? Tú harás una carrera.

Y la cosa es que no me desagrada estudiar; lo que me puede es ese forcejeo del dinero, el tener que pedirlo cada vez y escuchar, cómo no, los mismos discursos que me sé ya de. memoria.

—Puedo estudiar y trabajar como hacen muchos.

—Y serás mal estudiante y mal trabajador.

—¿Por qué?

Lo que más me fastidia es que no me considera. Habla conmigo como echándole paciencia. No dialoga, en realidad, sino que se toma la deferencia de explicarme las cosas como a un niño pequeño.

—He dicho que estudiarás una carrera.

—Pero yo necesito dinero.

—¿Dinero?

Ahora sí, ahora levanta los ojos del periódico y hace otro tanto con las cejas.

—Bueno, yo y cualquiera. ¿Tú sabes lo que cuesta salir con una niña?

No deja de mirarme.

—¿Y por qué tienes tú que salir con una niña?

—¡Esta sí que es buena!

Es su estilo y lo sabe. Me desconcierta poniendo en duda la evidencia, por decirlo de algún modo.

—Ni buena ni mala.

—Pues es lo que hacen todos.

—¿Sí?

Tiene que saberlo, ¿cómo no va a saberlo? Entonces, ¿por qué me pincha?

—En qué mundo vives, papá. ¿Qué quieres que haga los fines de semana?

—Haz deporte.

Ya salió. Será efecto de la televisión; pero dicho así me pone frenético.

—Hasta para hacer deporte se necesita dinero. ¿Sabes lo que cuesta patinar, alquilar una pista, comprar un equipo de nieve?

—Tú demuéstrame que tienes verdadera afición a algo, que vas a ser constante y yo te pago lo que sea.

Sí, muy bonito, ¿y cuánto dura la demostración?, o ¿cómo se lo demuestro si no me da el dinero por delante?

—Está bien, déjalo.

De verdad me sentía cansado, no enfadado, harto, eso es. Sólo quería irme de allí, sin dinero, por supuesto, pero irme. Sin embargo, no era fácil. Mi padre quiere ganar cada batalla, y no sólo en cuanto toca a los hechos, sino también a la dialéctica. Una frase mía que cancele la discusión, aun batiéndome en retirada, no le basta si, como es lógico, connota una serie de reservas mentales por mi parte. No, él quiere ganar siempre, ganar del todo, obtener además de la imposición de su criterio, la evidencia de que yo acepto y doy por buenas sus razones. Pero no soy ningún hipócrita y el entendimiento es potencia insobornable. Entonces se cabrea.

—Déjalo, no. Esa no es una respuesta.

Me detengo camino de la puerta sin volverme.

—Papá...

Es lo único que digo, pero él podía comprender que estoy a punto de estallar.

—No quiero falsos mártires en casa. Podemos hablar, ¿no?, sin que tengas que adoptar esa actitud de injusta víctima.

¿Quiere humillarme? Tampoco es eso, estoy seguro. Me vuelvo con los puños apretados, que es la única forma física que sé de dominarme. Nos miramos. Respiro hondo y le digo:

—Escucha. Yo no soy una víctima ni he dicho que lo sea. Necesito dinero, nada más. Y tú no quieres dármelo, no quieres o no puedes —

estoy haciendo un gran esfuerzo para hablar con calma y seguro que se nota—.

De acuerdo. Yo no insisto. Me voy... ¿Qué es lo que falta? Se ve que lo exaspero.

—¿Faltar? ¡Sobrar, dirás! Sobra ese tono suficiente, esa altivez que se te da tan bien a ti. ¡Estás hablando con tu padre! ¡Y tu padre es un trabajador!, ¿te enteras?

Yo no quería llegar a esto. Me bastaba con dejar constancia de mi reserva mental, sin expresarla siquiera; pero cuando lo mezcla todo, cuando acude a los tópicos, cuando se le remonta el juicio, es superior a mí. Entonces, sólo entonces, me ciego y puedo gozar de ser injusto.

—¡Tomo nota! ¡Ten la seguridad de que no voy a pasar la vida siendo un asalariado como tú!

Es curioso. Se empieza a hablar y no se sabe nunca lo que uno puede llegar a decir estimulado por el otro. Aquí sí que hay una escalada imprevisible. He dicho que quiero a mi padre, eso está fuera de dudas. Sin embargo muchas veces siento necesidad de herirle, de hacerle un daño calculado, quizá, pero evidente, aunque más tarde me arrepienta y llegue a sentirme vil, a avergonzarme, por mucho que razone y encuentre cien disculpas y doscientas justificaciones, porque eso sí, dialécticamente hablando, la razón está conmigo casi siempre, diga Tesa lo que diga.

Lo que yo estaba deseando, sobre todo, era ver a Tesa, abrazarla, estrecharla contra mí sin palabras, sin testigos, porque si soy sincero he de decir que pensaba en ella más que en mis padres, más que en ninguna otra cosa, Tesa, mi amor. No soy ningún cursi, de eso estoy seguro. Podré tener otros defectos, mil, diez mil, pero ése, no. Yo nunca le diré «mi amor» a Tesa. No puedo, es superior a mis fuerzas, o más bien no se trata de eso: Me daría la risa, simplemente. Pero lo es, es mi amor, estoy seguro de ello. Fui hasta la esquina y la esperé. No quería encontrármela arriba, ante Ana y Horacio, con testigos. Pero debo de estar loco. Cuando la vi venir corrí hacia ella. Fueron unos segundos en que sólo existía su figura avanzando hacia mí, el pelo suelto, la sonrisa abierta, los brazos extendidos, la pana tremolante de sus anchos pantalones en la carrera correspondida... y el borroso desenfoque del entorno, que hacía de las casas, de los coches, de la gente, una sola y pintada mancha informe...

—¡Tesa!

—¡Chaume!

Me abracé a ella, sí, pero no menos que ella a mí, estoy seguro. No hubo ni un beso; sólo tenerla allí contra mi pecho, perdido en sus cabellos, sintiendo su corazón estremecido, feliz, fuera del mundo. ¿Cuánto duró? No vale nada una medida de reloj, no significa nada.

Estoy seguro de que el tiempo es otra cosa que la medida de un movimiento de los astros, o es algo más aparte de eso. Sí, lo supongo, me lo figuro a la perfección, que la gente se quedaría pasmada, que incluso algunos se pararían a mirar, que habría comentarios. ¿Y qué? Yo no me enteré de nada y no me importa en absoluto. ¿Por qué juzgan a los jóvenes? ¿Quién de los transeúntes podía siquiera sospechar lo que pasaba por mi interior? Jamás estuve yo más lejos de la carne que cuando apretaba a Tesa contra mí sobre la acera.

—Vámonos, Chaume.

—¿Por qué irnos?

Yo no había vuelto a abrir los ojos que cerrara al abrazarla. No sabía dónde estaba, ni me interesaba saberlo, la verdad. La tenía contra mí y eso era todo.

—Nos esperan.

—¿Quién nos espera?

—Horacio y Ana. Además nos mira todo el mundo... Era tan dulce estar así.

—¿Quién es todo el mundo?

Una pregunta tonta, escrita así, lo sé muy bien. Por supuesto que ya era consciente de la posible escena. Quería decir que no existía nada para mí fuera de ella, que me importaba un bledo.

—La gente, Chaume.

Cuánta paciencia tuvo; porque ella no cerró los ojos como yo, estoy seguro. Tesa conserva siempre los pies sobre la tierra, lo tengo comprobado.

—¿La gente?

Miré y los vi. Habían formado casi un círculo. Allí estaba el muestrario de la humana estupidez. Por encima del hombro de Tesa, por entre las hebras sueltas de su cabello rubio, veía las caras romas, las caras maliciosas, las caras inexpresivas, las severas, las escandalizadas, las sonrientes...

—Vámonos —le dije.

Reaccioné así, igual que podía haberme enfrentado con los curiosos. Hay algo imprevisible en mí llegada la ocasión. Ni yo mismo me explico muchas veces el porqué de mis salidas. Pero entonces me sentía magnánimo, eso es todo.

—Sí, anda.

Nos tomamos de la mano y rompimos el cerco de curiosos sin escuchar los comentarios.

—Valió la pena.

—¿Qué?

—Todo, todo lo doy por bueno a cambio de este abrazo.

—Tampoco es eso.

—¿No?

—Para abrazarme a mí no necesitas ir a la comisaría. —¿Quién sabe? Nunca te había sentido como ahora. —Tú lo exageras todo.

—No, palabra. No soy ningún romántico, te consta. —Romántico o no tendrás que oírme.

Es muy de Tesa esto. Sabía que iba a cantarme las cuarenta. Contaba con ello y no me importaba.

—Sí, pero luego.

—Siempre pensé que estabas loco. Casi todos los chicos lo estáis. Pero ahora empiezo a creer que lo tuyo es especial.

Yo seguía con mi tema; quiero decir que la emoción del abrazo continuaba en mi interior manteniéndome a un voltaje superior de lo normal.

—Ahora sé que te quiero —dije.

Ella es implacable.

—Eso me suena. ¿No es la letra de una canción?

—¡Tesa!

Me miró.

—Está bien, está bien; pero no me vas a ablandar.

Hay días en que resulta divino que te riña y ése era uno de ellos. Fue una delicia. No podría repetir lo que me dijo mientras subíamos la escalera deteniéndonos en cada descansillo. No comprendo cómo otras veces me saca de mis casillas. Lo cierto es que yo quería que la escalera no se acabara nunca y que Ana y Horacio vivieran no en el ático, sino en el quinto cielo.

—¿Me estás escuchando? —preguntó ya casi arriba.

—Claro —mentí.

—No, no te lo creo, tienes cara de tonto.

Ni con esas me ofendió. No era posible, además lo decía sin convicción, era evidente.

—¿Me quieres?

—¡Con qué sales ahora!

—Tú contesta.

—¿Por qué crees, entonces, que te riño?

Tenía razón. Fue en aquel momento cuando al fin la besé.

—Bueno, niños, el café.

Que Ana María nos llame «niños» entra en el rito, no ofende. Es sólo en casa donde yo no lo consiento.

—¿Llegó el niño?

Esa es mi madre viniendo de la calle y yo salgo de mi habitación hecho una bestia.

—¡No hay ningún niño en esta santa casa!

Y mi querido padre desde la butaquita:

—¡Mientras grites así a tu madre es lo que eres, un niñato nada

más!

Pero ésa es otra historia que ahora no viene a cuento.

—Bien, bien —dice Horacio—, ahí le tienes, como si no hubiera pasado nada.

Lo suelta en broma, desde luego.

—¿Y qué pasó, bien mirado?

Adoro a Ana María; siempre se pone a mi favor.

—Casi nada —salta Tesa—, que éste y Diego no están en Carabanchel lo que se dice de milagro.

Pero yo no puedo tomarlo en serio.

—¿Me hubieras llevado el cubo? —pregunto.

—¿Qué cubo?

—Ese de plástico con los víveres caseros.

—¿Y tú; cómo sabes eso?

—Uno tiene amigos...

Hace una de esas muecas suyas expresivas.

—Tú te puedes reír —tercia Horacio tranquilo—, pero las veinte mil pesetas las vas a amortizar cómo te llamas Jaime.

—Diez mil, oye. Diego y yo vamos a medias.

Tesa quiere saber.

—¿Y de dónde las vais a sacar?

—Diego las reúne en cuatro días. Y no me preguntes cómo porque ése es un misterio que nunca descifré. En cuanto a mí voy a dar clases.

—¿Tú? —pregunta incrédula.

Horacio se lo explica.

—Sí, aquí mismo. Yo le proporcionaré la clientela.

—¿Y qué piensas explicar?

A Tesa se le da bien la guasa, eso ya lo sabía.

—Oye, mona, no te pases, ¿o crees que soy tonto?

—A veces haces cosas que me obligan a preguntármelo.

—¿Sí?

Eso de provocarme se le da de mareo, ya lo sé.

—¿Por qué haces caso a Diego?

—Es tu hermano, ¿o no lo es?

—¿Y qué que sea mi hermano? ¡Con qué me sales tú! —imitándome—: «Es tu hermano». ¿Es ésa una razón?

Horacio la mira sonriendo.

—Bueno, si van a ser cuñados...

Pero ella se le vuelve.

—'Sabemos de sobra que tienes debilidad por tus alumnos, sobre todo por Diego y por éste, así que no te metas.

—¡Toma! —grita Ana, divertida.

—Hablando de enchufe —tercio yo—, tú tienes uno que no veas.

—¿Yo?

Tesa sabe poner cara de ingenua.

—Sí, tú.

—¿Enchufe yo?

—¡Cómo te lo diría, guapa! ¡Tú estás más enchufada que la Telefónica! ¡Vamos, que se acerca uno a ti y salta la chispa!

—No sé por qué me está dando la impresión —replica Ana María — de que estoy siendo aludida, ¿me equivoco?

A Horacio le hace gracia.

—Eres clarividente, mujer.

—Pues oye, muchachito —me apunta con el dedo mientras habla —, todo el mundo sabe que yo no hago distingos, ni con ésta ni con nadie.

Hombres contra mujeres, es una de las formas en que solemos polarizamos, aunque no la única, porque entre nosotros cuatro se dan todas las combinaciones habidas y por haber.

—Eso no te lo crees ni tú —replico—. Además haces bien: Tesa es divina.

Se miran una a otra como perdonándonos la vida.

—Déjalos, Ana, tratar con hombres incluye siempre un margen para escuchar estupideces.

—Hija, tienes razón, ¡dímelo a mí!

Ahora es Horacio el que replica:

—¡Gracias, caramba!

—La verdad no tiene por qué doler. La mujer lleva la fama, pero el hombre, ¡Dios mío, el hombre! ¡Lo que ha tenido que oír el sexo femenino a lo largo de los siglos!

Tesa se ríe con ganas.

—¡Y éste me llama divina!

—¡Te llamo como me da la gana! ¡Ya está bien!

—¡Calma, calma! —dice Horacio.

—¡Ni calma ni puñetas!

Siento que desentono, pero hay por qué enfadarse, ¿y qué le voy a hacer? Es mi carácter.

—¡Jaime! —Ana María está mirándome a los ojos fijamente como sólo ella sabe hacerlo y yo le sostengo la mirada—... ¡Ríete! ¡Ríete, hombre!

No se puede creer; ya ha pasado otras veces y no falla. No resisto. Me baja la tensión aunque no quiera, y, si sigo mirándola, acabo por reírme. Sí, me río, me desintoxico, no sé lo que me pasa; debe de ser algo nervioso, porque odio que nadie me domine.

—Me río, sí, pero eso no significa nada.

Horacio filosofa.

—Reírse de sí mismo es una forma de cultura, de civilización, de inteligencia al fin...

—No me cameles.

—Lo digo en serio, completamente en serio. El hombre incapaz de ponerse en cuestión, de reírse de sí mismo alguna vez, acaba por resultar ridículo, ridículo o patético.

Nos hemos quedado pensativos de pronto.

—Me gusta eso —dice Tesa.

—No, si mi marido piensa algunas veces.

Sé que le daré vueltas a lo que ha dicho Horacio. Me pasa así con él. Dice una cosa y siento que se me mete dentro, que se queda en mí como si fuera una semilla. A veces ocurre en clase, pero muchas más en la conversación particular, en casa o en la calle, tratando de cosas que se podrían llamar triviales. He llegado a la conclusión de que te enseña más un profesor, si es que vale la pena, en la convivencia extraoficial, que en la clase de turno que te largue.

—¿Cómo lo haces, Ana? —pregunto.

—¿Cómo hago qué?

—Lo de hacerme reír cuando me enfado.

—Te miro, sólo eso.

—¿Sólo?

—Creo que consiste simplemente en que te ves en mí, ¿comprendes?, te ves cómo te veo yo y te hace gracia.

—¿Te hago gracia a ti?

Hay días que estoy en carne viva. Tengo la agresividad a flor de piel. Pero ella no se inmuta.

—Por supuesto; ahora que, oye, hay muchas maneras de hacer gracia, ¿sabes?, uno te hace gracia y te ríes de él, otro te la hace y te pirras por él.

—¿Y qué pasa conmigo?

Tesa corta:

—Este quiere que le regales los oídos.

Me gusta correr: con un motor debajo, se entiende. Es decir, amo la velocidad, es algo superior a mí: una liberación. Lo tengo comprobado que con una moto que tire, que coja los cien sin esfuerzo, que vibre entre las rodillas con esa sensación de potencia retenida que un leve giro del puño puede ir desatando de segundo en segundo, dejando tras de ti, como una estela, ese petardeo inconfundible, con una moto así yo soy feliz. Bueno, ¿se creerá, entonces, que mis padres hayan hecho lo imposible por impedirme este placer?

—La pago yo.

Era un arranque mío. No tenía la menor idea de cómo conseguir toda esa pasta.

—No se trata de dinero.

Y lo sabía muy bien. Mi padre no es ningún «papá» de esos que sueltan tela y ni se enteran. Pero soy hijo único y era el capricho de

mi vida.)

—¿Entonces?

—Te puedes matar.

Fue mi madre la que habló. Él no lo hubiera dicho así, pero piensa igual que ella.

—¡Ya salió!

—Lee los periódicos. Todos los días ocurre.

No hay mayor cruz que unos padres timoratos. En esto la naturaleza debía ser más armónica. A unos padres así, un hijo tonto, tímido, cobardica, y todos tan felices.

—Si me mato es cosa mía.

—¡Desagradecido!

Es complicado esto de saber lo que hay y lo que no hay que agradecer a los padres. Nos dan la vida, pero tampoco es eso exactamente. La vida nos llega a través de ellos. A lo sumo permiten que nos llegue e incluso entonces no saben en realidad a quién están haciendo ese favor, si es un favor, y, desde luego, nadie se lo ha pedido. Pero yo ya era un dialéctico consumado hace dos años.

—En un platillo está mi felicidad —les espeté—, y en el otro vuestro miedo de perderme, ¿no es así? Y vosotros no lo dudáis. Se sacrifica mi felicidad a la vuestra. Yo soy infeliz, pero vosotros me tenéis. ¿Es así o no es así?

Mi padre me miró como si yo le diera asco.

—No lo entiendes.

—*¡O lo* entiendo demasiado!

Era el enfrentamiento. Siempre ocurría igual.

—¿Qué quieres decir?

—Nada.

—Nada, no. Habla.

—Ya he dicho lo que tenía que decir.

Él sabía muy bien que no me sacaría una palabra más a ese respecto; pero tenía que colocar su rollo. ¿Todos los padres de familia discursean tanto? Supongo que sí, por lo que dicen mis amigos. Deben de ser achaques de la edad, o, como dice Ana María «la frustrada vocación parlamentaria de tantos españoles». No lo sé, eso sí, sí es cierto eso, mi padre tiene una frustración como una casa. Pero, lo tengo comprobado, siempre le queda al hijo un arma eficacísima, que, bien empleada, alcanza resultados muy notables, porque yo tengo moto, claro. Se trata de crear a los padres esa especie de mala conciencia que ellos tratarán de acallar con mil razonamientos, pero que se les resiste como un molesto rescoldo bajo las inútiles cenizas de toda su palabrería. Sencillamente me dediqué por un tiempo a demostrar mi estado de infelicidad e insatisfacción.

—Pero ¿qué es lo que te pasa?

—¿A mí? Nada.

No hay que levantar la liebre, sino que han de ser ellos mismos los que la descubran con esfuerzo.

—¿Por qué estás así?

—Yo no estoy de ninguna manera.

—No, ¿eh?

—No, mamá.

—El niño no come, no se ríe, apenas habla fuera de lo indispensable, se queda dormido sobre los libros en vez de estudiar, se encierra en su cuarto a la hora de la televisión... pero al niño no le pasa nada. A tu madre no la engañas...

Puede que yo sea un poco sádico, porque debo confesar que aquel juego me producía placer. No creo que para un adolescente haya nada comparable a esa sensación de jugar con los mayores.

—¿He dicho yo que te engañara?

—Vamos, hijo, ¿qué te pasa?

Lo intentaba, al fin, por la ternura; pero yo tenía que ser irreductible.

—Son cosas mías.

—¿Y no las puede saber tu madre?

La miré fijamente.

—Si viera en ti la voluntad de ayudarle...

¡Qué infeliz mi madre! ¡Todavía no sospechaba por dónde iban los tiros! Sin embargo me precipité aquella tarde, porque cuando se lo dije se encrespó como si se hubiera tratado de una ofensa personal. Yo creo que lo que más rabia le dio fue el haber caído en la trampa, por así decirlo. Sin embargo era sólo cuestión de paciencia. Lo comprendí enseguida y los hechos vinieron a darme la razón. Tengo moto ya lo dije. Costó lo suyo, es verdad, y yo pregunto si valió la pena tanto forcejeo, tanta argumentación, tantas caras largas para acabar rindiéndose. Lo que en principio hubiera agradecido con toda mi alma, resultó a la postre la consumación de una victoria personal que sólo a mí mismo tenía que agradecer.

—¡El casco, Chaume! ¡No quiero que montes sin casco!

—Sí, mamá.

Ella se agarra ahora a la mínima seguridad que puede otorgar la protección de un casco baratejo.

—¡Y no corras!

—No, mamá.

—Prométélo.

Que nadie diga que no tengo paciencia con mi madre. No es que le haga caso en absoluto. Me refiero a aguantar sin explosión toda esa letanía de recomendaciones que las madres se saben de memoria y los hijos escuchan con la mano en la puerta y el corazón mucho más lejos.

Esta fue la batalla de la moto. Duró más de año y medio. Fui tenaz, cabezota, astuto e intransigente, lo reconozco. Un día, un día cualquiera, mi padre dijo, con aire de cansancio:

—Está bien. Ganas tú. Tendrás la moto.

—¿Ahora?

—¿Por qué no?

Pero yo no era ganar lo que quería. Quería una moto, eso sí, pero no a costa de la derrota de mi padre.

IV

DIEGO me mira de ese modo suyo inimitable y personalismo, con cariño y con guasa al mismo tiempo, que adopta conmigo casi siempre, como si me estuviera protegiendo y lo hiciera con gusto, aunque le fastidiara en cierto modo.

—Mala suerte.

Lo dice porque soy mujer, al fin y al cabo, aunque gemela suya, y en esta sociedad que nos ha tocado, sin comerlo ni beberlo, ser mujer, según como se mire, tiene algo de desgracia, y eso que yo, por una serie de razones, he podido librarme, vamos, me parece, de toda esa alienación que asumen sin darse cuenta las niñas españolas.

—Tú y yo somos iguales.

—Con una pequeña diferencia.

—Asqueroso.

Bromeo, claro.

—Me refiero al contexto, ¿sabes? Admito que vales tanto como yo, incluso más, si es posible; pero yo soy varón y tú, no. Por eso te digo: «Mala suerte».

—Eso se va a acabar.

Se ríe.

—¿Lo de no ser varón? ¡No me digas!

—Lo de que ser mujer suponga desventaja.

—Te puedes morir, guapa. Eso no hay quien lo cambie.

Sé que es difícil. Ana María y yo hemos hablado de este asunto algo así como millones de veces en un año. Y lo he aprendido todo de ella, aunque hubiera en mí un terreno previamente preparado, estoy segura. Se da la circunstancia de que soy sola en casa, como mujer, se entiende, y vivo rodeada de varones desde que tengo uso de razón. Ahora bien, eso no me ha convertido en la tradicional *ancilla*, sino todo lo contrario, porque si bien les sirvo de algún modo en determinadas funciones elementales que en este país desdorarían, al parecer, su condición de hombres, no es menos cierto que me los mangoneo a todos, más o menos, y que tengo y ejerzo en casa autoridad, lo que está fuera de dudas. En primer lugar les he acostumbrado uno por uno a limpiarse los zapatos, hacerse la cama y fregar la vajilla por turno riguroso. En segundo lugar, si les coso un botón, pongo por caso —y lo hago con gusto, ciertamente—, me lo han pedido antes por favor. Sólo Diego se sale un poco de estas leyes generales de la casa; pero no es porque me domine, ni mucho menos, sino porque él es él y yo tengo para con él cierta proclividad a la transigencia, de la que él, por otra parte, procura no abusar. Somos

gemelos, circunstancia que no concurre en los demás, y esto nos dota, al parecer, de ciertas formas más sutiles de mutuo entendimiento y comprensión. Sin dejar de estar unidos al resto de la familia, Diego y yo siempre hemos sido de algún modo un mundo aparte. Ocurre que sin previo acuerdo pensamos lo mismo en muchas cosas y reaccionamos a la vez y en forma igual cuando concurre la misma circunstancia. Sin embargo, esto no quiere decir que seamos iguales, porque, aparte de lo físico, somos inconfundibles y lo sabemos él y yo mejor que nadie.

—¿Me planchas esta camisa?

Está a la puerta de mi cuarto con el torso desnudo y la camisa en la mano.

—¿Cuándo?

—Ahora.

—Ahora tengo que estudiar.

—Y plancharme la camisa.

Si me dijera eso otro de casa que no fuera él, los gritos podían oírse en Alcorcón. Me le quedo mirando.

—Cuidado que tienes cara tú —le digo.

—Es verdad; pero me la planchas, ¿no?

—Con una condición.

—¿Cuál?

—No vuelvas a ponerte cosas mías.

—Eso está hecho.

Pero no, no lo está. Volverá a cogerme los jerseys, estoy segura. Le están pequeños, pero se los pone y los da de sí y luego tengo yo que hacer maravillas con la lavadora para que vuelvan a su ser.

—Ven conmigo.

Me contempla mientras plancho, apoyado en el quicio de la puerta de la cocina.

—A veces pienso en lo que hubiera pasado si en vez de gemela tengo un gemelo.

—¿Lo preferías?

—No, claro que no. ¿Quién plancharía la camisa a quién en ese caso?

—Desde luego eres de un sincero que espanta.

—Las cosas son como son. A mí me tocó la mejor parte. ¿Recuerdas? Primero naciste tú y el médico dijo: «Son dos niñas»; pero se equivocó, detrás vino un varón y ése era yo.

—¿Cómo puedes hablar así?

—Bueno, se puede hablar de muchas formas. Además es lo que contaba mamá.

—Eso te lo has inventado tú. Es lo que me pasma, que acabas por creerte tus historias.

—¿Y quién te dice que no fue como yo digo? Aquí estamos los dos. Tú planchas la camisa y yo te miro. Es una prueba, ¿no?

Siempre dicen en casa que yo soy el sentido común personificado. Es posible, pero lo que es indudable es que Diego no lo es, sino todo lo contrario. La lógica de Diego tiene interconexiones con la fantasía y eso nadie lo comprende, mientras que yo lo veo meridiano. Por eso es un misterio para todos, pero no para mí.

—¿Tú entiendes a este chico, Tesa?

Toda la vida le he oído a mi padre decir cosas así.

—No se trata de entenderle, papá; sino de aceptarle. Diego es un hecho consumado.

Cuando hablo de esta forma mi padre se me queda mirando y menea la cabeza, pero no dice nada. Y es que es imposible que un padre como él pueda comprender a un hijo como Diego. Por eso a lo que tocan es a la aceptación, no al entendimiento. Además, eso, aceptarlo sin entenderlo, es lo que hace mi padre con mi hermano, aunque por sus comentarios pudiera a veces creerse cualquier cosa.

—No comprendo cómo siendo gemelos...

—Siendo gemelos, qué.

—Que cómo podéis ser tan distintos.

—¿Tendría yo por eso que parecerme a Diego?

—No, no, claro que no. Él a ti es quien tendría que parecerse.

—¡Papá!

Si le oyera Diego ya se estaría partiendo de risa, porque a él las cosas serias le hacen gracia y la preocupación de mi padre lo es, no cabe duda.

Por lo que toca a mí confieso que me encanta Diego y que es al hermano que más quiero sin comparación posible, y, aunque las comparaciones son odiosas, lo cierto es que comparamos cada vez que elegimos, por lo menos. Mis hermanos mayores salieron de una pieza. Yo diría que perfectos. Chaume dice que demasiada perfección también atufa, y que los extremos son malos, aún por ese lado. Y yo le digo que de acuerdo, pero con algunas reservas. De todos modos ya se entiende que hablo de perfección según los moldes acuñados por esta cultura occidental, cánones que pueden no ser compartidos por lo que tienen de convencional. En ese sentido su perfección es dudosa a ciertos ojos y, cómo no vamos a andar con rodeos, digamos enseguida que ojos tales son los de Diego, por supuesto, y también en cierto modo los de Chaume. Yo quedo en el medio porque la conciencia me obliga a reconocer que mis hermanos mayores son extraordinaríos, al margen de la ideología que se profese. Se pagan los estudios y los sacan adelante, lo que es algo, desde luego. Por cierto que los varones de mi casa, mi padre exceptuado, son fenicios. No me explico la habilidad que tienen para obtener dinero. Diego, sobre todo; por eso

los llamo así. Desde pequeños se traen entre manos unos trapícheos increíbles. Su fuerte es la compraventa y el intercambio. Por eso encuentro en su habitación los objetos más extraños. Diego en eso es un lince. Aún recuerdo, cuando vivíamos en Barcelona y él se iba a los Encantes con sus tebeos viejos y volvía con un cargamento de tomos nuevos, impolutos, como recién salidos de la imprenta, y yo tenía que pensar «¿a quién habrá engañado?», porque estoy segura de que vendía los *comics* no como simples historietas de colorines, sino como verdaderas antigüedades de cuya autenticidad nadie podía dudar si se juzga por el cambio que obtenía. Que mi padre sea viajante de comercio no quiere decir nada, porque estoy segura de que sería incapaz de hacer uno de esos cambalaches en que mis hermanos son maestros. Cuando yo era más pequeña había adoptado a una de mis muñecas como hija. Lo que trato de decir es que la quería mucho, que significaba mucho para mí. Pues bien, una noche, al llegar del instituto, encontré que faltaba. Es el primer dolor que recuerdo en esta vida y, en cierto modo, el primer llanto de mujer, a pesar de la aparente puerilidad de aquel suceso.

—¡Si sólo era una muñeca!

Pobre papá, esforzándose por consolarme y abriendo más la herida sin querer.

—¡No era una muñeca! ¡No era una muñeca!

Yo sabía que lo era, por supuesto; nunca fui tan tonta como para engañarme a mí misma sobre el particular; Pero, a pesar de los pesares, no eran aquellas las palabras oportunas para devolverme la sonrisa.

—Te compraré otra.

De pronto comprendí su buena voluntad y le abracé.

—No, no me compres otra. Sería peor. Guardaré luto por ésta.

Hoy sonrío al recordarlo y no sé si volver a indignarme o partirme de risa cuando recuerdo que fue Diego quien se la llevó con toda alevosía, porque el caso es que hizo cambios con ella, pero, pasada una semana, volvió triunfal y me la puso en los brazos diciendo:

—Toma, tu muñeca. Puedes hacer un reconocimiento. Está sana y salva. Se la cambié a un tipo que tiene hermanas, ¿sabes?, y luego la recuperé ganando todo esto...

Puso sobre la mesa lo que abultaba en sus bolsillos, a saber: un tajalápices de manivela, un llavero de coche, un bote con gusano de seda y una brújula.

—¿Y para qué quieres todo eso?

—Ah, nunca se sabe.

Y era cierto, en su caso por lo menos: «Nunca se sabe», porque él es imprevisible, vamos, que es como una caja de sorpresas, incluso para mí que le conozco bien.

Cuando murió mi madre yo todavía era impúber, porque la pubertad a mí tardó en llegarme, aunque eso no significa que yo fuera una retrasada mental o algo por el estilo, no. La prueba es que me di perfecta cuenta del *suceso y tuve clara* conciencia de lo que significaba para mí. Mi tía me lo dijo, pero no a su modo, al que ella había imaginado, sino al que yo impuse al intuirlo e ir derecha al grano. Estábamos solas en una habitación y ella comenzó por la ternura y el sentimentalismo.

—Pobrecita mía...

Me estrechaba contra su pecho y me acariciaba. Eso sí, no podía ver mis ojos, todo ese horror que los ojos de un niño pueden expresar en un momento dado.

—Tía.

—¿Qué, mi vida?

—¿Me lo vas a decir ahora?

—¿Decir qué?

No, ella había planeado una preparación, un ir poco a poco, ya se sabe, la costumbre en estos casos. Pero yo, sólo verla, ya lo empecé a intuir, porque nada hay que ponga a un niño tan alerta como la actitud embarazada de un adulto que se dirige a él.—

—Tú ya lo sabes.

Fue entonces cuando me abrazó. No había dicho nada aún, pero yo ya lo sabía, estoy segura. Sin embargo hubiera preferido que no me lo dijera, que guardara el secreto, que me dejara seguir viviendo en el engaño.

—Pues verás, niña...

Estaba haciendo un esfuerzo visible por contener las lágrimas y yo se lo notaba, porque habiendo aflojado sus brazos, ahora podía mirarla frente a frente.

—Ha muerto mamá, ¿verdad que ha muerto?

Aquí se desbordaron las aguas. Volvió a estrecharme y yo podía sentir aquellos sollozos que estremecían todo su cuerpo.

—¡Ha muerto, ha muerto!

No lloré, es decir, no lo hice entonces. Estaba demasiado anonadada para eso.

—Ha muerto —susurré.

—Pero está en el cielo.

Es increíble lo poco que pudo consolarme aquella frase, porque no era en el cielo donde yo la quería, sino a mi lado, aquí, como siempre desde que me había dado a luz.

—Ya lo sé —dije sin embargo.

Ella me miró a la cara.

—¿Pero no lloras?

¿Por qué tenía que llorar? Mi tía no podía entenderlo en ningún caso, porque la verdad es que yo no lloraba por exceso de dolor, sí, eso es, estoy segura, por exceso de dolor.

—No, no lloro.

Recuerdo su mirada de reproche e incomprensión al mismo tiempo.

—Tu madre ha muerto...

Yo ya sabía que no se arreglaba nada con llorar. Además no quería hacerlo ante otra persona, aunque fuera mi tía.

—¡Si quieres que llore pínchame con algo!

Fue un estallido, porque había dentro de mí demasiada tensión y fui a pagarla con mi tía.

—¿Qué dices?

Se apartó de mí sin dejar de mirarme como si yo fuera un bicho raro.

—¡No lloro! ¡No me da la gana de llorar!

Pienso lo difícil que es juzgar a los demás, porque todas estas réplicas mías inducirían a error al más pintado, ya que en realidad yo estaba destrozada, adoraba a mi madre y me sentía en aquel momento la niña más desgraciada de la creación.

—¿Qué clase de hija eres tú?

En aquel momento la odié, digo en aquel momento, no después. ¿Qué es lo que quería?, ¿administrar mis lágrimas? Ahora pienso que estaba predispuesta a la ternura y que necesitaba consolarme, pero al encontrar inesperadamente un cardo en mí, se había pinchado y eso le hacía daño. ¡Pobre tía Elena! Y, con todo, yo no era un cardo, era una niña herida que no quería compartir sus sentimientos, porque yo amaba a mi madre, ¡Dios, cómo la amaba! No sé si es que ahora idealizo y sublimo lo que entonces sentía por ella, pero no lo creo así. Y era tanta mi pena, que me hacía reaccionar más allá de los límites normales que se dan para estos casos.

Sin embargo, con mi padre sí lloré. Él no estaba en casa cuando a mi madre le dio el ataque cerebral, de modo que, al llegar, se la encontró tendida en un ataúd abierto. Tuvo que ser terrible para él y yo estoy convencida de que nunca se recuperó completamente de aquel terrible golpe. También él quiso convencerme de que fuera a casa de los tíos, pero yo me cerré en banda.

—Quiero estar contigo —le dije.

—Si no vas a dejar de estarlo, Tesa.

—No quiero separarme de ti.

Quizá por ser mujer, la única mujer en el conjunto de la prole, siempre fui consciente de una velada inclinación de mi padre hacia mí, compatible, por lo demás, con el «reinado» de Diego. Por eso, al contemplar aquel dolor inmenso que yo leía en sus ojos resignados, los

mismos ojos que había visto tantas veces chispeantes de alegría, sentí aquel tirón que me llevó a empecinarme en la idea de no salir de casa.

—Sé razonable, vida mía.

La tía Elena se había empeñado en confundirme con su vida y eso a mí me sentaba igual que una patada en el estómago, porque precisamente «vida mía» era como mi madre me llamaba con frecuencia y no iba a consentir yo ahora que alguien usurpara aquel como derecho sólo a ella otorgado con deleite.

—Me quedo con papá.

Dicen que tengo carácter y es posible, aunque desde mi punto de vista no me atrevería a asegurarlo, porque Ana María me ha enseñado que carácter no es mal genio, y que no se debe confundir el carácter con la tozudez.

—Está bien, hija, como tú quieras.

Entonces sí lloré, cuando nadie me pedía qué lo hiciera, cuando la mano grande de mi padre descansó sobre mi cabeza como un ala protectora. Y lo hice como si mis ojos se hubieran convertido en cataratas. Y ahora diré toda la verdad, quedé tan agotada, que no opuse resistencia cuando, al fin, me llevaron a casa de los tíos:

Si le recuerdo a Diego todo esto tuerce el gesto. El cogió una pataleta que no había forma de hacerle callar.

Y es que fue un golpe bajo aquello, sobre todo para nosotros, los pequeños y, especialmente, para mí.

—¿Tú crees eso del cielo? —me dijo pasado un tiempo.

—Creo que sí —le contesté.

—Puede.

Se quedó pensativo, yo lo sé, y aunque estaba arrastrando un coche por el suelo, no hay la menor duda de que estaba rumiando algo en su interior que no tenía nada que ver con los juguetes.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

Tardó un poco en responder.

—¿Ha visto alguien el cielo?

—Claro que no.

—¿Entonces?...

A veces Diego se pone burro y yo corto, porque no se consigue nada discutiendo; pero él dale que dale con el tema hasta que hay que gritarle y aun así, no se calla.

—Mejor hablamos de otra cosa.

—Hablamos de ésta, del cielo, y yo digo que me lo demuestren.

—¿Pero quién te crees que eres? Mamá está allí.

—Eso se supone, pero ¿si no existe el cielo?, ¿eh?

—Pero como existe...

—Y tú qué sabes.

Ya se ve que es inútil; siempre pasa igual, pero ¿qué hacerle?

A mí nunca me gustó un chico antes de Chaume, o sea que él es el primero. Claro que me gustaron otros chicos, pero de esa forma que hoy piensas que sí y mañana piensas que no y, en todo caso, no te gustan para quererlos, para el amor, sino para pasar el rato y para satisfacer esa estúpida vanidad femenina que aborrezco casi tanto como la que se escuda bajo el slogan de «sólo para hombres», y es casi privativa únicamente de los machos mediterráneos, y entiendo por tales no sólo los que viven en la costa, sino también muy tierra adentro. Lo de Chaume es distinto. En cierto modo lo fue desde el primer día, ya que enseguida me di cuenta de que le iba a querer, cosa que jamás me había pasado.

—Tú eres Tesa, ¿no?

—¿Cómo lo sabes?

—Por tu hermano.

—¿Y tú?... Chaume.

—¿Cómo lo sabes tú?

—También por Diego.

Nos entró la risa, esa risa incontenible de los nervios. Estábamos en Sol, un encuentro casual, y nos habíamos quedado quietos, mirándonos, indiferentes a la riada de personas que llegaba, se abría como el mar frente a una roca y seguía luego juntándose otra vez.

—Tu hermano es un cara.

—No lo sabes tú bien.

—Sí, claro que lo sé. Se sienta conmigo en clase, te lo habrá dicho, ¿no?

—Pues no, ya ves.

—Anda, niña; eso no te lo crees ni tú.

Ciertamente pienso que en un primer momento me impresioné yo más que él, porque aunque sabía que él estaba interesado, me di cuenta de que no hasta perder el sueño, por ejemplo.

Al llegar a mi edad a todas les gusta un chico, pero yo tuve la suerte de que me gustara Chaume, y toda la cizaña que me han querido meter las compañeras no ha conseguido que cambie un ápice la opinión que me merece, ni, por supuesto, el atractivo que ejerce sobre mí.

—Chaume fuma.

Esto fue antes de Navidad y me lo vino a decir una niña de la clase así como muy en secreto.

—¿Qué dices?

—Que fuma, eso.

Naturalmente que no se refería al tabaco, rubio o negro, por lo que yo la miré muy fijamente y le dije en sus narices:

—¡Si la envidia fuera tiña’

Porque de eso, nada, estoy segura. No hay nada de Chaume que

yo no sepa o adivine; de drogas, nada, monada; cómo suena se lo dije.

—Allá tú, cualquier día te ves metida en un buen lío.

—Gracias por el consejo, guapa.

Se fue con las orejas gachas. Luego yo busqué a Chaume y se lo conté todo... Le dio la risa.

—¿Drogas yo? ¡Si no las necesito! Soy hijo único, por lo tanto soy un drogado de nacimiento. ¿No lo sabías? Los mimos, los cuidados, los «no te enfríes», «mira al cruzar la calle», «no juegues al fútbol con esos zapatos», «no te bañes hasta pasar tres horas después de la comida», etc., etc.; junto con la sobrealimentación, los rayos X, la cama para un catarro y otros ejemplos no menos ilustres lo demuestran: Drogado de nacimiento, te lo aseguro.

—¡Qué bestia eres!

—¿Bestia por eso? Haz una encuesta, anda, mira a los hijos únicos que andan por ahí y verás la cantidad de atontados que te topas.

Yo le seguí el rollo.

—Entonces tú...

—Yo soy una excepción, niña, y buen trabajo me ha costado, no te creas.

—Me tranquilizas.

—Naturalmente. Ahora, si lo que quieres es saber dónde las venden...

Le di con la cartera de los libros.

—¡Bestia, que eres un bestia!

No, no se trataba de una investigación. Nunca dudé de Chaume a ese respecto. Un chico como Chaume sólo haría una cosa así por snobismo, y él de snob no tiene nada el hombre.

Lo que se dice llevar, llevamos cinco meses Chaume y yo. Parece increíble lo que han dado de sí, porque él para mí es como parte de mi vida, no me explico cómo vivía antes sin él. Es curioso, por otra parte, que su nombre me fuera tan familiar antes de conocerlo, por tenerlo Diego tantas veces en los labios, sin que despertara en mí siquiera curiosidad, hasta que un día, no ya le vi, sino que le miré, y entonces todo empezó a madurar entre nosotros. Por eso aquella mañana en que nos presentamos mutuamente, resultó tan natural que parecía una escena preparada de película.

—Ven a tomar un vino —me dijo.

—No pruebo el alcohol.

Le dio la risa.

—Yo, sí, pero sinceramente no me gusta.

Tomamos coca-cola en el rincón de una cafetería y fue un rato delicioso, inolvidable, entre otras cosas porque era la primera vez que yo hacía esto a solas con un chico y porque se trataba de Chaume, la persona más encantadora, generosa, idealista al par que más geniuda,

inconstante y terca que me ha sido dado conocer en este mundo.

Sólo hace un poco más que empezó la intimidad con Ana, dos meses más exactamente, de manera que los dos sucesos más importantes de mi vida —sin mezclar lo de mi madre, porque eso es negativo— se dieron cita en este curso. Sé ahora que ella se fijó en mí desde la primera clase; pero yo ni idea de eso; más aún, mientras hacía su primera y larga perorata sobre no sé qué filósofo, yo tenía todo el tiempo la sensación de que me ignoraba adrede, porque sus ojos pasaban de aquí para allá, resbalaban sobre mi rostro, pero jamás se detenían en él, mientras que en el de otras, sí. ¿Celos?, no, no creo; amor propio, quizá. Calibrar estas cosas, separar los matices es difícil.

—Teresa.

Su voz estaba a mi espalda. Sabía que era ella y no había más niñas en el corredor. Me volví.

—¿Señora?

Sonrió.

—Lo soy, estoy casada, al menos; pero no me llames señora.

—¿Cómo he de llamarla entonces?

—Sencillamente Ana María.

Comprendí que era un cumplido por su parte y le devolví la sonrisa.

—Muchas gracias.

Fue nuestro primer encuentro mano a mano y ella se las arregló para hacerlo muy normal y hasta fácil.

—¿Recuerdas aquella vez? —me pregunta balanceando a la niña para que se duerma.

—Claro que lo recuerdo.

—Parecías una paloma asustada y no había por qué.

—No, no lo había; pero entonces no era como ahora; ahora eres una amiga, entonces eras una profesora y además nueva para mí.

—Todavía me pregunto qué pude ver en ti.

—¿Qué?

—No lo sé, ya te digo. Pero estoy segura de que hay algo.

—¿De qué clase?

—Si lo supiera tendría la clave del misterio.

Nunca sé si me está tomando el pelo cuando me habla de ese «algo», porque, la verdad, yo no me siento nada misteriosa, sino todo lo contrario, creo que soy meridiana y Chaume opina igual.

—No me intrigues...

—Nada más lejos de mi intención.

—¿Entonces?

—En cuanto lo descubra, te lo digo. Prometido.

Se ríe de una forma que contagia.

—Cuando te pones misteriosa...

—Mira, Tesa, el misterio de qué hablamos está en ti, no en mí, ¿comprendes?

—Pues yo no lo veo por ningún lado, así que tú dirás.

—Ese es tu encanto...

—No digas tonterías.

Es evidente que me quiere mucho, de eso estoy segura. También lo estoy de que puedo confiar en ella sin *reservas.*

—Sí, tienes algo, algo indefinible, por supuesto, pero algo de lo que, en cualquier caso, tú no eres consciente, no te das cuenta, por eso mismo encandilas a la gente...

—¿Yo?

Lo dicho, que no sé si me está tomando el pelo, porque de lo que sí tengo conciencia es de que a nadie encandilo, a no ser Chaume, pues los avances de los chicos y la cosecha de miradas o palabras por la calle, son patrimonio de cualquier chica de mi edad que nunca se han de tomar al pie de la letra.

—Ya comprenderás que no me refiero a nada físico.

—Sé que soy corriente, si te refieres a eso.

—Digamos que sí, que eres corriente, y, sin embargo, hay algo, ¿cómo te lo diría?, algo que no se mide en centímetros ni se concreta en colores, ni consiste en ademanes... o quizá estriba en el conjunto de todas esas cosas, amén de otras, en una inaprehensible armonía del conjunto...

Le quito la palabra.

—Por favor, Ana, podría creérmelo.

Le hace gracia.

—No, no hay ningún peligro. Te conozco muy bien; Hay algo contra lo que tú estás vacunada y eso es la vanidad.

—Gracias, me estás poniendo por las nubes.

Debo reconocer que cuando Ana me habla así, siento repudio y gusto al mismo tiempo. Repudio porque me revienta que me alaben; gusto porque de ninguna manera soy insensible a ello.

—Si lo prefieres tiro de los hilos y te bajo al nivel del mar o te sumerjo, incluso,

Ahora soy yo quien ríe.

—Hazlo, hazlo, sé nadar.

Pero sé que no lo hará, no hoy, al menos, aunque conoce de memoria mis defectos y no es manca a la hora de ponérmelos delante. Fue ella quien me hizo ver que me dejaba dominar más de la cuenta por este maldito amor propio que, a veces, saco a relucir, o, mejor dicho, sale él solo, escapando a mi control. Sabe también que, a veces, soy mezquina y, lo que es peor, que me doy cuenta de serlo, aunque yo creo que esto es una secuela de lo otro.

—Dime una cosa, Ana. ¿crees que soy egoísta?

Ahora se queda seria y reflexiona.

—Yo no diría eso... No eres egoísta, sino que en ocasiones estás egoísta. Es muy útil discernir entre el ser y el estar, ¿comprendes? Es un tesoro de la lengua ese distingo, y para este caso tuyo nos viene como anillo al dedo.

—Creo que te entiendo.

—El ser humano es más complejo de lo que cualquier definición puede dar a entender, y hacer un juicio con palabras concretas sobre alguien es aceptar un margen de error considerable.

—Ya.

Las palabras de Ana a mí me calan sin esfuerzo. Me da las cosas masticadas y yo las asimilo con fruición la mayor parte de las veces. Y no porque la tenga por oráculo, ni mucho menos, sino porque entiendo lo que dice y lo asumo con naturalidad, casi sin darme cuenta.

—Alguien dijo hace mucho tiempo «no juzguéis, no condenéis», pero basta asomarse *a* una tertulia para comprender que no queda ni el eco de esas frases.

—¿Tv refieres a Cristo?

—Claro.

—Pero tú no crees...

—¿Y tú qué sabes? Además no hace falta tener fe para admirar a Jesús. Jesucristo *superstar*, ¿no has leído lo que dicen las revistas? Me pregunto qué quedará de nuestras estrellas actuales dentro de dos mil años...

Es difícil saber hasta dónde habla en serio y hasta dónde en broma. Ana María sí que es compleja, además de que se ríe de sí misma por sistema.

—Yo quiero tener fe.

—Tú tienes fe.

Es muy suyo afirmar así, de pronto.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—¿La tienes o no?

—Pues sí.

—Ya ves.

—Pero con dudas.

—Con fe y sin fe se tienen dudas, Tesa, eso puedo garantizártelo. Es condición del hombre y hay que aceptarlo aunque moleste. Tus dudas potencian tu fe. Las mías... dejan la puerta abierta.

A veces no la entiendo.

—¿Qué quieres decir?

Se queda pensativa.

—Cree si puedes. Haces bien... Yo tengo un buen recuerdo,

¿sabes?, es hermoso amar a Dios.

—¿Y tú?

No siento ningún deseo de hurgar en su interior y ella me conoce lo bastante como para que no haya equívocos.

—¿Yo?... Mira, guapa, no haré de esto en modo alguno controversia. Sería lo más estéril que se nos podría ocurrir. Son problemas personales, muy personales y, desde luego, intransferibles. A mi juicio, así la apologética como el ateísmo militante están de más. Te diré sólo una cosa: A mí que tengas fe no me disgusta, sino todo lo contrario.

No sé por qué se lo digo, pero lo llevo dentro y sale.

—Chaume no va a misa.

—¿No?

—Bueno, él tiene ideas muy suyas.

—Ya. ¿Y tú qué le dices?

—Al principio reñíamos.

—¿Y ahora no?

—Desde que he dejado de discutir con él por esto de la misa, a veces me acompaña y la oye conmigo.

Se le alegran los ojos.

—Perfecto. ¿Lo ves?

—¿Ver qué?

—Mi teoría de que no hay que polemizar sobre la fe. Cuando yo era como tú estudiaba con las monjas y había una a la que yo admiraba no sabes de qué modo, sí. no te rías que es verdad. Bueno, pues siempre nos decía: «Hay que predicar con el ejemplo». Dicho así parece un tópico, pero caló en mí de forma que no te das idea. Es una frase que sigo suscribiendo y que tiene aplicación en muchos órdenes, no sólo en el religioso.

—En eso estoy de acuerdo.

—Perfecto. Entonces si tú tienes fe y deseas que Chaume la tenga como tú, no discutas con él, no intentes persuadirle por medio de un tratamiento a base de silogismos, ¿comprendes? Predica con el ejemplo, confórmate con eso.

—Creo que es lo que hago.

—Mejor que mejor.

Ahora soy yo la que se pierde con los ojos en la pared de enfrente.

—¿Qué es lo que estás pensando?

Se lo digo.

—¿Sabes? Esperaba otra postura de tu parte.

—¿Cómo cuál?

—No sé, como más de llevarme a tu juego, a tus ideas, a tu modo de ver las cosas.

Le hace gracia.

—No, guapa, ¿por qué?, en un terreno tan personal yo no hago escuela; soy ardiente partidaria de la autodeterminación. Y, por favor, si quieres que Chaume comparta esa fe tuya, no hagas caballo de batalla de la misa del domingo.

—Pero si tienes fe eso es obligatorio.

—Lo sé muy bien. Sin embargo tú también sabes que se debe ir a misa porque se tiene fe, y no al revés. Mira, si yo fuera catequista trataría sobre todo de que mis pipiolos creyeran y amaran de verdad. Lo de ir a misa caería luego por su peso.

No tengo la menor duda de que Ana haría una catequista fenomenal.

—¿Y por qué no lo eres?

—¡Sería una hipócrita!

Se ríe y me contagia.

Puedo presumir de ama de casa. Contando con mi padre son cuatro varones para mí y es de pasmo cómo los llevo a todos por la nariz, siendo la más pequeña, porque diga Diego lo que diga, creo que yo nací tras él y no al revés. No hay muchas chicas de mi edad en situación como la mía. Al menos que yo conozca no hay ninguna. Ninguna de la clase, ninguna del barrio, en fin, que soy un caso. Tengo venia en el instituto para asistir o no a las clases y no me ponen falta, lo que es muy lógico, por cierto, si se piensa que debo hacer la compra y parte de la cocina; pero estoy perfectamente organizada.

—¿Cómo te las arreglas?

Esta es Piluca, que no tiene doblez.

—Haciendo cada cosa a su tiempo y teniendo un tiempo para cada cosa.

La frase es de Ana María, lo que pasa es que yo la adopté porque describe exactamente mi gestión.

—Yo no sería capaz.

—¿Qué no? Cuando la vida aprieta, de la necesidad se hace virtud. No sabes de lo que eres capaz hasta que te ves obligada a ello.

—Lo tuyo raya en el cuento.

El tono de Mercedes no deja lugar a dudas. Esta chica es retorcida de nacimiento.

—¿Qué quieres decir?

—Que me dieran a mí el enchufe que tú tienes con eso de ser huérfana de madre.

—¡Mercedes! —salta Piluca, casi al borde de las lágrimas.

Yo la miro con una de esas miradas de hielo que tienen los peces fuera del agua.

—Si tú crees que puede haber algún enchufe en este centro que compense la muerte de tu madre, enhorabuena.

La he chafado y se marcha, pero sé muy bien que me va a tocar

tenerla enfrente, aunque, bien mirado, eso no va a ser nuevo entre nosotras.

—No le hagas caso.

Piluca se desvive por consolarme, pero no estoy herida, porque hace tiempo que aprendí de Ana que el poder que los demás ejercen sobre uno, es uno quien se lo ha dado previamente.

—¿Hacerle caso? No, la compadezco, simplemente; pero...Tienes razón.

No me siento superior, no es eso. Ana María me ha enseñado que todas las virtudes y defectos de los demás están en cada uno de nosotros de algún modo, si no en acto, por lo menos en potencia.

—Ven, siéntate.

Le explico a Piluca cómo estoy organizada y lo hago de forma que se entere, sin género de dudas, de que no es una heroicidad en modo alguno lo que hago. A comprar aprendí muy pronto y estoy lo que se dice al día en eso, porque sé muy bien lo que baja y lo que sube, y si no baja, cuándo sube menos, así como en qué época debo comprar esto y no aquello y viceversa. .Se trata de ahorrar tres aquí y cinco más allá, lo que parece que no, pero al cabo del mes ya son pesetas. Luego viene una asistenta por dos horas, una mujer de confianza que hace la limpieza y me deja todo preparado para cocinarlo en media hora como mucho.

—¿Y tus hermanos?

—Los tengo amaestrados.

Le hace gracia.

—¿También a Diego?

Yo sé que anda loca por él y no juraría que eso no tuviera que ver con el interés que me demuestra.

—Diego es distinto. A ése hay que darle mucho hilo, pero, es igual, un tirón a tiempo y lo tienes en el cesto igual que los demás.

Le explico que cada cual se limpia su calzado, se hace su cama *y friega* por turno en la cocina.

—¿Y aceptan eso?

—Toma, y qué remedio. Si alguno no lo hace, yo pongo una ración menos y, o se queda sin comer, o tienen los demás que repartir con él, y no veas la que se arma.

—Pero hay que tener mucho carácter, ¿no?, porque los hombres ya se sabe.

—Tengo otra arma y no te das idea de su eficacia.

—¿Sí?

Esta niña me admira, estoy segura, y verdaderamente no hay por qué.

—Es muy sencillo; Si uno no cumple con su turno, al día siguiente pongo una comida de las que no le gustan, ¿comprendes? —nos

reímos las dos—. Gritan, desde luego, y patalean; pero cuando vuelve a tocarles, friegan como es debido y todos tan contentos.

Piluca me mira casi con veneración. Cierto que está por Diego, pero no menos cierto que antes de saber de él ya me era muy devota. Y conste que no me precio de ello, más aún, en ocasiones me exaspera, porque nada me revienta tanto como que se me ponga sobre un pedestal, a mí que, bien mirado, no tengo cosa alguna que sobresalga en particular. En cierta ocasión Ana me definió perfectamente cuando dijo: «Eres una maravillosa medianía»— Sí, pensé bastante sobre ello. Lo que había de cicatero en «medianía» quedaba compensado por lo excesivo del «maravillosa», porque no peco de soberbia cuando pienso que estoy por encima de la medianía, reconociendo, como reconozco, que de maravillosa, nada.

—Le dirás a Diego.,.

—No, Piluca, perdona. A los chicos no se les puede halagar de esa manera. Se ponen más tontos de lo que son ya de por sí. Y mi hermano en especial. Además todo lo fácil se deprecia, ¿no te das cuenta? Mira, lo tengo comprobado, Diego se vuelve loco por una niña; supón que la consigue. ¿Qué pasa entonces? Que en cuanto la tiene en el bote, como él dice, deja de interesarle.

Y es verdad, no hablo por hablar, enamorar a un chico es fácil, retenerlo, no lo es tanto.

—Pero tú y Chaume...

—Por lo pronto Chaume y Diego son distintos, diametralmente opuestos. Además sólo yo sé lo que me cuesta atar a Chaume, y cuando digo atar, no quiero decir llevarlo del collar o cosa así. En todo caso la correa ha de ser larga, muy larga, porque nunca has de quitarles la idea de que son libres de algún modo, así como de que no nos tienen seguras por completo.

La tonta de Piluca casi me mira con la boca abierta.

—¡Cuánto sabes!

—¿Yo?

Con lo monísima que es, tiene menos cerebro que una mosca.

—¿De dónde sacas todo eso?

Le pongo un dedo sobre la frente y le digo sonriendo:

—De ahí, mujer, de ahí.

Mis hermanos mayores son lo que se dice ideales para un padre. Estudian y trabajan. Se pagan sus estudios. Su vida es ordenada, sencilla y meridiana. Tienen novia aceptable... ¿Qué más puede pedirse? Yo no voy a hacerme el panegírico, pero tampoco se me oculta que funciono lo que se dice bien, visto desde el hogar doméstico. Llevo la casa y el bachiller al mismo tiempo. Bueno, pues el predilecto es Diego, y lo sabemos muy bien. No, si no me quejo; si

empiezo por ser yo misma quien confiesa predilección por él. Y, sin embargo, ¿cómo es Diego? Bueno, habría para contar un año. Que yo le quiera mucho no me impide ser capaz de ir catalogando sus defectos uno a uno, y doy fe que se podría escribir un tomo así de gordo. Pero es de oro, sí, todo él es oro, hasta sus defectos son de oro, con ángulos cortantes y aristas peligrosas, pero de oro, al fin y al cabo. Un ejemplo, él *se* apodera de cualquier dinero que vea por casa como la cosa más natural; pero no sólo te lo reconoce a la primera, sino que, cuando menos lo esperas, te sale con un regalo que puede haberle costado el doble de lo que te quitó,

—Tesa..,

Me lo dice con las manos a la espalda,

—¿Qué?

Yo estoy en guardia, porque con él nunca se sabe.

—¿Te gusta?

De pronto me está enseñando desplegado ante mis ojos un pañuelo lo que se dice delicioso de Lanvin con etiqueta de París.

—Pero...

—Es tuyo.

Entonces yo le abrazo.

—Loco, que tú estás loco.

—Seguro...

Algo así debe pasarle con mi padre, porque sus relaciones son un rosario de disgustos de los que siempre salen reconciliados y hasta muertos de risa casi siempre. Cómo lo hace, no lo sé. Él tiene un don, no cabe duda. Se lo pregunto a Chaume.

—Diego es un superclase.

—¿Qué quieres decir?

—A tu hermano hay que echarle de comer aparte.

—Oye, rico, no te pregunto eso.

—Con él es diferente.

—Explícate.

—Si pudiera explicártelo sería como él, ¿no lo comprendes?

Le pasa como a mí, son cosas que se saben, pero que no pueden explicarse con palabras.

A mi padre le afectó mucho lo del coche. No, no riñó a Diego; le habló sencillamente. Claro que esto no es nuevo, porque reñir, lo que se dice reñir, ya no recuerdo cuándo lo hizo, si lo hizo alguna vez. Fui yo quien se tomó el trabajo de cantarle las cuarenta, como tantas otras veces, porque hay cosas del gemelo que me indignan.

—Ven a mi cuarto.

Él sabía de sobra que se trataba de eso.

—Como quieras.

Cuando estuvimos solos en esa minúscula intimidad que se puede

lograr dentro de una casa de familia, la descargué con él. Y es curioso, pero entonces me di cuenta de que uno de los encantos principales de este chico es el ser objetivo, aunque sea contra sí mismo.

—Tiene razón, ¿lo ves? Estoy arrepentido. Díselo a papá. Yo no sabría. Pero conste que si lo hice fue porque tenía la convicción de que él no iba a enterarse.

—Hay que pensar en todo, amigo mío.

—Sabes que no está en mi modo de ser el calcular los riesgos. Soy un intuitivo nada más.

—¿Cómo, entonces, no vas a acabar por estrellarte?

—Oye, si lo dices por el coche, conste que soy divino conduciendo.

—Sí, hombre, ya se vio.

Él piensa como tantos que ser buen yolantista no incluye la prudencia.

—Bueno, lo siento, ya he dicho que lo siento.. Lo siento de verdad, ya se lo dije a él.

—¿Se lo dijiste?

—Te lo juro.

A veces Diego parece un crío, como ahora, cuando besa los dedos puestos en cruz. Y digo que parece un crío porque el gesto es sincero y sé que le da valor, pues no juraría en falso.

Mi padre gusta de hablar conmigo sobre Diego.

—Me preocupa tu hermano, ya lo sabes.

—Lo sé, papá, pero exageras. Yo estoy segura de que Diego es capaz de cuanto se proponga. Sólo hay que hacer que quiera lo que le conviene.

—Ahí está... porque eso, ¿cómo se hace?

—Yo no lo sé explicar, pero se hace, se hará, ya lo verás.

—Es que es eso lo que me ¡preocupa, Yo ya no estoy para muchos trotes.

Me deprime que mi padre se entregue. Hasta hace poco no era así, pero últimamente está como obsesionado.

—No empieces, por favor.

Sonríe con esa dulzura suya inimitable.

—Tú eres la mujer fuerte de la casa.

—Porque me apoyo en ti.

No es del todo verdad lo que digo, pero deseo tanto hacerle sentir su importancia entre nosotros...

—Gracias, hija, eres conmigo tan amable y delicada como lo fue tu madre que en paz descanse.

—Es la verdad. Te empeñas en subestimarte y por ahí no paso yo. No es justo.

—Cómo te decía el que me preocupa es Diego... Los otros dos y tú

no me inspiráis cuidado. Estoy seguro de vosotros; pero este chico...

—¿Diego? ¡Por favor! Si de algo peca es de ser más avispado de la cuenta.

—Ya, pero si yo falto...

—¿Vas a empezar con eso? Yo estoy segura de que tenemos padre para rato.

—Lo que quería decir...

Le interrumpo. Me hace polvo verle así; Además no tiene nada serio, estoy segura. Sólo necesita más ganas de vivir.

—Pues no lo digas, no hace falta;

—Sí, Tesa, escucha.

—Habla entonces.

No puedo decir que le eche solemnidad a las cosas; porque estamos coloquiando de la manera más sencilla y doméstica, sentados a la mesa camilla donde hacemos las comidas, los dos solos mano a mano.

—Si falto yo, quiero que te ocupes de tu hermano.

—No me hagas reír, papá.

Trato de echarlo a broma, pero me doy cuenta de que él está muy sereno, muy sobre sí y de qué habla en serio;

—Sólo a ti te hace caso. No sé cómo lo consigues, pero él sólo se deja manejar por ti.

Nunca me lo había planteado y quedo sorprendida.

—¿Tú crees?

—Eres la única que lo entiendes y si le manejas sin darte cuenta, mejor que mejor.

—Yo sé que te respeta mucho.

No pretendo halagarle, sé que es verdad.

—Pues no se nota.

—¿Lo creerás si yo te lo aseguro?

—Quiero creerlo.

—Se disculpó contigo, ¿no?, te dijo que lo sentía.

—Sí, así fue.

—Bueno, pues no le pareció bastante. Vino a mí para que yo te lo dijera de su parte, que estaba arrepentido, que lo sentía sólo por ti.

Mi padre me toma la cara por la barbilla para traer mis ojos a los suyos.

—¿No me estarás mintiendo?

Le miro de frente.

—En absoluto.

—Gracias, niña.

Algo íntimo y satisfactorio le ha subido por dentro hasta asomársele a la cara. Parece mentira lo mucho que un hijo puede hacer y deshacer en el ánimo de un padre. Estoy convencida de que la

felicidad de los padres depende mucho más de los hijos, que la de éstos de aquéllos. En ciertos aspectos pueden ser mucho más tiranos los hijos que los padres y, pasada la infancia, son los padres quienes necesitan del amor de los hijos mucho más que los hijos del de los padres.

—Me crees, ¿verdad?

—Jamás te he sorprendido mintiéndome. No ibas a empezar ahora.

—¿Estás contento, entonces?

—Sinceramente, sí. Ahora bien, lo que te decía, si yo falto, has de ser tú quien se ocupe de tu hermano.

—Papá, me haces reír.

Se queda pensativo y luego dice y me sorprende con ello:

—Verás, cuando murió tu madre yo no te conocía. Me explico, no tenía ni idea de las virtualidades que hay en ti. Ahora puedo confesarte que no creí por un momento que fueras capaz de llevar la casa y administrarla como lo has hecho. Esto me dio ocasión de estudiarte despacio y, ¿sabes, hija?, todavía no salgo de mi pasmo.

Me ruborizo, ¡seré tonta!

—¡Por favor, papá!

—Sí, Tesa, sí, voy a decírtelo: Me siento orgulloso de ti. Tal como suena te lo digo.

Oír eso a mi padre me llega muy dentro, pero me siento incómoda, por eso procuro desviar la conversación.

—Pues vete poniéndote orgulloso por Diego.

Hace un ademán de quitarlo del medio.

—No hables de Diego ahora.

—Un día será algo; si no, al tiempo.

Ahora a mi padre se le nota el buen humor y esto me alegra sobre todas las cosas

—No, si no lo niego. Lo que pasa con él es que es imprevisible. Lo mismo puede ser algo que ser todo lo contrario. Lo encuentro capaz de todo, por eso me preocupa.

—Olvida eso. Diego es de los que siempre flotan.

—En cuanto a ti...

Es curioso, porque tengo constancia de que el predilecto de mi padre es Diego y, sin embargo, no puedo pedir más a este cariño que se le desborda cuando me trata o, simplemente, se refiere a mí. Sonrío mirándole a los ojos y digo:

—Papá, no vayas a decirme que te preocupo yo.

—Sales con ese chico...

—Chaume.

—El amigo de tu hermano, ¿no es así?

—Sí. No me irás a reñir.

—¿Yo?
Ha puesto una cara que ahora sí que me río.
—Perdona, puedes hacerlo si quieres, estás en tu derecho.
—Calla, tonta. Pero dime una cosa, ¿qué tal es?
—¿Chaume? Es un cielo, para salir conmigo tú figúrate.
—¡Lo que tú sabes!

V

FUE UNA época dorada, pedagógicamente hablando, en eso estaban de acuerdo Horacio y Ana María. Empezó con el curso y duró más de cuatro meses.

—Aquél era el camino —recuerda ella con nostalgia.

—Sí que lo era. Habíamos conseguido ya lo más difícil, el clima, la comunicación colectiva, esa especie de osmosis entre unos y otros por medio de la cual se conformaban mutuamente, como sin darse cuenta.

—Era hasta divertido.

—Cómo tiene que ser. La educación que cansa es una mala educación. Nadie se aburre enriqueciéndose y nuestros chicos estaban haciéndose de oro. Se les veía madurar semana tras semana...

—¿En qué fallamos?

—¿Nosotros?

—Sí, debimos prevenir lo que pasó.

—Tienes razón. Fue un error el olvidarnos de la gente. No basta dejar en paz a los demás para que ellos te dejen a su vez.

Ana, con los codos sobre las rodillas y la cara entre las manos, recuerda la adolescente que fue en un tiempo ya no tan cercano.

—«El infierno son los otros» —recita pensativa—, ¿sabes? Cuando lo leí por primera vez me pareció una tontería.

—Todo lo nuevo previene en contra. Lo distinto despierta suspicacias. El hombre se refugia en la rutina. En el fondo es miedo, nada más que miedo, ¿comprendes?

—Puede. Pero aquí hubo malicia, no lo dudes. ¿Qué podía importar a los vecinos lo que hacíamos nosotros? ¿Por qué esa manía de meterse en la vida de los demás?

—Mujer, es un deporte nacional, ¿ahora te enteras? Eso entra a formar parte de lo que en conjunto se denomina «sus labores», ya se sabe, cocinar, coser, fregar... y ocuparse del vecino.

—Un momento. Estás discriminando. Recuerda que no fue mi directora la que dislocó los hechos, sino tu director.

—Me refería al vecindario.

—¿Y qué me dices de ciertos padres de familia?

—Bueno, se echa a rodar el bulo y ya no sabe nadie a dónde va a parar.

Es un tema manoseado, ciertamente, pero al que vuelven una y otra vez como si no pudieran desprenderse del recuerdo. Los primeros meses de aquel curso habían constituido una culminación de sus aspiraciones pedagógicas. Y todo se había venido abajo por las

presiones exteriores de unas fuerzas ciegas, estúpidas y mal pensadas, siempre alerta para atacar cualquier cosa que se saliera de la general mediocridad.

El primer encuentro fue en octubre, apenas empezadas las clases, y se montó, actuando de acuerdo y al unísono Ana María y Horacio, en el feudo escolar de su instituto.

—Lo que os propongo —concluyó él con los chicos— es una actividad de carácter estrictamente voluntario, que de ningún modo va a contar en las evaluaciones de la clase. Algo informal, pero serio; libre, pero constructivo; una experiencia que se edificará a sí misma, porque de ningún modo pretendo imponeros el sistema, sino todo lo contrario. Habéis de ser vosotros los que configuréis el método y señaléis los objetivos. Mi mujer y yo seremos asesores, amigos, compañeros en cierto modo, a lo sumo, moderadores, pero sólo si es preciso.

La reacción de los muchachos consistió en consultarse unos a otros a base de miradas, guiños y codazos, por lo que Horacio preguntó:

—Bien, ¿quién quiere hablar?

Diego, que aquel día estaba allí, levantó el brazo.

—¿Hay libertad de expresión?

—Absoluta.

—Bueno, hay una cosa que todos quieren saber. ¿Vendrán las chicas?

Hubo un rumor de regocijado compadreo.

—Espero que sí. Somos partidarios de la coeducación, de manera que, ya que aquí se os separa, en casa, al menos, lo haremos de esa forma.

—Entonces no hay problema.

Las sonrisas iban de oreja *a oreja.*

—Celebrar este detalle —dijo Horacio con calma— es un poco pueril, permitid que os lo diga. Encuentro lógico que os apetezca la presencia de las chicas, pero, por favor, no confundáis. No se trata de instalar una discoteca, sino de buscar una formación más integral en compañía de ellas. Ayudados por ellas.

Salió el chistoso replicando:

—¿Y qué nos van a enseñar?

Aquí la sonrisa se trocó en risotada. Todos habían cogido el doble sentido y se daban palmadas de complicidad.

—Veo que algunos de aquí estáis en mantillas. De todos modos es poco lo que las chicas de hoy puedan enseñar en privado que no enseñen en público. Por favor, no seáis vulgares. Estoy hablando en serio. Si la perspectiva de que vengan las chicas os conmociona así, es que no habíais salido de la segunda infancia, cosa que no creo. La

mujer enriquece al hombre y el hombre enriquece a la mujer. Buscando juntos, pues, se encuentra mucho más. Se trata de eso, no de jugar al machito ante la galería.

Chaume levantó el brazo.

—Yo voto porque sí.

—Y yo.

—Y yo.

Horacio había capeado el leve inconveniente de la broma fácil y del tomarlo a beneficio de inventario. Ana María, por su parte, no tuvo complicaciones.

—Nos reuniremos por grupos. Nunca más de veinte de una vez. Y trataremos juntos de lo divino y de lo humano, ¿comprendéis?

—¿Delante de los chicos?

La que había hablado fue casi abucheada.

—¿Por qué no?

—No, si yo también lo prefiero, sólo que hay temas...

—Nada hay que no pueda ser abordado con objetividad y delicadeza... Mercedes, ¿querías decir algo?

—Sí, que eso me suena a ligues...

Las reacciones fueron varias, desde la risa al gesto airado.

—¿De veras? —Ana María no solía perder la calma—. Supongo que has querido hacer un chiste únicamente.

—¿Puedo hablar? —dijo Tesa.

—Por supuesto.

—Respetando la opinión de Mercedes —ironizaba, era claro—, yo creo que es muy interesante reunirnos con los chicos y discutir de un montón de problemas que nos afectan tanto a ellos como a nosotras.

Se dijeron muchas cosas, como suele ocurrir en estos casos, pero se hizo patente que la mayoría de las chicas se interesaban por el proyecto que proponía la profesora.

—Así pues —dijo ella—, estáis conformes. Espero que lo estaréis mucho más a medida que lo vayáis haciendo realidad.

A mí me había gustado la cosa desde el primer momento, lo puedo jurar —«¿Tú vas a ir?», me dijo Diego. «Seguro», le afirmé—, porque es una cosa que me encanta, el debate y la polémica ordenada, aunque mi padre diga que yo discuto por discutir, y puede que esté en lo cierto, ya que hay un placer en la pura discusión, en el ejercicio dialéctico frente a frente con otro, independientemente de lo que defienda cada uno, lo tengo comprobado —«¿Qué quieres, que te dé la razón?», me exaspera mi padre cuando se pone así, «No, si no la tengo. No quiero nada gratis»—. Nunca discurres tanto sobre un particular como cuando alguien te lleva la contraria, si es que lo hace inteligentemente, de un modo lógico. Porque entonces te pones a

presión y das el do de pecho intelectual. Mi madre se coloca siempre del lado de mi padre —«¡Chaume, no seas cabezón!»—, ¿por qué lo hace si casi nunca entiende de lo que discutimos? De todos modos, cuando tocó la primera reunión en el ático de Horacio, yo me sentía escéptico, quizá por contagio de los otros.

—¿Vais?

—¿Por qué no?

—Profesores, ya se sabe...

Sólo Diego, cosa curiosa por cierto, rompió una lanza en favor del proyecto. Y digo que fue curioso, porque nunca le vi colaborar en los asuntos de la clase. Pienso ahora que le pudo atraer lo informal del asunto, si no fue esa rara intuición que tiene muchas veces. Al principio escuchaba en silencio a los demás.

—A mí me huele a encerrona pedagógica —decía Alfonso, que siempre presume de estar al cabo de la calle.

—Van chavalas, ¿no?, pues eso basta —replicó el Pupas, que es una especie de salido mental.

—¿Y tú, macho, necesitas del profesor para buscarte una chavala?

—A mí esto me escama —terció Florez—, ¿no habrá gato encerrado?

Fue aquí donde Diego sorprendió al auditorio.

—¿Qué os pasa? En siete años de acudir a este antro es ésta la primera proposición interesante que se nos hace y ¿tenéis que discutirla? ¿Discutir qué? Yo voy.

No es que Diego me domine, eso no es cierto, porque una cosa es que le tenga simpatía y otra muy distinta que piense como él en un montón de cosas; pero en aquel momento me puse a su lado sin dudar.

—Yo me apunto también.

El Pupas, con ese estilo suyo de la idea fija, remachó:

—Yo, si van chavalas...

Nos dio la risa a todos.

—Tú debes tener fiebre —dijo Diego tocándole la frente.

Y es que el caso del Pupas es de médico. Desde hace dos años le salen no sólo granos, sino calenturas en los labios y es voz común que todo eso le pasa por lo que todos sabemos, y yo digo que de algo de eso no se libra nadie, pero de ahí a la obsesión de este chico con el tema hay un abismo, porque él no da descanso ni al cuerpo ni al espíritu, por decirlo de algún modo.

—A este hay que racionarle el asunto —sentenció Luis—, ¿no lo veis? Se está quedando transparente.

Yo sé que no hay una relación directa entre eso y la delgadez, porque el tal Luis no es manco, estoy seguro, y pesa ochenta kilos.

—Yo sólo dije...

El Pupas, como siempre, se ponía ya a la defensiva con esa

debilidad que le es consustancial.

—Está bien, macho, dejemos eso —templó Diego—. Colaboremos entonces...

Era lo que estaba en el ambiente, pero Alfonso tenía que dar su nota.

—Conmigo no contéis.

Discrepa en estos casos como si nos compadeciera a los demás; pero con Diego pincha en hueso.

—De acuerdo —dijo sin mirarle, como sólo él sabe ignorar a quien le da la gana.

—Yo estoy con Alfonso.

La verdad es que Florez estorba para todo, todo lo enturbia con su sempiterna suspicacia. Es el tío más desconfiado que me he echado a la cara. Diego tampoco le miró al replicar:

—Perfecto. He aquí un proceso de purificación por autoeliminación de las excrecencias.

Diego, que todo el mundo sabe lo cachondo mental que es, de vez en cuando habla de un modo culto y libresco, pretendidamente pedante y pretencioso, que en sus labios hace gracia por contraste.

—Oye, tú —saltó Alfonso, que tenía que sostener el tipo—, si tratas de...

Diego le cortó en seco.

—Calla y vete. Esta es la convención de los que estamos con Horacio. Tú y los que piensen como tú, nos haréis el favor de retiraros.

Siempre admiré en Diego ese raro dominio que tiene sobre la mayoría de la clase, porque hasta él no había conocido otro ascendiente, por llamarlo de algún modo, que el basado en la fuerza, la matonería y, a lo sumo, en la excelencia deportiva. Pero Diego no es más fuerte que yo, ni es peleón, y, fuera de la moto, que en eso hace locuras, no tiene homologado el sobresalir en algún otro deporte conocido.

—Vale, pibes —dijo Alfonso perdonándonos la vida—, y que saquéis mucho provecho.

Se fue con Flórez y otros cuantos. El Pupas, aunque un poco confundido, se quedó.

—¿Eres de los nuestros, Pupas? —preguntó Diego muy amable.

—Tú mandas —dijo él.

Yo la verdad que al Pupas le tengo simpatía. Es uno de los mejores chavales de la clase. Se deja gastar bromas, es siempre servicial y desconoce lo que puede ser rencor. —«¿Ves este cinturón?», me dijo el otro día, «¡Tú no sabes lo que mola con las chicas!»; a mí me dio la risa, «¡Eres irresistible!», y él tan serio: «¡Qué va, macho, si vieras!»—. Es cierto que le he tomado el pelo muchas veces, probablemente demasiadas, y eso durante años. Pues él me mira a mí

como si nada. Siempre lo vuelvo a hallar dispuesto para la conversación, la confidencia y la amistad. Eso desarma. A mí al menos. Si me pongo a pensar veo que siempre que me he dirigido a él, me ha sonreído, y así cientos de veces, lo que es algo, y me impresiona —«¿Me dejas la pluma, Pupas?», «0 el bolígrafo, escoge lo que quieras», y me ofrece los dos—, no hay muchos como él en nuestra clase. Si lo pienso despacio, Diego aparte, es el Pupas al que pondría el primero. Un día se lo dije, bueno, no así, pero me remordía la conciencia, no sé, fue algo impremeditado, pero que me dejó satisfecho después de todo, como que era de justicia. Estábamos hablando no sé a cuento de qué y va y me dice:

—Tú eres un tío, Chaume.

A mí en otra ocasión igual me deja frío; pero entonces se cruzaron las miradas y yo vi algo en él que me dio como calambre. ¿Se puede ver en los ojos de otro, ver cómo en relámpago, no sé cómo decirlo, ver la bondad, una bondad inmensa, inconsciente, sustancial? No, no es eso, no exactamente al menos, pero no encuentro palabras que se aproximen más.

—¡No digas tonterías!

Mi voz era trivial, pero, aunque parezca idiota, estaba conmovido.

—Sí es verdad. Me gustaría ser como tú.

—Mira, Pupas, hay muchas cosas tuyas que yo admiro, así que...

Se quedó boquiabierto y va y me dice:

—¿De verdad?

No pude menos de reírme, porque estaba cómico mirándome así, como si fuera una revelación.

—De veras, pero no hablemos más de ello.

Durante mucho rato le noté como chocado. Charlábamos, pero se lo estaba rumiando, estoy seguro, y se iba poniendo contento por momentos. Cuando nos despedimos en la esquina me apretó un brazo y dijo mirándome a los ojos:

—Gracias, Chaume.

—Gracias a ti, Pupas.

Contado así parece cursi, pero es que no es así como pasó. Quiero decir que las palabras, desposeídas del clima

y del ambiente del momento, casi significan otra cosa. No, tampoco es eso. Es que es un lío, vaya.

Un día lo comenté con Diego. Diego y yo tenemos toda la confianza del mundo, ya se sabe, y no por lo de Tesa, que es de ahora, porque nuestra amistad ya estaba hecha cuando ella y yo nos dimos cuenta de que existíamos mutuamente, por decirlo de algún modo.

—Dime, Diego, ¿tú cómo ves al Pupas?

—¿Al Pupas?

Mi pregunta le sorprendió y hubo un momento en que parecía

irse por el tópico; pero de pronto me miró.

—Te estoy hablando en serio —dije.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Quiero saberlo.

Se tomó un poco de tiempo. íbamos por el patio y él, con las manos en los bolsillos de la trenka, daba puntapiés a cada piedrecita que encontraba.

—Nos reímos de él…

—Con él —corregí yo.

—Sí, eso es. Él es inteligente. No está más obsesionado que nosotros con el sexo, pero es que no lo oculta.

—Lo mismo pienso yo. Es transparente, pero no por tonto, sino por sincero.

—Bueno, si quieres que te lo diga no tengo inconveniente. Aunque no lo parezca yo aprecia al Pupas, ¿sabes? Y mucho.

—A mí me pasa igual.

—Habría que hacer que lo supiera. Es justo.

Aquí me sorprendió.

—Y lo sabe. No tiene un pelo de tonto. ¿Por qué te crees si no que sigue el juego?

A veces uno cree que sólo piensa uno, luego se habla con los demás y, claro, resulta que el pensamiento va por barrios. Todo el mundo reflexiona lo suyo y comunicarse de verdad con los compañeros guarda sorpresas que, bien pensado, no tendrían por qué serlo.

¿Recuerdas, Tesa, los principios? Cuando lo propuse en clase hubo risitas por parte de algunas, las de siempre, pero te agradecí que intervinieras como lo hiciste. No pretendía apoyarme en ti, más aún, entonces te conocía poco en realidad; sin embargo dijiste lo que yo deseaba que dijeras y eso me produjo una gran satisfacción. Y es que yo a ti te intuí desde muy pronto, por eso fue un placer ir confirmando con hechos lo que me había supuesto en aquella primera corazonada. Sé que me entendiste desde el primer momento, antes que ninguna otra de la clase. ¿Es que la simpatía mutua es espontánea y se alimenta de sí misma? Quién podría decirlo. Lo mío contigo, o lo tuyo conmigo, es estelar a estos efectos. Insisto en que yo no hice nunca diferencias contigo, me lo propuse seriamente en cuanto noté lo que noté. Hay predilecciones que dicta el corazón porque le da la gana; pero si se es medianamente lúcido, uno puede controlar su función magistral de modo que no trascienda favoritismo alguno, porque eso resulta odioso a los ojos del resto de la clase. Nadie me podrá acusar, y tú lo sabes, de haberte dado un trato de favor. Más aún, si hubo duda alguna vez procuré cargar la mano sobre ti a fin de decantarme por ese lado más que por el otro. Eso no quita, sin embargo, que en

momentos cruciales, como cuando lanzamos el proyecto del trabajo informal con los chicos de Horacio, no encontrara en tu respuesta el apoyo más firme, la colaboración más inteligente y el medio más eficaz para actuar sobre tus compañeras, porque tú, Tesa, y eso puede que ni tú misma lo valores, tienes a tu modo independiente y sumamente natural, una clara influencia sobre el resto de la clase. ¿Sabes tú en qué consiste? No, claro. Yo tampoco. Constato tu ascendiente. Explicarlo es más difícil.

—¿Cuántas vendréis?

—Hay diez seguras.

Me lo dijiste en los pasillos y era suficiente. Nadie, y menos que nadie yo, te había nombrado delegada todavía. Eso vino después. Tu liderazgo es natural y yo sé que entre chicas es mucho más complejo que entre chicos. Ellos son más duros, pero sólo en apariencia, porque son más directos, más de decir al pan pan y al vino vino, más claros, transparentes y sinceros. Una clase de niñas comporta un juego increíble de matices, donde la maniobra, la fluctuación, la línea sinuosa, las soterradas alianzas y todo un complejo despliegue de los recursos femeninos, hacen el navegar mucho más azaroso y la andadura más incierta.

—Está bien. Tesa. El sábado empezamos. Importa que la primera reunión salga redonda, ya me entiendes.

—Saldrá.

¿Por qué tenías tú tan firme convicción? Siempre me sorprendió tu aplomo, porque, sin ser soberbia —no, no lo eres, de eso estoy segura por completo—, vas pisando por la vida con una seguridad impropia de tu edad adolescente. A veces pienso que tienes una apariencia frágil, pero que encubre una estructura diríamos de acero. Y, sin embargo, tienes tus puntos débiles. Más de una vez en lo que va de curso has llorado conmigo, lo que no hace sino humanizar ese conjunto tuyo tan curioso.

—Este primer contacto es importante. Pienso en los chicos. Si hubierais disfrutado ellos y vosotros de un sistema de coeducación sería diferente. Me refiero a la naturalidad. Quiero naturalidad, ¿comprendes?, y no tontería. Sí, ya sé que en buena parte va a depender de ellos, pero lo mío sois vosotras.

—¿Y por qué no iba a haberla?

Fue curioso, porque de pronto me di cuenta de que el problema estaba en mí, en mi visión de adulta, más que en vosotras y en los chicos. Y la primera reunión fue una lección maravillosa en tal sentido, ¿recuerdas?

—Sí, salió perfecto aquello. Da pena el recordarlo.

—Tienes razón, da pena.

—¿Por qué la gente es tan estúpida?

—No lo es de por sí, la hacemos tal entre unos y otros.

—Yo no me apunto.

—Se nace puro en cierto modo. Luego vienen las influencias de un ambiente, una educación, unos prejuicios... Nos estropeamos unos a otros, ¿comprendes?

—A medias.

—Sí, tú todavía estás limpia, como quien dice.

—Tú, también, Ana.

—Gracias, Tesa. Lucho por ello al menos, puedes estar segura. Pero no todo el mundo dispone del tiempo, los medios y el cultivo del talento indispensable para no dejarse alienar por el entorno, para no sucumbir sin darse cuenta ante la estupidez de la masa, ante sus juicios indiscriminados, casi siempre irracionales y obtusos... No es fácil, créeme.

Lo pasábamos bien en aquellas reuniones de los sábados, Habíamos alcanzado, y bien pronto por cierto, el clima ideal en que todo era fecundo, el consentimiento y la disensión, la victoria dialéctica y la derrota lógica, el hablar y el callar, la unanimidad y la pormenorizada discrepancia. Logramos fundirnos, ¿lo recuerdas?, no había chico o chica, profesor o discípulo, generación y gene; ración. Había veinte talentos, mayores o menores, al ser; vicio de una causa, la verdad, buscada por todos, desmenuzada entre todos, recompuesta por todos... Nunca olvidaré la vehemencia de vuestros argumentos, aunque fueran disparatados; la clarividencia de vuestras intuiciones, el brillo de las miradas, el placer de un hallazgo intelectual, el disparate incluso, aupado por la lógica. Nunca en las clases habíamos alcanzado un clima así, ni yo ni Horacio, tú lo sabes, Chaume y tú sois testigos. Cada sábado nos enriquecía, a vosotros y a nosotros, más que el resto de la semana con su rutina oficial de enseñanza programada. Y tú vivías todo aquello con especial pasión, lo recuerdo muy bien, sí, pero con ese equilibrio tuyo; con esa sensatez que te ha dado la vida en pocos años que tanto chocaba *a* más de uno. ¿Recuerdas? Chaume se quedaba extasiado cuando hablabas, sin perjuicio de arremeter después, una vez recuperado de su trance. ¿Ya te quería? Tú dices que no, pero no lo asegures, porque ni él mismo lo sabe. Yo creo que al principio te llevaba la contraria por sistema. Ya se sabía: Estabais en los antípodas, hasta que un día, yo lo recuerdo bien, todo cambió y él empezó a embobarse cuando hacías uso de la palabra. Y tú, no lo niegues, sin perder el hilo de la disertación, tenías ojos tan sólo para él...

—Estás exagerando.

—No lo creas,; Ni tú ni él podíais daros cuenta, pero pregunta a los demás.

Fue una delicia seguir de cerca todo aquello vuestro y . es hasta

lógico que yo me diera cuenta antes que tú, pues lo mío era observar, no sólo a ti y a Chaume, sino a todos. Ver cómo dos seres nuevos se buscan, se. tantean, antes,; incluso, dudarse cuenta bien de lo que está pasando ya, por dentro,; ¿Me creerías si te dijera, que yo estaba a favor de lo que iba a ocurrir? Y, sin embargo, no puse nada de mi parte para propiciarlo, y menos para acelerar aquel proceso natural que me placía. Lo comentaba con Horacio, eso sí —«Puede que tengas razón», él no lo había captado. «La tengo, no lo dudes»—, y estábamos de acuerdo en que no era aquel el menor de los frutos que se podían derivar de una convivencia como la que estábamos montando.

—A Chaume lo vi por segunda vez en esta casa, porque Diego no acostumbra a llevar por el barrio a sus amigos.

—Pero tú conoces a...

—Sí, ahora, sí, desde que empezamos a salir Chaume y yo he conocido a una legión de chicos. Vas a bailar a «Alma», o a «Carrousel», aquí te presentan uno, allí otro y, poco a poco, acabas conociendo a medio mundo.

—Lo tuyo, ¿cómo fue? ¿Qué viste en Chaume?

Me miras ele esa forma tuya, luminosa que a mí tanto me gusta, porque tú tienes tuces por dentro de los ojos, es lo que hay en ti de idéntico con Diego, ¿no te lo he dicho nunca,?

—Bueno, el primer día fue verle y. basta, Quiero decir que no me quitó el sueño, te lo prometo. Sin embargo algo debió de haber si te confieso que me quedaron ganas de verle más veces. Cuando empezamos aquí me hacía ilusión que viniera y ya sabía más cosas de él.

—Sí, entiendo, ¿pero qué impresión te había causado? Lo piensas, es muy tuyo, antes de abrir la boca.

—Chaume tiene encanto físico, no sé, es delgaducho, desgarbado, hasta un poco zanquilargo, ¿no crees?, pero tiene algo físico que atrae, lo sé muy bien. Sería eso lo que al principio vi; te lo digo porque ahora ya no cuenta.

—¿No?

—No en primer lugar, al menos. Conozco chicos de estampa fabulosa, ¿y qué? Yo lo que encuentro en Chaume ahora es interior, ¿me entiendes? Sí, claro que me entiendes, estoy segura, fíjate.

Y te entiendo, niña, no lo dudes. Te entiendo y además estoy de acuerdo. Chaume tiene todo el encanto de la edad, defectos incluidos. Chaume atrae físicamente, aun siendo imberbe todavía, pero es muy cierto que, cuando se le trata, hay *algo en él* que ya no es físico, y que concita el afecto con más fuerza que cualquier prestanza externa.

—Tienes razón, Tesa.

—Lo he pensado muchas veces, te lo aseguro. Yo le querría igual si por un accidente le quedara el rostro hecho puré y tuviera que ir

cojeando por el resto de sus días.

—No lo dudo, ya ves.

—Creo que con él he descubierto que se ama a la persona. No sé si me explico bien. Quiero decir que la forma del cuerpo es aún más efímera que el cuerpo mismo, ¿comprendes? Me ha ocurrido ir por la calle y ver señores gordos, calvos, grasientos, en fin, físicamente desagradables sin lugar a duda alguna, y pensar que un día fueron chicos, chicos como Chaume a lo mejor. ¿Qué pasa entonces? Me hago un poco de lío, ya lo ves. Lo que quicio explicar es que el día que Chaume fuera gordo y calvo y grasiento, yo le querría igual y le vería de otra manera... Bueno, no sé si es eso exactamente...

Te entiendo, Tesa, no te esfuerces.

—Te explicas de sobra bien. Esa es la clave, pero ¿cómo puedes estar segura de que le seguirías queriendo entonces?

—Yo no digo que esté segura, digo sólo lo que pienso, lo que sí puedo asegurar es que lo pienso de verdad.

—Me gusta tu honradez.

Es un rasgo tuyo que me encanta. Conmigo, al menos, eres de un rigor intelectual, de una honestidad mental que resulta admirable si se piensa que no has cumplido aún dieciocho años.

Estaba sola en la habitación, leyendo un libro, cuando entró Diego, tras dar con los nudillos de una manera formularia en la puerta que no estaba cerrada con pestillo.

—¿Se puede?

—Ya estás dentro.

Mi cuarto es pequeño, pero bien aprovechado. Le tengo amor al cuarto y lo cuido hasta el último detalle. Me gusta así, muy femenino, confortable, atopadizo. Y conste que no tengo nada rimbombante, ni siquiera caro o de llamar la atención; pero me las arreglo para que resulte apetecible estar en él y, sobre todo, cómodo. Hasta tengo moqueta por el suelo, de una vez que mi padre llevaba en el muestrario artículos de una casa de alfombras, por lo que me he acostumbrado a quitarme los zapatos en cuanto entro en mis dominios personales. Me encanta andar descalza.

—¿Qué haces?

—Leo, ya ves.

Yo me tumbo en la cama para leer. Es la costumbre desde niña.

—¿Qué lees?

Se lo enseño. Se trata de un Camus: «Calígula».

—No sé cómo lo aguantas —dice sentándose al borde de la cama.

—Tú deberías leer igual que yo.

—No tengo tiempo.

Es una vieja querella entre él y yo. Diego no lee nada que no

venga en revistas, es decir, que a él sólo le gusta el reportaje, sobre todo si se relaciona con la velocidad o la anticipación. Pero él no ha venido a discutir. Cuando entra en mi cuarto es porque quiere hablar. El solo hecho de que esté en casa cuando no es hora de comer o de dormir ya significa algo.

—Di lo que quieres.

—¿Yo?

Le miro y nos reímos.

—Bueno, habla.

—¿Qué tienes tú conmigo? A mí nadie me adivina.

—Somos gemelos. Habla.

Menea la cabeza y luego parece decidirse.

—¿Qué te han parecido mis amigos?

—¿A qué amigos te refieres?

—A los de las reuniones.

—Ah, ¿tus compañeros?, pues verás, bien, sí, bien. Muy bien. La cosa funciona, ¿no? Claro que el factor principal son Horacio y Ana María, pero el grupo funciona, todos, los chicos y las chicas.

Desde luego Diego me conoce tan bien como yo a él.

—No has contestado a mi pregunta.

—No.

Lo sé perfectamente. Él no pregunta por las reuniones. Él va por otro lado.

—Di, entonces, ¿qué te parecen?

Hago mis cálculos porque creo que adivino por dónde va.

—Me parecen normal. Son interesantes, sí. Para nosotras es algo tratar con unos chicos capaces de debatir un tema sin intentar besarnos al segundo silogismo.

—Hablo en serio.

—Toma, y yo, no creas.

—¿Te has fijado en uno que lleva jersey azul de cuello alto?

Sé a quién se refiere, claro, pero gano tiempo.

—Había varios así.

—Puede, pero yo digo uno que se sentaba junto a mí y que se llama Chaume, lo sabes muy bien, ¿no?

—Sí, me he fijado.

—¿Y qué?

—¿Cómo y qué?

Diego va con retraso en todo esto y me gusta impacientarle. Nos tenemos tomada la medida mutuamente, de eso no cabe duda, porque a él le pasa igual conmigo.

—De sobra me entiendes.

Me estoy riendo y es que me hace gracia, de verdad.

—Es un chico como larguirucho, flaco, con dos ojos y boca, cinco

dedos en cada extremidad y supongo que con todo lo normal en estos casos de la naturaleza.

—Es muy amigo mío.

No hace caso de la broma y me mira fijamente.

—Lo celebro. Los tienes peores.

—Todavía no has contestado.

—¿No?

—No.

—¿Cuál era la pregunta?

—Te he preguntado y qué.

—Ah.

Sé que puedo hacerle estallar, pero todavía no. Tampoco lo deseo, sólo jugar un poco.

—¿Qué dices?

—No tiene mala pinta.

Meto los carrillos para dentro en un gesto muy mío que él conoce y ladeo la cabeza sin dejar de mirarle.

—¿Y qué más?

—¿Qué quieres que te diga?... Oye, tú tienes mucho interés.

—No va por ahí.

—¿No serás tú uno de esos correos del zar...?

—No digas tonterías.

—Chico, tanta curiosidad...

Se ha decidido a hablar. Lo sé antes de que lo diga.

—Le vas un montón.

—¿Yo?

Me halaga oírlo, pero voy a disimular por encima de todo. Además, ¿qué significa irle a un chico? No soy ninguna tonta, aunque nunca he querido salir con uno en particular, de idas y venidas ya sé un rato, así que, pies de plomo, me digo.

—Lo que oyes, desde que te ha visto el primer día está atontado.

—Vaya, pues buen comienzo, ¿no crees?

—En serio, es un gran chaval y muy amigo mío.

—Es decir, que tú vienes aquí en plan...

Me interrumpe casi amenazando con el gesto.

—No seas burra. Yo vengo aquí porque me da la gana. Él no sabe ni palabra, ¿qué te crees? Además, si algo sobra por ahí son chicas de manera que no te hagas ilusiones.

—¿Por qué había de hacérmelas? ¿He dicho algo yo de lo que pienso?

—No hace falta. ¿Crees que no te vi cuando le mirabas disimuladamente?

—¿Le miraba, dices?

—Sé que es cierto, pero no voy a conceder que. eso signifique

algo más que una mera y natural curiosidad.

—Si lo digo yo, Tesa, es que sí.

—Bien, pues le miraba. Tú has levantado acta notarial.

—Y…

Diego tiene una forma de pronunciar los puntos suspensivos, por decirlo de algún modo, que te obliga a seguir.

—Y nada. Simple curiosidad. ¿No miras tú a las chicas?

—No a todas.

—Ni yo a todos.

—Pero Chaume ¿qué?

Hemos llegado al punto en que empezamos a hablar en serio. Siempre nos ocurre y yo me doy perfecta cuenta.

—No está mal. Es agradable, me guata su voz y me interesa lo que dice. De todos vosotros es el que más me ha llamado la atención.

—¿Sólo eso?

—¡Y no digas ni palabra!

—Descuida.

Pero no me fío ni un pelo. Ves a un chico, te cae bien y pueden pasar muchas cosas, o no pasar ninguna. No hay que precipitarse. Yo no me fío de Diego si se trata de uno de sus íntimos. Hay que explicarse, claro. No es que tema por su parte una traición o cosa parecida. No, en ese aspecto sé que cuento con él por encima de todo. Me refiero en concreto a eso de las confidencias, porque los chicos entre sí, por ser varones, tienen complicidades en que no entramos las mujeres. Ignoro si lo formulo bien, pero sé lo que digo y no cambio una coma.

Sé que no lo piensas, Chaume, pero si lo pensaras, yo te disuadiría. No eres el mejor de los posibles, claro, ni siquiera el más dotado de la clase. ¿Que por qué te prefiero? En primer lugar procuraré que nunca sepas de esta preferencia, un profesor no debe hacer distingos: y, en segundo, ni yo mismo podría decir por qué sin temor de equivocarme. No sólo es lo que eres, cómo eres, sino principalmente, ese fenómeno difícilmente asequible de las afinidades. Que tú y yo nos entendemos es un hecho; otro tanto que los dos ponemos mucho de nuestra parte para ello, más yo que tú y es natural. Pero ni siquiera eso lo explica. Ocurre, sí, que a ti te llego y tengo conciencia de ello; es como si, sembrando en ti, viera crecer la hierba con mis ojos, porque tú tienes una particular receptividad para conmigo, de forma que es más grato

trabajar contigo que con otros, lo que no quiere decir, sin embargo, que seas más fácil o que en tu caso esté garantizado el resultado, no, no es eso.

—¿Cómo van esas clases?

Me he dado cuenta de que no es enseñar lo que te gusta.

—No puedo más, te aseguro que no puedo.

—¿Por qué?

—Con la niña es un rollo, no entiende nada, no se fija'. Que la dediquen a sus labores, qué borde, que cocine; las matemáticas no se hicieron para ella.

—¿Y el chico?

—Es un imbécil, un...

—Calma.

Sé qué tu vehemencia es pasajera.

—No lo aguanto. ¿No me viene el tío presumiendo de...?

Le interrumpo.

—Escucha, Chaume. No estás dando clases por placer.

—Eso puedes jurarlo.

—Hay un dinero que debes restituir y vas a hacerlo.

—¿No hay otra forma?

—No, que yo sepa.

Te has dejado caer en el sofá como si necesitaras tirar al suelo todos los kilos de tu peso. Tienes un cuerpo extrañamente dotado para reflejar dé una manera plástica lo que sientes por dentro. Jamás vi en otro chico tanta capacidad de expresión. Llego a pensar a veces sí rio serías un actor fuera de serie, pero no te lo digo. No de momento, por lo menos. Incluso para eso se necesita una auténtica formación intelectual que tú aún no tienes. Perdona que te lo diga, bueno, que te lo diga, no, Dios me libre, qué lo piense, más bien: a veces resultas cómico, graciosamente cómico, con tanta expresividad, con tanto énfasis externo.

—Ser profesor es el rollo del siglo. No sé cómo lo aguantas.

—Te diré algo. Ser profesor es una actividad que aún no has olido tú, ¿comprendes?

—¿Ah, no?

—Pues no, es lo que he dicho.

—¿Y las horas que me paso con estos animales?

—¿Qué preferirías?, ¿ir de mecánico a un taller?, ¿copiar listas de números o nombres en una mesa de oficina?, ¿pegar sobres? No hay nada comparable a enseñar a los demás. ¿No será que tú no has conseguido todavía meter nada en la cabeza de tu pareja de alumnos?, ¿no será eso?

—A esos dos no hay quien los alfabetice. Tienen cemento en la mollera, ni siquiera serrín; cemento y bien fraguado.

Me haces gracia, Chaume, te lo confieso. Crees lo que dices, pero porque no piensas, sólo por eso.

—¿Qué querías, alumnos fáciles? ¿Es lucirte lo que quieres? Que esos dos no son lumbreras es algo que no tienes que probar; pero ahí

radica el reto, y, lo confieso, ahí te espero yo para tomarte la medida.

—¿Y si no quieren estudiar?

—Eso depende también en buena parte del maestro.

De pronto te desinflas, es decir, te humanizas y depones esa actitud de militante intransigencia.

—Me pides demasiado.

—No, porque me doy por satisfecho si lo intentas.

—¿Crees que yo puedo...?

—¿Intentarlo? Desde luego.

—¿Y qué he hecho hasta ahora?

—Dar coces contra el aguijón. Explicar, marcar lecciones y tomarlas.

Ay, Chaume, yo te he embarcado en esto, pero reconoce que ha sido por tu culpa. No hay mal que por bien no venga, dice el refrán aquél, y en eso estamos. Perdona que te recuerde siempre que viene a cuento que te metiste con Diego en el lío de los coches y, ya ves, hay que pagar por ello. Pero no se trata ya de cumplir un castigo, sino de sacar provecho, y mucho, de esta experiencia singular.

—¿Qué debo hacer, entonces?

Tengo que disimular el gozo que me entra cuando te veo así, dispuesto a recibir, a colaborar, a poner lo tuyo, que es la mayor parte, en esa tarea en que estamos empeñados de hacer un hombre, un buen hombre, por supuesto, del crío que aún eres, aunque me abstengo cuidadosamente de decírtelo. Hay una cosa cierta: que con sólo que tuvieras con tus alumnos una pequeña parte de la paciencia que tengo yo contigo, progresaría la clase, no lo dudes. Pero, claro, yo soy un profesional, lo sé muy bien,

—¿Qué tal tu padre? ¿Cómo vais?

—Como el perro y el gato.

No doy importancia a tus juicios familiares, y no porque no te crea sincero, sino porque estoy bien seguro de que, bajo la aparente aspereza de vuestras relaciones, subyace un gran amor.

—¿Has pensado que en esa enemistad de perro y gato los dos tienen la culpa? El uno exaspera al otro y el otro persigue al uno.

—Desde lo del coche casi no nos hablamos.

—El ofendido, si cabe hablar así, es él, no tú.

—Bueno, ya le pedí perdón, ¿no es eso?

No pareces darte cuenta de que tu tiempo y el suyo son distintos. Para ti el episodio de marras ya es remoto: para él fue ayer como quien dice.

—¿En cuántas ocasiones te has disculpado con tu padre?

Sabes por dónde voy y te molesta.

—Nadie es perfecto, ¿no? Sí, me he disculpado muchas veces, no lo niego; pero eso no cambia nada.

—Te equivocas. Es natural que él vea en tus disculpas una especie de rutina, algo ritual que hay que cumplir; un formulismo.

—Pero no es cierto.

Te creo, Chaume, pero es de tu padre de quien hablo, no de mí.

—Lo cierto son los hechos. Has de reconocer que, de un tiempo a esta parte, a tu padre lo tienes en vilo.

—Porque no se resigna a la idea de que no soy sólo su hijo, sino un hombre, un hombre libre, con sus responsabilidades, con una vida propia, con un compromiso estrictamente personal...

Te lanzas y debo interrumpirte si ha de haber una réplica honesta, razonable, que te llegue.

—Los padres —digo—, y un día lo serás tú, se aferran a sus hijos mucho más que los hijos a sus padres. Si no se acierta a conseguir un equilibrio en esto, no se habrá hecho más que cosechar sufrimiento para todos.

—Pues que me dejen tranquilo y santas pascuas.

—Tan malo es que no te dejen, como que te dejen demasiado.

—La culpa no es mía. Escucha un ejemplo: Hay una edad en que la madre decide sobre el modo de llevar la cabeza su niño; otra, en que sería ridículo que los padres administraran sus peinados. Pero yo tengo diecisiete años y gozo de la perfecta posesión de todas mis facultades, ¿no es ya tiempo de que pueda decidir sin coacción el modo de llevar el pelo? Es un ejemplo, ya te digo.

—Un ejemplo trivial.

—No tanto. Sé de casos de chicos como yo que se suicidaron tras haberse cortado la melena por estricta obligación.

—Los conozco, en efecto. ¿Y qué? ¿Es que a ti te parece razonable su actitud?

—Lo que me parece irracional es la actitud de sus padres o sus patronos.

—Pero tú llevas pelo largo.

Se lo sacude con un movimiento de cabeza.

—Y sólo Dios y yo sabemos lo que ha costado conseguirlo.

Si estoy de acuerdo, hombre, yo sé muy bien que te asiste la razón en mil pequeñas cosas; pero no en otras ciertamente importantes. Lo que pasa es que si se agria el caldo, todo el guiso padece.

—Yo, la verdad, no veo que haya tanto problema. Ese pelo demuestra que impones lo que quieres.

—¿Tú crees?

—Eso es.

—Entonces, dime: ¿Por qué tengo yo que estar en casa a las diez y media lo más tarde?

—¿Y por qué no?

Te desconcierto, pero te rehaces pronto y eso me complace en ti.

—Porque un día cualquiera puede no convenirme esa hora.

—Pues avisas, pides permiso…

—El caso es humillarse, depender…

—No lo creas. El caso es conquistar la confianza de los padres.

—Tú no conoces al mío.

—Es posible que seas tú quien menos le conoce. Los hijos tienen muchas veces una imagen de su padre completamente parcial y fraccionada. Desconocen cómo es en el trabajo, en su relación con los demás; incluso de su pasado lo ignoran casi todo.

Ahora sí te hago pensar, ¿eh, muchacho?, pero eso' es precisamente lo que intento, que reflexiones, que no te dejes llevar del tópico, que seas justo.

—Puede que sea verdad.

—Lo es, no lo dudes. Además, si las cosas se contienen dentro de límites razonables, es bueno que a tu edad se dé esa lucha. ¿Cómo se afirma una generación si no es frente a la otra? El hijo conquista su autonomía poco a poco en pugna con sus padres. Es en esta batalla doméstica donde se afirma su personalidad, frente a la de sus padres, sí, más no en su contra, ¿me comprendes?

—Eso creo.

VI

CUANDO empecé a dormir mal, o sea, a tardar en quedarme dormido o a despertarme con sobresaltos a horas inverosímiles de la madrugada, podría decirse que me había enamorado; pero yo sé que no es cierto o, mejor dicho, lo es y no lo es. Me explico. El día que vi a Tesa por primera vez, me gustó. Tampoco es eso exactamente, aunque sí lo más parecido que puede decirse con palabras. Me interesé por ella —«No me habías dicho nunca que tenías una hermana tan fenomenal. Diego no le dio importancia: «Somos gemelos, eso lo explica todo»—, pero cuanto más detenidamente lo pienso, más me doy cuenta de que no iba por el ligue, era otra cosa. Se liga fácil, hoy día, lo tengo comprobado. Si te avispas un poco puedes hacerlo cada domingo y con niñas distintas, que es lo que practica Diego. El animal de él se cansa a la semana. Con Tesa fue distinto, ya digo, no hubo un solo momento de confusión, o sea que yo, sin pensar en amor, tampoco veía en ella una chica más para salir, «para la colección», como dice Alfonso y a mí antes me hacía gracia, pero ahora me da cien patadas en el vientre. Tampoco es cierto que Diego lo hiciera todo; pienso que una cosa como la que hay entre Tesa y yo nadie podía hacerla por nosotros. Diego ayudó para lo que podríamos llamar aproximación, ni más ni menos —«¿Le has dicho algo?», yo estaba ansioso. «Bueno, le hablé de ti»—. En la vida pasé más nervios que al principio con Tesa, cuando me la jugaba, porque de una respuesta de ella iba a depender todo el negocio.

—Te acompaño.

—Bueno.

No hacíamos nada del otro mundo. Era llevarla desde casa de Horacio hasta la suya, todo a pie, para que durara más el recorrido, hablando de pequeñeces que no puedo recordar y mirándonos, eso sí Jo recuerdo, de un modo furtivo y vergonzante. Y es el caso que yo no soy ningún tímido y las niñas se me dan, aunque parezca estúpido decirlo; pero a Tesa no sé qué le encontraba que era distinto todo.

—¿Sales mucho con chicos?

—Lo corriente.

Eso fue una tarde en que la recogí a la salida de su clase.

—¿Ha habido alguno que...?

No me venía la palabra y esto me enfurecía por dentro.

—¿Que me interesara?

—Sí, más o menos.

—Pues no.

Fue la primera vez que me di cuenta de su facilidad para adivinar

mí pensamiento, porque cosas así nos ocurren muchas veces. Yo tenía un pequeño truco y era ver— la, sin que se diera cuenta, por el reflejo en la luna de los escaparates. De la cara de Tesa lo que más me gusta es el perfil, aunque no sé por qué lo digo, porque gustar, lo que se dice gustar, me gusta todo en ella.

—¿Y tú? —me preguntó de pronto.

—¿Yo qué?

—Si te has interesado por alguna.

Aquel verbo «interesar» me estaba sonando cursi, pero era yo quien lo había introducido en la conversación.

—A veces creí que sí, pero no. El tiempo te hace ver las cosas claras. Además se trataba de ligues, ¿comprendes?

—Claro,

Al *principio yo* sufría cada vez que se quedaba callada. Me ponía muy nervioso buscando algo de qué hablar y el caso es que no encontraba ideas. Aquello era un sufrimiento.

—Nada serlo. Chicas de ésas… hoy con una y mañana con otra,

—¿Te divierte eso?

—*Tú* eres distinta, estoy seguro.

—No lo creas. El mayor error que puedes cometer es atribuirme cualidades que no tengo, o aparentar las que te faltan. De esas cosas vienen siempre los fracasos,

—¿Te has enamorado alguna vez?

Se echó a reír,

—Ni por asomo, chico, ¿Tú. si?

Me contagió la risa, eso es muy suyo. Y es que tiene una hilaridad la mar de comunicativa.

—No creo en el amor.

Todavía no me explico por qué dije aquella majadería si jamás me había llegado siquiera a plantear la papeleta.

—El amor existe y tú lo sabes.

—Bueno, puede; pero yo no lo he catado.

—Yo, tampoco.

Fue entonces cuando nos detuvimos y quedamos cara a cara, mirándonos, los ojos en los ojos, como dos tortolitos; pero yo sabía que no diría nada importante. No estaba seguro de la respuesta y me ponía malo sólo de pensar en arriesgarme a hacer preguntas.

—¿Cómo se sabe eso, quiero decir si estás enamorado?

—Se sabe, sencillamente.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Puede que tengas razón.

Lo importante era que estaba allí, conmigo, y que no solía poner dificultades cada vez que le proponía llevarla hasta su casa. Me he

dado cuenta de que es mucha la gente que se nos queda mirando por la calle. Me figuro que es por ella; pero sea como sea, a mí me importa un rábano.

—Me gustaría ser pájaro.

Tiene cosas así. Salta de un tema a otro con la naturalidad con que respira.

—¿Por qué pájaro?

—Me fascina volar.

Miraba al cielo y vi que sus ojos se clareaban al dirigirlos a lo alto. Fue un detalle curioso que mi superior estatura me permitió captar muy bien.

—Pues yo te prefiero así, mujer, y con ambos pies sobre la misma tierra que yo piso.

Me miró de frente con curiosidad y exclamó:

—¡Oye, me gusta lo que has dicho!... Mujer y con los pies sobre la tierra... Sí, parece una vulgaridad y no lo es.

—En ti sí que no hay vulgaridad.

Pareció volver de la poesía a la cotidianidad.

—¿No? Blusa y falda de los grandes almacenes, cartera de libros de una papelería modesta de mi calle, zapatos de un barato, agua del caño para el pelo y el cutis. Soy una chica como mil que hay por aquí.

Me ruboriza casi decir que repliqué con énfasis:

—¡Te equivocas!

Lo que pareció complacerla.

—¿Tú crees?

—Si hay alguna verdad en ti es que no eres vulgar. Ya te puedes vestir en plan *standard*, hacer lo que hacen todas y seguir al pie de la letra los consejos publicitarios de la televisión. ¡Tú eres distinta!

Creo que fue aquí donde me tocaste por primera vez. Sí, yo te había apuntado con el dedo al accionar, y tú, suavemente, afectuosamente, desviaste mi mano con cierto desparpajo.

—Que se te puede disparar.

Yo quedé como tonto mirando mi propio dedo y haciéndolo jugar, como si tuviera que asegurarme de que estaba descargado.

—¿Por qué crees que vengo cada día a acompañarte?

—Supongo que te divierte.

—¿Te divierte a ti?

—A mí, sí, desde luego.

Esto era lo malo, llevábamos ya no sé cuántos días viéndonos, que nos compenetrábamos a las mi) maravillas, pero que yo no sabía cómo decir a Tesa lo que me urgía decirle.

—¿Sólo por eso?

—¿Qué más podía ser? Nos llevamos bien, lo pasamos juntos. ¿A quién tenemos que dar explicaciones?

—Yo pienso que...

—Habla.

—Que a nosotros mismos.

Esto fue a lo más que llegamos por entonces. Y era una ocasión, una excelente ocasión, pero no me decidí.

—Nosotros estamos en el secreto.

¿Qué podía querer decir? Ahora, no; porque ahora es otra cosa; pero al principio pasaba muchas veces esto de decir frases que yo no sabía cómo interpretar, porque tenían, por lo menos, un doble sentido, una ambigüedad que lo mismo podía valer para esto que para todo lo contrario.

Y un día, ya lo he dicho, comencé a dormir mal, cosa que jamás me había ocurrido. Me dormía pensando en ella y me despertaba igual. Y si tenía insomnio, o se me interrumpía el sueño por la noche, todo era darle vueltas a esta historia, porque estaba obsesionado con Tesa, es la verdad.

—Tienes mala— cara, Chaume.

Mi madre es peor que si tuviera la pareja de la guardia civil metida en casa fiscalizando todo.

—He dormido mal.

Cuando supo por tercera vez de mis insomnios ya funcionó la alerta. Entonces me llevaron al médico. Era un señor de edad indefinible, pero no joven, en cualquier caso, que me acogió con simpatía, menos mal. Cuando logró convencer a mi madre de que esperara fuera, lo mismo que mi padre, el doctor me hizo sentar frente a él con la mesa por medio.

—En efecto, estás flaco y no con buena cara; pero los análisis muestran que tú no tienes nada corporal, nada orgánico.

—0 sea, que estoy bien.

—Bueno, tampoco es eso.

—¿Qué quiere decir?

Me miró fijamente.

—¿Tienes problemas tú?

Hay que decir que yo no esperaba preguntas.

—¿Qué clase de problemas?

Quería sólo ganar tiempo para recomponer mi táctica.

Él hizo un amplio gesto con las manos.

—¡Qué sé yo! Algo que te dé guerra desde dentro, o que te angustie desde fuera.

—No, no es eso.

—¿Chicas?

—Sí, una.

Pareció complacido. Yo también me encontré mucho mejor.

—Bueno, estamos entre hombres, ¿no?

De pronto me di cuenta de que se iba creando un clima en el que yo podría hablar. Sonreí.

—Eso creo.

—Ya. Entonces no te importará que te pregunte...

—Lo que quiera.

—Bien —hizo una pausa—, ¿eres creyente tú?

Debo confesar que aquí sí me sorprendió.

—Sí, lo normal.

—Y esa chica que dices... ¿tienes trato íntimo con ella?

—¿Cómo íntimo?

—Quiero decir físico.

—Ah, no. De eso, nada.

Es curioso, pero no me ofendió que hiciera tal pregunta.

—Pero quizá tú solo...

Lo entendí perfectamente; por eso le corté.

—No, no es eso. Bueno, sí, pero no me preocupa. No es por ahí.

Se echó hacia atrás y sonrió.

—Tú estás enamorado.

—No lo sé.

—Esa niña ocupa tu pensamiento de día y de noche. Piensas en ella cuando estudias, cuando vas por la calle, cuando te metes en la cama, ¿me equivoco?

Me estaba adivinando.

—No —le dije complacido.

—¿Te había ocurrido antes una cosa semejante?

—No, nunca.

—Pero habrías tratado a otras...

—Un montón. Pero eran ligues, ¿comprende?

—Y esta niña de ahora... ¿cómo es?

—Maravillosa. No es porque yo lo diga, se lo juro. Es... especial, distinta. Cuando estoy con ella me tiemblan las piernas y tengo la impresión de que sólo digo tonterías. Yo...

—Comprendido, comprendido. Es el primer amor, no es más que eso.

Dicho así suena ridículo, pero no lo fue en absoluto, estoy seguro de ello.

—¿Usted lo cree?

—Lo afirmo.

—Sí.

Es como una tontería. No me estaba descubriendo ningún misterio oculto. Yo lo sabía ya; pero el oírselo me estaba haciendo un bien enorme.

La opinión general es que son unos frescos, todos, sin excepción.

Es la tesis de Mercedes que. por otra parte, se las da de tenerlos a barullo.

—Ellos van a lo que van y la que diga lo contrario es que no conoce a los chicos o es que es boba, que de todo hay en la viña del Señor.

—¿Tú crees?

Esta es la despistada de Carlota.

—Como si no lo supieras.

Se matiza, desde luego, por ejemplo en la voz de Piluca:

—Yo creo que hay de todo; en realidad es como un tira y afloja.

Mercedes no desaprovecha la ocasión.

—Sí, claro, tú aflojas y ellos tiran.

La risa es general, porque todas comprenden.

—Yo he salido con chicos que se han portado bien —salta Marisa que es la más puritana.

—Así serían ellos —replica Mercedes que no perdona una.

—¿Qué quieres decir?

—¡Los hay inofensivos!

Es viperina, porque todas sabemos lo que está insinuando.

—Esos no van con chicas.

—Nunca te fíes...

Es un tema de conversación que me disgusta, sobre todo cuando se trivializa y se lleva hacia el chiste fácil y socorrido.

—Yo disiento, Mercedes.

Me he dirigido a ella y la nombro para que no haya dudas.

—Vaya —se vuelve a las demás—. Habló ésta, queridas. ¿Es que Chaume es un arcángel?

—Se hablaba en general. Es una impertinencia que aludas en concreto.

—Pero si hablas así será por él, ¿o es como los otros?

No voy a ir a la arena con esta deslenguada. No la temo; pero no quiero que el nombre de Chaume se baraje aquí como en subasta. Lo he dicho siempre, entre las chicas hay envidia. Que Chaume tenga éxito entre nosotras no es motivo para que algunas se crean en el deber de crucificarme, aunque sólo sea con alfileres. Pero yo no hago caso. Y además, ¿qué pasa con Chaume? Hay muchos otros y él no es más guapo ni más listo, ni más fuerte, sino al contrario, bueno, tampoco es eso. Quiero decir que es un niño normal, ni más ni menos. Pero en este instituto pega mucho, eso está comprobado.

—Hola, Tesa.

—Hola, Chaume.

Yo no soy nada nerviosa, pero, al principio, me contagiaba sus nervios. Lo recuerdo muy bien. Si estábamos parados no hacía más que echar el peso de una pierna a la otra. Si andábamos eran las

manos lo que le delataba.

—¿Qué tal ése?

Diego seguía lo nuestro de cerca desde el primer momento.

—Lo paso bien con él.

—¿Sólo eso?

Diego y yo tenemos tanta confianza que diga lo que diga no me ofende.

—¿Qué más quieres? Bailamos, charlamos, me acompaña...

—Mira, Tesa, es mi mejor amigo, ¿comprendes?

—Bueno ¿y qué?

—¿Cómo y qué? Que te portes bien con él.

—Anda éste. No temerás que le corrompa.

Me dio un buen coscorrón.

—No iba por ahí, burra.

—Gracias, hombre.

—No, en serio.

—Dime.

Se sentó a mi lado, estábamos en casa, en mi cuarto, y yo sabía casi todo lo que me iba a decir.

—Lo tienes loco.

—No tanto.

—Que sí, Tesa, que te lo digo yo. Si me guardas el secreto te digo una cosa.

—Vale.

—Prometido, ¿eh?

—Prometido.

—Lo han llevado al médico.

Aquí sí me sorprendió, las cosas como son.

—Pero, ¿por qué?

—Está enfermo de ti.

Bueno yo sabía muy bien que con Diego hay que tomar precauciones, porque a guasón no hay quien le gane; pero en aquel momento tuve la convicción de que estaba hablando en serio.

—¿De mí?

—No duerme, no come, está atontado.

—Tendrá algo...

—No tiene nada. El médico lo ha dicho.

Era un problema, desde luego.

—¿Y yo qué puedo hacer?

—Eso tú sabrás.

No, no lo sabía; pero agradecí a Diego que no se metiera a dictarme la conducta; nunca lo hace, en realidad, pero tratándose de Chaume...

—Él no me ha dicho nada.

—La procesión le anda por dentro.

—¿Pero no decías tú que teníais las niñas que queríais?, ¿que él y tú…?

Me interrumpió.

—Eso era antes.

—¿Y con las otras chicas no le pasaba igual?

Me miró a los ojos y me extrañó su seriedad, porque para él no hay nada que no se tome a broma.

—Sabes que no.

—Sí, tienes razón.

—A ti él te va, no me lo niegues.

—Bueno, pero de eso a…

No sé por qué me defendía ante mi hermano. Estaba hablando y me daba cuenta al mismo tiempo de que las palabras no expresaban lo que tenía dentro de mí, porque a mí Chaume me gustó desde el principio. Ahora estoy segura. No sé cuándo empecé a quererle, pero debió de ser muy pronto y ocurrió sin darme cuenta.

—¿A qué? —preguntó Diego—, ¿qué más quieres si te va?

—O sea que, según tú…

Para los chicos es muy simple, mucho más que para nosotras. No es justo, pero es así.

—Mira, Tesa, con la mayoría de los que conozco no me haría ninguna gracia verte; pero con Chaume…

—¿Es distinto? —le corté.

—No te pases, tampoco es eso.

—¿Entonces?

—Él va en serio.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Lo sé y basta. ¿Qué importa el cómo?

—Pero eso me lo tendría que decir él mismo, ¿no crees?

—Te lo dirá, estoy seguro.

—¿Y a qué espera?

—Se pone muy nervioso.

—¿Tan tímido es?

—¿Tímido? —a Diego le hizo gracia—. ¿Tímido Chaume?

—Pues tú dirás.

De pronto se puso serio mirando a la pared.

—Oye, es verdad. ¿Lo ves? Es extrañísimo. Él siempre fue un cara con las niñas y ahora va y se pone así contigo. ¿Te das cuenta? ¡Le ha dado fuertísimo!

No, no estaba haciendo de mensajero. Chaume no tenía la más remota idea de las gestiones de Diego. Era por amistad y a propia iniciativa por lo que mi hermano trabajaba su cartel. Siempre me ha hecho gracia lo contradictorios que pueden ser los chicos. Yo estoy

segura de que a nuestra edad somos más mujeres las niñas que ellos hombres, o sea que maduramos antes. Chaume tiene fama en el instituto, si no de fresco, sí, al menos, de lanzado; pero conmigo estaba casi cocidito. Me refiero a los principios, claro, porque luego cambió, cuando se vio seguro y no digo que a peor, no es eso, sino a distinto, es decir, volvió a ser él.

—Tesa, debo decirte algo.

Sólo con esta frase comprendí que había llegado el trance. Yo siempre había creído que elegiría otro momento y otro ambiente, por ejemplo el rincón penumbroso de alguna discoteca; pero no, fue al aire libre, de la manera más romántica, porque escogió uno de esos paseos de El Retiro, alfombrados de hojas, cubiertos por un dosel castaño, con los árboles en fila flanqueando la carrera y nadie cerca; un momento fugaz, lleno de encanto y de difícil soledad.

—Lo que tú quieras.

Sé que puedo ser dulce, aunque no de ordinario. Estaba agradecida por su delicadeza y puedo decir que sufría por su apuro.

—Verás, no quisiera que me entendieras mal... Yo he ido con otras niñas antes...

Se cortaba y, desde luego, ni mirarme a la cara.

—Lo sé, Chaume.

—¿Sabes?... Ahora es distinto.

Como se quedara callado opté por ayudarle.

—¿Te refieres a mí?

—Sí. Quiero decirte algo.

—Tuyo y mío, ¿verdad?

Aquí se detuvo.

—¿Lo sabes ya? ¿Te lo has imaginado?

—Mírame.

Se volvió dócilmente. Con los labios entreabiertos y los ojos muy brillantes, parecía haber retrocedido respecto de su edad. Tenía cara de niño y yo me conmoví por dentro. ¿Por qué tenía que sufrir si yo ya le quería, estoy segura, y era tan importante para mí?

—Tesa...

Le puse un dedo sobre los labios.

—No lo digas ahora.

—¿No?... Pero tengo que decirlo.

Sonreí, lo recuerdo, y de pura dicha, ni más ni menos.

—Yo también te quiero.

Ni por un momento se me ocurrió pensar que me pudiera tirar una plancha al decir lo que dije.

—¡Eso! —dijo—. ¡Era eso!

—Lo sé, Chaume, más aún, lo sabía antes de hoy.

—¿De veras? ¿Cómo que lo sabías?

—Intuición femenina.

Me hizo gracia su expresividad en aquel momento. Se mesó los cabellos.

—¡Vaya! ¡Qué peso se me ha quitado de encima! ¡Ven, corre!

Lo hice a su lado y pensaba que se había vuelto loco. —¿Se puede saber a qué viene esto?

—¡Vamos a remar! ¡Necesito hacer ejercicio ahora! ¡Ahora mismo! ¿Comprendes?

Y lo hizo, ya lo creo. Se apoderó de los dos remos y se dio lo que se dice un hartón. ¡Dios, cómo remaba! ¡Como si le fuera en ello la vida! Y todo el tiempo sin dejar de mirarme, que yo iba sentada a popa, nunca lo olvidaré. Sólo se oía el sisear del agua y el rítmico lamento de la madera en los toletes. Cruzaban pájaros rasantes y había en el cielo un polvillo de oro que el sol ya bajo dejaba tras de sí.

—No te canses, hombre, ya está bien.

—Hoy cruzaría el Pacifico.

Estoy segura de que creía lo que decía.

Horacio y Ana lo celebraron mucho. Estaban los cuatro juntos y en el tocadiscos sonaba algo de Bach, puesto en sordina. En el rincón dormía la niña.

—Así que éste es el fruto de nuestras reuniones —dijo aquél con simpatía.

—Es y no es, porque esto tenía que ocurrir.

Ahora Chaume ya había recuperado el desparpajo.

—Así me gustó—terció Ana—, estabais predestinados uno a otro.

Por si flotaba alguna ironía en el ambiente, Tesa se apresuró a afirmar:

—Yo creo en la predestinación, ya veis.

—Entonces —dijo Horacio—, vais en serio.

Y Chaume:

—Por completo.

—Os dirán que sois muy jóvenes.

—¿También tú?

—No, nada de eso; para quererse no hay edades.

—Las hay para dar estado oficial a la cuestión—comentó Ana.

—No pretendemos tanto —saltó Tesa.

—Lo sé, guapa, y ya sabes que bendigo lo vuestro tanto como Horacio.

Había euforia. Era una curiosa casualidad que hubieran ido a caer, por decirlo de algún modo, Chaume y Tesa, cuando era notorio en aquel estricto círculo la predilección del profesor por uno y de la profesora por la otra.

—Quisimos que lo supierais por nosotros —dijo Chaume.

—Alguien dirá —replicó Ana— que es cosa nuestra, ¿verdad, Horacio?

—No creo que nadie me vaya a confundir con San Antonio.

—¿Y qué si fuera cosa vuestra? —para Tesa estaba claro—. Lo es, en cierto modo. La cosa empezó a cocerse aquí, ¿no es eso?

—Sí, rica, pero sin segundas intenciones.

Cualquier dicho de Ana era capaz de provocar hilaridad si ella se lo había propuesto, así que la sonrisa vino a todos los labios.

—Bien —dijo Horacio—, lo importante en estos casos es durar.

—Déjalos tranquilos, hombre de Dios. A los diecisiete años no importa el porvenir.

—Por el contrario, lo que no hay a los diecisiete años es pasado. Todo es porvenir.

—Yo estoy con Horacio —dijo Chaume.

—¿Y tú, Tesa?

Pero Tesa era más práctica.

—¿Vamos a empezar con discusiones? Hay diecisiete años de pasado y cincuenta o más de porvenir.

—O sea que a ti y a mí nos quedan treinta y cinco —dijo Ana con gracia contemplando a su marido.

—¿Tan mal me quieres, mujer? —contestó él.

—¡Cincuenta años de amor! No me lo había pensado —exclamó Chaume.

Y Tesa:

—¿Te parecen demasiado?

A lo que Ana terció.

—Pueden ser demasiado o demasiado poco, eso depende.

—¿Cómo depende?, ¿de qué depende?

—Del amor, claro. Un hombre y una mujer son material suficiente para un cielo y para un infierno, ¿comprendéis?

Creían comprenderlo, desde luego, pero sin darse por aludidos. Sería verdad lo que decía Ana, lo era sin duda, y, sin embargo, ¿qué?; su caso era distinto. Se miraron intensamente y luego dijo Chaume:

—Un hombre y una mujer, sí; pero Tesa y yo...

Horacio, que no había perdido una cierta sonrisa desde que se iniciara el tema comentó:

—Ahora es cuando empiezo a creer que estáis enamorados.

—Puedes llamarlo como quieras.

—Toma —sacó un billete del bolsillo—, baja por una de tinto. Esto hay que celebrarlo.

—De acuerdo.

Cuando Chaume hubo salido Ana María fue a sentarse junto a Tesa.

—Te felicito, guapa. Es el mejor de los que pasan por aquí.

—Lo sé muy bien; pero no lo comparo, no es preciso.

—Bueno, bueno —dijo Horacio—, no hay que precipitarse. Chaume tiene defectos.

—¡Quién habló!

—Mujer, nunca los he negado. Sólo quería decir que no es prudente idealizar en demasía.

—Si Chaume fuera perfecto —replicó Tesa—, estoy segura de que no podría quererle tanto.

—Tienes razón —reflexionó Horacio en alta voz—. A los diecisiete años ser perfecto es ser un monstruo.

Y Ana bromeando:

—Es un riesgo que no has corrido nunca tú, ¿verdad, marido?

—Por esa parte puedes estar tranquila.

—No, si lo estoy, figúrate.

—La perfección es una meta, no un estado.

—Yo estoy de acuerdo con Horacio.

—Sí, y ocurre siempre que uno palma antes de pisar la raya. No se nace perfecto ni se muere. Imagínate, entonces, a los diecisiete años.

—Que son los que yo tengo.

—Es muy bonito todo eso —siguió Ana—, pero los hay que con la edad suman defectos.

—Ahí estamos tú y yo precisamente —dijo Horacio con gracia.

—¿Sí?

Tesa entraba en el juego.

—Mira, niña, estoy casado con una centrifugadora; sólo que en vez de lanzar la ropa seca, lanza diatribas y a anatemas.

—¿Qué es lo que soy, entonces, una lavadora o un concilio?

—Eres mi mujer. ¿Te parece poco?

—Pues aguántame, hombre.

—¿Y qué otra cosa hago?

—Parecéis dos críos —dijo Tesa riéndose.

Y Ana:

—Si tomas demasiado en serio el matrimonio resulta aburridísimo.

—Sois las mujeres las que tomáis así las cosas. Si fuera por los hombres, habría divorcio hasta en España.

—Pues sois los hombres los que mandáis en el país.

—Eso es verdad, pero detrás de cada hombre hay siempre una mujer, a veces perfectamente camuflada, pero mujer al fin. Coge la historia, repásala y enseguida te darás cuenta de lo que las mujeres lleváis mangoneando en este mundo.

—Nunca tanto como se nos debe en atrasos. Además, ¿tú qué sabes cómo estaría el mundo si las mujeres llegaran al poder sin tener

que ejercerlo a través de un marido o un amante interpósito?

—Eso sería un desastre.

—No veo por qué —terció aquí Tesa.

En aquel momento entró Chaume con el vino.

Hemos ido a bailar a «La Linterna» y fue importante, porque — ocurrió algo por primera vez. No me refiero a la pelea, que ni era la primera vez, ni fue importante; sino a algo de Tesa y mío en exclusiva. A los dos nos vuelve locos bailar; en eso coincidimos plenamente. No sé qué pasa con la música y las luces. Yo sé que muchos como mi padre lo reprobarían; pero no tienen razón. Quiero decir que se apodera de uno el ambiente, que se crea un clima en que bailar es como un rito, porque estás en trance mientras entregas todo el cuerpo al ritmo que atruena en el local, sí, atruena, y tiene que ser así; no como les gustaría a los mayores, a medio tono, porque en ese caso no te penetraría hasta los tuétanos y no se convertiría en algo capaz de fundir todas las vidas, todas las diferencias, todos los recuerdos, todas las angustias y hasta todos los miedos. Bailar de esa forma te hace libre. Sí, ya lo sé que es efímero y que lo digo con palabras que, además de ambiguas, no expresan concretamente la realidad que yo siento en mi interior. Sin embargo es verdad. En casa tengo bronca diaria por el volumen a que pongo el tocadiscos. No se dan cuenta de que nuestra música, la de mi generación, es para oírla con toda la amplitud en decibelios que puede proporcionarle la electrónica. La época de los violines pasó a la historia y que no me llamen bárbaro, porque yo respeto a la música clásica y no hablo de ella en este instante. La música moderna, en general, ha de darse por encima de ciertos niveles de sonido. Lo que me arrebata cuando bailo no sólo es el ritmo que me penetra; sino también el volumen al que lo hace. Es entonces, envuelto en ésas para algunos excesivas vibraciones, cuando me siento poseído, cuando no necesito abrir los ojos ni mirarme en un espejo, para saber que estoy bailando no ya con el tronco, las piernas y los brazos, sino hasta con el pelo que, al sacudir la cabeza, vuela al compás del movimiento. Es una observación que está al alcance de cualquiera; basta mirar las caras de los que ocupan la pista a la luz intermitente de los destellos de colores, para darse uno cuenta de que la mayoría de los danzantes están lo que se dice en trance. Tesa y yo somos de esos, además nos incitamos mutuamente, es algo de lo que no me cabe duda, y no con palabras o retos, sino con la presencia de uno frente al otro, con los recíprocos movimientos que, al acompasarse a la música, hacen de nuestros cuerpos como dos banderas que ondean juntas azotadas por el mismo viento. Si nos sentamos es por puro cansancio físico, nada más que por eso. Entonces tomo su mano y nos miramos mucho rato, porque, no ya la poca luz,

sino la misma estridencia de la música nos aísla, nos separa del resto de la concurrencia como si fuera un biombo, de modo que a la vez estamos solos y estamos rodeados por la gente. Lo que ocurrió fue tan natural, tan simple y, al mismo tiempo, tan delicioso, que no hay palabras que lo expresen. ¿Alguien ha descrito alguna vez el sabor de una golosina? No, porque quien no la haya probado nunca se queda sin tener idea del sabor que le describen. Yo no digo que un beso de mujer sea una golosina, porque eso sería ridículo. Era sólo un ejemplo. Ahora bien, insisto en lo de antes. ¿Qué importa que diga «entonces la besé»? Ocurrió así. Estábamos sentados, ya casi al fin del tiempo disponible y nos mirábamos hacía rato sin decir una palabra. Pienso que fue cosa de los dos, porque cuando mi cabeza iba acercándose a ella lentamente, *estoy* seguro de que la de ella hacía otro tanto, de forma que vinimos a encontrarnos a mitad de camino y no titubeamos, no digo yo, lo que sería obvio, sino tampoco ella. Si el beso fue largo o corto no lo sé, como también ignoro quién fue el primero en echarse atrás. Prefiero creer que fue a la vez. Lo que sí sé, y de ello estoy seguro, es de que ni antes ni después hubo violencia, forcejeos o recriminaciones.

—Gracias, Tesa —le dije.

—Gracias a ti.

Tocaban lento entonces y ella me lo pidió.

—Bailemos.

Y estaba bien así. Yo la tenía en mis brazos y ella se abandonaba confiada. Es algo que se nota, de manera que no hay por qué demostrarlo.

—¿Sabes una cosa?

No podíamos mirarnos, pero sí hablarnos al oído.

—¿Qué cosa?

—Es la primera vez que me han besado.

—¿Te arrepientes?

—No, ¿por qué?

Guardamos silencio un rato hasta que ella preguntó:

—¿Tú me quieres?

Yo la estreché como si me la disputaran los hombres o los dioses.

—Sabes que sí —repliqué.

Y era cierto, estoy seguro.

Yo había pensado que un beso en los labios tendría que darme asco. Y no me refiero a Chaume, sino que lo digo en general. Bueno, pues no, ni mucho menos; más bien todo lo contrario. Claro que de no haber sido él otro gallo hubiera cantado, estoy segura.

—¿Y no te habían besado nunca?

Ésta es Piluca a quien acabo de contárselo.

—Así, no.
—¿De verdad?
—De verdad de la buena, mujer, ¿para qué te iba a mentir a ti?
—¡Qué ilusión!
Esta niña a veces parece boba, pero la quiero mucho y es mi mejor amiga.
—Fíjate la de días que he salido con él y ni intentarlo.
—O sea que no era que tú no te dejabas.
—Ni me dejaba ni no me dejaba. No ocurría, simplemente.
—Y anoche...
—Anoche fuimos los dos.
—¿Cómo los dos?
—Sí, fue como una iniciativa tomada a medias.
—¿No te lo pidió él?
—Mujer, eso ocurre, no se pide.
—¡Será con Chaume, porque lo que es con otros!...
Ahora me alegro de no haberme prodigado, de haber sido difícil sin excepción para los chicos. Y no era por estrecheces de conciencia, qué va, sino por principio, por una especie de pudor más intelectual que corporal, algo que, sin embargo, no funcionó en absoluto cuando el rostro de Chaume comenzó a acercarse al mío y el mío correspondió con otro tanto. Hay algo en los labios que falta en el resto de la cara: me refiero a la sensibilidad, al sentido del tacto. Se me ha quedado grabada la sensación de los labios de Chaume sobre los míos. Empecé no ofreciendo resistencia y correspondiendo luego; pero fue todo delicado, tan delicado como delicioso. Hubiera estado un año así y, en realidad, ignoro lo que estuve, porque no había noción de tiempo que fuera válida para nosotros dos mientras duraba el beso. Un detalle curioso que me ha dado que pensar es lo poco que la gente me importó, porque no podíamos estar más estrechamente rodeados de lo que estábamos, lo que no interfirió para nada en nuestra intimidad. La soledad, desde luego, no se refiere a la presencia o cercanía física de los demás. Es un estado de ánimo. Chaume y yo, al besarnos, estábamos lejos del mundo, estábamos en nosotros mismos. El resto del público quedaba a mil kilómetros.
—Le quieres mucho, ¿verdad?
—A ti, Piluca, te lo digo. Muchísimo.
—Me alegro.
—Lo sé.
Cuidado que es difícil que una niña se alegre de que a otra le vayan bien las cosas. Lo tengo comprobado y no lo digo sólo por Mercedes, que ya se sabe cómo es.
—Hazte ilusiones, guapa, y ya verás.
Ella dice estas cosas cuando el coro está en torno.

—¿Por qué no te metes en tus asuntos, Mercedes?

—¿Yo? Si a mí, como comprenderás, me deja fría eso tuyo con Chaume.

—Pues entonces...

—Somos compañeras, ¿no? Es por tu bien.

—Yo sé cuidarme.

—¿De verdad?

Hay que oírselo a ella, porque el veneno está no en las palabras, sino en el tono con que las dice.

—¿Por qué no lo dejáis?

Piluca siempre trata de terciar entre nosotras dos. Pero Mercedes se pirra por este tipo de ejercicios verbales.

—Es que ésta cree que el tal Chaume es distinta y hay que abrirle los ojos.

—Tú no tienes que abrirme nada a mí, y menos los ojos. No necesito gafas, ¿te enteras?

Se lo digo porque ya no las uso y ella, en cambio, sí que las precisa, aunque trate de aparentar que no.

—Allá tú. Veremos quién ríe la última.

Aquí salta la despistada de Carlota.

—¿Pero de qué Chaume habláis?

—¡Mujer —dice Mercedes con esa «buena» intención suya—, del único! A ver si vas a creerte que hay dos iguales por ahí.

—Ah, el pestañas ése del jersey azul...

—Sí, el que salió con Marisa y con Beatriz y quiso salir conmigo...

—Bueno, está hecho ése...

Yo sé bien por dónde van los tiros.

—Si seguís hablando así —les digo muy tranquila—, voy a pensar que me tenéis envidia.

Y lo pienso, por supuesto. Envidia, nada más que envidia.

—Tú fíate de él...

—Descuida, Carlota, sé mirar por mí.

Si en alguien confío yo es en Chaume, y él lo sabe muy bien. No necesito intermediarios para informarme sobre él. Le veo cada día y responde a todas mis preguntas. Adoro a las personas que responden mirándote a los ojos. Chaume es de éstos.

VII

ESTÁ bien, Chaume, te comprendo, trato de hacerlo, al menos. No tienes que decirme nada sobre la economía del estudiante. Sé que salir con una niña cuesta caro, aunque no se hagan excesos, porque no podéis pasaros las tardes arriba y abajo en El Retiro, donde es gratis respirar, o yendo por la acera cogidos de la mano como barco a la deriva.

—Esto no lo comprende mi padre.

—¿Sabe qué vas con Tesa?

—¿Cómo le voy a decir una cosa así? Según él son niñerías. Él dice que para chicas ya habrá tiempo.

—¿Y tu madre?

—Para ella soy un crío.

Y lo eres en cierto modo, aunque no te lo diga. Pero eso no es un defecto, y además te va quedando poco para serlo todavía.

—De todos modos no eres tú solo quien tiene ese problema.

—Pero yo tengo que solucionar mi caso, no el caso de los demás.

—En eso estoy de acuerdo.

Lo que ocurre es que eres un vehemente. Ahora te ha dado por los cuartos y te obsesionas con ello.

—Conozco a unos chavales que tienen un truco para desvalijar cabinas telefónicas. Lo hacen con un papel y. oye, no falla.

A veces me sorprendes, chico, ¿qué me quieres decir con eso de los teléfonos?

—¿No estarás hablando en serio?

—Yo necesito dinero.

—De acuerdo, ¿y qué?

—Que no lo tengo.

—Seguro que no.

—¿Entonces?

Me haces la pregunta como si yo tuviera una respuesta milagrosa, porque no creo que pienses en serio obtener dinero por medio del robo o de la picaresca.

—Cuando acabes de pagar lo que debes por el asunto del coche...

—Eso será el año que viene.

Sí, lo sé muy bien que para ti un año es demasiado, que tú vives intensamente al día y quieres soluciones al momento; pero tendrás que conformarte con la espera, porque ese salto que insinúas no lo vas a dar nunca o yo no soy quien soy.

—Un año pasa enseguida.

—Un año puede ser toda la vida.

En efecto, y esto es lo que más me sorprende en ti, que de vez en cuando dices cosas impropias de tu edad y de tu temperamento.

—No vas a morir tan pronto, hombre.

—Y eso ¿quién lo sabe?

—Escucha. No creo que Tesa tenga nada que ver con ese tipo de chica que te hace gastar hasta la hijuela.

—Pero es que *yo* quiero llevarla a sitios, regalarle cosas…

Sonrío, ¿lo ves?

—El sitio a donde más desea ir eres tú mismo y tú también el mejor regalo para ella.

Te quedas pensativo; ahora te he tocado, ¿verdad que sí? Ay, Chaume, tan fácil como pareces unas veces y tan sorprendente como resultas otras.

—*Me* gusta eso que has dicho.

—Porque es cierto.

—Sí, pero yo no lo había pensado.

Lo que te pierde a ti es la vehemencia. Lo quieres todo y lo quieres enseguida. Lo que te salva, en cambio, es esa fibra del corazón por la que eres capaz en un momento de renunciar a cualquier cosa si la causa *lo vale.*

—Quererse no es cosa de dinero.

—Hasta ahí llega cualquiera. Pero el problema sigue en pie. Están las comunicaciones, los cines, las cafeterías… No se puede salir de casa sin un duro en el bolsillo, salvo que tengas intención de ir a pedir limosna.

—Bueno, no exageremos. Algo de dinero sí te dan.

—Una miseria. No me llega ni para fumar, así es que mira.

—¿Y por qué fumas?

—Anda, ¿no fumas tú?

—En pipa, y porque no tengo remedio ya. Fumar es malo.

—¿Y qué? Está en San Pablo que dice en algún lado: «Veo lo bueno y lo apruebo, pero luego hago lo malo». Fíjate si es viejo lo que me pasa a mí.

—Hay una solución.

—Yo no la veo.

—Este es vuestro club privado, y aquí no cuesta nada entrar.

Te agrada esto que digo. Lo sé y se nota; pero te crees en la obligación de replicar:

—No podemos ser abusones hasta el punto de venir todos los días.

—¿Por qué no? Yo no veo el abuso por ninguna parte.

—¿Lo dices de veras?

Tienes un modo particular de poner el alma en los ojos. Jamás conocí a nadie que se le notara como a ti.

—Completamente.

—¿Y Ana María?

Ella encantada. Tratándose de Tesa...

—Entonces...

Estás radiante. ¿Tanto significa para ti el saber que dispones de esta casa?

—Entonces hecho. Podéis venir siempre que os convenga. Nadie podrá impedirlo.

—Gracias, Horacio.

Creo que me hubieras abrazado si no temieras al ridículo.

—¿No está Chaume?

—Se ha ido con Horacio a por la prensa y el tabaco. Entra, Tesa, no te quedes ahí.

Cada día te encuentro más encanto, niña. ¿Sabes? Me gustaría horrores que mi hija al crecer se fuera pareciendo a ti. No me extraña en absoluto que tengas loco a Chaume; ahora que te conozco mejor estoy más admirada de aquella primera intuición por la que puse en ti esperanzas singulares. No eres una alumna brillante según los criterios de la enseñanza oficial, aunque te defiendes sobradamente. Pero eres maravillosa si se computan todos los ingredientes que componen la personalidad, muchos de los cuales no se tienen en cuenta en el instituto.

—Estoy preocupada con él, ¿sabes?

—¿Con Chaume?

—Sí. Ahora le da por estar obsesionado con el maldito dinero.

—Bueno, eso le pasa a medio mundo.

Sé lo que ocurre, pero quiero quitarle hierro, porque no vale la pena en realidad.

—Pero él es él, ¿no le conoces? Se ha empeñado en que tiene que llevarme a sitios y comprarme cosas y no hay quien le quite la idea de la cabeza.

—Tú deja a Horacio.

—¿Está enterado?

—Han hablado los dos.

La verdad es que estamos viviendo vuestro amor adolescente como si tuviéramos acciones invertidas en el mismo.

—Seguro que es mi hermano el que lo lía.

—¿Diego?

—Sí, siempre tiene pasta, no sé cómo se arregla, y eso a Chaume lo trastorna. Pero Diego es Diego y él es él, ¿no crees?

Te lo diré, querida, el problema no es de Chaume, sino de la generación, y la culpa no es suya ciertamente.

—Desde hace un tiempo y de una forma rigurosamente eficaz, se

está creando en los adolescentes un afán de poseer, de adquirir, de comprar cosas que hasta hace poco no contaban. La publicidad, sin dejar en paz a las señoras, que, como sabes son su público predilecto, se ha volcado sobre los jóvenes, y les acosa por todas partes y a todas horas. Esto crea un estado de insatisfacción permanente, porque es muy difícil, casi imposible, que un joven pueda tener todo lo que en forma tan apetitosa se le ofrece. Todo está calculado. Nada dura. Un disco, un pantalón, pongo por caso, cuando están en su mejor momento de uso, dejan de interesar porque ya no se llevan, lo que quiere decir que hay que comprar otro disco y otro pantalón, ¿me explico?

—Perfectamente, eres meridiana como siempre.

—En este sentido no tiene que preocuparte Chaume; tienen que preocuparte todos.

—Pero él es de un apasionado que pasa a la acción por menos de nada, ¿comprendes?

—No, no lo hará. No atracará un banco, si es eso lo que temes.

Nos reímos las dos.

—A veces pienso que está loco.

Sé que no es cierto, que se trata sólo de un modo de hablar.

—Con la locura de los adolescentes.

—Sí, claro, y menos que Diego, por ejemplo.

—Se les pasa. Es sólo cuestión de tiempo. Además estás tú para moderarle. A ti te hará caso, créeme.

—No estés tan segura. Por mucho que me quiera, pienso que tienes tú más influencia sobre él.

Es curioso que lo notes, pequeña, porque es cierto. A los adolescentes les fascina una mujer «mayor». No sé si es que se funden en ella la madre y la mujer a sus ávidos ojos; pero es cierto que el fenómeno es más frecuente de lo que cabría suponer, dado que muchos lo ocultan celosamente en su interior.

—Eso es normal y no debe preocuparte.

—No me preocupa.

Y sé que no, porque a mí no me mientes; ése es un homenaje y no pequeño que me haces.

—Ten confianza, entonces. A no mucho tardar Chaume dará un cambiazo.

—Eso espero.

Es hermoso el amor adolescente. Tú no conoces otra cosa y no puedes darte cuenta; pero no se repite en el resto de la vida una experiencia semejante a este descubrimiento del amor. Desde que te has enamorado hay una llama en ti, una llama que asoma por tus ojos, que colorea tus labios, tus mejillas, que da cálidos tonos a tú voz. ¿No te das cuenta? De seguro que no, pero no importa. Seguirte ahora de

cerca, créeme, resulta tremendamente sugestivo. Sí, claro, también yo pasé por esto; pero entonces no podía observarme desde fuera y estaba sola para vivir esa mezcla de angustia y dicha, dé sobresalto y éxtasis en que, aunque parezca cursi consignarlo, consiste el primer amor.

—Le quieres mucho, ¿verdad?

Veo que miras lejos y sospecho que no reparas en lo que tienes delante de los ojos.

—Del todo, Ana.

Son palabras sencillas, pero dichas de un modo que conmueve.

—¿Y él a ti?

—Lo mismo.

Te creo, ya ves, tanto más cuanto que a Chaume se le nota como si fuera transparente. Jamás vi a un chico con menos doblez que él. Cuando te mira se emboba, no importa ante quién esté. Yo creo que se olvida del resto de los vivos. Es asombroso cómo se abstrae en ti.

—Lástima...

Me miras con sorpresa.

—¿Qué quieres decir?

—Lástima que tantas veces ese maravilloso primer amor quede para la historia personal en un simple número de orden.

—No te entiendo.

Sí, claro que me entiendes, pero te lo diré más claro.

—Primer amor, segundo amor, tercer amor, ¿comprendes ahora?, hasta llegar, si no se tiene suerte hasta ningún amor.

¿Por qué te digo esto? Ni yo misma lo sé.

—No es fatal que así sea.

—Desde luego que no —me apresuro a conceder.

—Comprendo, de todos modos, que sería una bobada afirmar que Chaume y yo somos distintos...

—Eso el tiempo lo dirá.

—Tienes razón.

—Perdona, guapa, no quiero hacerte de aguafiestas, ni mucho menos, pero quiero ayudarte a estar siempre con los pies en el suelo. Por lo demás, ojalá que os dure. Nada vería yo con mejores ojos, te lo juro.

La discusión tuvo lugar en la mesa, durante la comida. Claro que no fue así de repente como brotó la chispa, pues el tema se venía planteando con frecuencia desde hacía varios días.

—Los discos no son como los libros, que se leen una vez y fuera —dijo el padre—. Yo no entiendo por qué tienes que estar gastando siempre en eso. En tu cuarto hay discos para parar un tren. ¿Qué ocurre? ¿Ya no sirven?

—Papá, los discos tienen una vida muy corta, pasan de moda,

después de un tiempo no se aguantan.

—Entonces es que no valen la pena. Si se tiene a Beethoven se tiene a Beethoven. ¿Pasó de moda Beethoven?

—Eso es música clásica.

—A mí déjame de definiciones. Hay música buena y música mala. Lo que no es música es sólo chinchín, y en eso no vale la pena meter dinero.

—A los jóvenes nos gusta la música joven.

—¿La música joven? ¿Una música que se muere a los seis meses de nacer? ¡No digas tonterías, hombre! Eso no es música, eso, en todo caso, es un aborto musical.

—¡Jaime! —le increpó su mujer.

—Anda, anda, defiéndele tú encima.

—Lo que quieras, pero esas palabras no las uses delante de él.

—¿Lo dices por aborto? Mujer, si eso viene en sus libros.

A Chaume hacía rato que le entraban ganas de gritar; pero se contenía apretando el puño que guardaba bajo la mesa.

—Tú no lo entiendes —dijo a su padre—, no lo entiendes porque ya no eres joven.

Él se sintió molesto.

—¡Anda éste! ¿Es que a los cuarenta y cinco soy un viejo? ¿Es eso lo que crees?

—No son los años. Es el modo de pensar. Si no entiendes que hay una música joven, si no admites que los jóvenes tengan en la música su lenguaje propio, distinto, entonces es que eres un viejo, con esos años o con otros, lo mismo da.

—Bueno, bueno, el caso es que tú desvías la conversación. A mí no me pidas para discos, porque discos te sobran. Ahí es donde estábamos, ¿no es eso?

—Lo tendré en cuenta, descuida.

Pero una cosa trae otra y la madre de Chaume, que nunca se había distinguido por su tacto en estos encuentros padre e hijo, tuvo que decir precisamente entonces:

—Lo que éste quiere es comprar ropa.

—¿También?

—La necesito —dijo Chaume sin ningún entusiasmo.

—Lleva todo el curso con el mismo jersey y el mismo pantalón, como quien dice.

—¿Sí? Pues yo veo su armario y me parece que está más que surtido.

—Claro, pero del año pasado.

—¿Y qué? ¿Cuánto crees tú que tiene esta chaqueta? ¡Nos ha fastidiado el niño ahora!

Chaume creía estar ejercitando la virtud de la paciencia, por eso

trató de explicar su punto de vista.

—Los mayores os vestís siempre lo mismo. Nosotros, no. Yo no tengo la culpa.

—¿Ah, no? ¿Y qué obligación tienes tú de imitar a los demás?

—Yo no imito a los demás más de lo que ellos me imitan a mí. Con esa lógica tuya todo lo sacas de quicio.

—Por de pronto no me grites. Y di una cosa, ¿están rotos todos esos pantalones que tienes colgados en el armario?, ¿están fuera de uso?

—Están pasados, anticuados, no se llevan.

El hombre miró a su hijo como si fuera un bicho raro.

—Hablas como una mujer, lo que me faltaba por oír.

Chaume perdió el control.

—¡Si no quieres entenderlo no hay por qué seguir hablando!

Se levantó dejando caer la silla para atrás.

—¡Vuelve a sentarte ahora mismo!

Dudó un momento. Estaba por dar el portazo; pero recogió la silla y se sentó de nuevo.

—No hay que ponerse así —dijo la madre intentando suavizar la situación.

—De acuerdo, pero tú no le defiendas. Lo primero que un hijo ha de tener son buenos modales con sus padres.

Se hizo un silencio que nadie parecía querer romper. Al fin fue la madre la que habló.

—Cuando empiece el buen tiempo te compraremos ropa.

Chaume no rechistó. Fue su padre el que dijo:

—Si yo no me opongo a que andes bien vestido. Lo que no quiero son caprichos tontos.

Una vez más estaba ganando la batalla en el terreno de los hechos. Y es curioso, no sentía ningún placer ante el repliegue de su padre.

—Gracias —dijo—, y empuñando los cubiertos volvió a comer sin levantar del plato la cabeza.

Nada más verte te lo noto. Tu cara y el que me esperes a solas, al salir deis instituto, ya me dicen a las claras que te ha pasado algo. Y menos mal que esta vez el lío es doméstico, y, como decimos los dos, de vía estrecha. Sonrío mientras te escucho. Y es que tu padre, aunque no lo comprendas, me conmueve. Es el león que ruge pero no mata ni una mosca, ¿estás de acuerdo? Tienes que estarlo; serías injusto de otro modo y no quieres serlo, estoy seguro.

—No puedes pretender que tu padre lo comprenda todo.

—Lo que quiero es que respete mis ideas.

—Lo hará si son respetables y si te tomas el trabajo de explicarle

en un momento bueno el por qué las suscribes.

—Para él Ja música joven es «chinchín» y la ropa que nos gusta una señal de afeminamiento.

—Él es un cuarentón, no hay que olvidarlo, y, como todos los de su quinta, salvo raras excepciones, ha perdido el contacto con los adolescentes. Él vive y comparte la tertulia con los que son como él y piensan como él. Con la adolescencia no se roza para nada, salvo cuando topa contigo por la casa. Pero tú no eres la adolescencia, sino su hijo, y lo que en la calle, o en el cine, o en la prensa y las revistas ve con indiferencia, referido a los jóvenes, le exaspera cuando lo encuentra en ti, ¿comprendes?

—¿Qué quiere, entonces? ¿Qué me haga viejo antes de tiempo?

Sabes que no. Es la dialéctica la que te hace decir eso.

—De ningún modo, hombre.

—Pues no lo entiendo.

—Mira, él se suelta la melena, dice todo lo que tiene que decir, se desahoga y luego ¿qué?… Luego te compra los pantalones que te gustan, ¿no es así?

—Bueno…

Debo apretarte, Chaume.

—¿Es o no es?

—Sí, sí es. Pero lo que yo digo es que, para acabar haciéndolo, podía ahorrar toda esa pólvora que gasta en salvas.

Sonrío.

—Un cabeza de familia necesita tener siempre la sensación de que es quien manda, quien dice la última palabra; debías saberlo ya.

Aquí ya te suavizas. Suele pasarte y eso ocurre de repente. Sonríes al decir:

—¿Hablas por experiencia?

—Tú ya sabes que no tengo ese problema.

—Espera que tu hija crezca y ya verás.

Te seguiré la broma.

—Dieciséis años no es demasiada diferencia. ¿Por qué no la esperas y te casas con ella?

—Si me llega a fallar Tesa…

Ah, claro, eso tenía que salir.

—¿Cómo os va?

—Viento en popa.

No hace falta que lo jures; parecéis dos iluminados.

—Te diré algo. ¿Sabes para qué sirve enamorarse a tu edad?

Veo que te quedas pensativo antes de responder.

—¿Es que tiene que servir para algo?

—No es mala respuesta, no. Pero, en la práctica, enamorarse a tu edad sirve para una de estas dos cosas: Para hacerse uno hombre más

deprisa, o para volverse definitivamente tonto. ¿Estás de acuerdo?

—Si tú lo dices...

—Pues aplícate el cuento, porque todos esos piques que tienes a diario con tu padre son un poco de crío.

—¿Le vas a dar ahora la razón?

—Lo que quiero es que madures.

—¿Y él? Él es mayor y discute, así que mira.

—A mí no me preocupa él, sino tú. Yo no estoy encargado de educarle a él, sino de educarte a ti, ¿está claro?

—Vale, vale, me rindo.

Está bien, muchacho. Sé que seguirás chocando con tu padre. Es natural. Está en la dinámica de las cosas que suceda de ese modo. Con tal de que la sangre no llegue al río, ni le amargues demasiado la existencia, pienso que hasta te beneficia. Tienes en tu padre el antagonista cotidiano con el que bajas cada día a la arena para ejercitar tus recién adquiridas armas. Tu padre debería comprenderlo; pero, entonces quizá no te ayudara tanto como te está ayudando ahora casi sin darse cuenta.

Estoy sin blanca. Es que ni para el Metro. Me revienta fumar de gorra, además hay en la clase tipos que te lo echan en cara, como si no se cambiaran las tornas de vez en cuando, porque yo, cuando tengo, doy sin tasa.

—Oye, Pupas, ¿tú tienes idea de dónde se suministra ése?

Ése es Flórez, el tío más suspicaz y desconfiado que conozco. Y el caso es que siempre tiene pasta.

—Se lo darán en casa.

Me pasma lo bien pensado que puede ser el Pupas.

—Discurres de una forma, chaval, que te puede dar algo. Su padre vende churros, lo sabe todo el mundo, así que apunta.

No es que le envidie, pero me tiene intrigado hasta los huesos; porque el tío siempre lleva, por lo menos, quinientas púas encima.

—Pues no sé.

Es lo que pasa, que no lo sabe nadie. Un día le abordé así por las buenas.

—¿De dónde sacas tanta guita?

—De aquí, macho.

Se puso un dedo en la frente, el tío; lo que no quiere decir nada, porque ni él es un talento, ni suelen dar dinero por sólo discurrir. Diego es distinto, tiene genio para los negocios, lo he visto por mí mismo. Lo que hace Diego es simplemente compraventa, pero siempre vendiendo al doble de lo que compra, y para eso tiene una labia especial, irresistible. Es capaz de convencerte de que dos y dos son cinco porque este año es bisiesto. Pero el Flórez de las narices, no; es

el típico tío callado que nunca sabes por dónde va a salir.

—¿Me prestas veinte pavos, Pupas?

—A ti sí.

—Si no te los devuelvo antes de quince días, me los corto, palabra.

—No es preciso que te desgracies, hombre, que eso es esencial para la vida.

Nos reímos.

—Tengo que inventar algún sistema para ganar dinero. Me fastidia pedírselo a mi padre, que, además, no me lo da. ¿Tú sabes algo?

—¿Algo de qué?

—No sé, chico, un asunto, algo que sea lucrativo.

—Vete a dar sangre.

—Eso está muy visto. Además no me admiten tan seguido.

El pobre Pupas se pone a discurrir con toda su alma.

—¡Ya lo tengo!

Yo pico:

—¿Qué?

—Ofrécete para trasplantes.

Le miro atentamente. No es posible que hable en serio.

—Pero tú...

—Puedes morirte, ¿no? Tal como andas con la moto puedes partirte el tanque cualquier día, ¿sí o no?

—Como todos, claro.

—Como todos, no; un poco más que la mayoría, sí, que tú eres muy loco.

—Bueno, ¿y qué?

—Que nada, hombre, si tú vas y les dices que ofreces lo que sea, en caso de accidente, ellos, digo yo, te pagarán por adelantado, porque de otra forma tú no podrías cobrar nunca, ¿comprendes?

Del todo del todo la idea no es tan mala como pensé al principio. ¿Por qué no? Yo sí me muero me tiene sin cuidado lo que hagan con mi cuerpo. Si pagaran por eso no tendría la menor duda. Hay que enterarse, pero, ¿dónde?

Las discusiones con Tesa son siempre por lo mismo. Me ve de mal humor y se molesta. ¿Que por qué estoy así? Por el dinero. Sí, será una obsesión, pero cuando se me pase, como ella dice, seguiré necesitándolo y no habré salido de esta trampa, porque no puedo trabajar por razón de los estudios y no se cobra un duro por estar atornillado sobre el libro.

—No veo por qué necesitas gastar tanto.

—Vivo como un monje y tú me hablas de gastar.

Le da la risa.

—Lo que me faltaba por oír. Ahora salgo con un monje.

—Fuera bromas. No podemos andar siempre arriba y abajo por la calle. Supón que vamos a bailar entre semana.

Me interrumpe.

—Yo pago lo mío.

—*¡No me da* la gana!

—Pues tú dirás...

Y claro que lo digo.

—Soy capaz de ponerme a vender la «Goleada» los domingos.

De pronto se queda seria. Estos cambios son muy suyos.

—¿Lo harías por mí?

No tengo que pensarlo.

—Haría eso y mucho más.

—Lo sé.

Dice una cosa así y se queda tan fresca. Tiene un aplomo que me pasma. Seguimos andando con los ojos al frente.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Me quieres, ¿no?

¡Qué cosas! ¡Claro que la quiero! Me atrevería a decir furiosamente, sí, ni más ni menos. Después de todo el problema está ahí. Necesito dinero porque la quiero. Porque hay muchas cosas que yo puedo darle si tengo dinero. Y quiero dárselas. Y dárselas pronto, ahora, no el día de mañana. Lo que dice Horacio es cierto. Si amor es dar, lo más importante es darse a sí mismo. De acuerdo. Pero eso yo no se lo regateo a Tesa. Quiero ser suyo, ahora bien, además de eso, y sin quitarle nada, puedo querer llevarla a merendar, y a la discoteca, y al cine, y coger un taxi donde nadie la espachurre...

—¿Sabes una cosa, Chaume? Eres un cielo.

La miro porque no suele hablarme así.

—¿A qué viene eso?

Se empina un poco y me da un beso en la mejilla.

—A nada. Me apeteció decírtelo.

—Si yo soy un cielo me parece que nadie va a querer hacer esfuerzos por salvarse.

—Yo, sí.

Y se ríe.

—Estás hoy un poco loca.

—La locura es una forma de libertad interior.

—Qué cosas más raras dices.

—Ven, sentémonos aquí.

Es un banco público, así, en medio de la calle.

—Como quieras.

—No cuesta nada, hombre.

Lo hacemos como ella desea. Es curioso, estar así viendo pasar a

la gente.

—Debemos parecer una pareja de jubilados.

—Da tiempo al tiempo y ya verás.

—¿Tú crees que duraremos tanto?

—Eso sólo depende de nosotros.

—Querrás decir de ti.

—¿Cómo de mí?

—Sí, porque yo estoy seguro.

Me coge la mano.

—¿Ves? Todo el mundo nos mira.

Es cierto, ya me había dado cuenta. Las piernas de Tesa son algo…

—Es que mola mucho —le digo— estar con una niña como tú.

Se me ha ocurrido por primera vez, pero lo estoy pensando de verdad. Nos miramos a los ojos. Sé que los míos son absolutamente negros, pero los de ella no son claros sin más, son del color del cielo, cambiantes como él.

—¿No estaremos empezando a chochear?

Es una gozada verla así, cuando se queda con los labios entreabiertos, sin esconder la vista, sin ninguna reserva, desconfianza o resistencia.

—Contigo cualquier cosa.

Lo que he dicho es vulgar, pero cogido así, fuera del contexto; entre nosotros, no, lo sé muy bien.

VIII

¿SABES, Chaume? Era mucho más fácil antes, cuando nos reuníamos los sábados y todavía no se había producido la sorprendente dispersión. Hemos ganado en coherencia y, claro, en intimidad; pero el hacerlo los cuatro mano a mano, lleva enseguida las cosas a un terreno personal y, no sé, lo hemos comentado Ana y yo, nos dais algo de miedo. No te lo digo a ti porque sé que te reirías, y, sin embargo, siento una responsabilidad que va en aumento.

—Si tú no crees —me preguntas—, ¿por qué he de hacerlo yo?

No me gusta discutir de religión, debías saberlo ya.

Y mucho menos hacerlo así, a base de nosotros.

—Se cree o no se cree; no se debe creer o se debe no creer.

Sé que me evado, me doy cuenta, y tú también, por eso no me sorprende cuando aprietas.

—No has contestado a mi pregunta.

Y es verdad, pero Ana me quita la palabra.

—Tu pregunta es de niño chico, Chaume. Nadie a tu edad ha de creer o dejar de hacerlo por el hecho de que otro, aunque sea el profesor, lo haga o no.

Te quedas mirándola como si no hubieras comprendido.

—Horacio es su ídolo —dice Tesa sin malicia.

—¡No digas tonterías!

Últimamente te noto como traumatizado, no, no sabría decirte en qué consiste, pero, sea lo que sea, incluye esa aspereza inadecuada que te gastas con Tesa y que ella no se merece en modo alguno. Te apoyo ahora, sin embargo; es instintivo.

—Contesto, Chaume, contesto. No quiero que te creas que escurro el bulto.

—De acuerdo.

Sé que una de las razones de mi ascendiente con los chicos estriba en que les doy categoría y tú eres sensible a eso como nadie. Son innumerables los padres que no caen en la cuenta de lo mucho que podrían conseguir de sus hijos adolescentes con sólo tomarles en serio.

—Suponte que yo creo… ¿Sería ésa una razón para que lo hicieras tú?

Es bien simple y, con todo, no te precipitas en la respuesta.

—Planteado así…

—Es que no hay forma de plantearlo de otro modo. Sí, primero se cree o no se cree por autoridad, digamos; pero llega pronto una edad en que uno debe asumir su opción personalmente y tú la has alcanzado sin género de dudas. ¿A qué viene, entonces, apelar a mi

respuesta o a la de cualquier otro? Ni para creer ni para no creer te vale lo que yo piense...

Me interrumpes. No te gusta que te acorrale nadie.

—Es que no me has entendido... Y vosotras tampoco. Yo no quería decir que he de tener fe porque la tengas tú, o lo contrario.

—¿No?

—Claro que no. Quería decir que si los argumentos que hay no te convencen, ¿por qué iban a convencerme a mí?

—La fe no es cuestión de argumentos —dice Ana.

Y Tesa:

—Hay personas inteligentísimas con fe y personas no menos inteligentes sin ella.

No es que queramos acorralarte, Chaume, pero yo remacho el clavo.

—Ya ves que no tienes más remedio que enfrentarte tú con tu problema y tratar de resolverlo de una manera personal. Concretamente a mí no me darás ningún placer si me sigues en eso.

—O sea que para ti tengo que ser creyente.

Siempre te pasas, Chaume. Tienes tendencia a radicalizarlo todo.

—En absoluto. Lo único que quería dejar claro es que no tienes que ser incrédulo porque estimes que lo sea yo. ¿entendido?

Ahora, como siempre también, das un sesgo y vienes por otro lado.

—¿En qué quedamos? ¿Tú crees o no crees?

—Quieres un sí o un no, ¿verdad?

—Exactamente.

No vas a pensar que te hablo en serio, sino que ocupo posiciones dialécticas tan sólo, y, sin embargo...

—No es tan sencillo. Ni la fe de unos es absoluta, ni la incredulidad de otros...

—Pero tú...

—Yo sólo soy un hombre. Por consiguiente, dudo.

—Y no practicas.

—No, no practico, pero no hablaba de prácticas; me estaba refiriendo al meollo de la cuestión.

—Es lo que me pasa a mí.

No voy a contradecirte. Sé que lo dices como lo piensas, que eres sincero; pero no es lo mismo, querido Chaume, no. Tú estás pasando un sarampión, y con esto no hurto el problema ni lo disimulo; pero todavía estás en un momento en que hay que airear, exhibir lo que le pasa a uno. Necesitas un público, yo, no. Parece sutil, pero he ahí la diferencia. Cuando yo era como tú vivía tranquilo a ese respecto, quizá despreocupado, pero tranquilo. Ahora todas las crisis se adelantan. Esa también. Y, en todo caso, prefiero con mucho verte

comprometido en una búsqueda, aunque sea dialéctica más que nada, que verte sumido en la general indiferencia, en la alienación colectiva de tantos compañeros tuyos de generación.

—Trata de encontrarte, Chaume.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—Que cualquier paradigma que busques fuera de ti no será nunca de la talla precisa que das tú.

Sé que me entiendes, que estás en la onda que yo emito. No siempre ocurre así, pero tengo un sexto sentido para darme cuenta de cuándo se produce esa maravillosa sintonía.

Yo con Tesa no quiero discutir de religión. Quizá me pase lo que a Horacio conmigo. Pero no se trata de que tema hacerle daño o cosa semejante. Tesa a mí no me cede ni esto, intelectualmente hablando, y yo me alegro. Jamás me casaría con una medio boba. Una vez vi una encuesta por la televisión y todos los tíos preferían para mujer una así, apañadita, sin estudios superiores y amita de su casa. A mí me sublevó. No echo en cara a mis padres que les falte una carrera, Dios me libre; pero pienso que el nivel de diálogo con ellos sería mucho mejor de haber tenido estudios superiores. Yo con una mujer boba no me casaba ni a punta de bayoneta. Claro que no quiero decir que porque una chica vaya a la universidad ya está todo arreglado, no. Bobas las hay en los colegios y en las universidades. Y bobos también, por supuesto. ¡Hay cada tío...!

—No empieces, Tesa, que no me vas a convencer.

Pero ella no me da mucha consideración en esto.

—¿Conmigo vas a presumir de ateo?

—No, tampoco es eso, desde luego.

—De acuerdo, no lo soy. No sé lo que soy. Déjame en paz, ¿quieres?

—¿Lo ves? No estás seguro de ti mismo.

Es la lógica de ella.

—¡Claro que no lo estoy! ¿Lo estás tú?

Ahora la he cogido, porque ella no es de las que contestan cualquier cosa para seguir en sus trece.

—Del todo, no; pero sí lo suficiente para tener una base.

Sí, hemos hablado de ello en otras ocasiones. Una base, un punto de partida y de vuelta, también, para, desde él, hacer incursiones por aquí y por allá, porque es difícil hacerse una idea de lo que es este mundo y esta vida y cada uno de nosotros.

—No hablemos de esto, Tesa. No vas a solucionarme nada.

—Como quieras.

Lo bueno de ella es que no insiste, no es como el plomo de mi madre que, cuando coge un tema, es de una tenacidad digna de mejor causa. Cuando quiere indicarse un grado extraordinario de

conocimiento, se dice en lenguaje familiar: «Te conozco como si te hubiera parido». Pues bien, Tesa no me parió, naturalmente; pero me conoce mucho mejor que mi madre, dónde va a parar.

—Ya te he dicho que no quiero este lío de ropa.

Se refiere a mi costumbre de cambiarme.

—No es ningún lío, mamá. Lo que dejo lo cuelgo, ya lo ves.

—Soy mujer y si te digo que es un lío, es un lío.

—No es ningún lío. Yo sé dónde está cada cosa y echo a lavar lo que está sucio.

—No me discutas. Lo que pasa es que te empeñas en vestir de una manera por la mañana y de otra por la tarde, lo que es absurdo.

—¿Por qué es absurdo, vamos a ver?

Sé que es inútil y, sin embargo, discuto, no lo puedo evitar.

—Porque un chico se viste de una forma por la mañana y no hay ninguna razón para que se tenga que cambiar por la tarde.

—Yo tengo las mías.

—¿Qué razones son ésas?

—Son mías, sólo mías, y no interesan a nadie.

—Me interesan a mí que soy tu madre.

Ya salió.

—¡Sí, madre no hay más que una!

Sé que la pongo frenética y, cada dos por tres, vuelvo a decirlo.

—¡Descarado, que eres un descarado! ¡Y lo que te digo, un hombre no se anda cambiando como una señorita!

Debía saber que eso no lo tolero.

—¿Quieres decir que yo soy una señorita?

—Quiero decir que no te cambies cada dos por tres. No es masculino eso.

—Lo que es masculino lo sé muy bien y no vas a ser tú quien me lo diga.

—¡A mí no me contestes!

—¡Y a mí no me insultes!

—¿Yo?

—Sí, tú. Estoy harto de que por una camisa, por un peinado, por un cinturón o, menos que todo eso, por cambiarme de ropa, tenga que oír insinuaciones que no tolero y en las que, además, eres la primera en no creer. Yo soy muy macho, ¿lo oyes?, y sólo de mí depende seguir siéndolo, así que déjame en paz.

No estaba mi padre en casa. Estando él una parrafada así es imposible. Y no por el contenido, sino por la extensión. Pero es que estoy hasta las narices de ese juego que consiste en veladas alusiones a mi condición de hombre, para forzarme con ello a unos modos y conductas que nada tienen que ver con la auténtica diferencia de los sexos.

—Mira, Tesa, si vas a misa a mí me parece bien.

Y es cierto.

—¿Es que estoy yo más obligada?

—En absoluto.

—¿Entonces?

—Es que hay algo en tu interior que te lo pide.

—¿Y a ti no?

—No con la misma fuerza, por lo menos.

—¿Y si te ruego que me acompañes?

—Posiblemente lo haga; pero un acto así no tendría contenido religioso por mi parte. ¿Te gustaría eso?

Se lo pensó despacio.

—No, creo que no.

—Gracias por la sinceridad.

De todos modos estoy como molesto conmigo mismo hasta que resuelva esta cuestión. No me gusta dejar enemigos a la espalda, por eso quisiera ver claro y poder pasar la hoja.

—Tú qué sabrás. Tesa.

Quién lo dijo, no importa. Cualquiera de mis hermanos puede hablar así en cuanto salga a debate en la mesa algún tema sexual. Creo que se trata de una actitud bastante generalizada en esa subespecie que llamo yo del macho celtibérico, como si nacer hembra te sumiera ya de origen en una incapacidad para conocer, calibrar y comprender ciertos asuntos. A mí lo sexual no me obsesiona, vive Dios, y a Chaume sí; ahora bien, por eso mismo puedo yo ser más lúcida, serena y equilibrada ante el problema, un problema que, especulativamente hablando, me apasiona a mí también.

—¿Qué se sabe de esto, en realidad? —le digo a él.

—Los chicos nos lo contamos todo.

—¿Y qué? En el supuesto de que sea verdaderamente todo, algo que dudo, os habréis enterado de lo que pasa a cuatro o cinco compañeros, pero no es una muestra que permita hacer deducciones generales.

—Eso es verdad...

—Puedes jurarlo.

Nos quedamos pensativos Luego pregunta él:

—¿Qué ocurre realmente en las parejas así como nosotros?

—¿Qué ocurre?

—Sí, quiero decir, qué hacen, hasta dónde llegan en materia sexual...

—Tampoco te puedes fiar de lo que se cuenta luego.

—Ya lo sé. Por carta de más o por carta de menos, se deforma la verdad. No hay estadísticas, estudios...

—No hay nada.

Es un tema éste, el sexual, que sale a colación bastantes veces en nuestros encuentros con los profes, porque Ana y Horacio no tienen pelos en la lengua y dan muestras cada día de una libertad mental que raramente encontramos en los adultos que tenemos a nuestro alcance.

—El caso es que este país —dijo Horacio la última vez que hablamos de ello—, que por un lado da muestras de una hipersensibilidad casi neurótica para todo lo relacionado con el sexo, por otro, carece de una adecuada pedagogía sexual y, por supuesto, de una terapéutica capaz de ofrecer soluciones para los problemas de tal naturaleza.

—Yo no tengo problemas —comenté—, pero tampoco he recibido algo que se pueda llamar educación sobre la materia.

—Aquí —dijo Chaume— se avispa cada quisque. La información está dispersa; pero está...

—La mala información, querrás decir —terció Ana.

—Bueno, hay de todo —volvió Horacio—, pero es una lástima, en cualquier caso, que el aprendizaje haya de hacerse a trompicones, casi a ciegas, porque dado que el interés por el tema es masivo, no se comprende por qué hay tanta preocupación por enseñar matemáticas o geografía y no lo hay por abordar una materia mucho más comprometida con el hombre...

—Sí —cortó Ana—, es evidente que no todo el mundo necesitará resolver una ecuación alguna vez en la vida; pero sí tendrá problemas con su cuerpo.

—Con su alma...

Esta alusión de Horacio me llamó la atención.

—¿Qué quieres decir?

—En un país como el nuestro, de fuerte trasfondo católico, y lo digo en un sentido sociológico principalmente, es obvio que hay latente un conflicto entre las exigencias del cuerpo y los postulados de una moralidad estricta y poco flexible, muy encontrados con aquellas.

—Razón de más para que se atendiera a una debida educación sexual —le apoyó Ana María.

Aquí fue donde la cosa se puso interesante.

—Veamos un ejemplo. Vosotros dos —Horacio nos señaló a mí y a Chaume— formáis una típica pareja adolescente, una pareja podríamos decir media... ¿Os ha preparado alguien para lo que estáis viviendo?

Vi que todos me miraban y que tendría que responder antes que Chaume.

—Bueno, lo que se llama una preparación, no, yo creo que no. Claro que yo no tengo madre, quizá ella me hubiera hablado...

—Perdona, Tesa —me interrumpió él—, yo sí la tengo y, en ese

sentido, ni pum, ¿sabes?

—En tu caso —dijo Horacio— sería cosa de tu padre más bien.

—¿Mi padre? Lo que mi padre me enseñe en cuestiones sexuales me cabe en esta muela, así que mira.

Nos reímos por la espontaneidad con que lo dijo.

—Yo con mi padre, no hablo de esto. Él tiene la mejor voluntad —lo dije de corazón—, pero, claro, ¿cómo vamos a hablar de un tema así?

—De todos modos —dijo Chaume—, nosotros os tenemos a vosotros.

—Desde luego —se apresuró a confirmar Ana María—, pero fuera de programa. Los cuatro que estamos aquí formamos un caso poco frecuente en ese sentido, y estábamos hablando en general.

Chaume se distendió. Es una cosa que yo le noto de pronto y que, sobre todo últimamente, siempre me da alegría.

—Yo con ésta no tengo problemas —me estaba sonriendo.

—¿Qué quieres decir? —le desafié.

—Manitas, besitos, achuchones.

Estaba bromeando y no me pareció mal. Por eso dije:

—Y una vez a la semana...

Pero él me cortó:

—¡No seas bestia!

Lo que tenemos él y yo es una gran libertad para tocar el tema entre nosotros. Lo hablamos todo, hasta el punto de que yo sé cosas de él que no se creerían. Así es como he podido ayudarle en muchas ocasiones, aunque últimamente también he visto que él se cerraba en eso; pero debe de ser efecto de la mala temporada que está pasando desde hace dos semanas por lo menos.

—Lo raro es que esto no explote —estaba diciendo Ana María.

—Sí —siguió Horacio—, tal como se prepara aquí la gente para ser hombre o ser mujer, se diría que es un milagro que haya tantos matrimonios que perduren.

—Bueno, eso de tantos... Tampoco en esto hay estadísticas reales.

—¿Qué piensas tú? —le pregunté.

—Que no se sabe el tanto por ciento de parejas fracasadas en su matrimonio, aunque aparentemente sigan juntos.

—¿Y por qué siguen, si han fracasado? —quiso saber Chaume, porque él es siempre de tirar por la calle del medio.

—Porque todo está organizado para que sea así, por la presión de la sociedad, por conveniencias, por trabas legales, por convencionalismos, por cobardía, en fin...

—¡A mí me iban a hacer seguir!

—¿Pues qué harías?

—Si no la quiero, la dejo.

—¿Y si no te quiere ella?

—Que me deje. Es lo justo.

—Te aseguro que si hubiera mucha gente como tú, éste sería un país de separados.

—No se puede radicalizar —Horacio siempre es el que templa las cuestiones—. Ni basta cualquier supuesto desamor para que rompa una pareja, sobre todo si tiene hijos, ni es justo exigir a los que realmente no se quieren que compartan todo lo que el matrimonio obliga a compartir.

—¿Y cuál es la solución? —pregunté yo.

Ana María hizo un gesto muy cómico.

—¡No hablemos del divorcio, por favor!

—¡Pero si de eso estamos a años luz! —se rió Horacio.

—De lo que hablábamos era de educación sexual —dijo Chaume —, y a mí el tema me interesa.

Toma, y a mí, por eso sale tantas veces entre nosotros cuatro. Ha sido una suerte que encontráramos en nuestro camino a Ana María y Horacio cuando más los podíamos necesitar. Tendría que haber en todos los centros y para todos los alumnos este tipo de profesores a quien tratar fuera de clase y a otros niveles de jerarquía completamente distintos de los llamados oficiales. En cierto modo muy pronto la verdadera enseñanza, una enseñanza viva, saldría de las aulas y de los horarios de tablón de anuncios. Entonces se podría hablar de educación.

Sí, Tesa, no es fácil llevar a Chaume, ¿crees que no lo sé? Y no quiero decir que me refiera al problema sexual. Estoy segura de que él jamás te haría daño. Tiene un problema sexual, por supuesto; pero hoy por hoy la cosa no va contigo, me jugaría ésta.

—Es notable que te cuente todas esas cosas.

—¿Por qué? Yo lo encuentro natural. Él y yo lo habíamos todo.

—Cuando yo era como tú, y no hace tanto tiempo, los chicos no nos contaban esas cosas.

Creo haber vivido una adolescencia bastante liberal; pero te aseguro que me pasma ver lo que ha ganado la juventud en libertad de espíritu, por llamarlo de algún modo.

—¿Lo encuentras mal?

—¡No, qué va! Si me lo hubieran dicho de otros, no sé; pero a vosotros os conozco.

—Yo le ayudo.

—No tengo la menor duda.

Te quedas pensativa y yo sé que me quieres preguntar alguna cosa.

—¿Qué hay que hacer con un chico que a los diecisiete años todavía…?

—¿Todavía qué?

Sé por dónde vas y conozco la palabra que no has pronunciado aún; pero has de ser tú quien la pronuncie, querida, no hay por qué usar esos puntos suspensivos, ¿comprendes?

—Bueno, que se masturba, quiero decir.

¿Lo ves qué fácil? No has dejado de mirarme a los ojos y tampoco te has ruborizado. No soy una compañera de tu edad, soy la profesora y soy mayor. Me haces un homenaje en cierto modo, Tesa, gracias.

—Bueno, en primer lugar te diría que son legión...

Me interrumpes con viveza:

—Chaume es Chaume; la legión aquí no cuenta.

—De acuerdo, de acuerdo.

—Di, entonces ¿qué hay que hacer?

—Es sólo una opinión, ¿eh?, pero ahí te va. Lo primero alentarle: Ni tiene excesiva importancia, ni es un problema insoluble.

—De acuerdo, eso es lo que yo hago.

—¿Lo ves? Si es cuestión de sentido común.

—A Chaume una vez, en la época peor, un cura le negó la absolución.

—¿Y qué hizo él?

—Buscó otro cura.

—¿De veras?

Me río, sí, no puedo remediarlo.

—Ríete, ríete. De haber sido hoy...

—¿Qué?

—No, no te vayas. Dijiste lo primero. Ahora quiero que sigas con lo segundo.

Y lo haré con mucho gusto, niña, aunque repito que no soy ninguna especialista.

—Lo segundo, distraerle, ocuparle con cosas capaces de entusiasmarle, si es posible; empeñarle en otros menesteres, suscitarle otros intereses...

Te me quedas mirando.

—¿Hay tercero? —preguntas.

—Seguramente, guapa, todo es cuestión de discurrir un poco.

—No, hablo en serio.

Lo sé, preciosa, sé que me has consultado completamente en serio, pero es mi estilo, ya lo conoces tú.

—Lo tercero, en tu caso, eres tú misma.

—¿Yo?

—Sí, tú. Si no lo deja por ti, no lo dejará por nada, te lo aseguro.

—¿Y Dios, entonces?

De ningún modo querría hacerte daño, niña; pero es que no es preciso ni mucho menos.

—El Dios en que tú crees es amor. Todo el amor del mundo, si merece ese nombre, es una participación de aquel amor, ¿estás de acuerdo?

—Sí.

—Entonces no preguntes.

IX

LO QUE le pasó a Chaume estaba en su naturaleza y vino de mano de la edad. Un día antes, si se puede hablar de un día aquí, ni él mismo lo hubiera sospechado; pero era fatal que ocurriera, lo que no quiere decir que tuviera que hacerlo de ese modo. Horacio solía explicarlo en clase.

—Se es niño y se es hombre en el curso de la vida; eso está fuera de dudas; lo que no está tan claro es cuándo, cómo y por dónde se cruza la frontera. En el mundo de hoy está todo dispuesto para que la sexualidad despierte pronto, ya que el hombre se ve inmerso en un ambiente consumista montado sobre una publicidad, cuyos más poderosos y frecuentes incentivos tienen por lo menos concomitancias de inequívoco, aunque velado, origen sexual. Pero las primeras manifestaciones del instinto, aun cuando lleguen a ser poderosas y lleven a realizaciones concretas, no aducen madurez en modo alguno.

Chaume ni fue un niño precoz en ese aspecto, ni inició su adolescencia más obsesionado con el tema que el común de los mortales de su edad. Una vez púber aprendió pronto los secretos del cuerpo que podían proporcionarle emociones solitarias, pero no abusó de ellas, consumado el desfogue inicial, lo que no quiere decir que se librara en absoluto de esas prácticas. La mujer, mientras tanto, era algo soñado vagamente, intuido más bien, pero inasequible de momento. Estaba mucho más en las conversaciones con los compañeros que en su vida real: porque ellos hablaban de mujeres, claro, pero mentían más que nada, inventando batallitas que nunca habían librado.

—¿Dónde andabas ayer?

—En «Long-Play», macho, me ligué a una niña que no veas.

—Cuenta, hombre.

—Oye, cómo estaba la tía.

—Pero...

—Es que si cuento os puede dar algo.

—¿A que éste se ha creído que sólo muerde él?

Todo era empezar, claro, porque los temperamentos eran más bien ardientes y las imaginaciones, por supuesto, locas. Pero la realidad es que Chaume, como la mayoría de sus compañeros, no conocía mujer y nunca había pasado de esos escarceos propios del tiro y afloja a que se apuntan tantas chicas de su edad y que dejan en el corazón adolescente un pozo de insatisfacción, de ansia frustrada, y un sabor tanto a miel como a ceniza.

—¿Qué te pasa?

Era un domingo por la noche y su madre se lo notó.

—¿A mí?

—Sí, traes mala cara.

—Traigo la cara que tengo y conmigo no te metas.

Venía de mal humor y lo pagaba en casa; pero nadie de los suyos tenía la culpa.

—Todos los domingos te ocurre igual. Llegas como si te hubieran dado una paliza.

—He estado bailando.

—Nadie se pone así por sólo bailar.

—¿Qué quieres decir?

No, no quería decir nada de lo que él podía temer. Su madre estaba lejos de imaginarle inmerso en los indecisos tocamientos que la penumbra del lugar había amparado y que, a la postre, le habían dejado molido, sí, como si le hubieran dado una paliza. Para ella Chaume seguía siendo un niño y no cambiaba nada por el hecho de que, al llegar los sábados, se pasara por la cara la máquina de afeitar, tanto más cuanto que tenía un cutis limpio en que ni siquiera había aparecido un asomo de acné. Por otra parte, y últimamente, era distinto. Con Tesa todo había sido diferente, porque sin que su cuerpo se viera libre de aquel ardor ocasional que le habían acostumbrado a llamar tentación, es lo cierto que jamás se le mezclaba ella en el proceso, y si la deseaba sabía ocultárselo a sí mismo de forma tan segura y eficaz, que no tenía conciencia de ello.

Y así, sin más, como a la vuelta de una curva aparece de repente un paisaje insospechado, que, sin embargo, estaba allí, como esperando, Chaume un día descubrió la mujer que había en Ana la profesora, y empezó a no tener paz.

No se me quita de la cabeza el cuerpo de Ana María. No le doy importancia, aunque es molesto, y lo digo porque me conozco, soy obsesivo y cuando algo se me fija aquí tarda en salir. Soy un bestia y lo confieso; pero ¿qué puedo hacer? Una vez me dio por la nieve y fue una fiebre. Sólo vivía esperando el domingo para subir a la sierra, hasta soñaba con ello; y ahora hace un año que no piso por allí; así que quizá se me pase, aunque, claro, tampoco voy a comparar una cosa con otra. Y lo cierto es que también sueño, soy un burro soñando, pero los sueños de ahora se parecen muy poco a los de entonces, porque aquí, bueno, se puede imaginar lo que me ocurre, y luego dejo la cama que no veas, lo que me da rabia por mi madre, que, aunque jamás haya dicho una palabra, no sé lo qué tiene que pensar. Y es curioso que en esto nunca se mezcle Tesa; me pregunto por qué, ya que todo ocurre sin control, al menos en lo que se me alcanza, pues me pongo a dormir sin un propósito preconcebido, más aún, no lo

deseo, no me gusta que me ocurra, me da cien patadas más bien, puedo jurarlo. ¿Entonces qué?

—Ven acá, acércate.

Estamos solos Ana y yo y no es en sueños.

—¿Qué quieres?

Voy junto a ella.

—No sabes sacar partido de tu pelo.

—¿Yo?

Me peina con los dedos y yo siento sus yemas correr por el cuero cabelludo y me estremezco, pero cuido que no se note.

—Mira, con la raya un poco más alta, te queda mucho mejor. ¡Si lo tienes precioso!

—¡Qué va!

—¡Tú que sabrás!...

No puede sospechar lo que me gusta que se ocupe de mí; pero es contrario a mi naturaleza el demostrarlo; más aún, lo natural en mí sería responder con un bufido. No sé lo qué ha cambiado para que sienta lo que siento.

—Así —sigue diciendo—, ¿lo ves?

Me tiene la cara cogida con las manos y yo no puedo ver nada, lo único que experimento es un deseo enorme de besar esos dedos que están tan cerca de mis labios.

—¿Qué importa eso?

Lo digo sin ninguna convicción.

—A tu edad los chicos sois o demasiado descuidados o demasiado presumidos. Ambas cosas están mal.

—¿Y yo, cómo soy?

Me mira a los ojos y veo esa chispa que tiene en el fondo cuando se dirige a mí, que no sé si es ternura, cariño, burla o las tres cosas a la vez.

—Tú eres un cielo.

Vaya, me estoy poniendo colorado, pero no aparto la cara, no quiero que me suelte.

—No te rías de mí.

Parece sorprendida.

—¿Reírme?

—Me encuentras crío, ¿verdad?

Me ha salido del corazón y no lo había pensado antes; pero de pronto lo he temido.

—No es eso —salta apartando la mirada—. Ni lo contrario tampoco. Eres un chico de diecisiete años; exactamente es lo que eres.

—¿Y qué es ser eso?

Se lo pregunto cómo si me fuera el alma en ello, me doy cuenta. Vuelve a mirarme antes de responder.

—Más que ser es estar, ya hemos hablado de ello. Estás de paso por una edad fronteriza, fugaz, cambiante. No eres lo que eras hace nada, ni lo que serás muy pronto...

—¿Soy un monstruo?

Siento una especie de despecho, pero tampoco es eso del todo, no lo sé. Ella reacciona con cierta vehemencia y vuelve a tomarme la cara entre las manos, que quizá era lo que yo estaba deseando.

—¿Por qué dices semejante tontería? ¡Un monstruo tú!... No te importe el rubor, no conmigo al menos.

—No me importa.

Vuelvo a sostenerle la mirada y quisiera estar así por los tiempos de los tiempos.

—Lo que tú eres es un tonto.

Y puede que lo sea, porque me encanta oírselo.

—Gracias.

—Sí... ¿por qué sufres?... Tienes encanto, salud, inteligencia... Tienes a Tesa, un tesoro de niña... ¿Qué más quieres?

Ahora me aparto yo. No hay quien me entienda, pero es que el nombre de Tesa dicho así me enfría todo. ¿A ver cómo lo explico? Quiero a Tesa, eso está fuera de dudas, la quiero con toda mi alma. Sin embargo, me molesta que Ana María la saque a relucir. ¿Por qué? Ah, eso quisiera saber yo.

—Si no sufro...

—Chaume, no mientas.

Las mujeres que intuyen me ponen muy nervioso. Nunca sabes hasta dónde van a llegar. Con un tío es distinto, tienes las mismas armas. En ese sentido le temo a mi madre mucho más que a mi padre.

—Bajo a por tabaco.

—Como gustes.

Es una huida. De pronto he necesitado estar solo para poder pensar. Con Ana María me pasa esto últimamente, que lo mismo quiero tenerla cerca que lejos. Estoy hecho un lío, ésa es la única verdad.

Me mira y casi me arrepiento de haberle hecho la pregunta.

—Tesa, no empieces como mi madre.

—Hace tres o cuatro días que te lo noto. Estás...

No encuentro palabras que expliquen lo que querría decir.

—Normal, guapa, como siempre; de mejor o peor humor, pero igual que siempre.

No es cierto, yo sé que no lo es; pero no debo insistir.

—¿Vamos con los profes?

—No, hoy quiero pasear.

Pero andamos y andamos sin apenas pronunciar una palabra. No

sé lo qué rumia; sin embargo, de vez en cuando me aprieta el brazo que me lleva cogido por encima del codo y yo entiendo ese lenguaje. Él me quiere, estoy segura.

—Me gustaría tener cinco años más.

Esto es muy suyo.

—Los tendrás.

—Sí, dentro de cinco años, ¿no?

—En cinco años pasan muchas cosas. ¿Quieres saltártelas?

—No lo entiendes.

Yo estoy nerviosa y puede que con ganas de discutir.

—Entiendo que tienes prisa por ser hombre; pero para mí lo eres suficiente.

—Tú no eres todo el mundo.

Me duele oírselo y se lo doy a entender.

—Gracias.

Andamos en silencio y no voy a ser yo quien lo rompa primero. Sí, estoy obrando como una tonta; pero es que llevamos igual hace tres días. Sé muy bien que en nuestro amor la sensatez la pongo yo. Y no es que él sea un loco, pero los chicos, ya se sabe, y Chaume es estelar en esto. También la paciencia me toca a mí en su mayor parte y no me quejo. Ha sido así en los seis meses que llevamos y nos ha ido fenómeno; pero es que él ponía de su parte otras virtudes y el mucho encanto que tiene sin darse cuenta. Pero ahora se ha torcido y yo no sé por qué, si bien hay algo de lo que no puedo dudar y es que me quiere.

Hemos andado más de una hora sin dirigimos la palabra, cuando él se para y me detiene a mí.

—Tesa.

—Qué.

—Perdona.

Me está mirando y me resulta irresistible; pero él no se da cuenta.

—No necesitas decir esa palabra.

Está ahí, con esa cara de niño cogido en falta que se le pone cuando tiene mala conciencia.

—Ya lo sé, pero quiero.

—¿Qué te pasa, Chaume?

Se lo he dicho con toda la dulzura de que soy capaz.

Y él sufre, estoy segura.

—No me hagas preguntas.

—No te las haré.

Siento como nunca que la comunicación es difícil entre las personas; porque éste y yo nos queremos, nos queremos más de lo que yo podría decir exprimiéndome el cerebro. Y, sin embargo, estamos aquí como dos islas en el Pacífico, y no hay puentes…

—El problema familiar, la mayor parte de las veces, es un problema de incomunicación.

Recuerdo cuando Ana me habló de esto una tarde en que yo le conté cosas de mi padre y mis hermanos.

—Sí, seguramente es como dices.

—Mira, Tesa, entre lo que vivimos por dentro y los medios con que contamos para expresarlo por fuera hay un abismo.

—Estoy de acuerdo.

Ya había notado que a ella le gusta discurrir en alta voz conmigo enfrente.

—En un momento dado tú dices una frase; pero ni esa frase expresa todo lo que hay al respecto en tu interior, ni todas las interpretaciones posibles de las palabras por ti dichas tienen que ver con tu intención. La respuesta del otro, por consiguiente, corre el riesgo de ser inadecuada para el caso, lo que motiva por tu parte otro desfase y así sucesivamente. Total, que en lugar de ir por el diálogo al entendimiento, se llega a la más radical y cazurra incomprensión.

—Es cierto.

—Por eso, a veces, es mejor callar, al menos de momento, sobre todo si la conversación no se produce a un nivel de serenidad que dé al juicio todas las oportunidades.

Lo que pasa es que uno, precisamente por falta de serenidad, no se calla cuando debe.

—Vamos a casa, Chaume.

—Sí.

—Mañana será otro día.

—Tienes razón.

Pero si soy sincera pienso que no, que será igual, porque me da el pálpito que esto de Chaume es más serio que otras veces. No se trata de un enfado, lo que preferiría con mucho. Y nada angustia tanto como el no saber, que es exactamente lo que me pasa a mí en este caso. Porque si yo pudiera abrirle la cabeza y mirar dentro, pero no, ahora debo esperar y no forzar explicaciones, lo sé, pero me cuesta un mundo.

Ana María siempre vio con agrado que Chaume se adelantara a la hora concertada, de forma que tuvieran un rato para charlar a solas. Presumiblemente no reparó en la frecuencia con que esto venía ocurriendo de un tiempo a esta parte.

—Hola, Ana.

—Hola, chico.

—¿Llego pronto?

—Tú nunca llegas pronto. Estás en tu casa.

—¿Te ayudo?

Estaba planchando cuando Chaume apareció.

—Vale. A Tesa le gustará saber que eres un hombrecito de su casa.

—No me tomes el pelo.

—Ya sabes que tu pelo me encanta.

A él siempre le había molestado que alguien hiciera alusiones a su físico, y más para alabarlo; pero ahora sentía un sofoco interior muy agradable cada vez que ella, Ana, hacía referencias tales estando ambos a solas.

—Te veo muy guapa.

No era extraño hablar así, pues él lo había dicho muchas veces cuando las palabras eran meros cumplidos, sin posibilidad de otros contenidos más complejos.

—¿Tú qué sabes?

—Ah, ¿es que no tengo ojos en la cara?

—Yo soy un vejestorio.

—He leído en algún lado que el mejor momento de la mujer empieza a los treinta años.

A ella le hizo gracia de verdad.

—Pero, Chaume, ¿qué me dices?

—Te digo lo que siento.

Hubo algo en el tono del chico que despertó a la profesora. Le miró despacio.

—¿Qué te pasa?

Él se ruborizó, con lo que la situación se tornó más insólita.

—¿A mí?

—No me hagas caso —disimuló Ana—. Cuelga esta ropa, anda.

—Lo que tú digas.

Le vio pasar al otro cuarto y sonrió a su espalda meneando la cabeza. No había tenido nunca alumnos del sexo masculino, pero conocía bien a los chicos, al menos eso creía ella, a través de los discípulos de Horacio. Por Chaume experimentaba una abierta simpatía, como consecuencia de ver en él un perfecto arquetipo de la figura adolescente, con todas sus virtudes y defectos. Le hacía gracia observar aquella hombría pugnaz e indiscutible manifestándose a través de un cuerpo en que los rasgos residuales de la reciente infancia aún se debatían contra las angulosidades que la virilidad lleva consigo. Como confidente de su alumna predilecta podía seguir de cerca los titubeos, los avances, las explosiones y las crisis de aquel primer amor del que Chaume era también protagonista. Y los quería a los dos, ahora se daba cuenta, aunque hubiera llegado a ello sin notarlo.

—Así que tienes ojos para mí.

Más que halagarla, esto la divertía. Él se había recuperado con el viaje al armario.

—Tendría que estar ciego.
—Y me encuentras...
—Estás... —de pronto se turbó—, ¡perdona!
Pero a ella le dio la risa.
—No hay por qué, hombre; —Gracias.
—¿Y Tesa? ¿Qué me dices de Tesa?
Pareció ensombrecerse antes de responder.
—¿Tesa?... ¿Por qué me hablas ahora de ella?
—¿Y por qué no?
—Tesa es una niña.
—¡Quién habló!
—Los hombres es distinto.
—Ven acá, Chaume —se sentía contenta—, aquí, a mi lado...
—¿Qué?
Se acercó a ella. Ana María le palmeó suavemente la mejilla.
—Gracias por haberme dicho todo eso.
—Es verdad.
—Verdad o no, me rejuveneces.
—No hay por qué. Estás perfectamente cómo estás, no necesitas nada.

Fue una escena que vino así, tan natural, pero que Chaume no acertaría luego a explicarse. Cuando estuvieron los cuatro, como siempre, la conversación discurrió igual que de costumbre. Se diría que no había pasado nada, y nada había pasado, en realidad; pero Ana tenía en los ojos, cuando miraba a Chaume, una llamita picara de inteligencia y regocijo que nadie pareció advertir fuera de él.

Si Tesa ha notado algo es que tiene radar. Por otra parte ella debía saber que a mí me fastidia todo eso de las intuiciones femeninas. A nadie le gusta que le vean por dentro, y aunque no se trata precisamente de eso, yo me entiendo. No me explico cómo he llegado *a* hablar con Ana como hablo. A veces pienso que ella me toma a broma; pero lo que está fuera de duda es que el que yo me fije en ella le divierte.
—Bien, Chaume, si no quieres decírmelo no lo hagas.
—Pero ¿decirte qué?
—Algo ha cambiado, ¿no?
—No por mi parte.
Estoy mintiendo, me doy cuenta, pero ¿qué le puedo decir que no resulte ridículo a sus ojos? Además yo la sigo queriendo, estoy seguro.
—¿Te crees que soy tonta?
—¿A qué te refieres?
—Tú sabrás.
El caso es no soltar prenda y luego estoy molesto todo el día

porque tengo mala conciencia; pero no con relación a Ana María, sino a Tesa. Bueno, la verdad es que tal como están poniéndose las cosas ni yo mismo me entiendo, porque si sé perfectamente lo que siento, no podría decir otro tanto de lo que quiero.

—Estás insoportable.

Esta es mi madre y, por una vez, comprendo que puede tener razón; pero es que tengo mis motivos.

—Eso ya lo dijiste ayer.

—Encima contéstame, anda. No he visto mayor impertinencia de niño. ¡Qué castigo nos mandó Dios!

Ya salió, esto es muy de ella. Yo soy un castigo de Dios, entonces se lo suelto tal como lo pienso.

—Pues Dios es justo, así que mira.

—¡Cállate!

Llegar a los gritos parece inevitable entre mi madre y yo, pero eso no constituye ninguna novedad.

—Si quieres que me calle no me dirijas la palabra.

Lógica pura, ni más ni menos. Eso sí, sé muy bien que mi lógica en casa sienta igual que una patada en el estómago.

—Por mí no te preocupes —me dice Tesa de pronto, tras un silencio ambulante que nos ha durado cerca de una hora.

La conozco a la perfección. Lo dice sin retintín, esto es, sinceramente. Ella rumia las cosas, se traga el enfado y, al cabo, impone su sensatez. Entonces es cuando me desarma.

—Perdona. No sé lo que me pasa.

Miento, miento sin querer; pero es que no es eso lo que quería decir. Saber sí sé, lo que ocurre es que decirlo no es viable.

—Yo estoy para ayudarte, no para complicártelo más.

¿Sabrá algo, en realidad? Notar tenía que notarlo, pues hasta en mi casa se dan cuenta. Lo que me resisto a creer es que sepa por dónde van los tiros.

—Lo sé y te lo agradezco. Pero no me preguntes nada.

—No lo haré.

Me coge de la mano y me hace bien. Es el roce familiar de los dedos que se entrecruzan, es la suave y elocuente presión que comunica un mensaje sin palabras, es el mutuo apoyo, la mutua confianza. Se lo digo.

—Nunca me dejes, Tesa.

—¿Por qué había de hacerlo?

Sé que la necesito, a pesar de los pesares. Pero entonces, ¿cómo se explica esto? Soy un ser contradictorio y repelente que no se aclara ante sí mismo, ¿cómo van a entenderme los demás? Estoy lleno de insatisfacción, de frustraciones y de inseguridad, hoy me he dado cuenta. Pero... ¿se arreglaría algo de verdad con ser adulto? Desconfío

de los adultos. No veo en la mayoría de ellos lo que yo echo de menos, lo que yo necesito lo mismo que el comer. Sólo quiero una cosa: Dormir, sí, sencillamente.

—No cenaré.

—¿Cómo que no cenarás?

—No tengo ganas.

—Se cena sin ganas.

Mi padre interviene desde el comedor.

—¿Qué pasa?

—El niño, que no quiere cenar.

—¡Chaume, no empecemos!

En esta santa casa quisiera ver yo a Job.

X

LA IDEA de dormir con Tesa en una tienda de campaña me sedujo, desde luego, pero es que, aparte de eso, a mí salir al monte me fascina. Ya de pequeño luché por ello. Es el momento de decir que mis padres tardaron mucho en comprender que no tenía por qué pasarme nada. Y no me refiero a campamentos de esos, con una disciplina y organización paramilitares, que eso nunca me gustó. Lo mío son los cuatro amigos por nuestra cuenta, sometiéndolo todo a votación, improvisando, sobre todo, siendo libres, ¡madre de Dios!, ¡qué sensación la de no tener horas para llegar a casa, para comer o para dormir! Si por mí fuera no habría ciudades; bueno, eso lo pienso aquí, que estoy desvelado y puedo atisbar el cielo por entre las lonas de la puerta y hay un silencio absoluto, y un aire limpio y una calma que no veas. A veces envidio a los antiguos, es decir, a los muy antiguos, cuando no había ni carnet de identidad…

—¿No duermes?

—Duerme tú. A mí en estos sitios me gusta pensar.

Creí que Tesa estaba ya en el mejor de los sueños. No la veo. Metida en su saco es un bulto junto a mí. Por cierto que hubo bromas esta tarde a cuenta del dormir. Ana María es como es.

—¿De qué color es tu saco? —me preguntó.

—Verde.

—¿Y el de Tesa?

—Rojo.

—Menos mal.

—¿Por qué?

—Porque así no se puede dar la confusión de que os metáis los dos en el mismo.

Se reía de una forma que le quitaba al asunto todo el hierro sin dejar de tener su picardía. Yo no supe reaccionar, porque no lograba darme cuenta de si aquello me complacía o me daba cien patadas. Tesa no se enteró porque había ido a por agua y Horacio estaba cortando leña para el fuego.

—¿Sabes?

Es Tesa ahora, desde su saco de dormir.

—Tú dirás.

—Me gusta estar aquí.

—A mí también.

Se calla un poco, luego añade:

—Contigo.

Es curioso cómo te puede tocar una palabra. Yo quiero a Tesa

muchísimo, eso está fuera de toda duda. Pero últimamente no sé bien lo que nos pasa. Sin embargo ahora me ha llegado al alma. «Contigo», por eso nada más. Estamos solos en la tienda, pues Horacio y Ana tienen la suya aparte. Lo he venido pensando durante todo el viaje. Es la primera vez que Tesa y yo vamos a dormir juntos, es decir, uno junto a otro. Es emocionante, ¿no? Pensaba yo que me gustaría horrores verla dormir, me refiero a su cara.

—Tesa, a mí me pasa igual.

—Estoy muy a gusto.

—¿No tienes miedo?

No sé por qué se lo pregunto.

—¿Miedo? No, nada. Contigo, nada. Si estuviera sola, no sé.

—Si yo estuviera solo tampoco lo sé.

La noche impone. Hablamos en un susurro.

—Te quiero mucho, Chaume.

Es la sugestión del momento que vivimos, el embrujo de la situación, y no porque no sea cierto, sino porque en circunstancias normales no me lo diría así, sin más ni más. Y yo la quiero a ella, ¡Dios, si la quiero!, pero, entonces, ¿cómo se explica?...

—¿Me has oído, Chaume?

—Claro que te he oído, Tesa.

—¿Por qué no dices nada?

Me incorporo un poco para tratar de verla.

—Porque no hay palabras...

Voy a decírselo. Me ha venido así de golpe y no me voy a contener.

—¿Sabes lo que estoy pensando?

—Dilo...

¿Por qué es tan dulce su voz? ¿Por qué me siento tan feliz olvidado ahora de todo?

—¿Me dejas que te bese?

Adivino la respuesta. Tarda un poco, pero aquí está.

—Puedes hacer lo que quieras.

No merezco que me hables así, Tesa, no; te lo juro. Eres demasiado buena y yo creo que no te merezco; pero tú sabes que yo no te haré daño por nada del mundo, ¡me mato antes, te lo prometo!

—Sólo besarte, Tesa, es lo que quiero; sólo eso.

—Hazlo... Estoy aquí.

Saboreo el momento, le doy categoría, solemnidad... Me acerco poco a poco. Su rostro es una claridad sobre la que desciende el mío. Me sostengo con las palmas de las manos para no pesar sobre ella. Le brillan los ojos, clavados en los míos. Mis labios van llegando. Siento su aliento antes del contacto. Ahora sí, es un roce primero, una leve, acolchada presión y, enseguida, un abandono, una dulcísima entrega.

La estoy besando, ¡Dios mío, con cuánto amor!... ¿Se puede creer?, no pienso en nada, no quiero nada más. Palabra que no había premeditado esto. Me seducía, sí, la idea de compartir con ella la tienda, la noche y el silencio, pero sin otras apetencias que sistemáticamente rechazo cuando hacen acto de presencia. Y ahora estamos así los dos en este monte, lejos del mundo y sus controles, sus chismorrerías, sus zancadillas, sus bajezas... ¿no es puro esto, aunque me lata el corazón con tanta fuerza?

—Déjame respirar...

—Claro, amor.

Jamás olvidaré esta noche. Lo sé desde ahora mismo.

Era el segundo día de los cuatro de acampada y estaban sentados en torno a la hoguera nocturna, tras la cena de campaña que Tesa se había encargado de ofrecerles. La noche era fría, aunque tranquila, y todos se habían cuidado de embutirse en gruesas prendas de punto.

—Esto está saliendo a pedir de boca —dijo Horacio—, una perfecta convivencia.

—Si lo sé, traigo a la niña.

Él miró a su mujer muy divertido.

—¿Os imagináis esta quietud maravillosa rota a altas horas por los lloriqueos de una criatura?

Chaume era siempre el abogado de las causas imposibles.

—Pues a mí me sonaría muy bien —dijo.

—¿Sí?

—El llanto de un niño es un sonido tan natural como el canto de los pájaros.

—Aguarda a tener hijos y ya me lo dirás.

—*A* mí me gusta cómo llora la tuya.

—Ya te he dicho que esa niña te va. Espera que crezca y te casas con ella.

—¿Y Tesa qué? —preguntó Ana María.

—Tesa —replicó la aludida— está muy tranquila sobre el particular. A éste no hay otra que lo aguante.

Era grato bromear los cuatro así, en torno al fuego que crepitaba con su alegre millón de minúsculos estallidos. Habían contado chistes, habían cantado a coro y ahora conversaban sin ningún esfuerzo yendo de un tema a otro sin formalidad alguna, perfectamente compenetrados, mientras el sueño se iba acercando ladera abajo con pies de pluma, para, a través del bostezo, penetrar hasta los centros de la conciencia.

—Me siento feliz aquí —afirmó Tesa aspirando con fuerza el aire lleno de reminiscencias de los cercanos pinos.

—Al principio sería así la vida, más o menos —dijo Chaume.

—Sí, pero sin cerillas, sin lonas, sin sacos de dormir, sin botes de conservas, amén de un largo etcétera —replicó Horacio.

Ana María, como tantas veces, salió enseguida por el chico.

—Y sin atascos de tráfico, sin contaminación, sin papeleo, sin plaga publicitaria, sin impuestos…

Horacio interrumpió.

—No sigas. A pesar de los pesares la civilización es algo.

—Claro que es algo. Lo que hay que determinar es si es algo bueno o malo.

Chaume levantó el dedo. Estaba con la profesora, por supuesto.

—¡Malo! —gritó.

Pero él contraatacó.

—¿Y qué me dices de la cirugía, de la imprenta, de la aviación, el confort, las carreteras, el cine, la radio, la televisión…?

—¿La televisión has dicho?

La interrupción de Chaume le cogió por sorpresa.

—Sí, ¿por qué no?

—Acabo de leer algo en Madrid que te ilustrará sobre el particular. En Estados Unidos cualquier chaval de catorce años lleva vistos por televisión un término medio de dieciocho mil asesinatos, a tres por día, más o menos. Como ejemplo no está mal, ¿eh? Y si en España no alcanzamos todavía esa cifra será sólo por aquello de los dólares «per cápita». Un poco más de desarrollo y llegamos, ya verás.

—Me sorprendes, Chaume…

—¿Qué creías? —terció Ana—, ¿qué sólo piensas tú?

—No, si me alegro. El ejemplo es contundente. Me rindo.

—O sea —dijo Tesa, divertida—, que la civilización para el que la quiera.

—¿Nos quedamos, quiero decir definitivamente?

Chaume hasta parecía hablar en serio.

—¿Crees que nos dejarían en paz? —preguntó Horacio.

—No —reflexionó Ana María—. Primero seríamos avizorados, ojeados a distancia. Luego vendría un alguacil o alguien del término municipal. Después se acercaría la pareja de la Guardia Civil. A poco el alcalde. Al final, la policía.

Chaume filosofó.

—No basta dejar en paz a los demás para que ellos hagan otro tanto contigo.

—Y además están las suposiciones…

—¿Qué suposiciones? —quiso saber Tesa.

—Las que se harían muy pronto sobre el tipo de relación sexual que habríamos implantado aquí.

—¿Y eso a quién le importa?

—No hay país como el nuestro para interesarse por lo que hace el

vecino con su sexo.

—¿Tú crees?

—No lo creo, lo afirmo.

—Ah.

La expresión de Tesa hizo reír a todos, pero no estaba sorprendida en realidad.

—Espero —dijo Horacio— que por un par de noches más la civilización nos dejará tranquilos.

—Y nosotros a ella.

Chaume se puso en pie para estirarse mejor.

—¡Chico! —le reprimió Tesa viéndole bostezar.

—¿En qué quedamos? Eso son resabios de civilizada. Todo lo natural es lícito aquí.

—Está bien, hombre.

Lo de la otra noche vino así, sin premeditación, pero por un momento me hizo olvidar todo lo que vengo pasando estos días. La verdad es que Chaume pudo tenerme del todo. Parece raro dicho así, porque antes no hubiera sido posible y creo que ahora tampoco. Fue cosa del momento. Había algo mágico en la primera noche que no se ha repetido. Pienso que si no me quisiera de verdad habría ocurrido todo lo que no ocurrió, aunque parezca paradójico, porque, de habérselo propuesto, yo no me hubiera resistido. Lo sé ahora, en aquel instante no pensaba, sólo sentía. ¿Qué me pasó? Le quiero mucho, muchísimo, no hay otra explicación.

—¡Tesa, arriba! ¡El sol está ahí!

Así me despertó. No hizo más alusión a lo ocurrido por la noche, cosa que le agradezco.

—¿Qué día hace?

—De maravilla.

Bien, pero el caso es que yo noto algo. Odio ser suspicaz y creo que no lo he sido jamás, no, no lo soy, va contra mi carácter; ni suspicaz ni celosa; pero entonces, si noto algo, es que hay algo. Cada vez me convenzo más de que Chaume tiene un problema con Ana María. No es nada, lo sé, quiero decir que no puede pasar nada. Ella es divina. Confío en ella y no le haría daño por nada de este mundo. Pero, ¿se da cuenta? A veces observo que se divierte; no creo que me lo invente yo. Quizá nos ve como a unos niños, por más que pedagógicamente haga el esfuerzo de tratarnos de igual a igual. A lo mejor no soy justa con ella, siendo así que la quiero y le debo muchísimo.

—Tesa.

—Qué.

—Una toalla, que me hielo.

Este chico está loco. Se ha chapuzado en el río y viene corriendo

en bañador, con la piel morada y tiritando.

—¡Qué bruto eres, hijo!

Me gusta el cuerpo de Chaume, con esos músculos lisos y estirados y esa piel dorada. Busco la toalla más grande y le envuelvo y le froto con energía.

—¡Así, así! ¡Qué bien!

Resopla como un caballo.

—Te va a dar algo. ¡A quién se le ocurre!

—Adoro el agua.

—Y yo el fuego, pero no me quemo por eso.

Está temblando.

—Frótame más.

—Vístete enseguida.

Voy a salir y el bobo de él pregunta:

—¿Me dejas solo?

—No querrás que te vista yo.

Está cómico, con la toalla por encima de la cabeza.

—Mira —me enseña las manos—, tengo los dedos helados...

—Pues sóplatelos, rico.

Me voy a hacer café cuando sale Horacio de la tienda de ellos.

—¿Qué pasa?

—Éste, que se ha tirado al río.

—¿Con el frío que hace?

—Está loco, ¿ahora te enteras?

—Aguarda... Llévale un poco de bebida.

Entra a buscar un botellín y me lo entrega.

—¿Y Ana?

—Se acaba de despertar.

Regreso a nuestra tienda.

—¿Se puede?

—¡Un momento!

—Te traigo coñac, date prisa.

Tarda muy poco en levantar la lona de la tienda. Aún tiene el dorso desnudo.

—Pasa.

Lo hago. Está todo como si fuera una leonera.

—Acaba de vestirte, hombre.

—Primero dame eso.

Se bebe un trago y empieza a toser.

—¿Lo ves? Ya te has enfriado.

—¡Qué va! Es esto que sabe a rayos.

A él la bebida le sienta fatal y es lo que yo digo, ¿por qué no escarmienta? Pero ése es otro tema. La verdad es que me gusta mucho cuidar de él y, en ese sentido, al estar un poco loco me da

oportunidades estupendas.

—Toma, ponte esto.

Le alargo el jersey más grueso que lleva en la mochila.

—Sí, mami.

No me importa; lo dice con cariño.

—Y otra vez piensas antes lo que haces.

—¿Lo dices por el baño?

—Entre otras cosas.

—Estoy nuevo, te lo juro.

A veces pienso que es un niño; pero la otra noche no lo era, ciertamente, cuando sobrevino lo del beso. Es complejo este Chaume, eso lo sé yo mejor que nadie. Por ejemplo nadie podría creer que haya en él tanta ternura en determinados momentos, cuando otras veces es una perfecta bestia. Jamás olvidaré su forma de besarme. Pero, ¿por qué se queda a veces atontado mirando a Ana María? ¿Y ella? ¿Es que no se da cuenta? Cuidado que tenemos confianza las dos y que hablamos de todo sin rodeos. Este asunto, en cambio, es algo que yo no trataría con ella por nada de este mundo. Hay un raro pudor en todo esto. Tampoco hablaría con Chaume aunque me fuera la vida en ello. Hay cosas que no, no sé explicarlo, pero sé que no; antes me traga la tierra.

Doy un paseo con Horacio por los alrededores. El sol ahora está tibio y huele a pino verde.

—¿Te has fijado en Chaume? Está muy raro.

Pero él vive en la luna.

—¿Chaume?... ¿Qué le pasa?

—A saber...

Naturalmente que no voy a contarle nada a Horacio.

—Bah, cosas de chicos.

Parece olvidar mi edad.

—Puede.

—Bueno, tú eres mujer. Los adolescentes varones son así, cambiantes, inconstantes, desconcertantes muchas veces, pero eso pasa, se quita solo, ¿comprendes?

Eso es teoría, claro que lo comprendo; pero yo iba a problemas muy concretos que adivino por momentos.

—Supongo.

—Tienes a Diego en casa... Chaume y Diego son distintos, pero su locura es la misma.

Andamos en silencio. Es delicioso hacerlo ahora, en esta media mañana de incipiente primavera. Sé que Chaume y Ana están solos en el campamento. Sí, casi lo prefiero. Si ha de estallar algo, que estalle, porque no aguanto estar así.

—La locura de Chaume —vuelve Horacio— es sólo eso, una

explosión de vida. Su vehemencia no es excesiva, sino circunstancial. ¿Por qué piensas que se echó al agua esta mañana?... Seguramente fue una idea súbita, pero no una idea como una posibilidad que se pondera; sino una idea fulgurante que lleva implícita la ejecución inmediata. Yo estudio mucho a Chaume porque realiza en sí la plasmación de lo que entendemos por adolescencia, con sus virtudes y defectos.

Me río.

—Tú en Chaume no ves más que virtudes.

—No lo creas. Una cosa es que me hagan gracia sus defectos y otra muy distinta que los apruebe.

—A ti te hacen gracia y yo los padezco.

Me mira con mucha simpatía.

—Es que tú, aunque con distinta intensidad, estás en la misma onda que él. Por eso no puede hacerte gracia; pero tú no eres una chiquilla vulgar...

Le interrumpo:

—¿Y eso, cómo lo sabes tú?

—Tesa, tengo una mujer que habla de ti todos los días...

A pesar de los pesares no puedo menos de sentir que eso me halaga, porque Ana María significa mucho para mí.

—Ya.

—Tú eres el ideal para un chico como Chaume. Le haces falta, mucha falta. Sin ti él iría de disparate en disparate.

—¿Y tú crees que conmigo...?

No puede coger mis segundas intenciones.

—Contigo se defiende.

—Dios te oiga.

Sí, porque ahora mismo, ¿qué está pasando allá abajo?

—¡Chaume!...

—Dime, Ana.

—¿Me echas una mano?

—¡Las dos!

—Prende fuego, anda, que hay que hacer la comida.

El campamento es un lago de sol entre los árboles, un pequeño caldero donde a esta hora la luz se vuelca como en un cuenco de oro; hasta la tierra parece brillar.

—¿Dónde habrán ido esos?

—No vuelven antes de dos horas. A Horacio le gusta caminar.

Chaume se esmera en su intento de conseguir un fuego perfecto para las necesidades de Ana. Se siente muy a gusto con ella a solas en medio de los árboles. Es distinto que en casa: Más íntimo allí, quizá, pero aquí más natural.

—¿Vale así?

Eso se le da bien. Siempre tuvo afición a las hogueras.

—Está estupendo. Pon el agua a calentar.

Trajinan en silencio; pero hay sonrisas, miradas, roces de manos. Ana parece divertida. Chaume está feliz. Lo que para ella es sólo un juego inocente, para él tiene un trasfondo emocional que se esfuerza en ocultar.

—Si me sigues mirando tanto se me va a quemar el arroz.

La sonrisa de Ana es abierta, serena, regocijada.

—Yo no te miro.

Chaume se enfrasca en las pequeñas tareas que ella le encomienda; pero sabe que ha mentido y que espía los movimientos de la profesora, porque allí, al sol y al aire, su cuerpo es para él como una dorada tentación, cosa que hasta hace pocos días jamás le había ocurrido.

—¿Me ves vieja, Chaume?

—¿Vieja tú? ¡Estás loca!

Le ha salido como del alma.

—Te llevo trece años.

—¿Y eso qué? Yo llevo trece años al niño del segundo de mi casa y no por eso soy viejo.

Ana se ríe.

—¿Y te mira el niño del segundo?

—¡Qué cosas tienes!

—Perdona, hombre.

Ahora sí que la mira.

—Tú no tienes que pedirme perdón.

—¿No?

—Nunca.

De pronto a Ana parece llegarle el aletazo de los vehementes sentimientos que bullen dentro del muchacho.

—No exageres —le dice un tanto seria.

Y él, casi sin venir a cuento, exclama:

—¡Yo por ti haría cualquier cosa!

—¿Sí?

—Te lo juro.

Ana vuelve a reír con indulgencia.

—Pues anda —le contesta—, pela estas patatas, por favor.

El sol sigue escalando la cumbre del mediodía y es audible la vida minúscula que canta a nivel de tierra, mientras el humo se eleva vertical hasta diluirse en el azul de un cielo limpio, sin una sola nube.

XI

UN PADRE de familia no es sólo el «jefe» del que habla el hijo a sus amigos y del que se queja cada día en todos los tonos de la escala. Además es un ser humano puesto a prueba y sólo Dios sabe hasta dónde pueden llegar los hijos en el uso y el abuso de su gastada paciencia, deteriorada ya de suyo por la vida. Chaume, por otra parte, tenía de antiguo la costumbre de hacer pagar en casa los platos que él rompía fuera de ella. Entonces tenía que suceder.

—¡Chaume, ven acá!

Él iba a salir, pero su padre le detuvo.

—Tengo prisa.

No la tenía en absoluto; sólo quería quitarse de en medio.

—¡Ven acá, te digo!

Se volvió para decir la impertinencia.

—¿Vas a pegarme?

Su padre apretó los puños, porque tenía ganas de hacerlo, ya lo creo que las tenía.

—¡Todavía no lo sé!

—Pues abrevia, porque yo tengo que irme.

—A mí no me des órdenes.

—Está bien. ¿Qué pasa?

Su padre le miró de arriba abajo.

—Eso digo precisamente yo: ¿Qué pasa? De un tiempo acá estás insoportable y haces víctima a tu madre de unos malos humores que no sé de dónde salen. Porque tiene que haber una explicación.

—Pues no la hay.

—¿Ah, no? Entonces haces llorar a tu madre por placer, vamos, digo yo.

—¿Qué culpa tengo yo sí llora por cualquier cosa?

No había ninguna posibilidad de inteligencia. Cualquier tercero se hubiera dado cuenta; pero en familia se insiste, se insiste hasta que se abre la caja de los truenos.

—¡No te consiento que vuelvas a tratarla cómo has hecho estos días! ¡No te consiento que aproveches mi ausencia para martirizarla!

—¿Y yo? ¿No me martiriza ella a mí?

—¿Martirizarte a ti? ¡Tú eres el niño mimado de la casa y no sabes hasta qué punto me arrepiento de haberlo consentido!

Chaume, montado en el caballo de la dialéctica, acabaría por decir cosas que ni se le habían pasado por la cabeza.

—Si te arrepientes es que reconoces tu culpa.

—¿Yo?

—Tú lo has dicho. Conmigo no dais una.

Fue así como consiguió levantar a su padre del asiento.

—¿Crees que estás hablando con tu madre?

—¿Qué diferencia hay?

Fue el tono en que lo dijo lo peor. Pareció intencionadamente ofensivo.

—¡No te consiento...! ¿Lo oyes?

Venía sobre él, pero él era más ágil y, rodeando la mesa, pudo ganar la puerta de la calle dejando en ella el retemblor del violento portazo. Estaba hecho. Un lío más de los que últimamente tenía en casa de continuo.

—¿Qué te ha ocurrido?

Horacio se lo notó en la cara sólo verlo.

—Nada.

—Nada, no, chico. A mí puedes contármelo.

—No tengo ganas.

Se dejó caer en una silla. Ana María había salido con la niña y estaban los dos solos.

—Sí que las tienes; de lo contrario no hubieras venido aquí a estas horas.

—No me acoses.

Horacio se puso a encender la pipa.

—De acuerdo. ¿Quieres café?

—Sí, sí lo tienes.

—Un momento.

Me he compenetrado tanto contigo, muchacho, que leo en ti como una madre en su hijo. Cierto que no puedo descifrar por mí solo el mensaje, pero adivino cuándo hay mensaje. Estás pasando una mala temporada, no lo ignoro, aunque no sé por qué, si bien me inclino a no buscar las causas, porque a tu edad hay tormentas sin motivo y es inútil querer racionalizar los sentimientos del alma adolescente.

—Toma.

Bebes el café con avidez No te forzaré a la confidencia, puedes estar tranquilo. Además me conoces al respecto, de modo que sobran comentarios.

—Gracias.

Va a resultar que tenía razón Tesa y que a ti te pasa algo. Si es .así me gustaría saberlo. No es por curiosidad, sino por ayudarte. Pero hay batallas de la edad que se han de librar solo y sólo así aprovechan. ¿Dónde estás, Chaume, en realidad?

—No hables si no quieres.

—No es por ti...

Me miras y veo que sufres. Sea lo que sea estoy contigo y espero

que no se trate de cosa alguna importante.

—Ya.

—Me siento confuso, ¿sabes?, eso es todo.

—Ocurre, por supuesto. Todos pasamos por situaciones así. Hay que esperar que escampe para volver a ver el cielo; pero, consuélate, las nubes nunca son eternas.

No me atiendes, Chaume, y lo comprendo. Contra los estados de ánimo de un adolescente pueden muy poco los razonamientos de un adulto, lo sé de sobra.

—Eso pasa ahí fuera.

Señalas a la ventana.

—Es una metáfora, desde luego; pero, ya sabes, no hay mal que cien años dure.

—¿Cien años?

Comprendo tu ironía y sé que las palabras son una medicina inoperante; pero no es en las mías en las que confío, sino en las tuyas, en las que pueden constituir tu desahogo. Chaume, chiquillo, me disgusta más de lo que piensas verte así. Y el caso es que no sé lo que puedo hacer por ti en este momento, fuera de escucharte; pero hablarás si quieres, sólo si quieres y cuando quieras, no antes.

—Ven por aquí siempre que no puedas más; aunque no cuentes nada. A mí no me molestas, ni a Ana tampoco, va lo sabes.

—Sí.

—Y, convéncete, eso se quita solo, ya verás.

No quiero jugar a las adivinanzas; pero, aunque te veo trastornado, pienso que son cosas de la edad. Sí, ya lo sé, no insistiré en ello, que a vosotros estas apelaciones a la edad os dan cien mil patadas. Por otra parte me hago cargo de que sufres, de que lo pasas mal. Sólo quería decir que esta crisis es como una tormenta de verano y, como tal, dará paso pronto al sol. Así lo espero al menos.

—Me voy a ir.

—¿Te vas a ir? ¿A dónde?... ¿No esperas a Ana?

—No.

—¿Y Tesa?

—Deseo estar solo.

Te respeto, Chaume; a veces es lo mejor; no se me oculta. Yo mismo he hecho otro tanto en muchas ocasiones.

Sí, tienes razón; creo que es preferible, si realmente lo deseas. A veces el mejor interlocutor es uno mismo.

Me da pena dejarte ir, y, sin embargo, ¿no es la soledad el sino del hombre, en el fondo? Hay momentos, y confío en que lo tuyo no tenga que ver con esto, en que nadie puede hacernos compañía.

—Adiós, Horacio.

—Hasta luego, porque volverás, ¿no?

—Quién sabe.

Ya ves, te conozco muy bien y esta frase, un poco teatral, no me preocupa. Lo has dicho para la galería. Siempre os daréis en espectáculo los adolescentes, pero no te lo voy a echar en cara. Yo mismo, cuando era como tú, me vi mil veces muerto, suicidado, incluso, en represalia por determinadas injusticias de que me habían hecho objeto; pero jamás estuve en el más mínimo peligro cierto de quitarme la vida.

Diego me lo ha contado todo. Al parecer Chaume en clase está en plan bestia. No hace más. que tener líos.

—Entregó la hoja en blanco al profesor.

—¿No lo sabía?

—Seguro que sí.

—¿Entonces?

—Ganas de fastidiar, eso me dijo.

—¿Tú qué crees que le pasa?

Diego me mira con cierta picardía, no encuentro mejor palabra.

—¿No lo sabes tú que eres su *baby-friend?*...

—No seas idiota.

—Sí, está raro. Todo el mundo lo dice.

—¿Y no le has preguntado?

—La verdad, sí.

—¿Y qué te ha dicho?

Me mira Diego, se ríe y luego imita a Chaume en la voz.

—«La vida, macho.»

—¿Sólo eso?

—¿Te parece poco?

«La vida», eso lo dice éste muchas veces. Para ellos no sé qué diablos hay en la palabra que puede explicar todas las cosas. Se caen de la moto y «la vida»; rompen con una niña y «la vida»; tienen un dinero inexplicable y «la vida»; están sin chavo y «la vida»...

—¿Tú qué crees?

Diego sabe que lo estoy pasando mal y no le gusta; pero es íntimo de Chaume y no se mezcla en nada de lo nuestro. Ahora parece que habla en serio.

—Mira, guapa, a todos nos pasa alguna vez... Te entra el asco de vivir, ¿comprendes?

—No.

Sí que comprendo, pero no quiero darlo por bueno en este caso. Chaume no siente asco de vivir. Lo que pasa es que Diego no tiene la menor idea de por dónde van los tiros.

—Bueno, chico —le dije a aquél la última tarde que nos vimos—, si prefieres dejarlo...

Me miró y vi que le había sorprendido de verdad.

—¿Dejar qué?

—Lo nuestro.

Su indignación era sincera, estoy segura.

—¡Tú eres idiota!

Y pensar que el insulto me supo a gloria...

—¿Por qué idiota?

Hizo un gesto muy expresivo con la boca.

—Anda, anda. No digas tonterías.

Me quiere, sí, tampoco ahora lo dudo; pero, ¿entonces qué le pasa? ¿Es lo de Ana? ¿Puede una mujer mayor trastornarle hasta este punto? Es algo tan delicado que no quiero preguntárselo. Y con Ana ¿cómo abordar el tema? Se reiría de mí, estoy segura. Cuidado que tenemos confianza, pero hay cosas personales que son como reductos donde nadie de fuera ha de poner el pie.

—Mujer, no te preocupes.

Hasta Piluca lo ha notado; pero ha sido Mercedes, en realidad, quien ha puesto el veneno sobre el tapete.

—¿Sabéis? Ésta tiene los días contados con Chaume.

Bueno, todo el mundo en el instituto sabe que Chaume lleva un carro de niñas detrás de él.

—Lo que tengo yo con Chaume es cosa de él y mía.

No comprendo por dónde les ha venido la onda; pero en ningún caso pueden saber más que yo al respecto. Él no me haría una cosa así.

—Tu tumo, guapa, está a punto de acabar.

A esta niña le tengo asco. No me importa el confesarlo. Es viperina.

—¿Qué es, que llega el tuyo, acaso?

No resulta fea Mercedes, pero Chaume no la aguantarla ni una tarde.

—¿Se lo has quitado? —pregunta la despistada de Carlota que suele caer de un guindo cuando menos falta hace.

—¡Dejad en paz a Tesa!

Piluca siempre es mía en el campo de batalla que son los pasillos del instituto, entre clase y clase.

—En paz estoy, no te preocupes. Y, en cuanto a ti, Mercedes, si puedes con él yo no te pondré obstáculos.

Me hace gracia en el fondo, y me la haría más si no viera una intención tan retorcida.

—No es mi tipo.

Claro, guapa, ¡te darías con un canto en los dientes!

—Ah, perdona.

—Pero si me lo propusiera...

De acuerdo que ella emplea armas que algunas de nosotras

rehusamos llevar a la palestra; pero, aun así, me atrevería a jurar que Chaume no se iría con ella, al menos no dos veces.

—Propóntelo, propóntelo —gritó Carlota entusiasmada por las perspectivas.

—No puede quien quiere —sentenció Piluca muy convencida.

Y yo, ya divertida, se lo dije:

—Cuando quieras, Mercedes, es todo tuyo.

Algo así como cuando los toreros se ceden un toro unos a otros, si es que se lo ceden y si es que dicen una cosa semejante, que no lo sé en realidad, porque a mí eso de los toros me tiene sin cuidado.

—Quiero ayudar a Chaume —le digo a Diego ahora a solas en mi cuarto—, pero no sé cómo hacerlo.

Se queda pensativo, lo que ya es en él todo un detalle.

—Pues no lo hagas.

Lo entiendo a medias, porque sé que tiene algo en Ja cabeza.

—Es decir...

—Mira, Tesa, no le saques el tema si él no te da pie. No lo atosigues, no lo acoses. Eso revienta, ¿entiendes? Tú sabes hacer lo que te digo. Sencillamente, espera.

Diego conoce a Chaume. Su conocimiento, de chico a chico, es complementario del mío. Tiene razón, sé que la tiene y voy a seguir su consejo. Paciencia, pues.

Todavía no sé cómo ocurrió y que me lleven todos los demonios si lo entiendo. Estoy solo, en mi cuarto, encerrado. No he querido cenar. Estoy llorando.

—Chaume, por favor...

Es mi madre y no contesto.

—Hijo, dinos que estás bien.

Mi padre ha depuesto su primera actitud casi frenética. Por una vez entra en razón aunque no entienda una palabra.

—Sí, estoy bien. Voy a dormir, os lo prometo.

No es que me ablande. Deseo que me dejen en paz, nada más que eso.

—¿No quieres un vaso de leche?

Tengo que morderme la lengua.

—No, mamá.

—Buenas noches, entonces.

—Buenas noches.

Están hechos polvo. ¿Y yo qué? Que me perdonen, pero ahora sólo puedo compadecerme de mí mismo. He venido a refugiarme aquí como podía haberme tirado por el viaducto. Estoy desesperado. Si soy un bestia no tengo derecho a vivir. Yo no quería que pasara esto, no iba con esa idea, lo juro; pero pasó y ahora ya no quiero vivir. ¿Cómo voy a mirarles a la cara?, ¿cómo?

—Hola, Chaume.

—Hola, Ana María.

Sí, sabía que la encontraría sola, pero eso había ocurrido ya más veces sin que pasara nada. Yo no iba con otra intención, nadie me convencerá de lo contrario, pero ¿quién me creería? Sólo quería estar con ella, cerca de ella, hablarle, sentirla respirar, recibir su aliento de pasada al coger a la niña, al ayudarla a hacer algo, como otras veces. ¿Es malo eso? ¿Es alguna clase de pecado?

—Qué guapa estás, Ana.

—No empieces.

Se lo había dicho en cientos de ocasiones. Ella replicaba «no empieces», pero yo sé que le gustaba oírmelo. ¿Qué pasa con las mujeres? No sé, quieren y no quieren. ¿Cómo saber cuándo sí y cuándo no? Pero ni entonces se me había pasado por la imaginación hacer una burrada. Jamás lo he hecho, ¿por qué tenía que ser ahora?

—Tú sí que estás guapito.

—Guapito, no.

Vino hacia mí y me tomó la cara entre las palmas tras echarme el pelo hacia atrás.

—Guapito, sí. Guapo lo serás .’entro de un par de años.

Ya lo sé, son amabilidades de ella, nada más, aunque piense lo que diga no había pie para nada. Pero tampoco yo había ido buscándolo. ¿Entonces? Jamás me entenderé. Pero si no me entiendo, si no me controlo, ¿qué quiere decir eso? ¿Era fatal que ocurriera lo que ocurrió? Yo estaba nervioso, pero no hasta el punto de sentirme distinto de otras tardes. No era la primera vez que nos decíamos cosas.

—¿Por qué tienes que ser mayor que yo?

Dije una tontería así sin más pensar. Ella sonrió muy complacida.

—¿Y por qué no?

—No se es mayor ni menor, ¿verdad?, eso es una bobada.

—Según.

Fue enigmático cómo lo dijo, lo recuerdo muy bien; pero sigo sin saber lo que quería expresar. Me sonreía y me pareció que con placer. Luego dejó mi cara para bajar las manos a los hombros.

—Estás hecho un chicazo —dijo.

—No tanto.

—Sí, hombre…

Y me besó.

Fue en la frente, desde luego, y no voy a decir que lo hiciera con segundas intenciones, no. Quiero ser objetivo. Ella lo hizo con tremenda simpatía, ya lo sé, con naturalidad; pero yo no estaba natural, sino todo alterado, aunque, al primer momento, cuando quise besarla, aún me llevaba un impulso, no sé, sólo cariñoso, por decirlo de algún modo. Ella se desasió con esa agilidad que parece una cría,

porque Ana, no lo he dicho, es de una flexibilidad, de una ligereza que no te lo crees. Total que echó a correr por el apartamento al tiempo que me provocaba—«¡No me coges!»— y se aprovechaba de los muebles para sortearme, y en aquella persecución fue donde yo me salí de madre, me descontrolé. Y es que me excitaba de una forma brutal ver su sofoco, oír sus risas, recibir en los míos el impacto fulgurante de sus ojos...

—¡Si te cojo, verás!

Pero ella se reía más y más, no daba tregua.

—¡Si me coges tendrás el premio al vencedor!

¿Qué quiso decir en realidad? En aquel momento yo no podía pararme a analizar, no había tiempo.

—¡Serás mía!

Entraba en el juego decir cosas así, ya lo comprendo.

—¡No faltaba más! —dijo dándome un quiebro.

Fue casual que la persecución nos llevara al dormitorio, no lo dudo. Ni entonces ni ahora se me pasa por la imaginación que ella lo hiciera a posta. Pero fue junto a la cama donde al fin la atrapé.

—¡Ahora!

—¡Bruto!

El impulso nos hizo caer sobre la colcha. Yo la tenía abrazada, era mi presa, acababa de cobrarla, ¿qué ocurrió entonces?... Cualquier cosa que diga no va a servir de explicación adecuada. ¿Cómo se describe un proceso irracional, confuso, apasionado e instintivo? Lo que sí recuerdo es que la sentí debajo de mi cuerpo. La sentí, quiero decir, como mujer, sus formas, sus movimientos —sería por desasirse —, sus miembros duros y fuertes, su aliento femenino... Claro, ya no era cobrar la presa, sujetarla para que no se escapara, aunque estuviera todavía disfrazado de esos gajes.

—¡Eres mía!

—¡No seas bestia, hombre, que me haces daño!

Pero aún reía con su mejor humor. Y una cosa, cuando la fui besando por la cara me devolvía los besos...

—¡Loco, que estás loco!

¿Fue entonces?... No se pareció nada a lo de Tesa. Cuando besé su boca estaba a cien y mi acción fue agresiva, honda, posesiva. Ignoro el momento en que ella empezó a resistirse, porque luchamos, ya lo creo, hasta que comprendí lo que pasaba y salté atrás. Un sofoco absoluto, mezcla de deseo y de vergüenza, se disputaba mi rostro hasta las orejas.

—Perdona —balbucí.

—¿Qué te has creído?

Era una extraña, una desconocida, y ya no sonreía, con el pelo deshecho, la ropa revuelta y unas como arruguitas que parecían

haberle nacido de repente al borde de los ojos.

—Perdona, Ana —repetí.

—Ahora vete.

Fue como si me abofeteara, ni más ni menos. Jamás soñé hacer una salida así, tan desposeída de dignidad, tan de bandera arriada. Eché a correr al tiempo que me subían por el pecho unas ganas inmensas de llorar que estoy desahogando aquí. ¿Por qué, por qué? No soy un mojigato. Niñas de mi edad no me he tirado ninguna; pero lotes, ¡mi madre!, ¡no veas!

—Oye, guapa, si no te va esto, ¿a qué juegas?, ¿me lo quieres decir?

A veces la que lloraba era la niña, pero era más bien raro, porque hoy el rollo les va a la mayoría.

Llegué corriendo a casa. No quería ver a nadie y me encerré en la habitación. Ahora estoy desesperado. No sé si me duele más por Tesa o por Horacio. Es distinto. Tesa perdona siempre; pero ¿y Horacio? Él es un hombre y Ana María su mujer. ¡Qué cosa! ¡Ni por un momento lo había pensado desde este punto de vista! ¿Entonces, yo que soy? No podré presentarme nunca más en aquella casa, aquella casa que había venido a ser más que la mía, y sin Horacio y Ana estoy perdido; es decir, no sin ellos, sino sin su aprecio, sin su…

—¡Chaume, hijo!

Mi madre no cejará esta noche. ¿Cómo no puede comprender que hay momentos en que uno ha de enfrentarse completamente solo con su sino individual? ¿Habría alguna probabilidad de que, dado que yo quisiera explicarlo, lo entendieran ella y mi padre, desde su punto de vista de adultos instalados, moldeados por el sistema, en el declive sereno o adocenado de sus viejas pasiones? No, no hay lenguaje para comunicarse con los padres y es inútil echarle sentimiento a la cosa como si el caramelo divino pudiera arreglar algo.

—¡Chaume!…

Otra vez.

—¡Déjame en paz!

XII

NUNCA se sabe lo que se ama hasta que toca sufrir por ello. Si yo cogiera a Chaume ahora creo que le rompería las narices —«¡Calma, Tesa, volverá!»—. Las palabras serenas de Horacio son un bálsamo; pero él no vuelve. Hace ya una semana que no se le ve el pelo. No se pone al teléfono. El instituto ni lo pisa. A casa de los profesores ni asomarse. Y yo no vivo, la verdad, porque le amo más que a mí misma. ¿Cómo se puede querer así a una persona? Yo creía saber algo. Amo a mi padre, lo adoro; quiero a Diego, le quiero mucho, y a mis hermanos; pero esto no tiene nada que ver. Ninguno de esos amores me duele como éste. ¿Por qué obra así? Él no está loco, no lo entiendo. Él, con todos sus defectos —un carro de ellos, desde luego —, es la persona más encantadora del universo, la más delicada, la más entrañable. Jamás olvidaré la noche del campamento, cuando no sé qué me pasó y él pudo tenerlo todo y no quiso aprovecharse.

—Diego, ven acá.

—¿Qué quieres?

—En mi cuarto.

Es donde celebramos él y yo nuestros consejos de guerra.

—¿Qué pasa con Chaume?

—Eso digo yo.

—¿Le ves?

—Desde hace una semana ni olerlo, ¿dónde se mete?

—Estaba raro, ¿recuerdas?

—Bueno, es un derecho del hombre estar raro algunas veces, ¿no crees?

—En serio, ¿qué le puede pasar?

Me contempla con calma, esto es muy suyo, es como si se le afinara poco a poco la mirada.

—¿Tanto te preocupa?

—No veas.

—Haré por tropezarle, entonces.

—¿No va *a* clase?

—Eso no tiene importancia. Somos muchos los que nos perdemos de vez en cuando.

Si es por lo de Ana no comprendo qué le haya podido dar tan fuerte. Cabe preguntárselo a ella, pero ¿cómo hacerlo? Sé que no me atrevería aunque me lo propusiera. Es un endiablado asunto éste y a mí me trae de cabeza. ¿Dónde quedan aquellos primeros meses nuestros en que no había asomo de sombra entre nosotros? íbamos de la mano por la calle y no hacía falta hablar para sentirnos

absolutamente compenetrados. Había todo un lenguaje en el modo de entrelazarse nuestros dedos y en la presión con que lo hacían. Ese entrecejo fruncido en que ahora consiste su gesto habitual estaba inédito. De entonces no recuerdo otra cara que aquella iluminada por la sonrisa, esa sonrisa suya abierta donde los dientes blancos y menudos tienen tanta reminiscencia de cachorro.

—Tesa, mira esto.

Se había parado ante un escaparate y con la mano libre señalaba una moto que era todo brillo metálico y reflejos de colores.

—¿Ya estás?

—Una Bultaco MK2, ¡mi sueño!

—Pero ya tienes una...

Aquí me soltó para llevarse las manos a la cabeza...

Era cómico.

—¿Pero cómo puedes ser tan ignorante? ¡Esto son doscientos cincuenta centímetros cúbicos!

—Para volumen me parece muy poco.

—¡De cilindrada, mujer!

Yo de motos es que no entiendo ni palote. A mí el Ves— pino me lleva a todas partes y no le pido más. Chaume es como Diego en eso y tienen un lenguaje esotérico con «el 74», «el carenado», «el pistón y los segmentos» que yo conozco bien, pero del que no entiendo ni jota.

Eran otros tiempos, y, estando tan cerca, parece mentira lo lejos que han quedado. A mí me gustaba mucho caminar con la cabeza apoyada en su hombro, cuando él me pasaba el brazo por detrás del cuello.

—Oye, Tesa, adivina en qué pienso.

—Con lo loco que estás me pides un imposible.

—No, en serio.

—Dímelo tú.

Yo le tenía cogida la mano que colgaba por delante de mi pecho.

—Pienso en cómo le vamos a poner al cuarto hijo que tengamos.

—¿Y con quién has contado tú para tener cuatro hijos? Igual no sabes que la que los da a luz es la mujer.

—No me baches, niña. De eso de tener hijos me encargo yo.

Se me escapó la risa.

—¿Ah, sí? ¿Es una nueva técnica?

—¡Te juro que hoy cobras!

—¿Piensas que me va la marcha?

Me soltó y se me puso delante cerrándome el camino.

—Tendremos cuatro hijos por lo menos. ¿Algo que objetar?

Viéndole así, tan guapo, tan chico, tan fogoso, no se podía objetar nada en realidad.

—Está bien, cuatro. Pero ¿se puede saber por qué te preocupa

ahora el nombre del cuarto?

—Muy sencillo. El primero, Chaume. La segunda, Tesa. El tercero, Diego... ¿Y el cuarto?

Él era así, impulsivo, sincero, abierto, encantador, en fin. No había nacido este Chaume de ahora, hosco, malhumorado y huidizo. ¿Cómo se puede cambiar tanto en unos días?

—Averigua lo que pasa, Diego, y te lo agradeceré toda la vida.

—Tesa, te lo voy a traer vivo o muerto.

Sé que habla en serio el gemelo.

—Sí, Diego, pero preferentemente vivo.

Si alguien es —capaz de lograr una cosa así éste es mi hermano. Lo que nadie sabrá nunca es cómo lo estoy pasando. Jamás pensé cuando empezó este curso que iba a sufrir de esta manera; porque sé que a Chaume he de salvarle yo, que, de algún modo y por alguna razón, en ese inmenso sorteo que hay entre las criaturas de este mundo, él me ha tocado a mí, está a mi cargo.

—Ven acá, niña, ven acá, siéntate —tú nunca me hablarás de ello si yo no lo planteo—, ten confianza en mí.

—La tengo.

Sé que estás sufriendo más de lo que corresponde a tus pocos años y me siento culpable de algún modo.

—Tú te habías dado cuenta, ¿verdad que sí?

No hace falta explicitarlo más. Me miras a los ojos, como siempre, y yo me alegro de ello.

—Sí.

—Las mujeres tenemos un sexto sentido para eso. Pero, ¿quién podía pensar?...

No es fácil hablar de ello, pero si hay una persona con la que puede hacerse, ésa eres tú.

—Chaume...

Lo sé, niña, lo sé.

—Volverá, ya lo verás. Es una crisis...

Ahora eres tú quien interrumpe. Por fin preguntas:

—Pero ¿qué pasó, Ana?

¿Debo considerarme culpable? El entendimiento me dice que no; pero siento aquí como un dolor, porque tú, Tesa, no sé si lo comprendes, eres la última persona a la que yo quisiera hacer sufrir. Te lo diré, niña, debes saberlo todo. No quiero que quede entre tú y yo sombra de duda.

—Verás, Tesa, yo creía conocer a los muchachos, a pesar de ser mujer y una mujer madura al lado vuestro, pero son imprevisibles. Cuando menos lo piensas van más allá de lo que podías haber imaginado...

—Sí...

Es penoso, ¿sabes?, hablarte de todo esto; pero es para mí como una purificación.

—Cuando empezó la cosa yo lo tomaba a broma. No sé, lo has leído mil veces, el adolescente se encandila con una mujer mayor que él, ¿cómo podía suponer…?

—Claro.

Adivino en ti el deseo de encontrarme «no culpable» y en eso veo tu grandeza de alma, porque no me engañé contigo, Tesa, y ésta es una prueba.

—Confieso que hasta me divertía aquella devoción que empezó a mostrar por mí. Yo veía aquello como si fuera un sarampión inevitablemente leve y pasajero. Tú eras lo importante para él, y estoy segura de que no has dejado de serlo. Yo era el deslumbre momentáneo. Pensar de otro modo hubiera sido absurdo.

—Pero, entonces…

—Dime.

Sí, pregunta, Tesa, te agradeceré como no sabes que vuelvas a darme muestras de aquella absoluta confianza que siempre hubo entre nosotras.

—¿Qué ocurrió? ¿Por qué ese sarampión se complicó de esta manera?

Te lo voy a decir, ya ves, no quiero ocultar nada.

—Ahí fue donde confieso mi sorpresa, donde Chaume se salió de lo previsto… ¿Quieres saberlo todo?

—Sí, todo.

Sé que puedo decirte lo que sea, que eres capaz de comprender. Nos parecemos mucho tú y yo allá en el fondo…

—Durante un tiempo no hubo más que devociones por su parte. Y digo devociones porque es la mejor palabra para el caso. Delicadezas, atenciones, miradas, frases amables… Todo eso platónico que yo creía tan propio de la edad. Pero un día… así, de pronto…

Dudo, ya ves, no quiero herirte…

—Sigue.

—No creo que lo trajera premeditado…

Te estoy hablando con la mayor sinceridad, no trato de dorarte la píldora, de rebajarle su amargura.

—Que trajera qué.

Eres como un notario en este instante; quieres levantar acta y no cejarás, lo sé muy bien.

—Yo estaba tan ajena…

—No tienes que justificarte, Ana.

¿A qué me vas a conmover? Si me sigues mirando de ese modo voy a llorar, llorar yo, ¿comprendes?

—Hubo un momento en que algo se desató por dentro de él. No

sé si es que yo tardé demasiado en darme cuenta.

Busco desesperadamente las palabras más propias, pero tú —eres maravillosa, niña— me facilitas la tarea.

—Se sobrepasó contigo.

—Tesa...

Me duele, chiquilla, me duele como no sabrás nunca hablarte de esto.

—Conozco a Chaume.

—Te aseguro que es el mismo de siempre, que lo que pasó fue cosa del instinto, un fogonazo, algo... Mira, tú sabes que los chicos llevan un hombre dentro y que el hombre, como macho que es...

—No tienes que explicarme nada.

Cuánta dulzura hay en ti, chiquilla mía, y estás sufriendo más que yo.

—Chaume te necesita como nunca.

—Y me tiene, Ana, pero ¿por qué no aparece? ¿Qué puedo hacer?

—Él te quiere.

—Estoy segura.

No, hoy no soy yo la profesora y, sin embargo, quisiera enseñarte tantas cosas...

—Tenemos que ayudarle entre los tres.

Me miras sorprendida.

—¿Y Horacio... sabe algo?

—Claro, mujer. Se lo he contado todo. No hay cuidado con él. Quiere a Chaume como si se tratara de un hijo.

—Y...

A veces tú y yo ahorramos vocabulario, ¿te das cuenta?

—Sí, no se ha alterado lo más mínimo. El problema está en Chaume, no en nosotros, ni en ti, ni en mí, ni menos en Horacio, que es un pedazo de pan.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Espera que venga él y lo hablamos los tres.

Te tomo por el hombro y, como otras veces, tu cabeza se inclina hacia mí, reposa en mí.

—Gracias.

—¿Por qué, niña?

—Por no ocultarme nada.

—Nunca lo haría.

En casa todavía no lo saben, pero ni piso por clase. Que se fundan los plomos, a mí los estudios ya no me interesan. No me interesa nada en realidad. Al principio hasta lloré; pero ahora no. ¿Por qué voy a avergonzarme? Cada uno va a lo suyo. Sólo hay hipocresía y egoísmo, y yo no voy a ser el tonto que suponga la excepción. Sí, estoy

inaguantable, lo sé perfectamente; pero tampoco yo aguanto a los demás. No veo a nadie de los íntimos, ni siquiera a Diego. No tengo nada contra él, pero se va a Tesa con el cuento, no, muchas gracias. Mi madre tan boba como de costumbre. He dicho que no quiero coger el teléfono, pues mira.

—Chaume, es para ti.

—No estoy.

—Pero no puedes decir siempre...

—¡Digo lo que me da la gana!

Luego se queja porque chillo. ¿Quién empieza? Es como mi padre. Cuando se entere de que no voy a clase le da algo. Ya lo sé el rollo, «que yo me estoy sacrificando»... Bien, de acuerdo, pues que deje el sacrificio y que me mande a tomar por donde yo sé; pero que no me lo eche en cara, porque yo no he pedido que me trajeran al mundo. Lo que hago es darle a la moto todo el día. Siempre me encuentro tíos en billares que están igual que yo, quiero decir desarraigados, y se me pega un tal Manolo que entiende de eso como los propios ángeles. Yo le digo *a* cualquiera: «¿Echas un pique?», cogemos las motos y ya está armada. He birlado dinero en casa para hacer la transformación. No se han dado cuenta, pero se la darán. Si me lo facilitaran ellos no tendría yo que recurrir a esos procedimientos que, en el fondo, me revientan.

—Mira, macho.

Cuando le enseñé los billetes a Manolo dijo sólo:

—Venga, vamos.

A la Derby le metimos un «74», con cambio del pistón y los segmentos que, total, no llegó entre todo a dos mil pelas. Ahora suena distinto y coge ciento diez como quien lava, y eso aunque lleve a Manolo detrás, que, por otra parte, es peso pluma. Él es un lince.

—¿No tienes para gasolina?

—Me he quedado sin blanca y mi padre en lo de soltar guita está ahora muy negado.

—Eso se arregla fácil.

—No me digas.

Me quedé bobo, porque el tío tiene un sistema que no hay cabina telefónica que aguante.

—Ven.

Yo las pasé canutas, la verdad, cogiendo el auricular y fingiendo que estaba hablando detrás de los cristales. Él, con un golpecito hacia arriba en el soporte, hace que la tapa frontal del aparato quede libre y se abra sin ningún estropicio. Luego inclina para dentro el tubito por donde bajan las pesetas al depósito inferior y coloca un papel bajo la ranura por donde se introducen para hablar; cierra de un golpe suave y a hacer tiempo. Vuelve al cabo de unas horas y recoge la cosecha que pasa sin gasto alguno a su bolsillo. Y lo curioso es que el tío tiene

tal entrenamiento, que hace la operación en cosa de seis segundos.

—Quiero bajarlo a cinco, ¿sabes?

—¿Cinco segundos?

—Sí, se puede, y en menos también.

Creo que a veces prepara un recorrido por la mañana y pasa por la tarde a hacer la recaudación. Es un cara, desde luego, pero él lo explica.

—Total ¿a quién le importan tres pesetas?

También dice que él es un accionista, y es verdad. A su modo él compra telefónicas y se inserta en la línea del consumo que ahora priva.

—¿Sabes, macho? Lo tuyo es la Bolsa.

—La bolsa y la vida, las dos cosas. ¿Por qué esa absurda disyuntiva?

No quiero pensar en ellos y procuro no hacerlo, aunque no siempre es fácil. Horacio, después de todo... bueno, nunca seré lo bastante cínico como para despreocuparme de él, porque siempre se portó conmigo como los propios ángeles; pero, ¿cómo me iba a poner delante suya? Tesa es distinto. Que se vaya acostumbrando. No me va a dominar. Sí, puede que sea injusto con ella; pero me da la gana. Con las mujeres tenemos que ser duros; de lo contrario acabamos ciñendo el delantal y fregando la vajilla. En cuanto a Ana María prefiero no hablar ahora, todavía estoy confuso, pero no quiero verla nunca más, lo juro.

Aquello parecía más que nada un consejo de familia. Se hallaban los tres presentes, Ana, Tesa y Horacio. La pequeña dormía en su cesto ajena a todo.

—Hay que hacer algo.

Horacio estaba al tanto. Naturalmente se lo había contado Ana la misma noche en que ocurrió. Contra lo que ella temía no se había mostrado sorprendido.

—Todos hemos pasado por ahí —fue su sereno comentario.

—Pero éste me preocupa...

—Porque lo tienes más cerca.

—Y porque es muy vehemente.

—Sí, pero yo confío en él.

—No te ciegues, Horacio.

—Ya ves que no.

—¿Hubieras reaccionado igual si es otro en vez de Chaume?

—Los celos no me van, Ana; además es un niño.

—Perdona.

Ahora, los tres juntos, no podían tener otro tema de conversación.

—Yo se lo he dicho a Diego, y para que Diego no lo encuentre...

—¿Le ha buscado?

—¡Cómo te lo diría!

—Madrid es grande —comentó Horacio— y él habrá cambiado de circuito.

—Tengo una idea —terció Ana—. ¿Por qué no vas a su casa?

—Bien pensado —replicó él—, pero quizá convenga dejarle un mayor margen de tiempo. Ciertas cosas necesitan cocerse.

—Y él necesita ayuda.

—Por supuesto, pero ¿en qué forma?, porque ahí está la cuestión. A veces no conviene atosigar a los muchachos.

Tesa miró a Horacio casi con súplica en los ojos.

—Si tú hablaras con él…

—Tendré que hacerlo; pero cuando él lo acepte, no antes. Acertar con el momento es la primera baza, y, muchas veces, la baza decisiva.

—Lo primero es localizarle —dijo Ana.

—Lo primero es darle tiempo —corrigió Horacio.

—¿Y quién te dice que no tuvo ya bastante?

—Muy pronto lo sabremos.

—¿Cómo?

—Él moverá la próxima pieza y, aunque sea indirectamente, se acercará a mí.

—No estés tan seguro.

—Lo estoy. Conozco a Chaume.

—Dios te oiga —suspiró Tesa.

Horacio la miró con mucho cariño.

—Esto lo arreglo yo, Tesa, te lo prometo.

—¿Y yo? —preguntó Ana.

—Tú de momento formas parte de su trauma. Estás inutilizada.

—Puede que tengas razón.

—La tengo, no lo dudes.

Tesa les miraba alternativamente siempre que hablaban entre ellos, pero ahora terció para decir:

—Y yo ¿qué hago?

—Tú esperar, niña; pero tú eres la pieza más importante de todo el aparato. Y vas a tener que funcionar muy bien cuando llegue el momento.

—Estoy dispuesta.

Ana María le hizo una caricia.

—Le quieres mucho, ¿verdad?

—Verdad.

—¿A pesar de todo?

—Y también por todo.

Horacio se levantó para dar unos pasos por el cuarto.

—Esto no es el latín ni la filosofía; pero también aquí hay que

ayudaros y en forma más vital para vosotros... Uno quisiera acertar siempre... No puedo fallar con Chaume...

—Ni yo contigo, Tesa.

—¿Y la moto?

Lo sospeché desde el primer momento. Mi padre no iba a dejar escapar una oportunidad así.

—¿Todavía tienes cara de preguntarme por la moto?

—Es importante para mí.

Aún llevo encima los esparadrapos; pero no me pasó nada en realidad. Lo malo fue Manolo.

—La moto es importante, pero tus padres no. Mira, mira a tu madre. Lleva tres días llorando, pero al señorito eso no le preocupa, claro.

Los llantos de mi madre no se pueden homologar con los de una persona corriente. Quiero decir que mi madre tiene tal inclinación a eso, que se podría decir muy bien que llorar es lo suyo. Estoy muy acostumbrado a que me chantajeen con el llanto de mi madre. No obstante hago un esfuerzo y voy a la butaca.

—Mamá, estoy aquí, no llores más...

Sé que si insisto sólo va a valer para que se dupliquen sus lágrimas; pero he hecho el gesto.

—¡Me matarás! ¡Acabarás conmigo!

Estoy sentado en el brazo del sillón y la acaricio, pero le digo a mi padre:(

—No me has contestado a lo de la moto.

Es como si explotara.

—¿Quieres saberlo? ¡La he vendido! ¡No hay más motos!

Salto como si me hubiera sacudido una descarga eléctrica.

—¿Qué estás diciendo? ¿Que la has vendido? ¡La moto es mía! —grito.

—¿Tuya? ¿Quién la pagó?

Podría matar a alguien en un momento así; pero no replico. Paso junto a él como un tren expreso, supongo que resoplando y todo, y me encierro en la habitación echando el pestillo de un golpe que casi me lo cargo. ¡No los aguanto! Y es que no me comprenden ni tanto así, ni hay posibilidad de que lo hagan si espero más tiempo. Cada vez es mayor el abismo entre ellos y yo. Los lloriqueos de mi madre me ponen frenético y las frases lapidarias de mi padre se me quedan aquí, no las digiero. Y fue todo mala suerte, la misma suerte perra que me persigue a mí desde hace un mes, ¡será posible! Yo conducía, Manolo iba detrás. Fue por Alberto Aguileta, cerca de San Bernardo, y no me enteré de nada, o sea que nos dieron, podría jurarlo; pero como quedamos los dos conmocionados, que yo no volví en mí hasta estar en la clínica, habrán dicho lo que les haya salido de los mismísimos;

siempre pasa igual. Yo no hice nada, iba derecho por mi mano y no la llevaba *a* toda, como tantas otras veces. Luego pasa que del golpe ni te enteras, ya digo. No sé ni por qué lado nos salió. Pero a mí, nada, un golpe en la cabeza que ni siquiera sangró y leves arañazos. Lo malo fue Manolo, porque dicen que tiene la cara como un Cristo, ¡pobre chaval! Yo no he podido verlo, pues lo metieron en la sala de recuperación, o algo así, y está al parecer, en una tienda de oxígeno, y, lo que digo, a pesar de lo de las cabinas, es un tío estupendo, que ahora lo he conocido bien. Mala suerte, repito. Eso pasa a cualquiera, a mí que no me digan. Pero mi padre no lo comprenderá, me juego ésta. Si ya digo que últimamente todo me sale mal. Tengo el cenizo. Sólo me falta el cáncer; pero ya llegará. ¡Jodida vida! ¡Y me venden la moto, hay que fastidiarse! No. así no vamos a llegar muy lejos ellos y yo, me refiero a mis padres. Por eso no paso, y ahora ya no es como otros años, que pensaba y pensaba mis venganzas, pero nunca las llevaba a cabo; porque ahora, si yo digo que me mato, pues me mato, y sólo es un ejemplo. Todo es un asco y a mí que no me vengan con sermones.

XIII

—HORACIO.

Ana María reclamó a su marido desde la puerta de la calle.

—¿Qué ocurre?

—Este señor es policía.

El hombre mostró su documentación.

—¿Quiere pasar?

—Gracias.

Ana depositó a la niña en su cesto y Horacio preguntó:

—¿Qué se le ofrece?

El hombre miró en torno con una especie de curiosidad profesional.

—Usted conoce a un chico llamado Jaime Mateu, ¿verdad?

—Sí, es alumno mío.

—¿Qué sabe de él?

Horacio pensó que debía ser precavido.

—¿Ha hecho algo?

—Se ha escapado de casa.

Se le quitó un peso de encima.

—¡Vaya!

—¿No lo sabía usted?

En el tono con que fue hecha la pregunta se dejaba entrever cierta intención.

—¿Por qué había de saberlo?

—Ha dicho que el muchacho en cuestión es alumno suyo.

—En efecto.

—¿Sólo alumno?

A Horacio le estaba empezando a molestar tanta reticencia.

—¿Qué quiere usted decir?

—Según parece venía por aquí todos los días.

—Cierto.

—¿Es que lo hacen todos sus alumnos?

—Unos más y otros menos.

—Pero éste más que todos.

Horacio se plantó.

—Oiga, si está insinuando algo hable más claro, haga el favor.

El hombre no se inmutó.

—Me extraña, simplemente, que usted no sepa nada de esta fuga.

—Pues no lo sé. Hace casi diez días que no le veo ni en las clases.

—¿Sabe el motivo?

Se lo pensó antes de responder.

—'Bueno... son crisis de la edad. Pasaba un mal momento, nada especial... Habrá chocado con su padre.

—Sí, claro, ¿lo defiende usted?

—No puedo juzgar sin conocimiento de causa.

—Está bien. Tome esta tarjeta. Si viene por aquí, avísenos.

Tomó la tarjeta que se le ofrecía, pero no pudo menos de decir:

—No creo que este asunto tenga nada que ver con la policía.

El hombre le miró a los ojos.

—Eso déjenoslo a nosotros.

—Está bien, está bien.

Cuando quedaron solos, Ana, que no había abierto la boca, comentó:

—¡Pobre Chaume! ¡Nos necesita, hay que buscarle aunque sea bajo tierra!

—Me ha atufado el tipo éste —dijo Horacio.

—Olvídalo. Su oficio es antipático. Lo que importa es Chaume.

—Me pregunto si no pensará que le hemos abandonado. Quizá hubiera sido mejor ir por su casa.

—Te lo dije.

—Pero yo no. quería atosigarle...

—Pues ya ves.

—Riñó con su padre, estoy seguro.

—Llámale...

—¿Al padre?

—Sí, claro.

—Iré a verle, mejor.

—Sea lo que sea hay que hacer algo...

Horacio se quedó pensativo; luego dijo:

—Estoy seguro.

—¿De qué?

—Me buscará, antes o después; me buscará a mí.

—¿Tú crees? No te hagas ilusiones.

—No son ilusiones. Le conozco.

—No obstante hay que buscarle.

—Por supuesto.

—Pupas...

—¿Qué?

—Te lo agradezco mucho.

—Duerme y no digas estupideces.

No me viene el sueño y deben de ser los nervios. Estoy desecho. Busqué a éste porque la tercera noche era ya demasiado. En las pensiones te piden el carnet y seguro que la poli anda ya detrás mía. Ayer, casi ya de madrugada, dormí un poco en una obra. Anteayer lo

hice en el Metro que, por lo menos, está caliente; pero no aguanto eso de andar escondiéndome como si fuera una rata de alcantarilla. Eso sí, a casa no vuelvo, aunque me tenga que morir de hambre. Llamé a éste por teléfono después de pensarlo bien. Lo natural hubiera sido acudir a Diego, pero está Tesa por medio y no, no es el momento. Éste reaccionó de maravilla en cuanto le puse en situación. Lo había citado en Atocha, junto a «Libra», y llegó más puntual que los toreros. El Pupas no me falla, había pensado yo, y acerté.

—Bueno, macho, yo hago lo que me digas.

—¿Pero no habrá complicaciones?

—En mi cuarto no entra nadie y están acostumbrados a que cierre por dentro.

A pesar de la situación no pude menos de embromarle.

—Claro, ya te entiendo.

Me miró con esa malicia suya inocente.

—¡Pero qué chungo eres!

—Bueno, en serio.

—Mira, esta noche no está mi padre. Yo bajo a abrirte a las doce y media...

No tengo un maldito duro en el bolsillo. Vivir en la calle es lo más caro que hay. No se puede estar el día entero sin gastar y no quiero moverme por donde me pueda tropezar con los de siempre, no me fío. Se lo remacho a éste.

—Oye, Pupas, recuerda lo que has prometido. ¡Ni palabra!

—¿Con quién me confundes? Si te digo que me callo es que me callo.

—Vale.

Estas dos noches hice tiempo en el «Drugstore». A esas horas rio había estado nunca allí. No me gustó, me refiero a la gente. Después de las tres aquello se pone de un modo muy especial. Me lo habían dicho y yo no me lo creía. Te das cuenta, y no creo que sean suspicacias de mi parte. Cuando quiso invitarme un tipo, ¿qué tenía que pensar? —«¿Tomas una copa?», «No, gracias»—. Es que me quedé de hielo. Se necesita tener cara. Aunque, claro, había chavales por allí que es muy posible que el tío se confundiera conmigo; pero yo con eso no bromeo. Luego se presenta la patrulla. Menos mal que me di cuenta, porque yo ando con todas las antenas desplegadas desde hace unos días. Total, que ellos entraban por una puerta y yo me escabullía por la otra. Otros dos como yo corrían conmigo y, al llegar a los bulevares, va uno y me pregunta:

—Oye, macho, ¿también a ti te va el rollo?

—¿Qué dices?

No le partí la boca porque el otro le dijo:

—Que te confundes, Toni.

Luego me dio pena. Hay que verlo para creerlo. En aquel momento pasaba junto a la acera un señor de pelo blanco en un deslumbrante Alfa-Romeo, matrícula CD, y el dicho Toni le dijo a su compadre.

—¡Vamos, tronco! ¡Mira qué carrozón!

Y echaron a correr. Eso fue la primera vez. La segunda, siendo diametralmente distinto, tuvo lo suyo también. ¡No me detiene una tía y me quería llevar con ella! —«¡Majo, que no te cobro nada!», y yo igual: «¡No, gracias!»—. Oye, el asco que me dio la fulana. Me viene todo el tiempo el recuerdo de Tesa y me pongo de un humor de mil diablos. No quiero pensar en ella; no puedo, por ahora. Ella es muy buena y no tiene la culpa de nada; pero por eso mismo. Estoy tan confuso en todo ello que quiero tenerla aparte. De todos modos queda claro que el mundo está podrido y yo me alegro de conocer la vida tal como es, porque la gente, unos lo disimulan y otros viven en babia, que no sé lo que es peor. No quise decirle al Pupas que tenía hambre; pero él lo adivinó. Ya sabía yo que era muy buen chaval; ahora tengo que decir que es extraordinario.

—Toma, come esto.

Me trajo fruta y galletas.

—Si ya te dije...

—Come y calla.

Y yo le obedecí. Y luego, mientras tenía la boca llena, me fue soltando rollo.

—No soy quién para darte consejos; pero, salvo que tu padre te deje por imposible, te echan el guante, ¿sabes? Eso está comprobado, es sólo cuestión de días. Yo te soluciono una noche o dos, las que yo pueda, y luego ¿qué? Tampoco es vida andar por ahí escondido. En estos casos hay que llegar a un *statu quo*, como diría Horacio, un *modus vivendi*, de acuerdo, aunque sólo sea implícito, con tus padres...

Le oía enrollarse y no dejaba de asombrarme por culpa de esa rutina de considerar que el Pupas sólo sabía hablar de sexo y de mujeres. ¡Y hasta hablaba en latín!

—Mira, Pupas, sé que tienes razón, pero es que ahora no quiero atender a razones, ¿comprendes?

—Lo estás pasando muy mal, ¿vale la pena?

—De momento, al menos, sí.

—¿Por qué?

—Porque les estoy dando en las narices.

—¿A tus padres?

—¿A quién si no?

—Eso es verdad.

Me gusta que sea objetivo y se lo agradezco. Ahora sé que no acaba de dormirse, le pasa lo que a mí, pero en su caso es por puro

altruismo.

—¿No te duermes? —le pregunto.

—Me preocupas.

—Gracias, hombre.

—No, en serio.

No sé si me gusta que me compadezcan. Siempre pensé que no; pero ahora resulta que siento cierta dicha al ver que significo tanto para el Pupas. Una vez Tesa me dijo:

—Eres muy mimoso tú.

—¿Por qué lo dices?

Estábamos sentados en la hierba y yo tenía mi cabeza sobre su falda de modo que me podía acariciar el pelo, que entonces lo tenía bastante más largo que ahora.

—Está a la vista.

—¿Sí?

—Te encanta que yo te arrulle.

—¿Y qué tiene que ver eso con los mimos?

Porque era cierto, me hacía feliz alisándome la melena y dejando resbalar las yemas de sus dedos por mis mejillas y por el borde de mis labios. Pero eso era debido a ser precisamente ella quien lo hacía, nada más.

Yo al Pupas se lo digo de verdad.

—Te estoy agradecido, Pupas.

—Si apenas he hecho nada.

—Lo que puedes, todo lo que puedes, eso es lo que estás haciendo.

—Y es natural, ¿no?

—Bueno, que me lo demuestren.

Cuando uno se va de casa no hay que pensar en el mañana, sino en vivir al día. De otro modo te amargas antes de la cuenta. Aquí sí que cabe lo que nos decía el cura de religión: «bástale a cada día su malicia». Nunca me había parado a pensar las verdades como templos que nos dice la Biblia. Y, a pesar de que hago lo posible porque mi pensadero no funcione, tengo una cosa aquí que no me deja dormir; lo siento por el Pupas.

—Duerme, anda.

—¡Si ya lo intento!

Sabía que vendrías, Chaume, en el fondo siempre estuve seguro de ello. Te presentaste con cara de derrota y eso me dolió más. No me gusta verte así y no es humillándote como conseguiremos tu recuperación.

—¿Está Ana María? —preguntaste desde la puerta, sin entrar.

—Está, pero es mejor así.

Algo debiste de ver en mi cara para preguntarme como si fueras un niño chico.

—¿Lo sabes?

—Claro, hombre.

Era innecesario decir qué.

—¿Y no me vas a romper la cara?

—¡No digas tonterías!

Te cedí el paso y entraste sin más. Ana María estuvo magistral.

—¡Chaume!

Abrió los brazos y yo te empujé a ellos. Entonces lloraste, pobre Chaume.

—Te esperábamos, chico.

—¿A mí?

—Naturalmente, te has fugado de casa y tenías que venir aquí antes o después.

—Perdonad estas lágrimas —dijiste con rabia.

—No hay nada que perdonar —terció Ana—. Llorar un poco es la mejor medicina muchas veces.

—Si no lloro por nada en especial...

Te interrumpí.

—Aquí puedes llorar, y reír y gritar... sin que tengas que dar explicaciones. Lo importante es que has vuelto.

—Pero no a casa.

—No discutamos eso ahora.

Había que dar tiempo al tiempo. Sé algo de esto, Chaume, te lo aseguro. Una bandera no se arría así como así si es de combate.

—Cenas con nosotros —dijo Ana.

—¿Puedo quedarme a dormir?

—Por supuesto, hombre.

Necesitamos tiempo para solucionarte esto. Es una buena idea que te quedes a dormir, porque mañana, Cuando estés descansando, verás mejor las cosas. Comiste vorazmente lo que Ana te puso en el plato y ahora te veo sumido en un sueño profundo, el primero, sin duda, desde que te fuiste de casa de tus padres. Cuando te duermes, Chaume, no sé qué pasa, pero es como si desapareciera la sombra de madurez que va perfilando tu cara y volvieras a ser el niño de hace poco.

—No le despiertes.

—Mujer, ni con un cañonazo.

—Sí, eso es sueño atrasado.

—Y fatiga de tanta tensión nerviosa.

Suena el timbre.

—¿Quién será ahora?

Tengo un presentimiento y voy a abrir.

—¿Entregarán esta vez al muchacho?

Es el policía de la otra vez y viene acompañado por los grises. Me ofende el tono que emplea, o si no el tono, que es correcto, sí la intención que deja traslucir. Y además, ¿cómo saben que estás aquí?

—Sobra eso de «esta vez».

—¿Quién me dice que no le tenían escondido ya cuando vine a preguntar?

—Se lo digo yo.

—Sí, claro.

—El chico ha llegado aquí esta noche, a la hora de cenar.

—Y usted me llamó enseguida, ¿no es cierto?

—Yo soy un educador y usted un policía. Tenemos métodos distintos, naturalmente.

—Educador o no, me va a entregar al muchacho ahora mismo.

—No se lo entrego yo, lo toma usted, ¿estamos?

—Como quiera.

Ana ha debido de despertarte mientras tanto, porque aparece ahora diciendo:

—El chico se está vistiendo, enseguida sale.

Ya ves, Chaume, sé que este hombre cumple un deber, pero no he querido ser amable con él por una razón muy sencilla. Desde el primer momento se ha permitido reticencias impertinentes. Por eso lo tengo en el descansillo de la escalera. No quería que fueran así las cosas. Pensaba llevarte con tus padres sin más intermediarios, pero no me ha dado tiempo.

Cuando sales llevas ya una cara de mil diablos.

—Vamos, Chaume, no va a ser nada...

Me miras de un modo extraño. No irás a creer... No puedes creerlo.

—Mira, Tesa, ten calma. Todo se va a arreglar.

Sufro contigo y tú lo sabes. Quiero a Chaume de un modo diferente a como le quieres tú, pero le quiero, al fin y al cabo.

—Pero, ¿cómo lo hizo?, ¿cómo pudo hacerlo?

—Muy sencillo. Echó a correr. Se les escapó de entre las manos. No lo esperaban, ¿comprendes?, y se aprovechó de la sorpresa.

—¿Y cómo os enterasteis?

—Enseguida llamaron a Horacio. Pero eso no es lo peor.

—¿No?

—Horacio tiene la impresión de que Chaume se ha creído que nosotros avisamos a la policía...

—¡Imposible!

—Ya se lo digo yo, pero él está convencido y eso le atormenta.

—No puede creer eso conociéndoos como os conoce.

Tu lógica es la mía, niña, sólo que no podemos olvidar que

Chaume, con todo esto, tiene que estar como traumatizado y, por otra parte está el hecho difícil de explicar que a las tres horas de llegar él a casa se presentaron a por él ¿comprendes?

—Horacio dice que al salir le miró como si fuera un enemigo. Esa mirada le ha dolido tanto como le ha impresionado.

—Yo no vivo hasta que le encuentren. Es capaz de hacer una barbaridad...

—No, tampoco es eso, mujer. Chaume está lleno de vida, no se hundirá del todo. Y, además, te quiere a ti.

—Pues no lo demuestra.

Sufro también por ti, pequeña, que no te mereces todo esto.

—No tiene que demostrarlo, Tesa. No le pidas nunca al amor demostraciones ni razonamientos.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Te miro a los ojos lo más profundamente posible.

—Como lo sabes tú.

Haces una pausa. Supongo que estás pensando y, al fin, dices:

—Es verdad.

—Horacio y Diego llevan dos días buscándole.

—Sí, ya lo sé. Van por ahí como locos con la moto de Diego.

—Madrid no es tan grande como parece.

—Y Diego sabe todos los sitios.

—¿Entonces?

—¿Y si se ha ido de Madrid?

—¿Sin dinero? ¿Adónde?

No, Tesa, las dos sabemos que no. Nos lo da el corazón.

—Tiene muchos amigos.

—Esa puede ser la clave.

—A Chaume le quiere todo el mundo.

—Parece mentira, pero es así. Encandila a la gente sin darse cuenta.

Tú sabes esto igual que yo y lo hemos comentado más de una vez. Piensa, si no, en las compañeras del instituto.

—Ana, si no aparece hoy, yo me lanzo a buscarlo por mi cuenta.

—Serías capaz, no me cabe la menor duda; pero lo que no logren Horacio y Diego...

—Diego me dijo que ya estaba hasta las narices del «niñato ese»...

—Sí, pero lleva dos días sin separarse de Horacio, corriendo por ahí.

—Ya lo sé. Conozco a Diego y Chaume es su mejor amigo.

—Verás cómo lo encuentran.

—Sí, es mejor que lo hagan ellos y no la policía.

—¿Dónde te esconderías tú?

—La calle es el sitio más seguro...

El encuentro fue casual, pero tan trabajado, que se diría un premio a la constancia. Horacio y Diego llevaban cientos de kilómetros recorriendo locales, preguntando o sencillamente yendo de ojeo por las calles. Estaban con el pie en el suelo ante un semáforo de la Plaza del Callao cuando Horacio, con atisbo de desánimo—dijo:

—¿Y ahora, a dónde vamos?

Diego, como tantas veces, dejó traslucir que discurría. Antes de que cambiara el disco, sin embargo, ya tenía una respuesta.

—Conozco unos billares por la parte de Estrecho...

—¿Pero todavía hay billares en Madrid que no hayamos pisado dos docenas de veces?

—¡Huy, no veas!

Sorteando el tráfico y con la prisa de siempre, Diego llevó la moto hasta la puerta del establecimiento, donde, a aquella hora de la tarde, se aglomeraban los jóvenes en torno a las diversas máquinas y juegos. Y fue Diego, también, el primero en ver a Chaume.

—¡Mira, allí! —dijo dando un codazo al profesor.

Horacio, sin la menor indecisión, se abrió paso hasta el chico que no los había visto por hallarse de espaldas. —Chaume.

Cuando éste se volvió pudieron ver en su rostro, junto a las ojeras y lo demacrado de los rasgos, una mirada huidiza, enemiga, casi, y, desde luego, completamente a la defensiva. Como no dijera nada Horacio insistió.

—¡Por fin te encontramos!

—Pues yo me voy.

Hizo ademán de rodearles para salir, pero el profesor le retuvo por el brazo.

—¡Espera! Tú no te vas a ninguna parte. ¿No te das cuenta de que llevamos cuarenta y ocho horas buscándote éste y yo?

—¿Y para qué me buscabais?, ¿para llevarme a la policía?

Diego se adelantó.

—¡Chaume, no seas pijo!

Pero él replicó airadamente.

—¡Ya me denunció una vez y fue bastante!

—¿Que yo te denuncié?

Diego quería quitar hierro a todo aquello.

—Macho, no hables sin saber —dijo en *el* tono más suave que encontró.

—Escucha... —quiso empezar el profesor.

Pero él estaba ciego.

—Fui a tu casa y avisaste a la policía. No estoy seguro de que no los tengas ahí fuera esperando.

Y aquí ocurrió. Ni se le había pasado a Horacio por la imaginación, pero fue una de esas reacciones primarias que le llevan *a*

uno a actuar en forma previa a cualquier razonamiento. La bofetada resultó contundente, seca y nada simbólica. Chaume se llevó la mano al rostro mientras sus ojos expresaban, más que ninguna otra cosa, una profunda sorpresa. Horacio sacudió ambas manos en el aire, como si tuviera que desprenderse de algo y exclamó:

—Perdona.

Diego, oportunamente, tomando a ambos del brazo—dijo sólo:

—Vámonos.

XIV

REALMENTE, y para mí solo, tengo que reconocer que estaba harto de la fuga; quería una salida, algo que me permitiera volver con dignidad. Pasar hambre no es mi oficio y ocurre enseguida que, una de dos, o te entregas a ciertas concesiones repugnantes por uno u otro capítulo, o no comes, y esto, a la semana, te tiene harto. He dado un cambiazo que no veas, porque yo ahora necesito pagarla con alguien y me doy cuenta de que escojo para ello a los seres que más quiero; pero no puedo remediarlo. En el fondo yo nunca dudé de Horacio ¿cómo podía ser de otra manera? Sin embargo estuve convencido, al menos en la práctica y para seguir alimentando mi rencor, de que me había denunciado a la bofia cuando me refugié en su casa. Con Tesa pasa igual. Es como gozarme en saber que está sufriendo por mí. ¿Es que soy sádico? A lo mejor, vete a saber. Ocurre que al darme cuenta de lo innoble que soy, de lo bestia, de lo injusto, no sé, me cabreo interiormente y tengo necesidad de ofender más y mejor como para acabar de darles la razón. ¿Y con quién voy a pagarla? Con los únicos capaces de aguantarme. Horacio subió primero a hablar con mi padre y tuvo un detalle que me sujetó mucho más que si me atara con cadenas.

—Tú me esperas aquí. Te quedas solo; puedes jugármela si quieres. Me tiraría una plancha con tu padre. A pesar de los pesares ya ves que confío en ti igual que siempre.

No me fui. Lo que habló en casa no lo sé, pero cuando volvió y me hizo subir con él, las cosas fueron fáciles, contra todo lo que cabía esperar. No digo nada de los besos y abrazos de mi madre. Mi padre no me besó ni me abrazó, pero tampoco dijo ninguna impertinencia de las suyas.

—Estás muy raro, Chaume.

Me dice esto al salir de clase, que hemos venido paseando juntos a petición suya.

—Ya lo sé.

Es un momento bueno, porque ahora, ni yo mismo sé por qué, me siento menos agresivo. Quizá sea este suave sol de primavera, este ambiente fresquito y tibio al mismo tiempo, vete a saber...

—Te has ahogado en un vaso de agua.

—¿Tú crees?

Me gusta que me hable de mis problemas. Es decir, tratándose de él, porque si fuera otro me parece que ya le había mandado a ese sitio y con billete de gran velocidad.

—Sí... No sé bien si se trata de que tienes reacciones de hombre,

en un cuerpo de niño, o que tienes cuerpo de hombre con una mentalidad de niño.

—Gracias —le digo sin saber bien si debo ofenderme o no por lo que acabo de escuchar.

—En todo caso, te diré que lo encuentro muy normal. Hay muchas cosas en la vida que no llegan a su plenitud si no es mediante una previa y desmedida ebullición. Tú eres una de ellas, simplemente.

—Quieres decir que estoy loco, ¿no es así?

Horacio siempre es capaz de sorprenderme.

—Exacto... Pero con una locura normal y transitoria. La locura de los adolescentes.

—Vaya, tenía que salir.

—Sé que os contraría que se eche mano a la edad para explicar muchas de vuestras reacciones. Pero es precisamente lo bueno, sí son cosas de la edad, son pasajeras, ¿comprendes?

—Soy odioso.

No me importa reconocerlo delante de él.

—Para quien no te comprenda en estos momentos, puede ser.

—¿Y me comprendes tú?

En casos así ya sabía que tiene la paciencia de Job; pero no deja de sorprenderme que aguante mi mala leche, de la que soy consciente por completo.

—¿Tú qué crees?

No sé qué responderle, porque la verdad es que sé que sí, que me comprende como nadie. Como me callo él sigue hablando.

—Comprender a los jóvenes no es fácil; pero tampoco es tan difícil como ellos mismos se empeñan en pretender y los mayores en demostrar. Basta salir de uno, despojarse de toda la esclerosis que la edad imprime a las ideas, dejar a un lado los prejuicios, ser capaz de repensar todo lo que la rutina da por bueno sin que nadie pida cuentas... En fin, comprenderte a ti... —me mira y se sonríe tibiamente —, si yo te encuentro transparente...

—Pues díselo a mi padre.

—Comprenden mejor los maestros que los padres; es curioso, pero es cierto. Para un chico es más fácil ser amigo de su profesor que de su padre. Y es que los padres personalizan demasiado. Es casi inevitable. Los fallos de sus hijos les ofenden, se lo toman a pecho, quizá sufre su orgullo. De ahí que tantas veces su reacción sea apasionada y que comprendan al hijo del vecino mejor que al suyo propio. Lo que toleran en aquél, les pone frenéticos en éste, ¿te das cuenta?

—¿Y eso, por qué?

—Cuestión de sangre, digo yo.

—No lo entiendo.

—Sí, es muy difícil juzgar a quien, sin ser uno mismo, es parte de

uno mismo; a quien parece estar ahí como un segundo intento para que se haga realidad lo que falló al primer envite. Los padres proyectan sobre las vidas de sus hijos y cuando, como es lógico, la libre voluntad de sus retoños introduce variaciones, esto les sienta peor que una coz en el estómago.

Sé que tiene razón, pero no muestro entusiasmo.

—Entonces la culpa es suya.

—Sí y no. La culpa, si hay que hablar de culpa, es de la naturaleza. Quiero decir que es de todos, también de los hijos cuando, a su turno, se hacen padres.

—Ya.

Caminamos en silencio y no seré yo quien hable; pero él dice de pronto:

—¿Vamos a casa?

—¿A la tuya?

—Claro, tienes que ver a Tesa.

—No me apetece ahora.

—¿Por qué hacerle esto? Te está esperando.

—Lo sé.

—¿Entonces?

—Sencillamente no tengo ganas.

Me mira despacio.

—¿No será que no te atreves?

—¿Yo?

Dudo si lo hace para pincharme, no soy tan ingenuo.

—Sí, es muy posible, porque estás en deuda con ella de muchos modos.

—Pues si crees que le tengo miedo, te equivocas.

Tesa es la última persona de la que yo temería algo. Que nadie me pida que lo explique. Tesa es mía, sólo mía y siempre lo será... ¿O no lo es?

Yo estaba muy nerviosa, supongo que se comprende, porque, la verdad, no era para menos.

—¿Crees que vendrá?

—Si Horacio se lo propone, seguro que lo trae, así que yo los espero.

—¿Querrá verme?

—¿Y por qué no? Tú eres la que estás más limpia en todo esto, mujer, no te preocupes. Él te quiere, te lo digo yo.

—Hay cariños que matan, entonces.

Son cosas que se dicen por decir, porque yo no lo dudo, y si hay alguien en el mundo de quien no tengo nada que temer, es él, Chaume, estoy segura.

—Me parece que sube alguien.

—¿Serán ellos?

—¿Quién si no?

A mí el corazón se me lanzaba por momentos y era inútil cuanto hacía por dominarlo. Sonó el timbre.

—Abre tú, por favor.

—No te preocupes.

Me hizo una caricia al pasar hacia la puerta.

—Aquí estamos —dijo Horacio entrando con Chaume, a quien llevaba con el brazo por encima del hombro.

Me levanté. Sentía unas ganas enormes de llorar; pero no quería hacerlo a ningún precio.

—Hola —saludó él con una voz como sin tono.

—Anda, sentaos por aquí...

Me di bien cuenta de que Ana se esforzaba por hacerlo todo natural, lo mismo que Horacio.

—Otra vez los cuatro juntos... Como siempre.

—Como siempre, no.

Chaume estaba en medio del cuarto y no se había sentado aún. Yo me adelanté y le tendí la mano.

—Hola, Chaume.

Me la estrechó, pero no me miró a los ojos.

—Venga, sentaos, sentaos —insistió Ana María.

Lo hicimos todos y Horacio preguntó a Chaume.

—¿Por qué dices que como siempre no?

—Porque no conduce a nada andar ahora con almíbar. Os he ofendido a todos y no sé si lo siento.

No sé por qué lo dije. No podía o no quería verle así.

—A mí no me has ofendido.

—A ti más que a nadie, pero, ya ves, me deja frío.

Era un Chaume desconocido el que estaba hablando. ¿Qué necesidad tenía de herirme más aún? Sin embargo estaba claro que necesitaba ayuda, por eso, antes de que nadie tomara la palabra, me apresuré a decir:

—En el terreno. que me necesites, allí me encontrarás.

—¿Sí?

Lo dijo de una manera indefinible, no creo que irónica, ni mucho menos despectiva; pero que podía tener algo de ambas cosas.

—Es evidente que necesitas desahogarte —terció Horacio—. Con nadie mejor que con nosotros vas a poder hacerlo.

—Bueno, me voy ahora —se levantó—, no quiero palmaditas en el hombro. Los consejos me aburren.

Ana María se levantó también. Parecía afectada de algún modo.

—Pero ¿cómo te vas a ir así?

—Déjale.

Horacio dominaba la situación. Yo no sabía qué pensar.

—Adiós.

Salió sin más y nos quedamos en silencio largo rato, Ana cosiendo, Horacio tirando de la pipa y yo sin saber qué hacer. Ahora ha ido bajando la tensión que Chaume dejó tras sí. Hemos hablado despacio sobre el particular y yo estoy más tranquila, aunque dolida por dentro, no lo voy a negar.

—¿Entiendes tú su reacción?

Es Ana la que habla y se lo pregunta a Horacio.

—En lo que cabe. Es de sí mismo de quien está descontento. No de nosotros, ni siquiera de sus padres.

—¿Y la paga con nosotros?

—Sí, es muy humano eso. La paga con aquellos que más quiere —me mira afectuosamente—, con ésta de manera especial.

—Pero no es justo.

—Por supuesto. Sin embargo es comprensible. Por el momento no quiere compasión, ¿no os dais cuenta? Hiere para crisparnos y sentirse así justificado en su actitud. Lo hace sin darse plena cuenta, estoy seguro. Pero, en el fondo, es eso.

—¿Y qué debo hacer yo?

El cariño de Horacio por mí es evidente.

—Le quieres, ¿no?

—Mucho.

No me importa reconocerlo.

—Pues entonces, niña, nadie tiene que decirte lo que debes hacer.

Tiene razón. Yo creo en Chaume; pero necesito que me lo confirmen, porque a veces se me ocurre pensar si seré tonta.

—Tesa —dice Ana—, tú eres quien mejor puede sacar a Chaume del atasco en que está.

—¿Lo crees así?

—También lo crees tú.

Me enorgullece pensarlo y es verdad que lo creo.

—Haré cuanto esté en mi mano.

Había pasado poco más de una semana y cualquiera diría que todo había vuelto a la normalidad. Chaume asistía a las clases, esperaba a Tesa a la salida, caminaba con ella por las calles, iban juntos a casa de los profesores; pero ella sabía que no era tan sencillo. ¿Por qué. si no, esa manía de Chaume de mostrarse pegajoso con ella en cuanto aparecía Ana en escena? No es que hiciera cosas de mal gusto, que se pasara, propiamente; pero había algo artificial en su actitud, ya que sólo manifestaba aquella particular fogosidad en presencia de la profesora. Por la calle, en cambio, si bien era cordial,

se abstenía incluso de tomarla de la mano. Ella se daba cuenta, pero no quería hacer preguntas que conllevaban el darse por enterada de la cuestión.

—Diego me ha dicho...

—¿Qué es de Diego? Ahora es él el que no va por clase.

—Bueno, se ha metido en no sé qué jaleo de recambios para motos, ya sabes, sus negocios.

—Podía darme participación.

—Tú tienes que recuperar lo que has perdido.

—¿Y él no?

—No sé cómo lo hace, pero al final aprueba siempre. Tesa iba con mucho tiento en todo lo de Chaume. Se había propuesto guardar una línea de discreción y de equilibrio, equidistante de la recriminación y del halago. Sabía que necesitaba de paciencia en cantidad superior a la normal; pero esa virtud no le era ajena en modo alguno, después de gobernar desde muy niña una familia de hombres solos.

—¿Qué tal en tu casa? —preguntó para llenar un silencio demasiado prolongado.

—Vivo.

—¿Te va mejor?

—*No me puede ir* mejor ni peor. Eso no tiene solución. Ellos me quieren; yo les quiero, supongo. ¿Y qué? El error está en la convivencia.

—Las personas que se quieren conviven a gusto. Yo con mi padre, por ejemplo...

—Te equivocas. Que tú convivas a gusto con tu padre no prueba más que eso, que tú y él os lleváis bien.

—Pero de muchos casos particulares se induce la regla general.

—¿Y qué sabes tú de muchos casos particulares?

—Hombre...

—Son razones económicas y condicionamientos sociales los que mantienen a los hijos en su casa, una vez salidos de la infancia. Si tuvieran solucionados el alojamiento y la comida por su cuenta, verías los que quedaban viviendo con papá y mamá.

—Exageras.

—Soy realista y digo las cosas, eso es todo.

A Tesa se le ocurrían argumentos que oponer; pero no quería exasperarlo. En momentos así se sentía más madre que otra cosa, pero se guardaba muy mucho de hacérselo notar.

—Son las ocho.

—Vamos a casa de Horacio.

—Bueno.

Lo de todos los días. Y allí se operaba el cambio. No es que a ella le molestara que él la hiciera objeto de aquellas manifestaciones; lo

que la dolía era el hecho evidente de que estaban destinadas a ser vistas por Ana. Sobre el sofá que solían ocupar juntos empezaba el cogerle la mano, el atraer su cabeza sobre el hombro, el perderse los dedos entre las hebras del cabello, el roce de los labios por la cara o el cuello… Horacio y Ana parecían no reparar, y lo hacían con tanta naturalidad, que se diría que era así en efecto: pero ella sabía que tomaban buena nota.

—Éste dice que convivir con los seres queridos es un error.

Tesa lo sacó con la sola intención de introducir un tema de conversación.

—Lo dije y lo sostengo.

Chaume hablaba sin por eso cejar en sus efusiones cariñosas.

—Bueno, eso según. Con la mujer que uno quiere se desea convivir.

Horacio hizo el comentario con su mesura habitual.

—Puede, pero yo no me refería a eso.

—Te referías a los padres, ¿no? —preguntó Ana.

—Por ejemplo.

—El ser humano —siguió Horacio— camina inexorablemente hacia la liberación de toda tutela. Llega un momento en que recaba la plena autonomía frente a sus mayores. Eso es natural.

—Entonces estás de acuerdo conmigo.

—Sí, pero ¿a qué edad?

—A la que cada cual se siente capaz de realizarse plenamente.

—Eso es muy elástico.

—Es que si lo dejas a la discreción de los mayores, los padres, por ejemplo, esa edad no llega hasta las canas.

—El código habla de los veintiún años.

—A los veintiún años se puede ser niño y se puede ser viejo. Eso no lo dice el código. Además hay países donde son dieciocho en vez de veintiuno y yo pregunto, ¿es que somos retrasados?

—No te precipites. Una tradición secular no se cambia de repente. Todo se andará.

—Pero yo seré viejo.

Ana cogió el hilo aquí.

—No lo serán tus hijos, o tus nietos. El progreso humano es para la especie, no para el individuo. El individuo es demasiado efímero, hay que resignarse.

Lo dijo con gracia, pero Chaume no sonrió.

—Yo las soluciones las quiero ahora.

Era tan manifiesta su impertinencia que nadie la tuvo en cuenta.

—Serás libre —dijo Horacio sin mirar, atento a su pipa— y convivirás con Tesa; pero no la estrujes tanto, hombre.

—¿Hay algo malo en ello?

—Por supuesto que no; sólo que yo creo que le haces daño.

Chaume volvió el rostro hacia ella sin soltarla.

—¿Te hago daño?

Tesa le sostuvo la mirada.

—No me importa —contestó.

¿Qué otra cosa podía decir?

Chaume se volvió a Horacio.

—Vosotros, los mayores, lo sabéis todo, ¿eh?

No es que hubiera agresividad en el tono; pero aquella discriminación de incluir al matrimonio en el genérico «mayores» tenía que ser molesta, por lo menos, para ellos. Horacio, no obstante, replicó con su calma habitual.

—Todo no, hombre, todo no. Sabemos algo más porque hemos tenido más tiempo para aprender. Sólo es eso.

XV

ESTOY admirada de tu paciencia, niña, tienes un corazón así de grande. Si amor es dar, tú me estás enseñando del amor más de lo que yo sabía. ¿De dónde sacas el equilibrio para no dispararte cuando tantas ocasiones te brinda de apretar el gatillo? Porque, reconócelo, la mayor parte de las veces está inaguantable. Por eso te lo digo.

—Te admiro, Tesa.

—No digas tonterías.

—No son tonterías; es un gozo muy grande de saber cómo eres.

—Chaume vale la pena.

Estoy tan convencida como tú.

—Eso sí, aunque se empeñe en demostrarnos lo contrario, con nosotros no le sirve.

Que lo veamos Horacio y yo es natural, que para eso somos pedagogos; pero tú, ¿de dónde sacas tú tanta paciencia, tanta comprensión, tanta delicadeza?

—Sigue lo mismo. Fuera de aquí, despegado. Aquí, pegajoso. ¿Qué quiere demostrar?

—Es por mi culpa.

Te vuelves a mí y, si no supiera que no tienes reserva alguna conmigo, me bastaría con ver tus ojos.

—No digas eso.

—Es una niñería, te lo aseguro. Un residuo infantil. En cuanto se dé cuenta, se curará él solito.

—Eso espero.

—No te mereces lo que estás pasando, niña, pero tú eres la pieza clave en todo esto, estoy segura. Nadie puede curar a Chaume mejor que tú, ni médicos, ni consejeros. Espero que algún día tendrás tu recompensa. Eso será cuando él comprenda lo que eres, lo que vales, lo que has pasado por él.

—Lo que le ocurre a Chaume es que ha crecido de repente, quiero decir por dentro, y se le ha juntado todo. Tiene que digerirlo, pero eso lleva un tiempo.

—Mientras tanto...

—Mientras tanto hay que tener con él paciencia y atenciones, todo ello calculado en las dosis exactas...

Me interrumpes.

—Es difícil.

—Sí, pero tú lo haces de maravilla.

—Yo le quiero mucho.

—Evidentemente ahí está el secreto.

Me miras como si tuvieras que estarme agradecida.

—Sólo vosotros lo entendéis.

—¿Cómo sólo nosotros?

—Sí, Horacio y tú. Las amigas, las compañeras... hasta la misma Piluca...

—¿Qué?

—Todas opinan que le debo mandar a paseo.

—No hagas caso. En unas es envidia, en otras es estar fuera del problema. Nadie mejor que tú sabe lo que hay que hacer.

—Me basta con tu consejo.

—Y te sobra, hija, aunque opinara distinto tú seguirías igual, estoy segura.

Ahora me sonríes.

—Tienes razón, Ana.

—¿Lo ves?

No hay mal que por bien no venga. Todo el sufrimiento que has debido soportar en esta última temporada te está dando una nueva dimensión. Ignoro si los demás lo notan; para mí es evidente. Creo que tu situación en casa, con tu padre y tus hermanos, tiene mucho que ver en todo esto. No sé de ninguna otra de la clase que sea capaz de actuar como lo estás haciendo tú. Y no es favoritismo. Contra eso procuro vacunarme cada día.

Diego me estaba esperando a la salida.

—¡Chaume!

Tengo que decir que me alegré de verle, pero también que hice todo lo posible por no dejarlo traslucir.

—Hola.

Tenía la moto allí.

—Ven. Sube conmigo.

Lo hice y él arrancó.

—¿A dónde vamos?

—¡Qué más da!... Por ahí.

Corrimos en silencio. Siempre dije que Diego pilota mejor que nadie. Con la moto tiene movimientos de serpiente en medio del tráfico y es de una suavidad, al mismo tiempo, que todo parece fácil.

—Te echo un pique al billar.

—Bueno.

En realidad me gusta estar con él, pero sabía que no me estaba acompañando por casualidad y me puse en guardia. La conversación fue sin mirarnos, entre tacada y tacada.

—Si puedo hacer algo por ti...

Lo dijo de repente, como quien comenta del tiempo. * —¿Y por qué tendrías que hacer algo por mí?

Le dio a la bola y luego siguió su trayectoria con los ojos antes de contestar.

—Hombre, eso es evidente.

—Hace dos semanas que no me ves el pelo y ahora me sales con éstas. ¿Quién te envía con esa comisión?

—Te toca a ti.

No había hecho la carambola, ya me había dado cuenta.

—No has contestado a mi pregunta.

—Nos conocemos, Chaume. ¿A qué quieres jugar conmigo?

Era verdad, y no tenía objeto. Por eso se lo dije:

—Todo el mundo tiene derecho a sus horas bajas, ¿no?

—¿Y para qué quieres a los amigos?

—¿Los amigos? Mira, Diego, hay cosas que se las tiene que solucionar uno solo.

Me tomó por el brazo. Quería que le mirase a los ojos, me di cuenta.

—¿Tiene mi hermana algo que ver?

—No la mezcles en esto.

—Contesta —insistió.

—¿Te ha enviado ella?

Me hubiera dado coraje que así fuera, pero no, de sobra sabía yo que no.

—No te pongas burro, Chaume. Para hablar contigo no necesito que me envíe mi hermana. Lo que quiero es ayudarte, ¿no lo comprendes?

Jugué en silencio y estaba tan frío, tan sereno, que hice un par de carambolas poco usuales.

—Todo el mundo quiere ayudarme, al parecer.

—Tú harías igual conmigo.

—¿Estás seguro?

No sé por qué gozo tanto últimamente al mostrarme estúpido con los demás.

—Una vez te hubieras dejado hacer puré por no delatarme a mí.

—Olvídalo.

Aquí explotó, Jo que no es frecuente en él.

—¡No me da la gana! ¡Y no te pongas cerril porque te voy a partir la boca!

Me sorprendió su tono y le miré. Su gesto se había vuelto hosco, pero había una súplica en sus ojos, no se me escapó.

—¿Quieres pegarme, entonces?

Respiró hondo antes de contestar.

—¿Qué es lo que te pasa en realidad?

Sentí que no tenía derecho a seguir con aquel juego, al menos no delante de él.

—Perdona…

—Perdona, no; no tengo nada que perdonarte. Contesta sólo.

Me tomé tiempo contemplando la fría inmovilidad de las tres bolas sobre el tapete verde.

—No sé lo que me pasa… Ni yo mismo me entiendo. Es como estar envenenado, ¿comprendes?

—Pero… ¿por qué?… Tesa te quiere.

Lo dijo de una forma desconocida en él. Creo que le veía hablar completamente en serio por primera vez en mi vida.

—Y yo también a ella.

—¿Entonces?

—No se acaba el mundo con nosotros dos.

Al tiempo que lo dije sentí que era una frase certera aquélla y él se dio cuenta.

—Es cierto, no se acaba, pero casi…

Era insólito oír a Diego hablar así y me impresionó más de lo que él podrá nunca imaginar.

—No me hagas caso —dije—, si es que estoy loco…

—Todos lo estamos, Chaume. Un hombre completamente cuerdo es casi un monstruo, ¿nunca lo habías pensado?

—Qué sé yo.

—No se tienen muchos amigos en la vida.

—¿Lo dices tú?

Diego es el tío más popular que me he echado a la cara.

—Quiero ayudarte, macho.

Y era cierto, se veía.

—Te lo agradezco, Diego, pero mientras yo mismo no me aclare…

Me miró unos momentos con afecto. Luego, me di cuenta, volvió a ser el de siempre y sonrió.

—Tengo que irme —dijo—, de todos modos llámame cuando quieras, no hace falta que insista.

Me sorprendió, lo confieso.

—¿A dónde vas?

Hizo un gesto vago con la mano.

—Estoy citado con el Pupas. Vamos a hacer un vicio por ahí, ¿quieres venir?

—No, gracias.

Yo a Diego le estoy agradecido. Dirán de él lo que digan, pero es un chaval que no me falla nunca, en el que puedo confiar, ¿y cuántos hay así?

Quiero ser objetiva, contarlo fríamente tal como ocurrió, porque yo misma pasé por estados de ánimo contradictorios, fui sorprendida y actué más por instinto que mediante reflexión. Ha sido un día

importante en nuestras vidas, en la de Chaume y en la mía, un día que no vamos a olvidar fácilmente ninguno de los dos. Estoy segura de que él no lo llevaba preparado. Surgió así, eso es todo. Porque es incapaz de obrar con mala fe. Fue como una reacción primaria dentro de la profunda anormalidad por la que pasa. No es que esté enfermo, qué va; está alterado, perdido ante sí mismo, descontento, deshecho, quizá; pero tiene razón Horacio cuando sostiene que todo es una crisis, crisis de crecimiento psicológico y yo lo creo así. Que nos dejaran solos con la niña era completamente natural. Tenemos la costumbre de quedarnos con ella cuando Ana y Horacio quieren salir a alguna parte, así que fue pura rutina.

—Antes de las diez estaremos de vuelta —dijo él.

Y Ana me dio instrucciones como siempre.

—A las ocho le toca, ya sabes. Está todo preparado en la cocina.

—De acuerdo, no os preocupéis.

Chaume, medio tirado en una butaca, tan mustio como de costumbre, sólo dijo:

—Adiós.

Siempre nos había hecho ilusión eso de quedarnos a solas con la niña. No sé, era como jugar a que ya estábamos casados; pero qué distinta la atmósfera. Entonces Chaume era todo alegría y dinamismo. Ponía discos, se tiraba en el suelo, me hacía bailar con él por toda la casa de una manera loca; lo pasábamos bomba. Esta vez, al principio, parecía que la velada iba a ser de funeral, aunque yo me esforzara en sacar conversaciones, porque él seguía allí, sentado con esa languidez suya que parece notarse, no sólo en la postura general, sino en cada detalle del cuerpo, hasta en la flexión de cada dedo.

—¿Pongo música?

—Tú verás.

—Pero, ¿te apetece?

—Me es igual.

No sé si lo hacía para mortificarme, pero encajaba dentro del papel que venía interpretando cuando estábamos solos desde que empezó la crisis. Puse un disco y, no sé por qué, a muy bajo volumen.

—¿Quieres beber algo?

—No.

Si yo me sentaba a mi vez, si me quedaba callada como él, aquello iba a ser más que violento; pero ¿de qué hablarle?, ¿cómo interesarle en alguna conversación que fluyera con naturalidad? Me dediqué un poco a la niña, que dormía como si tal cosa y no me necesitaba para nada.

—¿Qué hora tienes?

—Las siete van a dar.

De pronto pensé que podíamos ser unos casados con muchos años

de matrimonio, como tantos qua ya no tienen nada que decirse, pero no era cierto, entre Chaume y yo está casi todo por hablar. No sé el tiempo que pasó mientras yo, sólo por disimular la situación, andaba de un lado para otro, fingiendo hacer cosas de la casa, yendo y viniendo a la cocina, quitando un poco de polvo aquí y enderezando un marco allá, cuando él dijo:

—Tesa...

Le miré y había cambiado de postura y quizá de cara. Sus ojos, al menos, parecían volver a tener vida.

—¿Qué quieres?

—Ven acá.

Lo hice sin recelo de ninguna especie. No, no lo tenía ni creo que lo vaya a tener en adelante, a pesar de los pesares; no con él, se entiende.

—Siéntate.

Me llevó de la mano hasta el sofá. Y tengo que decir que yo estaba muy contenta de que pasara su brazo por encima de mis hombros, de que me reclinara sobre sí; porque no había nadie delante, no estaba Ana y aquello era sólo cosa nuestra, de él y mía.

—Chaume...

—Calla.

Cuando empezó a besarme yo no opuse resistencia. Era tan dulce su actitud, tan delicada la forma en que lo hacía, que yo creía volver con él a los tiempos felices en que ni una nube enturbiaba el horizonte a nuestro alrededor. ¿Cómo ocurrió, entonces? He reflexionado sobre ello, procurando acordarme segundo por segundo; pero no es nada fácil. Los besos empiezan en las sienes, en los ojos, resbalan por la mejilla y llegan a la comisura de los labios. Las bocas se atraen, no sé cómo decirlo, pero es cierto. Y eso a mí no me alarmó, debo empezar por confesarlo. ¿En qué momento aquella pura delicia empieza a ser pasión? Se sabe cuándo no y cuándo sí; eso sin duda; pero no el instante exacto en que se cruza la frontera. Y yo la crucé con él, no voy a discutirlo, ni pretendo hablar de culpas, sin embargo...

—Por favor...

Tuve que liberar mi boca a duras penas para decir las dos palabras; pero no era la boca, era la mano, nunca tan atrevida, lo que me hizo reaccionar, si bien débilmente al principio.

—Tesa, Tesa...

De pronto era una especie de salvaje lo que tenía sobre mí y comenzó aquel forcejeo en que yo puse todas mis fuerzas y él debió poner las suyas, tal como me costaba contenerle. Ya habíamos ido demasiado lejos y, si he de ser sincera, tengo que confesar que, en aquel momento, no fueron razones morales las que dictaron mi conducta, sino otras evidencias...

—¡Chaume, por favor!

Lo dije al tiempo que con toda mi alma le empujaba por los hombros. Fue como un corte, porque él, de pronto, se incorporó sobre sus rodillas. Yo veía desde abajo su rostro encendido y su mirada perpleja, indecisa entre la ira y la vergüenza, no sé.

—¿No dices que me quieres?

Yo depuse toda actitud de defensa, dejando caer los brazos a ambos lados del cuerpo. No era con la fuerza física con lo que quería imponerme.

—Y mucho; pero por eso mismo...

Él, de repente, saltó fuera del sofá y me habló puesto en pie en medio del cuarto.

—¡Todas sois iguales!

Quería herirme, estaba claro; pero yo sabía qué debajo de todos sus desplantes, de su brutalidad, incluso, estaba el Chaume que yo amo, el Chaume verdadero, el que había que salvar. Por eso no hice ni por arreglarme la ropa ni por taparme ni nada. Le miré a los ojos y le hablé al corazón.

—Cuando dormíamos en la tienda aquella noche de campamento, estuve a punto de ser tuya, Chaume; no me hubiera resistido y tú lo sabes. Entonces fuiste un hombre de verdad y te contuviste. Te quise tanto, tanto, por aquello... pero ahora no es igual. Si lo hiciéramos ahora tú no te lo perdonarías, te conozco...

Él hundió su cabeza y empezó a pasear muy agitado. ¿Qué pasaba por su interior mientras medía la habitación con aquel paso inquietante? Yo no podía hablar, no sabía lo que podría decir que a él le hiciera bien; pero aquel silencio mutuo tenía que estallar por algún lado. Él, de pronto, golpeó una pared con los dos puños y apretó su cara contra ella. Me di cuenta por los estremecimientos de su espalda de que estaba llorando. Entonces fui yo quien se lanzó hacia él y le abrazó.

—¡Soy tuya, Chaume, tuya del todo! ¡Haz lo que quieras! ¡No me resistiré, te lo prometo!

¿Por qué lo dije, me pregunto? Lo dije, eso es todo, y sé que lo decía de verdad. Él se volvió para abrazarme, pero, a pesar de que me estrechaba fuertemente, me di cuenta muy bien de que ya no era un hombre el que se apretaba contra mí, sino un niño, un niño grande y vehemente. Un niño que lloraba copiosamente, como sólo los niños son capaces de llorar. Un niño que, sin embargo, yo sabía que era muy hombre, eso estaba fuera de dudas, pero que, en aquel momento, me hacía sentirme madre más que nada.

—¡No, Tesa, no! ¡Perdona, por favor! ¡Soy un canalla pero te quiero mucho, mucho! ¡Te amo. Tesa, te amo!

¿Cuánto tiempo estuvimos abrazados así y qué dijimos entonces?

La verdad es que no lo sé. Pero Chaume agotó las fuentes de las lágrimas. Dios mío en la vida había visto llorar tanto, tan hondo, tan sincero.

—Ven, amor mío, ven a lavarte…

Me siguió dócilmente y. a la puerta del cuarto de baño, me tomó por los hombros y me miró a los ojos sin importarle que los suyos, enrojecidos, brillaran todavía con las últimas lágrimas.

—Gracias, Tesa.

—No digas eso.

—Tú me salvas…

—Te salvas tú mismo, Chaume, pero yo estaré siempre contigo, a las duras y a las maduras.

—Lo sé… Olvida mis burradas.

—Te quiero cómo eres.

—Soy aborrecible.

Me hizo gracia su extremosidad. Me empiné un poco y rocé sus labios con los míos.

—Eres adorable.

Él sonrió también, ¡qué tiernamente, Dios mío!

—Tienes que estar ciega.

—No me podré curar jamás de esa ceguera.

Estás curado, Chaume. Me bastó verte hoy en clase para darme cuenta de ello. Ahora estoy seguro. Tú tienes eso, que no hay cara más espejo del alma que la tuya. Sí, ya lo sabía por Ana, después de que estuvo confidenciando con Tesa por teléfono; porque, al llegar nosotros por la noche, fuisteis de un discreto subido y me parece bien. No quiero que me cuentes los detalles. Aborrezco entrar a saco en vuestras vidas y creo que debe haber un ámbito exclusivamente vuestro, por mucha confianza que tengamos los cuatro. Pero cuando lo supe de verdad, ya te digo, fue esta mañana al verte en clase. ¿Cuánto hacía que no me mirabas a los ojos?

—No me digas nada. Estás curado, lo sé.

Te ríes con ganas y es para mí una pura delicia volver a tenerte caminando junto a mí, con ese paso elástico que te caracteriza y esa mente despierta, curiosa y volandera que es tan tuya.

—Yo creo que estaba loco.

Ahora te hace gracia, ¿verdad?

—De cuerdos y de locos todos tenemos algo.

—Oye, Horacio, ¿por qué me aguantaste?

—¿Y por qué no?

Me gusta hacerte preguntas como ésta. Tú lo admites y discurres buscando tú mismo la respuesta.

—Al fin sé que soy algo para ti.

—Vaya un descubrimiento...

—No, en serio, te lo agradezco mucho.

—Mira, Chaume, «hacerte» a ti es parte de mi oficio y, además, me gusta, ¿sabes?

Me miras con esa malicia tuya que tanto me divierte. No cabe duda de que vuelves a ser el de antes, aunque un poco más maduro.

—Quieres decir que actúas como un profesional; pero no cuela.

—¿No?

—No. A ti, a Ana María y a Tesa os debo mucho. Ninguna profesión da para tanto.

Y tienes mucha razón. Hay una palabra que lo explica, pero ni tú ni yo vamos a pronunciarla aquí. La palabra es amor. Cada uno a su modo te queremos los tres y tú lo sabes.

—Te hemos ayudado en esta crisis, pero no cantes victoria, aún no estás del todo hecho. Bueno, ¿acaso lo está el hombre alguna vez? Sigues teniendo diecisiete años...

—Lo sé, Horacio, pero si salí de ésta, saldré también de las demás. Es algo que os debo, ya veréis.

—Pues Dios te oiga, porque, oye, a ti cuando te da ¡vamos, que viene Job y termina con infarto!

Me das con el codo, ¿cuánto hacía que no tomabas conmigo familiaridades como ésta?

—Hay que hacer las cosas bien...

Te amenazo con la mano.

—¿Y los demás?

Apartándote un poco me dices de repente:

—¡Tesa es divina!

—¿Y tú te la mereces?

Besas los dedos en forma de cruz.

—¡Haré por ello, te lo juro!

Y sé que es cierto lo que dices.

J. L. Martín Vigil

Velázquez, 75

Madrid — 6